La carta muerta

METTA VICTOR

Traducción por Fernando Guzmán, 2026, Creative Commons 0.

Obra original en inglés en dominio público, The Dead Letter, 1866, se reconocen los derechos morales de la autora Metta Victor.

Texto y portada adaptados de Standard Ebooks https://standardebooks.org/ebooks/metta-victor/the-dead-letter

Parte I – Capítulo 1: La carta

El pueblo de Blankville es uno de los más hermosos de ese valle del Hudson, famoso por su belleza. Se asienta sobre la falda de las colinas, mirando hacia el río, con sus iglesias de altas agujas, sus elegantes mansiones y sus calles sombreadas por olmos centenarios. En la época de la que hablo, yo era un joven abogado que apenas comenzaba a abrirse camino en el despacho del señor Burton, uno de los hombres más respetados de la región.

Nada parecía perturbar la paz de aquel lugar, hasta que ocurrió el evento que habría de cambiar nuestras vidas para siempre. El señor Burton no era solo mi mentor, sino también el padre de Eleanor, la joven a quien yo amaba con toda la devoción de mi primer romance. La vida se presentaba ante mí como un camino despejado, lleno de promesas y felicidad.

Recuerdo perfectamente aquella tarde de octubre. El aire era fresco y las hojas comenzaban a teñirse de rojo y oro. Nada en la atmósfera presagiaba la tragedia. Sin embargo, el destino ya había movido sus piezas. Henry Moreland, el prometido de la otra hija del señor Burton y un hombre querido por todos, debía llegar al pueblo tras un breve viaje de negocios. Pero Henry nunca llegó a la estación.

Su desaparición fue el primer eslabón de una cadena de horrores que dejaría a Blankville sumida en el miedo. Las búsquedas iniciales no dieron fruto, y lo que comenzó como una preocupación por un posible retraso, pronto se convirtió en una angustia sofocante. Fue entonces cuando el instinto de detective del señor Burton comenzó a despertar, presintiendo que no estábamos ante un simple accidente, sino ante algo mucho más oscuro y premeditado.

Parte I – Capítulo 2: Sucesos de una noche

Era tarde, en la tarde de un día de otoño nublado y ventoso, cuando salí de la oficina de John Argyll, Esq., en su compañía, para tomar el té y pasar la velada con su familia. Yo era un estudiante de leyes en su despacho y gozaba de una amabilidad más que ordinaria de su parte, debido a una amistad que había existido entre él y mi difunto padre. Cuando eran jóvenes, habían comenzado juntos en la vida, en igualdad de circunstancias; uno murió pronto, justo cuando la fortuna empezaba a sonreírle; el otro vivió para continuar en una prosperidad bien ganada. El Sr. Argyll nunca dejó de interesarse por el hijo huérfano de su amigo. Ayudó a mi madre a darme una educación universitaria y me recibió en su oficina para completar mis estudios de derecho. Aunque no vivía en su casa, era casi como un miembro de la familia. Siempre había un lugar para mí en su mesa, con la libertad de entrar y salir cuando quisiera. Siendo sábado, se esperaba que fuera a casa con él y me quedara hasta el domingo si así lo deseaba.

Aceleramos el paso mientras unas cuantas gotas gruesas caían sobre nosotros desde las nubes oscurecidas.

—Será una noche lluviosa —dijo el Sr. Argyll.

—Puede que aclare todavía —dije yo, mirando hacia una grieta en el oeste, a través de la cual el sol poniente vertía un chorro de plata. Él sacudió la cabeza con duda y subimos apresuradamente los escalones de la casa para escapar del empapón amenazante.

Al entrar en los salones, no encontramos a nadie más que a James, un sobrino del Sr. Argyll, un joven de aproximadamente mi misma edad, recostado en un sofá.

—¿Dónde están las chicas?

—Aún no han descendido de las regiones celestiales, tío.

—Arreglándose hasta el cansancio, supongo; recuerdo que es sábado por la noche —sonrió el indulgente padre, pasando a la biblioteca.

Me senté junto a la ventana oeste y contemplé la tormenta que se avecinaba. No me agradaba mucho James Argyll, ni yo a él; así que, por mucho que estuviéramos juntos, nuestro trato seguía siendo distante. En esta ocasión, sin embargo, parecía estar de excelente humor, persistiendo en hablar de todo tipo de temas triviales a pesar de mis breves respuestas. Yo me preguntaba cuándo haría su aparición Eleanor.

Al fin llegó. Oí el crujir de su vestido de seda bajando las escaleras y mis ojos estaban puestos en ella cuando entró en la habitación. Estaba vestida con inusual esmero y su rostro lucía una sonrisa brillante y expectante. La sonrisa no era para ninguno de nosotros. Quizás James pensó en ello; estoy seguro de que yo sí lo hice, con un sufrimiento secreto, con una punzada aguda de la que me avergonzaba y que luchaba internamente por conquistar.

Nos habló amablemente a ambos, pero con un aire distraído poco halagador para nuestra vanidad. Demasiado inquieta para sentarse, caminó de un lado a otro de los salones, pareciendo irradiar luz al andar, como una joya soberbia; tan radiante era su semblante y tan fino su atuendo. Pequeñas sonrisas chispeaban en sus labios, pequeños trinos de canciones brotaban, como si no fuera consciente de los observadores. Tenía derecho a estar alegre; parecía regocijarse en su propia belleza y felicidad.

De repente se acercó a la ventana y, mientras estaba a mi lado, un estallido de gloria surgió de las nubes que se cerraban rápidamente, envolviéndola en una atmósfera dorada, tiñendo su cabello negro con púrpuras, encendiendo sus mejillas claras y las perlas de su cuello. La fragancia de la rosa que llevaba en el pecho se mezclaba con la luz; por un momento me sentí estremecido y abrumado; pero los ojos azul oscuro no me miraban a mí, observaban el clima.

—Qué molesto que llueva esta noche —dijo ella, y mientras una ligera nube de irritación cruzaba su rostro, la negrura de la noche se cerró sobre el resplandor del atardecer, tan súbitamente que apenas podíamos vernos.

—La lluvia no mantendrá alejado a Moreland —respondí yo.

—Por supuesto que no; pero no quiero que se moje caminando desde la estación, y Billy ha guardado el carruaje en vista de la tormenta.

En ese momento, una ráfaga de viento salvaje golpeó la casa de modo que esta tembló, y la lluvia cayó con un rugido ensordecedor. Eleanor llamó para pedir luces.

—Dile a la cocinera que no olvide el chocolate para la cena, y crema para los duraznos —le dijo a la criada que entró a encender el gas.

La muchacha sonrió; sabía, al igual que su señora, quién prefería el chocolate y gustaba de la crema con duraznos; el amor de una mujer, por sublime que sea en algunas de sus cualidades, nunca falla en los tiernos instintos domésticos que se deleitan en promover la comodidad y los gustos personales de su objeto.

—No deberíamos habernos molestado en usar nuestros vestidos nuevos —se quejó Mary, la hermana menor, que había seguido a Eleanor escaleras abajo—, no habrá nadie aquí esta noche.

Tanto James como yo nos opusimos a ser tachados de "nadie". La joven y caprichosa belleza dijo todas las cosas alegres que quiso, diciéndonos que ciertamente no se habría puesto su seda azul, ni se habría peinado así para nosotros...

—... Ni para Henry Moreland tampoco; nunca me mira después del primer minuto. ¡Los comprometidos son tan aburridos! Ojalá él y Eleanor acabaran con esto de una vez. Si alguna vez voy a ser dama de honor, quiero serlo ya...

—Y tener el campo libre después, señorita Molly —bromeó su primo—. ¡Vamos! toca esa nueva polca para mí.

—No podrías oírla si lo hiciera. La lluvia está tocando una polca esta noche, y el viento está bailando con ella.

Él rió ruidosamente, más de lo que la ocurrencia merecía. —Veamos si no podemos hacer más ruido que la tormenta —dijo, yendo al piano y aporreando la pieza más atronadora que pudo recordar. Yo no era músico, pero me pareció que había más discordancias de las que la ley de la armonía permitía; y Mary se tapó los oídos con las manos y corrió al otro extremo de la sala.

Durante la siguiente media hora, la lluvia cayó en grandes cortinas, azotando las ventanas mientras el viento la soplaba de aquí para allá. James continuó al piano y Eleanor se movía inquieta, lanzando miradas, de vez en cuando, a su pequeño reloj.

De repente ocurrió una de esas pausas que preceden al nuevo estallido de una tormenta; como asustado por la súbita calma, James Argyll dejó de tocar; justo entonces el agudo silbato de la locomotora perforó el silencio con una potencia inusual, mientras el tren de la tarde giraba en la curva de la colina a menos de un cuarto de milla de distancia y se precipitaba hacia la estación en la parte baja del pueblo.

Hay algo sobrenatural en el grito del "águila de vapor", especialmente cuando se escucha de noche. Parece un ser sintiente, con voluntad propia, inquebrantable e irresistible; y su grito es amenazante y desafiante. Esa noche se elevó sobre la tormenta, prolongado y lúgubre.

No sé cómo sonó para los demás, pero para mí, cuya imaginación ya estaba excitada por la tempestad y por la presencia de la mujer que amaba sin esperanza, tuvo un efecto perfectamente abrumador; llenó el aire, incluso el aire perfumado e iluminado del salón, de un lamento funesto. Amenazaba... no sé qué. Advertía contra algún desastre extraño e invisible. Luego se hundió en un grito desesperado, tan lleno de angustia mortal, que involuntariamente me tapé los oídos con los dedos. Quizás James sintió algo parecido, pues dio un salto desde el taburete del piano, cruzó dos o tres veces el suelo, y luego se arrojó

de nuevo sobre el sofá, y durante mucho tiempo permaneció con los ojos cubiertos, sin hablar ni moverse.

Eleanor, con artificio de doncella, tomó un libro y se dispuso a fingir que leía; no quería que su amante supiera que había estado tan inquieta esperando su llegada. Solo Mary revoloteaba como un colibrí, sumergiéndose en el dulzor de las cosas, la música, las flores, cualquier cosa que tuviera miel; y burlándose de mí en los intervalos.

He dicho que amaba a Eleanor. Lo hacía, secretamente, en silencio y pesar, contra mi juicio y voluntad, y porque no podía evitarlo. Estaba bastante seguro de que James también la amaba, y sentía pena por él; mi propio sufrimiento me enseñó la simpatía, aunque nunca me sentí atraído por su carácter. Me parecía de temperamento más bien hosco, además de egoísta; y luego volvía a reprocharme por mi falta de caridad; podrían ser sus circunstancias las que lo volvían moroso —dependía de su tío— y su infelicidad la que lo hacía parecer poco amable.

Amaba sin una pizca de esperanza. Eleanor estaba comprometida con un joven caballero digno de ella en todos los sentidos: de conducta impecable, alta posición social y carácter moral intachable. Por mucho que sus muchos admiradores envidiaran a Henry Moreland, no podían desagradarle. Ver a la joven pareja junta era sentir que el suyo sería uno de esos "matrimonios hechos en el cielo"; en edad, carácter, circunstancias mundanas, belleza y cultura, había una correspondencia excepcional.

El Sr. Moreland trabajaba con su padre en un negocio bancario en la ciudad de Nueva York. Poseían una villa de verano en Blankville, y fue durante su semana de ocio veraniego aquí cuando conoció a Eleanor Argyll.

En esta época del año, sus negocios lo mantenían en la ciudad; pero acostumbraba venir todos los sábados por la tarde y pasar el día del Señor en casa del Sr. Argyll; el matrimonio que pondría fin a un compromiso de casi dos años no estaba ya muy lejos. En su decimonoveno cumpleaños, que caía en diciembre, Eleanor se casaría.

Pasó otra media hora y el invitado esperado no llegaba. Solía llegar a la casa quince minutos después de la llegada del tren; pude ver que su prometida jugaba nerviosamente con la cadena de su reloj, aunque mantenía los ojos fijos en su libro.

—Vamos, tomemos el té; tengo hambre —dijo el Sr. Argyll, saliendo de la biblioteca—. Tuve un largo viaje después del almuerzo. No sirve de nada esperar, Eleanor, él no vendrá esta noche —le pellizcó la mejilla para expresar su simpatía por su decepción—, una pequeña lluvia no solía alejar a los pretendientes cuando yo era joven.

—¡Una pequeña lluvia, papá! Nunca había oído semejante torrente; además, no fue la tormenta, por supuesto, porque él ya habría tomado el tren antes de que comenzara.

—¡Cierto! ¡Cierto! Defiende a tu enamorado, Ella, ¡así se hace! Pero puede haber estado lloviendo allá abajo la mitad del día; la tormenta viene de esa dirección. James, ¿estás dormido?

—Pronto lo veré —exclamó Mary, apartando la mano del rostro de su primo—. Pero, James, ¿qué te pasa?

Su pregunta nos hizo a todos mirarlo; su rostro tenía una palidez cenicienta; sus ojos ardían como brasas de fuego.

—¡No pasa nada! He estado medio dormido —respondió, riendo y poniéndose de pie de un salto—. Molly, ¿me concede el honor? —ella tomó su brazo ofrecido y fuimos a tomar el té.

La vista de la mesa bien dispuesta, presidida por Eleanor, la plata, las luces, el olor del chocolate dominando la fragancia más sutil del té, era suficiente para desterrar los pensamientos de la tempestad que rugía afuera, conservando solo la conciencia necesaria para realzar el disfrute del lujo interior.

Incluso Eleanor no pudo mostrarse fría ante el calor y la comodidad de la hora; las lágrimas, que al principio apenas podía mantener fuera de sus orgullosos ojos azules, regresaron a sus fuentes; hizo un esfuerzo por estar alegre y logró ser muy encantadora. Creo que todavía esperaba que él se hubiera retrasado en el pueblo y que hubiera una nota para ella en la oficina de correos explicando su ausencia.

Por una vez, la muchacha usualmente amable y considerada fue egoísta. A pesar de la severidad de la tormenta, insistió en enviar a un sirviente a la oficina; no podía permanecer en ascuas hasta el lunes.

Casi no quiso creer la declaración de este a su regreso: que el correo había sido cambiado y que realmente no había mensaje alguno.

Regresamos al salón y pasamos una velada alegre.

Un toque de disgusto, el miedo a que sospecháramos cuán profundamente estaba decepcionada, hizo que Eleanor pareciera estar de un humor inusualmente animado. Cantó todo lo que le pedí; tocó música deliciosa; esquivó el ingenio de los demás con réplicas más agudas y brillantes; las rosas florecieron en sus mejillas, las estrellas salieron en sus ojos. No era una excitación del todo feliz; yo sabía que el orgullo y la soledad estaban en el fondo de ella; pero la hacía brillantemente hermosa. Me pregunté qué sentiría Moreland al verla tan encantadora; casi lamenté que no estuviera allí.

James también estaba en un estado de exaltación.

Era tarde cuando nos retiramos. Yo estaba en un estado de actividad mental que me mantuvo despierto durante horas. Nunca oí llover como aquella noche —el agua parecía caer en masas sólidas— y, ocasionalmente, el viento sacudía la fuerte mansión como si fuera un niño. No podía dormir. Había algo espantoso en la tormenta. Si hubiera tenido un toque de superstición, habría dicho que los espíritus andaban sueltos.

Siendo un hombre sano, de imaginación algo vívida, pero sin nerviosismo y desconociendo el miedo físico, me sentía, no obstante, extrañamente afectado. Me estremecía en mi cama mullida; el grito salvaje de la locomotora persistía en mis oídos; algo más que lluvia parecía golpear las ventanas. ¡Ah, Dios mío! Supe después qué era. Era un alma humana, incorpórea, demorándose en el lugar de la tierra que le era más querido. El resto de la casa dormía bien, a juzgar por el silencio y el profundo reposo.

Hacia la mañana me quedé dormido; cuando desperté, la lluvia había cesado; el sol brillaba intensamente; el suelo estaba cubierto de alegres hojas de otoño derribadas por el viento y la lluvia; el día prometía ser bueno. Me sacudí las impresiones de la oscuridad, me vestí rápidamente, pues sonó la campana del desayuno, y bajando, me uní a la familia de mi anfitrión en la mesa. En medio de nuestra alegre comida, sonó el timbre de la puerta. Eleanor se sobresaltó; la idea de que su amante pudiera

haberse quedado en el hotel contiguo a la estación a causa de la lluvia debió cruzar su mente, pues un rápido rubor subió a sus mejillas e involuntariamente se llevó una mano a las trenzas oscuras de su cabello como para darles un toque más gracioso. Entró el sirviente, diciendo que un hombre en la puerta deseaba hablar con el Sr. Argyll y el Sr. Redfield.

—Dice que es importante y que no puede esperar, señor.

Nos levantamos y salimos al vestíbulo, cerrando la puerta del comedor tras nosotros.

—Lo siento mucho... tengo malas noticias... espero que no... —tartamudeó el mensajero, un empleado del hotel.

—¿De qué se trata? —preguntó el Sr. Argyll.

—El joven caballero que viene aquí... Moreland es su nombre, creo... fue hallado muerto en el camino esta mañana.

—¡Muerto!

—Quieren que bajen a la investigación forense. Lo tienen en una habitación de nuestra casa. Creen que es un ataque... no hay marcas de nada.

El padre y yo nos miramos; los labios de ambos temblaban; ambos pensamos en Eleanor.

—¿Qué debo hacer?

—No lo sé, Sr. Argyll. No he tenido tiempo de pensar.

—No puedo... no puedo...

—Ni yo... todavía no. Sarah, dile a las señoritas que hemos salido por un momento por negocios... y no respires una palabra de lo que has oído. No dejes entrar a nadie hasta que regresemos... no permitas que nadie vea a la señorita Eleanor. Sé prudente.

Su rostro asustado no prometía mucho para su discreción.

Apresurándonos al hotel, ya rodeado de mucha gente, encontramos que el angustioso mensaje era demasiado cierto. ¡Sobre un sofá, en una sala privada, yacía el cuerpo de Henry Moreland! El forense y un par de médicos ya habían llegado. Su opinión era que había muerto por causas naturales, ya que no se veía la menor evidencia de violencia. El rostro estaba tan plácido como en el sueño; apenas podíamos creerlo muerto hasta que tocamos la frente gélida, alrededor de la cual se aferraban los gruesos rizos de cabello castaño, empapados por la lluvia.

—¿Qué es esto? —exclamó uno, mientras empezábamos a despojar al cadáver de sus ropas mojadas, con el fin de un examen más profundo. Era una puñalada en la espalda. Ni una gota de sangre; solo un pequeño agujero triangular en la capa, a través de la demás ropa, hacia el cuerpo. La investigación pronto reveló la naturaleza de la herida mortal; había sido producida por una daga fina y afilada o un estilete. Tan firme y forzudo había sido el golpe que perforó el pulmón y golpeó la costilla con fuerza suficiente para romper la hoja del arma, de la cual se encontró en la herida cerca de tres cuartos de pulgada de la punta. La muerte debió ser instantánea. La víctima había caído hacia adelante sobre su rostro, sangrando internamente, lo que explicaba que no se percibiera sangre al principio; y tal como

había caído, así había permanecido bajo toda la lluvia torrencial de aquella noche miserable. Al ser descubierto por el primer transeúnte, tras el amanecer, yacía en el sendero, al lado de la calle que subía en dirección a la casa del Sr. Argyll, con su maletín de viaje a su lado y el rostro contra el suelo. El maletín no fue tocado, ni tampoco el reloj y el dinero de su persona, lo que hacía evidente que el robo no era el motivo del asesino.

¡Una puñalada por la espalda, en la doble oscuridad de la noche y la tormenta! ¿Qué enemigo tenía Henry Moreland para cometer tal acto contra él?

Es inútil ahora repetir todas las variadas conjeturas que surgían en nuestras mentes, o que continuaron absorbiendo a la comunidad entera durante las semanas siguientes. Se convirtió de inmediato en la teoría favorita de muchos que el joven Moreland había perecido por un golpe destinado a otra persona. Mientras tanto, la noticia recorrió el pueblo como un torbellino, destruyendo la calma de aquella mañana de domingo, sacudiendo las mentes de la gente más terriblemente de lo que la tempestad material había sacudido las frágiles hojas. ¡Asesinato! ¡Y un asesinato así en un lugar como este! No a veinte varas de los lugares más concurridos por los hombres, en una calle pacífica; ¡súbito, seguro, sin provocación! La gente miraba hacia atrás al caminar, oyendo el paso del asesino en cada susurro de la brisa. ¡Asesinato! La lejana y espantosa idea había asumido de repente una forma real; parecía haber caminado por el pueblo, entrando en cada vivienda, de pie junto a cada hogar.

Mientras procedía la investigación, el Sr. Argyll y yo pensábamos más en Eleanor que en su amante asesinado.

—Este es un asunto miserable, Richard —dijo el padre—. Estoy tan descompuesto que no puedo hacer nada. ¿Podrías telegrafiar a sus padres por mí?

Sus padres... aquí había más miseria. No había pensado en ellos. Escribí el espantoso mensaje que debería haber derretido los cables de piedad al llevarlo.

—Y ahora debes ir con Eleanor. No debe enterarse por extraños; y yo no puedo... ¡Richard!... tú se lo dirás, ¿verdad? Te seguiré a casa inmediatamente; tan pronto como haya hecho los arreglos para que el pobre Henry sea llevado a nuestra casa cuando termine la investigación.

Me apretó la mano, mirándome tan suplicante que, por poco que quisiera, no tuve valor de negarme. Me sentía como alguien caminando con los pies congelados mientras salía de la cámara de horror hacia la tranquila luz del sol, por el mismo sendero que él había recorrido por última vez, y sobre el lugar donde había caído y permanecido tantas horas sin ser descubierto, alrededor del cual una multitud se agolpaba, inquieta, excitada, pero no ruidosa. El suelo arenoso ya había filtrado la lluvia, por lo que estaba casi seco; no había nada que diera una pista de los pasos del asesino, hacia dónde fue o de dónde vino; cualquier marca que pudieran haber dejado en el camino duro y de grava había sido borrada por la tormenta. Unas pocas personas buscaban cuidadosamente el arma que había sido el instrumento de la muerte, y que se había roto en la herida, pensando que podría haber sido arrojada en las cercanías.

Parte I – Capítulo 3: La figura bajo los árboles

Al acercarme a la vieja mansión de los Argyll, me pareció que nunca antes se había visto tan hermosa. El lugar era la personificación de una serena prosperidad. Majestuosa y espaciosa, se alzaba sobre el césped en medio de grandes y viejos robles cuyos troncos debieron endurecerse a lo largo de un siglo de crecimiento, y cuyas hojas rojas, al caer lentamente, flameaban ahora bajo la luz del sol. Aunque el creciente pueblo se había extendido hasta rodear los terrenos, conservaba aún el aire de una finca de campo, pues el prado era amplio y los jardines extensos. La casa estaba construida de piedra, en un estilo macizo pero elegante; con ventanas tan soleadas y pórticos tan agradables que no tenía nada de sombría.

Es extraño cómo emociones opuestas se agrupan en el alma en un mismo instante. La vista de aquellos señoriales árboles evocó en mí la exquisita imagen del "Roble Parlante" de Tennyson:

> «¡Oh, envuelve tus rodillas con helechos, y da sombra a Sumner-chace! ¡Que tu rama más alta discierna por siempre los techos de Sumner-place!»

Me pregunté si Henry no los habría repetido mientras caminaba con Eleanor entre la luz dorada y las sombras parpadeantes bajo las ramas de estos árboles. Recordé cómo yo mismo una vez, en mi locura, antes de saber que ella estaba prometida a otro, había apostrofado al monarca de todos ellos con las apasionadas palabras de Walter. Ahora, mirando este árbol antiguo, percibí con mis ojos, aunque apenas con mi mente, que tenía algunas excoriaciones frescas en la corteza. Si pensé algo al respecto, fue que se trataba de la obra de la tormenta, pues numerosas ramas habían sido arrancadas de los árboles por todo el soto, y el suelo estaba alfombrado de hojas recién caídas.

Al avanzar por el camino, vislumbré a Eleanor en una ventana superior y la oí cantar un himno, suavemente para sí misma, mientras se movía por su habitación. Me detuve como si hubiera recibido un golpe. ¿Cómo podría obligarme a dejar caer el manto fúnebre sobre esta mañana gloriosa? ¡Ay! De todos los hogares de aquel pueblo, quizás este era el único sobre el cual la sombra aún no había caído; este, sobre el cual se asentaría para no levantarse nunca más.

De todos los corazones aún no sobresaltados por el trágico suceso, aquel que con mayor certeza quedaría marchito era el de ella; ese joven corazón, en este momento tan lleno de amor y dicha, entonando himnos desde la plenitud de su gratitud a Dios por su propia y deliciosa felicidad.

¡Oh, debo hacerlo... debo hacerlo! Entré por una ventana abierta, desde un pórtico hacia la biblioteca. James estaba allí, vestido para la iglesia, con su libro de oraciones y su pañuelo sobre la mesa, hojeando el periódico de la tarde anterior. Verlo me dio un ligero alivio; su tío y yo lo habíamos olvidado en medio de nuestra angustia. Ya era bastante malo tener que contarle a alguien tales noticias, pero cualquier retraso en el encuentro con Eleanor era ávidamente bienvenido. Me miró con aire inquisitivo; mi porte era suficiente para denotar que algo iba mal.

—¿Qué pasa, Richard?

—Horrible... ¡lo más horrible!

—Por el amor de Dios, ¿qué sucede?

—Moreland ha sido asesinado.

—¡Moreland! ¿Qué? ¿Dónde? ¿De quién sospechan?

—Y su padre desea que yo se lo diga a Eleanor. Tú eres su primo, James; ¿no serías tú la persona más adecuada? —dije, con la esperanza de que él aceptara entregar el mensaje.

—¡Yo! —exclamó, apoyándose contra el estante de libros a su lado—. ¡Yo! Oh, no, yo no. ¡Sería la última persona! Quedaría muy bien contándoselo yo, ¿verdad? —y soltó una media carcajada, aunque temblaba de pies a cabeza.

Si su comportamiento me pareció extraño, no me asombré de ello; la naturaleza espantosa del impacto nos había desequilibrado a todos.

—¿Dónde está Mary? —pregunté—; será mejor decírselo a ella primero y que esté presente. En verdad, desearía...

Me había girado hacia la puerta que daba al vestíbulo para buscar a la hermana menor mientras hablaba; las palabras murieron en mis labios. Eleanor estaba allí. Había entrado para buscar un libro y, evidentemente, había oído lo ocurrido. Estaba tan blanca como el vestido de mañana que llevaba.

—¿Dónde está él? —Su voz sonó casi natural.

—En el Hotel Eagle —respondí, sin reflexionar, alegre de que mostrara tal dominio de sí misma y, puesto que lo hacía, alegre también de que la terrible comunicación hubiera terminado.

Se dio la vuelta y corrió por el vestíbulo, avenida abajo hacia la puerta. Con sus delgadas zapatillas, el cabello descubierto, veloz como una visión del viento, huyó. Salté tras ella. No convenía permitir que se impresionara con aquella súbita y espantosa visión. Mientras salía precipitadamente a la calle, la tomé del brazo.

—¡Suéltame! ¡Debo ir con él! ¿No ves que me necesitará?

Hizo un esfuerzo por soltarse, mirando calle abajo con ojos tensos. ¡Pobre niña! Como si, estando él muerto, ella pudiera hacerle algún bien. Su corazón aturdido no había ido más allá de pensar que si Henry estaba herido, o asesinado, la necesitaría a su lado. Debía ir con él y consolarlo en su desgracia. Aún estaba por aprender que este mundo y las cosas de este mundo —incluso ella misma— ya no eran nada para él.

—Vuelve, Eleanor; lo traerán aquí dentro de poco.

Tuve que levantarla en mis brazos y llevarla de vuelta a la casa.

En el vestíbulo nos encontramos con Mary, que había oído la historia de labios de James y que estalló en lágrimas y sollozos al ver a su hermana.

—Me están alejando de él —dijo Eleanor, lastimosamente, mirándola. Sentí que su cuerpo se relajaba en mis brazos, vi que se había desmayado; James y yo la llevamos a un sofá, mientras Mary corría distraídamente en busca del ama de llaves.

Hubo lamentos ruidosos ahora en la mansión; todos los sirvientes admiraban y querían al joven caballero con quien su señora iba a casarse; y, como de costumbre, dieron rienda suelta a sus facultades para expresar terror y simpatía. En medio de gritos y lágrimas, la joven insensible fue conducida a su habitación.

James y yo recorrimos los largos pasillos y pórticos, esperando noticias de su recuperación. Después de un tiempo bajó el ama de llaves, informándonos de que la señorita Argyll había recuperado el sentido; al menos, lo suficiente para abrir los ojos y mirar alrededor; pero no quería hablar y tenía un aspecto espantoso.

Justo entonces entró el Sr. Argyll. Tras ser informado de lo ocurrido, subió a la habitación de su hija. Con la mayor ternura le dio los detalles del asesinato, tal como se conocían; sus ojos se inundaron de lágrimas al ver que ni una gota de humedad suavizaba la mirada fija y antinatural de ella.

Entraban y salían amigos sin que ella les prestara atención.

—Desearía que todos me dejaran sola excepto tú, Mary —dijo después de un tiempo—. Padre, me avisarás cuando...

—Sí... sí. —Él la besó y ella quedó con su hermana como guardiana.

Pasaron las horas. Algunos fuimos al comedor y bebimos del té fuerte que el ama de llaves había preparado, pues nos sentíamos débiles y desanimados. Se esperaba a los padres en el tren de la tarde, ya que solo funcionaba un tren los domingos. La sombra se profundizaba sobre la casa hora tras hora.

Fue entrada la tarde antes de que el cuerpo pudiera ser trasladado desde el hotel donde se celebró la investigación forense. Le pedí a James que viniera conmigo para asistir a su traslado a casa del Sr. Argyll. Se negó, bajo el pretexto de estar demasiado afectado para salir.

Cuando la triste procesión llegó al jardín frente a la mansión con su carga, observé, en medio de varios que se habían congregado, a una mujer cuyo rostro, incluso en aquel momento de preocupación, captó mi atención. Era el de una muchacha, joven y hermosa, aunque ahora delgada y mortalmente pálida, con una mirada salvaje en sus ojos negros, que estaban fijos en la carga amortajada con algo más que asombro y curiosidad.

No sé todavía por qué reparé en ella tan particularmente; por qué su extraño rostro me causó tal impresión. Una vez hizo amago de acercarse a nosotros y luego retrocedió de nuevo. Por su vestimenta y apariencia general, podría haber sido una dependienta. Nunca la había visto antes.

—Esa chica —dijo un caballero a mi lado— actúa de forma extraña. Y, ahora que lo pienso, estaba en el tren de Nueva York ayer por la tarde. No en el que vino el pobre Moreland; en el anterior. Yo mismo estaba a bordo y me fijé en ella particularmente, ya que estaba sentada frente a mí. Parecía tener algún problema en mente.

Rara vez olvido los rostros; y nunca olvidé el suyo.

«Seguiré su rastro», fue mi resolución mental.

Pasamos al interior de la casa y depositamos nuestra carga en el salón trasero. Pensé en Eleanor, tal como había recorrido esta habitación hacía apenas veinticuatro horas, una visión brillante de amor y

belleza triunfante. ¡Ay! ¡Hacía veinticuatro horas esta arcilla ante mí estaba tan resplandeciente de vida, tan ansiosa, tan ardiente con la esperanza del alma en su interior! Ahora, todas las horas del tiempo nunca devolverían al inquilino a su morada. ¿Quién se había atrevido a asumir la responsabilidad de expulsar, ilegalmente y con violencia, a esta alma humana de su casa?

Me estremecí al hacerme la pregunta. En algún lugar debía de estar acechando una criatura culpable, con el corazón encendido por las llamas del infierno con las que se había puesto en contacto.

Entonces mi corazón se detuvo dentro de mí —todos menos la familia habían sido alejados del aposento—; su padre traía de la mano a Eleanor. Con paso lento, aferrada a su brazo, entró; pero cuando sus ojos se fijaron en los contornos rígidos que yacían allí bajo el paño mortuorio, se lanzó hacia adelante, arrojándose sobre el cadáver de su amante. Antes había estado en silencio; ahora comenzó un murmullo de dolor tan desgarrador que quienes escuchábamos deseamos habernos quedado sordos antes de que nuestros oídos oyeran tonos y frases que nunca podrían olvidarse. Sería inútil que yo, un hombre, con el lenguaje y los pensamientos de un hombre, intentara repetir lo que esta mujer de corazón roto dijo a su amante muerto.

No eran tanto sus palabras como sus tonos patéticos.

Le hablaba como si estuviera vivo y pudiera oírla. Estaba resuelta a hacerle oír y sentir su amor a través de la oscura muerte que se interponía entre ellos.

—Ah, Henry —decía, en un tono bajo y acariciante, apartando con la mano los rizos de su frente—, tu cabello está húmedo todavía. ¡Pensar que te quedarías ahí fuera toda la noche... toda la noche... en el suelo, bajo la lluvia, y yo sin saberlo! Yo, durmiendo en mi cama caliente... durmiendo de verdad, y tú ahí fuera en la tormenta, muerto. ¡Eso es lo más extraño! Eso es lo que me asombra... ¡pensar que pude! Dime que me perdonas por eso, cariño... por dormir, ya sabes, cuando estabas allí fuera. Estaba pensando en ti cuando me quité la rosa del vestido por la noche. Soñé contigo toda la noche, pero si hubiera sabido dónde estabas, habría salido descalza, me habría quedado a tu lado y habría evitado que la lluvia tocara tu cara, tu querido, querido cabello que tanto me gusta y que casi nunca me atrevo a tocar. Fue cruel de mi parte dormir así. ¿Te lo imaginas? Anoche estaba molesta contigo porque no venías. Fue eso lo que me hizo estar tan animada... no porque fuera feliz. ¡Molesta contigo por no venir, cuando no podías venir porque estabas muerto! —y se echó a reír.

Mientras aquella risa suave y espantosa vibraba por la habitación, con un gemido el Sr. Argyll se levantó y salió; no pudo aguantar más. Inquieto por el temor de que su razón estuviera alterada, hablé con Mary, y nosotros dos intentamos levantarla y persuadirla para que saliera de la habitación.

—Oh, no intentéis alejarme de él otra vez —suplicó, con una sonrisa trémula que nos hizo enfermar—. No te preocupes, Henry. ¡No me voy... no me voy! Van a poner mi mano en la tuya y a enterrarme contigo. ¡Es tan curioso que yo estuviera tocando el piano y usando mi vestido nuevo, sin adivinarlo siquiera! Que estuvieras tan cerca de mí... muerto... ¡asesinado!

Los besos; los toques ligeros y gentiles de sus manos y su frente, como si pudiera lastimarlo con las caricias que no podía contener; la mirada atenta que lo observaba continuamente como esperando una respuesta; la sonrisa miserable en su rostro blanco... estas eran cosas que perseguirían a quienes las vieron en muchos sueños futuros.

—No dirás que me perdonas por cantar anoche. No me dices ni una palabra... porque estás muerto... eso es... porque estás muerto... ¡asesinado!

El eco de su propia última palabra le devolvió la razón errante.

—¡Dios mío! ¡Asesinado! —exclamó, poniéndose de repente en pie con toda su estatura y un aire terrible—; ¿quién suponéis que lo hizo?

Su primo estaba cerca; los ojos de ella recayeron sobre él al hacer la pregunta. La mirada, el modo, fueron demasiado para su sensibilidad ya sobrepasada; se encogió, me agarró del brazo y se desplomó, insensible. No me extrañó. Todos sentíamos que no podíamos soportar más.

Yendo al médico de la familia, que esperaba en otro aposento, le rogué que usara alguna influencia para retirar a la señorita Argyll de la habitación, y calmar sus sentimientos y su memoria, antes de que su cerebro cediera a la presión sobre él. Después de darnos algunas instrucciones sobre qué hacer con James, fue y habló con ella, con tanta sabiduría y tacto que el peligro para su razón pareció pasar; persuadiéndola también de tomar el polvo que él mismo le administró; pero ningún argumento pudo inducirla a abandonar la arcilla muda que no respondía.

La llegada de los parientes fue la última escena en la tragedia de aquel día. Incapaz de soportar más, salí a la oscuridad y caminé por el césped. Tenía la cabeza caliente; el aire fresco me resultó grato; me apoyé largo tiempo en el tronco de un roble, cuya sombra oscura ocultaba la luz de las estrellas a mi alrededor; el pensamiento estaba ocupado con los sucesos recientes. ¿Quién era el asesino? La pregunta daba vueltas en mi cerebro, apareciendo a cada momento, tan ciertamente como el giro de una rueda vuelve a traer un punto determinado una y otra vez a la cima. Mi formación como estudiante de leyes ayudó a mi mente a fijarse en cada mínima circunstancia que pudiera albergar una sospecha.

«¿Podría esa mujer?»... pero no, la mano de una mujer apenas habría podido dar ese golpe seguro y potente. Parecía el trabajo de una mano practicada; o, si no, al menos se había dado deliberadamente, con malicia precitada. El asesino había premeditado el acto; había vigilado a su víctima y esperado la hora. Hasta ese momento, no había absolutamente ninguna pista sobre la parte culpable; por audaz que fuera el acto, cometido al anochecer, en los lugares frecuentados por una comunidad activa, había tenido un éxito fatal; y el autor se había desvanecido tan completamente como si la tierra se hubiera abierto y se lo hubiera tragado. Nadie, hasta ahora, podía formar ninguna conjetura plausible, ni siquiera sobre el motivo.

En nombre de Eleanor Argyll —en nombre de ella, a quien amaba, cuya felicidad había visto ese día en ruinas—, juré hacer todo lo posible para descubrir y llevar ante la justicia al asesino. No sé por qué este propósito se apoderó de mí con tanta firmeza. La condena del culpable no devolvería la vida que se había quitado, ni la lozanía a un corazón prematuramente marchito; no proporcionaría consuelo a los deudos. Sin embargo, si descubrir hubiera significado llamar de nuevo a Henry Moreland al mundo del que había sido tan despiadadamente expulsado, difícilmente habría estado más decidido en la persecución. Solo en la acción podía sentir alivio de la opresión que pesaba sobre mí. No podía dar vida al muerto, pero la voz de la Justicia llamaba a gritos, para no permitir nunca que este acto cayera en el olvido, hasta haber ejecutado la venganza divina de la ley sobre el autor.

Mientras estaba allí en silencio y oscuridad, ponderando el asunto, oí un ligero crujido de las hojas secas en el suelo, y sentí, más que vi, una figura pasar a mi lado. Podría haber pensado que era uno de los sirvientes si no fuera por la evidente cautela de sus movimientos. Al poco, donde las sombras de los árboles eran menos densas, detecté a una persona escabulléndose hacia la casa. Al cruzar un espacio abierto, la luz de las estrellas reveló la forma y las ropas de una mujer; al momento siguiente volvió a entrar en la oscuridad de las sombras, donde permaneció algún tiempo, sin sospechar mi proximidad, al igual que yo apoyada contra un árbol, observando la mansión. Aparentemente satisfecha de que no hubiera nadie —la hora ya rozaba la medianoche—, se acercó con pasos vacilantes, ahora deteniéndose, ahora retrocediendo, al lado oeste de la mansión, por una de cuyas ventanas brillaba la luz solemne de las velas mortuorias. Bajo esta ventana se agachó. No pude decir si su actitud era la de estar arrodillada. Debió de ser más de una hora lo que permaneció inmóvil en ese lugar; yo, igualmente quieto, observaba la mancha oscura donde ella estaba. Por el instante en que se interpuso entre la ventana y yo, su forma se perfiló contra la luz, y vi que debía de ser la joven cuya extraña conducta en la puerta había llamado mi atención. Por supuesto no vi su rostro; pero la figura alta y esbelta, el bonete oscuro y el movimiento nervioso eran los mismos. Me atormenté con vanas conjeturas.

No podía evitar conectarla con el asesinato, o con la víctima, de alguna manera, por vaga que fuera.

Al fin se levantó, se demoró, se fue, pasando cerca de mí con aquel paso suave y crujiente de nuevo. Sentí el impulso de estirar la mano y agarrarla; su conducta era sospechosa; debía ser arrestada y examinada, aunque solo fuera para aclarar estas circunstancias. La idea de que, siguiéndola, podría rastrearla hasta algún escondite donde se guardaran pruebas o se ocultaran cómplices, contuvo mi mano.

Sincronizando cautelosamente mi paso con el suyo, para que el murmullo de las hojas no me delatara, la seguí. Mientras salía por la puerta, me puse detrás de un árbol, no fuera que mirara hacia atrás y me distinguiera; luego pasé yo, siguiéndola a lo largo de la sombra de la cerca.

Ella se apresuró en dirección al lugar donde se había cometido el asesinato; pero cuando estaba casi allí, percibiendo que algunas personas, aunque era pasada la medianoche, todavía rondaban el lugar fatal, dio la vuelta y pasó a mi lado. Tan pronto como me atreví, sin alarmarla, yo también di la vuelta, persiguiéndola por la calle larga y tranquila, hasta que la llevó a una parte más concurrida y pobre del pueblo, donde bajó por una calle lateral y desapareció en una casa de vecinos, cuyo vestíbulo de entrada estaba abierto. Debería haber ido de inmediato en busca de oficiales y registrado el lugar; pero, imprudentemente, concluí esperar a la luz del día.

Al subir por el camino a mi regreso, me encontré con James Argyll en la avenida, cerca del pórtico delantero.

—¡Oh, eres tú! —exclamó, después de que yo le hablara—. Pensé que era... era...

—¿No eres supersticioso, James? —pues su voz hueca delataba que estaba asustado.

—Me diste una sensación condenadamente inquieta al acercarte —respondió con una risa—. ¿Cómo puede la gente reír en tales circunstancias? —. ¿Dónde has estado a estas horas, Richard?

—Caminando al aire fresco. La casa me asfixiaba.

—A mí también. No podía descansar. Acabo de salir a tomar un poco de aire.

—Es casi de mañana —dije, y pasé a mi habitación.

Sabía quién velaba, sin comida, sin descanso, en la cámara de la muerte, por cuya puerta me llevaron mis pasos; pero por mucho que me doliera el corazón, no tenía palabras de consuelo para un dolor como el suyo... así que seguí adelante.

Parte I – Capítulo 4: Villa Moreland

Diversas circunstancias menores me impidieron salir en busca de la mujer que había despertado mis sospechas el día anterior hasta cerca de las nueve de la mañana. A esa hora contraté a un oficial y los dos nos dirigimos discretamente, sin comunicar nuestros planes a nadie más, a la casa de vecindad de la que ya he hablado.

Aunque Blankville no era un pueblo grande, había en él, como en casi cualquier localidad bendecida con una estación de ferrocarril, un barrio humilde donde vivía la parte más ruda de su clase trabajadora. La casa se alzaba en dicho barrio; era un edificio de madera de tres plantas, ocupado por media docena de familias, la mayoría de obreros irlandeses que trabajaban cerca de la estación. Yo había visto a la extraña joven subir al segundo piso bajo la tenue luz de la noche anterior, de modo que subimos y llamamos a la primera puerta que encontramos. Nos abrió una mujer de mediana edad y aspecto decente, que mantuvo la mano en el pomo mientras esperaba a que expusiéramos nuestro propósito; ambos entramos en su aposento antes de hablar. Una mirada rápida reveló una estancia de aspecto inocente con el mobiliario ordinario de tales sitios: una estufa de cocina, cama, mesa, etcétera; pero ningún otro inquilino. Había una alacena con la puerta abierta que mostraba su humilde despliegue de platos y víveres; no había despensas ni otros lugares donde esconderse. Estaba seguro de haber visto a la chica entrar en esta habitación al llegar a lo alto de la escalera, así que me aventuré:

—¿Está su hija en casa, señora? —¿Se refiere usted a mi sobrina?

Detecté un acento irlandés, aunque la mujer hablaba con poco deje y era evidentemente una antigua residente de nuestro país, en cierto modo americanizada.

—¡Ah! ¿Es su sobrina? Supongo que sí; una chica alta, de ojos y cabello oscuros. —Esa es la propia Leesy. ¿Buscaba que le hiciera algún trabajo? —Sí —respondió rápidamente el oficial, tomando las riendas del asunto—. Quería que me hiciera un juego de camisas, seis, con pecheras finas y pespunteadas.

Él se había fijado en una máquina de coser barata que estaba cerca de la ventana y en un fardo de muselina basta en un cesto cercano.

—Siento mucho decepcionarle, pero Leesy ya no está conmigo y yo apenas me atrevo con las labores finas. Hago camisas para los peones del ferrocarril que no tienen mujer que se las haga, pero para esas pecheras finas... —dijo con duda—. Aunque, a decir verdad, la máquina hace los puntos primorosos... ¡si no fuera por los ojales! —¿Dónde está Leesy? ¿No vive con usted? —La tengo aquí siempre que está sin empleo. Es huérfana, pobre muchacha, y no está en la sangre de un Sullivan dar la espalda a los suyos. La he criado desde que era una cosita de cinco años; le he dado educación también. Sabe leer y

escribir como las damas de alta alcurnia. —No ha dicho dónde está, Sra. Sullivan. —Está haciendo prendas finas en una mercería de Nueva York; cofias, cuellos, mangas y esas hermosas blusas plisadas. Tiene tanto gusto, y el trabajo no es tan duro como la costura lisa. Gana cuatro dólares a la semana y paga dos y medio por el alojamiento en un sitio muy decente y distinguido. Espera que la asciendan a capataza con siete dólares semanales antes de muchos meses. Estuvo aquí para pasar el domingo conmigo, suele hacerlo a menudo, y se ha vuelto en el tren de las seis esta mañana; seguro que llegará con una hora de retraso. Intenté convencerla para que se quedara el día entero, se la veía tan desmejorada... No es ella misma desde hace tiempo; parece que le ha dado una tisis o algo así. Creo que es de estar encorvada sobre la aguja. Es tan nerviosa que la noticia del asesinato de ayer casi la mata. Fue una hazaña espantosa esa, ¿no creen, caballeros? No pude pegar ojo en toda la noche pensando en ese pobre joven y en la dulce señorita con la que iba a casarse. ¡Un joven tan gallardo, generoso y educado! —¿Le conocía usted? —¡Que si le conocía! ¡Tan bien como a mi propio hijo si lo tuviera! No es que hablara nunca con él, pero pasaba por aquí a menudo de camino a casa de su padre o a la del Sr. Argyll; y Leesy cosió para su familia estos dos veranos cuando han estado aquí, y siempre le pagaban el doble. Cuando ella se marchaba, él decía, riendo con esa forma tan bella que tenía: «¿Y cuánto ha ganado hoy, señorita Sullivan, sentada ahí todas estas horas largas y calurosas?», y ella respondía: «Cincuenta centavos al día, y gracias a su madre por la buena paga»; y él metía la mano en el bolsillo, sacaba una pieza de oro de diez dólares y decía: «¡A las mujeres no se les paga ni la mitad por su trabajo! ¡Es una vergüenza! Si no ha ganado usted un dólar al día, señorita Sullivan, no ha ganado ni un centavo. Así que no tema aceptarlo, es lo que se merece». Y por eso Leesy le apreciaba tanto: él era muy considerado con los pobres. ¡Dios le bendiga! ¡Cómo pudo alguien tener corazón para hacer algo así!

Miré al oficial y encontré sus ojos escudriñando mi rostro. Evidentemente, un mismo pensamiento nos había cruzado a ambos; pero era una sospecha que ofendía la memoria inmaculada de Henry Moreland y yo, por mi parte, la desterré tan pronto como entró en mi mente. Era propio de él pagar generosamente las labores de una costurera enfermiza; no era propio de él aprovecharse de su ignorancia o gratitud de un modo que pudiera resultar en una venganza tan desesperada por parte de ella. Aquel pensamiento era un insulto para él y para la noble mujer que iba a ser su esposa. Me sonrojé ante aquella ocurrencia intrusiva y desagradable; pero el oficial, al no conocer al difunto como yo, y quizás por no tener una idea de la hombría tan exaltada como la mía, pareció sentir que aquí podía haber un hilo del que tirar.

—Leesy le apreciaba mucho, ¿no cree, Sra. Sullivan? —dijo él, tomando asiento sin ser invitado y adoptando un aire amable y chismoso—. Todo el mundo habla bien de él. ¿Así que ella cosió para la familia? —Seis semanas cada verano. Siempre estaban satisfechos con su costura; ¡tiene la mano más rápida y pulcra con la aguja! Le haría a usted esas camisas primorosas si estuviera en casa, señor. —¿Cuándo se fue a vivir a Nueva York? —A principios del invierno pasado. Hace casi un año ya. Algo le pasó; parecía que sentía nostalgia o algo extraño. Cuando dijo que quería irse a la ciudad a buscar trabajo, me dispuse a dejarla ir, pues pensé que el cambio tal vez le sentaría bien. Pero está bastante malucha y tose espantosamente por las noches. Me temo que se resfrió en esa tormenta de anteayer; subió todo el camino desde la estación bajo la lluvia. Estaba calada hasta los huesos cuando llegó aquí y blanca como una sábana. Estaba tan débil que, cuando los vecinos vinieron con la noticia ayer, dio un

grito y cayó redonda. No me extrañó que se quedara de piedra. Yo misma no he dejado de temblar todavía.

Recordé que el caballero que primero me habló de la chica dijo que ella había llegado en el tren de la mañana del sábado; no podía conciliar esto con el hecho de que llegara de la estación al anochecer. No obstante, quise formular mi pregunta de modo que no despertara sospechas sobre mi motivo.

—Si vino en el tren de las seis, debió de venir en el mismo tren que el Sr. Moreland. —Creo que vino en el vagón de las siete... sí, así fue. Eran las siete y media cuando llegó; la lluvia caía a cántaros. No le vio, porque se lo pregunté ayer. —¿En qué taller de Nueva York trabaja? —inquirió el oficial. —Está en el número 3 de Broadway —nombrando una tienda situada en algún lugar entre Wall Street y Canal. —¿La necesitan para algo? —preguntó ella de pronto, alzando la vista con agudeza, como si acabara de ocurrírsele que nuestras indagaciones eran un tanto directas. —Oh, no —replicó mi compañero poniéndose en pie—; estaba un poco cansado y pensé en descansar los pies antes de ponerme en marcha otra vez. Le agradeceré un vaso de agua, Sra. Sullivan. ¿Entonces no se encargará de las camisas? —Si pensara que puedo hacer los ojales... —Quizás su sobrina podría hacerlos en su próxima visita, si usted quisiera el trabajo —sugerí yo. —¡Vaya, pues claro que podría! Y estaría encantada de hacer algo por su vieja tía. Qué agudo es usted al recordármelo. ¿Debo ir a por el trabajo, señor? —Se lo mandaré cuando lo tenga listo. Supongo que su sobrina piensa visitarla el próximo sábado. —Bueno, a decir verdad, no sabría decirle. Le sale muy caro venir todas las semanas; pero seguro que estará aquí antes de que las seis estén terminadas. Buenos días, caballeros... y no habrán oído nada del asesino, me apuesto lo que sea.

Respondimos que no se había averiguado nada y, bajando a la calle, acordamos mientras caminábamos que el oficial iría a Nueva York y pondría a algún detective allí tras la pista de Leesy Sullivan. Informé a mi compañero de la discrepancia entre su llegada real al pueblo y su aparición en casa de su tía. O bien la mujer nos había engañado a propósito, o su sobrina no había ido a casa durante muchas horas después de desembarcar en Blankville. Fui con él a la estación, donde hicimos unas cuantas indagaciones que nos convencieron de que había llegado el sábado por la mañana, se había sentado una hora o dos en la sala de señoras y luego se había marchado hacia el centro.

Había motivos suficientes para justificar que siguiéramos investigando. Saqué de mi propio bolsillo fondos para sufragar los gastos del oficial, así como para interesar al detective de Nueva York, añadiendo que estaban a punto de ofrecerse generosas recompensas, y esperé hasta que le vi partir en su misión.

Entonces, al disponerme a ir a la oficina, ¡mi corazón sintió tal náusea ante la idea de los negocios y la rutina ordinaria de la vida en medio de tanta miseria que mis pasos rehuyeron sus sendas habituales! Nada podía hacer yo en aquel momento para socorrer o consolar a los afligidos. El cuerpo iba a ser trasladado esa tarde a la ciudad para su sepelio, al día siguiente, en el recinto familiar de Greenwood; hasta la hora del traslado, nada más podía hacer la amistad por los deudos. Mi receta habitual para los males del espíritu era una caminata larga y vigorosa; hoy sentía que solo podía respirar bajo la amplia luz del sol, tan oprimido y gélido sentía el ánimo.

La residencia de verano de los Moreland se encontraba a una milla más allá de la mansión de los Argyll, fuera del pueblo propiamente dicho, en una ladera que descendía hacia el río. Estaba rodeada de hermosos terrenos y disfrutaba de una de las vistas más bellas del Hudson.

«Un espíritu en mis pies me guio, ¿quién sabe cómo?»,

en dirección a este lugar ahora vacío y solitario; solitario, según creía yo, a excepción del jardinero y su esposa, que vivían en una casita detrás de los jardines y que permanecían allí todo el año, él para atender los asuntos del exterior y ella para cuidar de la mansión cerrada.

El lugar nunca me había parecido más hermoso, ni siquiera en el apogeo de su follaje y flores de junio, que cuando me acerqué a él en esta ocasión. Las heladas habían teñido de todos los colores majestuosos las copas de los árboles que destacaban aquí y allá; detrás de la casa, y extendiéndose hacia la puerta sur por la que entré, un bosquecillo de arces y olmos resplandecía bajo el sol otoñal; el césped delantero descendía hasta la orilla del agua, que fluía en una corriente azul y señorial, portando sobre su ancho seno pintorescos navíos blancos. En el jardín, por el que ahora caminaba, aún demoraban muchas flores brillantes: asteres dorados, rosas y púrpuras; crisantemos; algunas dalias que habían sido protegidas de la escarcha; pensamientos acechando bajo sus anchas hojas. Había sido la intención de la joven pareja hacer de este su hogar permanente tras el matrimonio, yendo a la ciudad solo durante un par de meses de invierno. Había oído que, precisamente la semana siguiente, Eleanor pensaba bajar para ayudar a Henry en la selección del nuevo mobiliario.

Allí yacía la mansión, bañada por el rico sol; el jardín centelleaba de flores como el río de ondas, tan lleno, por así decirlo, de una vida consciente y jubilosa, mientras el dueño de todo yacía en una habitación oscurecida aguardando su estrecho ataúd. Nunca me había impresionado tanto la incertidumbre de los propósitos humanos como al contemplar aquella noble residencia y pensar en el próspero futuro que se había detenido de forma tan pavorosa. Recogí un puñado de pensamientos; eran los favoritos de Eleanor. Al acercarme a la casa por el jardín, estaba casi sobre el pórtico que recorría su fachada occidental cuando percibí que estaba ocupado. Sentada en su borde exterior, con un brazo medio enroscado en una de sus columnas y el sombrero en la hierba a sus pies, vi a la costurera tras la cual había enviado a un oficial a Nueva York. Ella no me vio, y tuve la oportunidad de estudiar el rostro de la mujer sobre la que habían caído mis sospechas cuando no sabía que mi ojo estaba sobre ella y cuando su alma asomaba, sin velos, en la seguridad de la soledad. La impresión que me causó fue de desesperación. Estaba escrita en su postura y en su expresión. No era dolor ni remordimiento: era pura desesperación. Debí de permanecer quieto observándola durante media hora. En todo ese tiempo no movió ni la mano ni el párpado; su mirada estaba fija en el verde césped a sus pies. Cuando vuelvo a esa página de mi memoria, la veo, fotografiada por así decirlo en ella: cada pliegue del vestido oscuro de alguna tela de lana, raído pero pulcro; el chal negro, con ribete, apretado contra los hombros delgados, que tenían esa ligera y habitual inclinación de quienes se ganan la vida con la aguja; el cabello azabache echado hacia atrás desde la frente, la blancura de mármol y la rigidez del rostro y la boca.

Era un rostro hecho para expresar pasión. Y, aunque la única pasión expresada ahora era esa desesperación tan intensa que se volvía apatía, pude ver fácilmente cómo la barbilla redondeada y los labios carnosos podrían fundirse en estados más suaves. La frente era más bien baja, pero despejada, en

armonía con el óvalo de la mejilla y la barbilla; las cejas oscuras y algo pobladas. Recordé los salvajes ojos negros que había visto el día anterior y pude adivinar sus fuegos ocultos.

Esta era una chica que atraería interés en cualquier momento, y me pregunté mudamente qué habría enredado los hilos de su destino en la brillante trama de una fortuna superior, que ahora estaba repentinamente entretejida con el manto de la muerte. Todos sus movimientos habían servido para confirmar mi deseo de averiguar su conexión, si es que existía, con la tragedia. Me pareció que si pudiera ver sus ojos antes de que ella fuera consciente de ser observada, podría decir si había culpa o solo tristeza en su corazón; por tanto, permanecí quieto, esperando. Pero me había equivocado en mis facultades, o sus ojos las superaron. Cuando los levantó, al tiempo que un vapor venía resoplando por la base de la montaña que caía sobre el río por el este, y de repente se encontraron con los míos, donde yo estaba a no diez pies de ella, solo vi profundidades negras e insondables, que vertían una tribulación tan intensa que mi propia mirada bajó ante su poder.

No se sobresaltó al verme, cosa que, según pensé, habría hecho una persona culpable sumida en ensueños de autoacusación; pareció que solo lentamente penetraba en su conciencia el hecho de que un extraño estaba frente a ella. Cuando levanté mis ojos, que se habían hundido bajo la intensidad de los suyos, ella ya se alejaba rápidamente hacia la puerta oeste.

—Señorita Sullivan, ha olvidado su sombrero.

Parte I – Capítulo 4: La figura bajo los árboles

Con el instinto propio de una mujer, se llevó la mano al cabello para alisar sus mechones desordenados, regresó lentamente y tomó el sombrero que yo le tendía sin mediar palabra. Dudé sobre cuál debía ser mi siguiente movimiento. Deseaba dirigirme a ella; la tenía allí, a mi alcance, y debía cerciorarme, en la medida de lo posible, de las sospechas que había concebido. Podría causarle un daño irreparable si hacía públicos mis sentimientos en caso de que fuera inocente de cualquier ayuda o instigación en el crimen cometido; sin embargo, había circunstancias que difícilmente podían pasarse por alto. Aquella inexplicable ausencia suya el sábado, desde las tres de la tarde hasta una hora después de cometerse el asesinato; la afirmación de su tía de que estaba en la ciudad y el haberla encontrado yo en este lugar, sumado a la visita de medianoche a la ventana y las demás cosas que había observado, eran suficientes para justificar una indagación. No obstante, si la alarmaba prematuramente, tendría menos posibilidades de hallar pruebas, y sus cómplices, si los tuviera, se verían inducidos a tomar medidas para mayor seguridad. De cualquier modo, la haría hablar para descubrir qué ocultaba su voz.

—Su tía me dijo que se había marchado a Nueva York —dije, caminando a su lado mientras ella se alejaba.

—Eso creía ella. ¿Ha venido usted aquí a verme, señor? —preguntó, deteniéndose en seco y mirándome como si esperara que le expusiera mi asunto.

Esto, de nuevo, no parecía la trepidación propia de la culpa.

—No. He salido a dar un paseo. Supongo que nuestros pensamientos nos han guiado a ambos en la misma dirección. Este lugar tendrá interés para muchos a partir de ahora.

—¡Interés! ¡El interés de la curiosidad vulgar! Les dará algo de qué hablar. ¡Lo detesto! —Hablaba más para sí misma que para mí, mientras un rayo de fuego partía de aquellas orbes negras; al instante siguiente, su rostro recuperó aquella quietud apasionada.

Su habla no correspondía a su clase social; recordé lo que su tía había dicho sobre la educación que le había brindado y decidí que la mente de la chica era de aquellas que aspiran más allá de sus circunstancias —anhelante, ambiciosa— y que esa naturaleza aspiracional podría haberla conducido a su actual desdicha. Que era desdichada, si no pecaminosa, era algo que bastaba una mirada para asegurar.

—Yo también lo detesto. No me gusta que el dolor de mis amigos sea sometido a ojos fríos y curiosos.

—Y, sin embargo, es un privilegio tener el derecho a guardar luto. Le digo que el pesar de esa hermosa dama con la que él iba a casarse es ligero comparado con la tribulación que algunos sienten. Hay quienes la envidian.

No fueron sus palabras tanto como su voz salvaje y medio ahogada lo que les dio efecto; habló y guardó silencio, como si fuera consciente de que la verdad le había sido arrancada ante los oídos de un extraño. Habíamos llegado a la verja y ella parecía ansiosa por escapar a través de ella; pero yo la sujeté con la mano, mirándola fijamente mientras decía:

—Puede que fuera la mano de la envidia la que arrebató la copa del fruto de sus labios. Su joven vida se ha marchitado para no florecer jamás. No puedo imaginar en este mundo sino una miseria mayor que la suya, y es la miseria de la persona culpable que lleva el asesinato escrito en su alma.

Un espasmo contrajo su rostro; empujó la verja que yo aún sostenía.

—Ah, no siga —dijo—; déjeme pasar.

La abrí y ella salió disparada, huyendo por el camino que rodeaba la ladera trasera de la colina, como Ío perseguida por el tábano. Su camino se alejaba del pueblo, por lo que difícilmente esperaba volver a verla aquel día.

A los dos minutos, la mujer del jardinero subió por el camino hacia la verja. Había bajado a visitar el cadáver de su joven señor; tenía los ojos rojos de tanto llorar.

—¿Cómo está, Sr. Redfield? Son tiempos miserables estos, ¿verdad? Siento el corazón dolorido en el pecho; pero no pude derramar ni una lágrima en la habitación donde estaba él, allí tendido como si estuviera vivo, pues la señorita Eleanor estaba sentada a su lado como una estatua. Me dio escalofríos verla; no pude articular palabra por mi vida. El padre y la madre están también destrozados.

—¿Cómo está la señorita Eleanor esta mañana?

—¡Sabe Dios! No hace más que estar ahí sentada, lo más tranquila posible. A mi parecer es un mal síntoma. «Las aguas mansas son las más profundas». Temen la hora en que tengan que retirar el cuerpo de la casa; temen que ella pierda el juicio.

—No, no —respondí, estremeciéndome por dentro—; la razón de Eleanor es demasiado noble y poderosa para quebrarse, incluso ante un golpe como este.

—¿Quién es la que ha salido por la verja cuando yo doblaba la curva? ¿Era otra vez esa chica?

—¿Se refiere a Leesy Sullivan?

—Sí, señor. ¿La conoce? Actúa de forma muy extraña, a mi modo de ver. Estuvo aquí el sábado, sentada en el cenador, solita, hasta que empezó a llover; supongo que se empapó bien camino a casa. No pensé mucho en ella; era sábado y pensé que probablemente se estaba tomando un día de fiesta, y a mucha gente le gusta venir aquí, es tan agradable. Pero lo que la ha traído aquí otra vez hoy es más de lo que puedo adivinar. ¿Lo sabe usted, señor?

—No lo sé. La encontré sentada en el pórtico mirando al río. Tal vez sale a pasear y se detiene aquí a descansar. Probablemente se sienta algo como en casa, pues ha cosido mucho para la familia. Yo mismo no la conozco de nada; nunca le había hablado hasta hace un momento. ¿Llegó usted a tratarla mucho cuando estaba en la casa?

—No hablé con ella más de una docena de veces. No estaba mucho en la casa y ella siempre estaba trabajando. Parecía rápida con la aguja y una chica que se ocupaba de sus propios asuntos. Me pareció algo orgullosa para ser costurera; era guapa y supongo que lo sabía. Se está quedando más delgada; el sábado tenía unas manchas rojas en las mejillas que no me gustaron... parecía tísica.

—¿La trataba la familia con especial amabilidad? —Fue lo más cerca que me atreví a poner en palabras lo que estaba pensando.

—Ya sabe que está en la raza de los Moreland ser generosos y amables con los que están por debajo de ellos. He visto a Henry más de una vez, cuando la familia iba a salir a dar un paseo, insistir en que la señorita Sullivan ocupara un asiento en el carruaje; pero nunca cuando él iba solo. Le oí decirle a su madre que la pobre chica parecía cansada, como si necesitara un soplo de aire y un poco de libertad, y la bondadosa señora se reía de su hijo, pero hacía lo que él decía. Era propio de él. Pero me jugaría mi futuro eterno a que él nunca se aprovechó de los sentimientos de ella, si es en eso en lo que está pensando, Sr. Redfield.

—Yo también me lo jugaría, Sra. Scott. Nadie puede tener un respeto más alto por el carácter de ese noble joven caballero que yo. Resentiría un insulto a su memoria más pronto que si hubiera sido mi hermano. Pero, como usted dice, hay algo extraño en las acciones de la señorita Sullivan. Sé que puedo confiar en su discreción, Sra. Scott, pues he oído hablar muy bien de ella; no diga nada a los demás, ni siquiera a su marido, pero vigile a esa persona si vuelve a venir por aquí. Infórmeme de lo que hace y de qué lugar frecuenta.

—Así lo haré, señor. Pero no pienso mal de ella. Puede que haya tenido la desgracia de apreciar demasiado la amabilidad con la que él la trataba. Si es así, me da lástima; difícilmente podría evitarlo, pobrecilla. Henry Moreland era un joven caballero al que mucha gente quería.

Se llevó el pañuelo a los ojos en un nuevo estallido de lágrimas. Deseándole los buenos días, me dirigí al pueblo, sin saber muy bien qué hacer a continuación. La Sra. Scott era una mujer de confianza; sentí que sería la mejor detective que podría apostar en aquel lugar.

Cuando llegué a la oficina, en mi ruta de regreso a casa, entré. El Sr. Argyll estaba allí solo, con la cabeza apoyada en la mano, el rostro ansioso y desgastado, el ceño contraído en profundo pensamiento. Tan pronto como entré, se levantó de un salto, cerró la puerta exterior y me dijo en voz baja:

—Richard, ha ocurrido otra cosa extraña.

Le miré fijamente, temiendo preguntar qué.

—Me han robado dos mil dólares.

—¿Cuándo y cómo?

—Eso es lo que no sé. Hace cuatro días retiré esa suma en billetes del Park Bank. Los coloqué en un fajo, tal como los recibí, en el escritorio de mi biblioteca, en casa. Cerré el escritorio con llave y he llevado la llave en mi bolsillo. El escritorio ha estado cerrado, como de costumbre, cada vez que he ido a él. Cuánto tiempo lleva faltando el dinero, no sabría decirlo; nunca lo miré desde que lo puse allí hasta hace aproximadamente una hora. Necesitaba algo de efectivo para los gastos de esta tarde y, al ir a buscarlo, el fajo había desaparecido.

—¿No lo habrá extraviado?

—No. Tengo un cajón para mi efectivo y lo puse allí. Lo recuerdo bastante bien. Ha sido robado —y se sentó en su silla con un profundo suspiro—. Ese dinero era para mi pobre Eleanor. Iba a completar su ajuar de boda esta semana, y los dos mil dólares eran para reamueblar el lugar allá en el Grove. No me importa tanto la pérdida —ella no lo necesita ahora—, ¡pero es singular... en este momento!

Me miró, con sospechas vagas que no lograba articular flotando en su cerebro.

—¿Quién sabía que usted tenía el dinero?

—Nadie, que yo sepa, excepto mi sobrino. Él lo retiró por mí cuando bajó a la ciudad el miércoles pasado.

—¿Podría identificar el dinero?

—No todo. Solo recuerdo que había un billete de quinientos dólares en el paquete, una emisión reciente del Park Bank, del cual, posiblemente, ellos tengan el número. El resto era dinero de la ciudad de diversas denominaciones y bancos. Solo puedo pensar en una cosa que parezca probable. James debió de ser seguido desde la ciudad por algún ladrón profesional, que le vio obtener el dinero y lo vigiló, esperando una oportunidad adecuada, hasta que fue depositado en el escritorio. La llave es una común, de la que podría hacerse un duplicado fácilmente, y somos tan descuidados en esta comunidad tranquila que un ladrón podría entrar casi a cualquier hora de la noche. Quizás el mismo villano acosó al pobre Henry con la esperanza de otra cosecha.

—Olvida que no hubo intento de robar a Henry.

—Cierto, cierto. Sin embargo, el asesino pudo haber sido ahuyentado antes de asegurar su botín.

—En cuyo caso, habría regresado, ya que el cuerpo permaneció sin ser descubierto toda la noche.

—Puede ser. Estoy mareado de darle vueltas y vueltas.

—Trate de no pensar más, querido señor —dije con dulzura—. Está usted febril y enfermo ahora. Voy a ir esta tarde con los amigos a la ciudad y pondré a la policía sobre aviso respecto al dinero. Obtendremos el número del billete grande, si es posible, del banco, y haré que se investigue a los pasajeros del miércoles en el tren con James. ¿Le ha dicho algo a él sobre su pérdida?

—No le he visto desde que hice el descubrimiento. Puede decírselo si le ve primero; y haga lo que pueda, Richard, porque me siento tan débil como un niño.

Capítulo : El señor Burton, el detective

Cuando salí del despacho, me encontré con James en la escalinata; era la primera vez que lo veía ese día. No pude detenerme a informarle del robo y, tras decirle que su tío deseaba verle unos minutos, me apresuré hacia mi casa de huéspedes. Allí apenas tuve tiempo de almorzar algo en mi habitación mientras preparaba una pequeña maleta para enviar a la estación, antes de correr de vuelta a casa del señor Argyll para unirme al cortejo fúnebre que escoltaría el féretro hasta el tren. James y yo éramos dos de los ocho encargados de portar el ataúd, pero ninguno de los dos reunió la entereza suficiente para entrar en el salón donde yacía el cuerpo; creo que James aún no había contemplado el cadáver. Permanecimos fuera, en los peldaños del porche, y solo asumimos nuestra parte de la carga una vez que sacaron el féretro al jardín. Mientras esperábamos allí entre muchos otros, me dio por observar su palidez e inquietud; rasgó sus guantes negros al ponérselos y vi que le temblaban los dedos. En cuanto a mí, todo mi ser pareció detenerse cuando un único y prolongado alarido surgió de la mansión en tinieblas y flotó bajo la luz del sol hasta el oído de Dios. Se llevaban al amante lejos de su desposada. Al momento apareció el ataúd; ocupé mi lugar a su lado y avanzamos hacia la estación, pasando por el lugar exacto donde fue hallado el cadáver. James iba un paso por delante de mí y, al llegar al sitio, algún fuerte retroceso interior le hizo vacilar; luego se apartó a un lado y rodeó aquel lugar malhadado. Lo advertí, no solo por la confusión momentánea que causó en la fila, sino porque nunca le había supuesto susceptible a influencias supersticiosas o imaginativas.

Se había dispuesto un vagón privado. James y yo ocupamos un asiento; el veloz movimiento del tren se oponía a la idea de la muerte; tuvo un efecto estimulante en mi compañero, cuya palidez desapareció y quien empezó a experimentar una reacción tras su abatimiento. Me habló incesantemente sobre asuntos triviales que ahora no recuerdo, con esa voz baja pero aguda que se distingue con mayor facilidad entre el traqueteo de un tren en marcha. La necesidad de atenderle —de responder a preguntas irrelevantes cuando mi mente estaba preocupada— me irritaba. Mis pensamientos se centraban en el ataúd y en su ocupante, realizando su último viaje en circunstancias tan distintas a aquellas en las que partió, hace solo dos días, al encuentro de la mujer a la que su corazón adoraba; cuya mano nunca estrechó, cuyos labios nunca tocó, viendo los frutos de sus esperanzas segados por completo, y cuyo destino, de ahora en adelante, se hallaba en los misteriosos senderos de la gran eternidad.

No pude sentir, ni por un instante, la más mínima ligereza de corazón. Mi naturaleza era demasiado compasiva; las corrientes de mi joven sangre fluían con excesiva calidez para que pudiera sentirme de otro modo que profundamente afectado por la catástrofe. Mis ojos vertieron lágrimas interiores ante la visión de los padres, sentados delante de nosotros, con las cabezas inclinadas bajo el golpe; y, ¡ay!, mi

corazón vertió lágrimas de sangre al pensar en Eleanor, abandonada a sus espaldas en la oscuridad absoluta de una noche que había caído cuando aún era de mañana.

Cavilando sobre ella, me asombraba que su primo James pudiera despojarse de las penas ajenas como lo hacía, interesándose por trivialidades pasajeras. He dicho que nunca me gustó demasiado; pero en esto yo era una excepción a la regla general. Él era el favorito de casi todo el mundo. Al menos, rara vez dejaba de complacer y ganarse a aquellos con quienes se esforzaba por resultar agradable. Su voz era suave y bien modulada —una de esas voces que, de oírse desde otra habitación, harían que uno deseara conocer al orador—; su trato era gentil y halagador. A menudo me había preguntado por qué su evidente pasión por Eleanor no había logrado despertar el interés de ella antes de que conociera a Henry Moreland, y me respondía que se debía a una de estas dos razones: o bien su trato de primos la había imbuido de sentimientos propios de un hermano o pariente, o bien sus finas percepciones, al ser la mujer superior que era, la habían llevado inconscientemente a una verdadera valoración de las cualidades de él. Ese día sentí menos afinidad por él que nunca mientras contemplaba sus rasgos oscuros y delgados, y me encontraba con la luz de unos ojos brillantes, inconstantes y fríos. Aquel intenso egoísmo que yo le había atribuido en secreto resultaba ahora, para mi quizá demasiado aguda aprehensión, dolorosamente evidente. En mi fuero interno, mientras escuchaba sus comentarios ligeros y percibía aquel ánimo que apenas se esforzaba en reprimir, lo acusaba de alegrarse de que un rival estuviera fuera del camino y de que las posibilidades de obtener la mano de su hermosa y rica prima estuvieran de nuevo abiertas. Al principio se había mostrado conmocionado, como todos; pero ahora que tenía tiempo de ver lo ocurrido con la mirada puesta en el futuro, creía que ya estaba calculando los resultados con respecto a sus propias esperanzas y deseos. Me aparté de él con un sentimiento de aversión.

Tras descuidar el responderle hasta que se vio obligado a abandonar la conversación unilateral, recordé que aún no le había hablado respecto a la pérdida de su tío; así que le dije de improviso:

—Al señor Argyll le han robado una suma de dinero.

Una expresión inexplicable cruzó su rostro y desapareció; se fue tan pronto como llegó.

—Eso me informó justo antes de partir. Dice que usted pondrá a la policía tras la pista; que posiblemente el billete de quinientos dólares pueda ser identificado. Parece que lo sacaron de su escritorio.

—Sí; me pregunto qué será lo próximo que ocurra.

—¡Ay! Yo también me lo pregunto.

—Quién sabe de qué peligro se habrá librado usted por los pelos —dije yo—. Menos mal que vino aquí a plena luz del día; de lo contrario, como el pobre Henry, podría haber caído víctima de un golpe en la oscuridad. El señor Argyll piensa que algún ladrón profesional debió de seguirle desde la ciudad.

—¿Eso piensa él? —preguntó, mientras la sombra de una sonrisa asomaba apenas un segundo en el espejo de sus ojos; era como si hubiera una sonrisa en su corazón y un reflejo de su ser invisible cayera a través de su mirada; pero la apartó de inmediato.

—Es extraño —reanudó—; horriblemente extraño, ¿no cree? Vi ese dinero en el escritorio el viernes por la noche. Mi tío me pidió que sostuviera la lámpara un momento mientras buscaba unos papeles, y me fijé en el fajo de billetes que había en el cajón del efectivo, tal como se los había entregado. Debió de ser sustraído el sábado o el domingo... ¡Es extraño, maldita sea! ¡Debe de haber algún gran villano acechando entre nosotros! —esta última frase la pronunció con énfasis, atravesándome con sus ojos negros.

Había sospecha en su mirada, y la mía bajó ante ella. La propia inocencia se ruborizará si se ve obligada a confrontar el insulto de una acusación. Yo había tenido muchos pensamientos descabellados, y sin duda muchos erróneos y recelosos sobre varias personas desde el descubrimiento del asesinato; y aquello era devolverme la pelota de forma bastante repentina. Nunca se me ocurrió que, entre las docenas de personas sobre las que podrían recaer vagas y volátiles sospechas, podría estar yo mismo.

—Hay un misterio espantoso en alguna parte —tartamudeé.

—¡Humph! Sí, lo hay. Mi tío Argyll es precisamente el tipo de hombre al que agraviaría alguno de sus muchos amigos y allegados. Es demasiado confiado, sospecha demasiado poco de los demás... como ya le he dicho. Ha sido engañado a menudo... pero esto... ¡esto es demasiado!

Levanté la vista de nuevo, y con agudeza, para ver a qué se refería. Si pretendía insinuar encubiertamente que yo era susceptible de imputación como uno de los "amigos o allegados" que podrían perjudicar a un benefactor, deseaba entenderlo. Sabía que el señor Argyll era un amigo para mí; un amigo por el que estar agradecido; pero yo no era ningún allegado que dependiera de su generosidad, como lo era su sobrino, y la sangre caliente acudió a mi rostro y el fuego a mis ojos mientras devolvía la fría mirada de James con una expresión altiva.

—No hay mucho cariño entre nosotros, Richard —dijo al poco—, lo cual es principalmente culpa tuya; pero soy amistoso contigo; y como amigo, te sugeriría que no te hagas notar en este asunto. Si te expones demasiado, siendo tan joven y teniendo, al parecer, tan poco interés en el tema, podrías atraer comentarios desagradables sobre ti. Quedémonos al margen y dejemos que nuestros mayores hagan el trabajo. En cuanto a ese dinero, si tiene o no alguna conexión con el... el otro asunto, el tiempo lo dirá. Deja que la policía haga lo que pueda; mi consejo para ti es que te mantengas en un segundo plano.

—Su proceder puede ser prudente, James —fue mi respuesta—; no pido su aprobación para el mío. Pero hay una cosa que tengo decidida. Mientras viva y el asesino de Henry Moreland no sea descubierto, no descansaré. En nombre de Eleanor, me consagro a esta misión. Puedo enfrentarme al mundo entero en su nombre y no temer nada.

Él se dio la vuelta con una mueca de desprecio, ocupándose de observar el paisaje por la ventana. Durante el resto del viaje hablamos poco; sus palabras me habían causado una sensación curiosa; había recibido tantas sacudidas en mis sentimientos en las últimas cuarenta y ocho horas que esta nueva de encontrarme bajo el ojo de la sospecha se mezcló en el torbellino desconcertante de todo lo demás, hasta que casi empecé a dudar de mi propia identidad y de la de los otros. Una visión de Leesy Sullivan, cuyos pasos errantes podrían estar aún recorriendo colinas y campos, se cernía ante mí... y de toda esta distracción, mis pensamientos se asentaron en Eleanor. Rogué a Dios fervientemente que estuviera con ella en esta hora; ya fuera para fortalecer su corazón y su cerebro para soportar su

aflicción sin desmoronarse bajo el peso, o para llevársela de inmediato con Él, donde Henry la aguardaba en las mansiones de su hogar eterno.

La llegada del tren a la calle Treinta me devolvió a mis deberes presentes. Los carruajes esperaban para trasladar el ataúd y su escolta a la casa de los padres, habiéndose dispuesto el funeral para el día siguiente. Vi al oficial que había bajado de Blankville por la mañana, esperando en la estación para hablar conmigo; pero no hizo falta que me dijera que no había encontrado a la costurera en su lugar de trabajo. Concerté una cita para reunirme con él por la noche en el Metropolitan y ocupé mi lugar en la triste procesión hacia la casa de los Moreland.

Estaba ansioso por dar aviso del robo en el banco y por averiguar si podían identificar parte del dinero, especialmente el billete grande que, al ser nuevo, esperaba que tuvieran registrado. Sin embargo, el horario bancario del día había terminado, y solo importunando al señor Moreland sobre el asunto podría lograr que se hiciera algo. Decidí hacerlo así; entonces él me dijo que, yendo directamente al banco, creía que podría acceder al cajero; y si no, me dio su dirección para que pudiera buscarle en su residencia. El señor Moreland también me aconsejó que llevara conmigo a algún detective competente que fuera testigo de la declaración del cajero con respecto al dinero pagado a James Argyll bajo el giro de su tío, y que fuera contratado para poner al resto de la fuerza en su búsqueda, o de cualquier parte del mismo que fuera identificable. Me dio el nombre de un oficial con quien tenía un trato ocasional y de cuyas habilidades tenía una alta opinión; diciéndome que hiciera uso libre de su nombre e influencia, si la tenía, ante él y la policía.

—Y por favor, señor Redfield —o James aquí presente, si estuviera usted demasiado ocupado—, redacten un anuncio para los periódicos de mañana, ofreciendo una recompensa de cinco mil dólares por la detección y condena del... del... asesino.

James estaba junto a nosotros durante la conversación; y casi retiré mi veredicto sobre su egoísmo al notar cómo se encogía cuando el ojo del desolado padre se posaba en él, y cuán en vano se esforzaba por parecer tranquilo ante el conmovedor espectáculo del caballero de cabellos canos forzando sus labios trémulos a pronunciar la palabra: "asesino". Él temblaba mucho más que yo mientras cada uno estrechábamos la mano del señor Moreland y bajábamos la escalinata.

—Le ha dejado destrozado —dijo, deteniéndose un momento en la acera para limpiarse el sudor de la frente, aunque el día no era caluroso en absoluto—. Creo —añadió mientras caminaba— que si la persona que decide cometer un crimen reflexionara sobre todas las consecuencias de ese acto, este quedaría sin hacerse para siempre. Pero no lo hace. Solo ve un objeto en el camino de sus deseos y lo aparta, sin importarle la ruina que abrumará a lo que le rodea, hasta que ve el naufragio a su alrededor. Entonces es demasiado tarde para el remordimiento... al diablo con él. Pero no necesito filosofar ante ti, Richard, que te has ganado precozmente ese privilegio de sabiduría —con esa desagradable media risa suya—; solo pensaba en cómo debió de sentirse el culpable si hubiera podido ver al padre de Henry tal como lo acabamos de ver nosotros —y de nuevo sentí su mirada sobre mí. Ciertamente, no parecía haber perspectivas de que nuestra amistad aumentara. Hubiera preferido prescindir de su compañía mientras volcaba todas mis energías en el asunto que tenía por delante; pero era bastante natural que él esperara acompañarme en un recado en el que debía tener un interés tan profundo como el mío. Al salir

de la avenida a Broadway tomamos una diligencia, viajando hasta Grand Street, donde bajamos y caminamos hasta la oficina de la policía de detectives.

El jefe no estaba en el momento de nuestra entrada; fuimos recibidos por un subordinado e interrogados sobre nuestra visita. Los periódicos matutinos habían anunciado el melancólico y misterioso asesinato por toda la ciudad; cientos de miles de personas se habían maravillado ya por la audacia y el éxito, el silencio y la rapidez con que se había cometido el acto, sin dejar ni una pista con la que rastrear al perpetrador. Había sido la sensación del día en todo Nueva York y sus alrededores. La mente del público bullía con conjeturas sobre el motivo del crimen. Y esta iba a ser una de las agudas espinas clavadas en los corazones de los afligidos amigos del asesinado. De repente, bajo la luz chillona del día, bajo la mirada despiadada de un millón de ojos curiosos, se arrastraba cada palabra, acto o circunstancia de la vida tan abruptamente interrumpida. Era necesario para la investigación del asunto que se leyeran las páginas más secretas de su historia, y no es propio de un diario descuidar tales oportunidades de sacar tajada. Permítanme decir aquí que ni un personaje entre diez mil habría podido soportar este juicio de fuego como lo hizo el de Henry Moreland. Ni un asalariado agraviado, ni un enemigo declarado, ni una intriga secreta, ni deudas de juego... ni una mancha en el brillante historial de su amable y cristiana vida.

Volvamos a la oficina de detectives. Nuestro recado recibió atención inmediata de la persona a cargo, quien envió un mensajero a por el jefe. También nos informó de que varios de sus mejores hombres habían subido a Blankville esa tarde para conferenciar con las autoridades de allí. El bienestar público exigía, así como el interés de individuos particulares, que el culpable fuera descubierto, si era posible. La aparente impunidad con la que se había cometido el crimen era alarmante, haciendo que todos sintieran como un asunto personal el ayudar a desalentar cualquier otra práctica semejante; además, la policía sabía que sus esfuerzos serían bien recompensados.

Mientras estábamos sentados hablando con el oficial, me fijé en el único otro ocupante de la habitación, quien me causó una impresión peculiar que no pude explicar.

Era un hombre corpulento, de mediana edad, de rostro rubicundo y cabello arenoso. Vestía de forma discreta, a la manera ordinaria de la estación, y no tenía nada que lo distinguiera de otros mil hombres de apariencia similar, a menos que fuera la expresión de sus pequeños ojos de un gris azulado, cuya mirada, cuando me encontraba con ella por casualidad, parecía no estar mirándome, sino mirando dentro de mí. Sin embargo, la apartaba y se ocupaba en mirar por la ventana a los transeúntes. Parecía ser un extraño que esperaba, como nosotros, la llegada del jefe.

Deseando asegurar los servicios del detective en particular que el señor Moreland había recomendado, pregunté al subordinado que nos atendía si podía informarme de dónde se encontraba el señor Burton.

—¿Burton? Creo que no conozco a nadie con ese nombre... si exceptúo mi experiencia teatral con el señor Toodles —añadió con una sonrisa, evocada por alguna visión pasajera de su última visita al teatro.

—¿Entonces no hay ningún señor Burton que pertenezca a su fuerza?

—No que yo conozca. Pero podría ser uno de los nuestros, a pesar de todo. Aquí no pretendemos conocer ni a nuestros propios hermanos. Puede preguntarle al señor Browne cuando llegue.

Todo este tiempo, el extraño de la ventana permaneció inmóvil, absorto contemplando la multitud de personas y vehículos en la calle de abajo; y ahora yo, no teniendo otra cosa que hacer, lo observé. Sentí que emanaba de él un magnetismo, como de una fábrica de fuerzas vitales; sentí, instintivamente, que poseía una voluntad de hierro y un valor indomable; estaba especulando, según mi hábito soñador, sobre sus características, cuando apareció el jefe y nosotros, es decir, James y yo, expusimos nuestro caso; al mismo tiempo, mencioné que el señor Moreland deseaba que se asignara al señor Burton para ayudar en nuestras investigaciones.

—¡Ah, sí! —dijo el señor Browne—, no hay muchos ajenos a esto que conozcan a esa persona. Es mi mano derecha, pero no dejo que la izquierda sepa lo que hace. El señor Moreland contó con sus servicios una vez, recuerdo, para rastrear a unos ladrones que habían entrado en su banco. ¡Pobre joven Moreland! ¡Le he visto a menudo! Un asunto estremecedor, de veras. No debemos descansar hasta saber más. Solo espero que podamos ser de servicio para su afligido padre. Burton está precisamente aquí, por fortuna —y señaló al mismo extraño sentado junto a la ventana, quien había oído las indagaciones hechas por él sin la menor demostración de que tal ser tuviera existencia alguna en lo que a él respectaba, y quien ahora se levantó lentamente y se acercó a nosotros. Los cuatro entramos en una habitación interior donde fuimos presentados, y acercando nuestras sillas en un círculo cerrado, comenzamos, en voz baja, la discusión de nuestro asunto.

El señor Browne se mostró locuaz cuando supo que se había cometido un robo en casa del señor Argyll. No tenía duda, dijo, de que los dos crímenes estaban conectados, y sería extraño, por cierto, que no pudiera descubrirse nada relacionado con ninguno de ellos. Esperaba que el crimen menor fuera el medio para delatar el mayor. Confiaba en que el pícaro, quienquiera que fuera él o ella, hubiera hecho algo en este acto imprudente para traicionarse a sí mismo. Tenía esperanzas en el billete de quinientos dólares.

El señor Burton dijo muy poco, aparte de hacer dos o tres preguntas; pero era un buen oyente. Gran parte del tiempo permaneció con los ojos fijos en James, quien llevó gran parte del peso de la charla. No sabría decir, por mi vida, si James era consciente de aquellos ojos grisáceos; si lo era, no parecían molestarle mucho; hizo sus declaraciones de manera tranquila y lúcida, mirando al rostro del señor Burton con una mirada clara y abierta. Al cabo de un rato, este último empezó a mostrarse inquieto; por muy poderosa que fuera su complexión física y mental, vi un temblor en ambas; se obligó a permanecer quieto en su silla, pero para mí tenía el aire de un león que ve a su presa a poca distancia y que tiembla de contención. La luz de sus ojos se redujo a un solo destello de fuego concentrado —una punta de acero brillante—; nos observaba al resto y decía poco. Si yo hubiera sido un hombre culpable, me habría encogido ante esa observación, atravesando las mismas paredes o saltando por una ventana de un quinto piso si no hubiera habido otra salida; me pareció que habría sido insoportable para cualquier conciencia acusadora; pero al no estar mi propia mente cargada con pecados más pesados que unas pocas locuras juveniles —salvando el egoísmo y la mundanidad que forman parte de todas las naturalezas humanas—, me sentí bastante libre, respirando con facilidad, mientras notaba con interés el cambio silencioso que se operaba en el detective.

Cada vez más como un león a punto de saltar se volvía; pero si su presa estaba cerca y visible, o lejos y visible solo para su mirada mental, no sabría decirlo. Di un respingo cuando finalmente se puso en pie rápidamente; esperaba verle abalanzarse sobre algún fantasma culpable, intangible para nosotros, y

despedazarlo en una rabia honesta; pero fuera cual fuese la pasión en su interior, la controló, diciendo solo, con un poco de impaciencia:

—¡Basta, caballeros, ya hemos hablado bastante! Browne, ¿irá con el señor Argyll al banco y verá lo de ese dinero? No deseo que se me conozca allí como miembro de su fuerza. Caminaré hasta su hotel con el señor Redfield, y usted puede reunirse con nosotros allí a cualquier hora que decida fijar.

—Llevará hasta la hora del té lo del banco. Digamos a las ocho, entonces; estaremos en el...

—Metropolitan —dije yo, y el cuarteto se separó, yendo la mitad hacia la parte alta y la otra mitad hacia la parte baja de la ciudad.

En nuestro camino al hotel entablamos una conversación distendida sobre temas totalmente alejados del que absorbía los pensamientos más graves de ambos. El señor Burton habló más ahora de lo que había hecho en la oficina, quizá con el objeto de hacerme expresar libremente; aunque, si era así, se las arregló con tanto tacto que su deseo no resultaba aparente. Tuvo poco éxito; la calamidad de nuestra casa pesaba demasiado sobre mí para que pudiera olvidarla en un instante; pero me sorprendía constantemente el carácter del hombre que estaba conociendo. Era inteligente, incluso instruido, un caballero en lenguaje y trato; una persona muy distinta, de hecho, de lo que yo había esperado de un miembro de la policía de detectives.

Encerrados en el salón privado que conseguí en el Metropolitan, se volvió a abordar y a discutir a fondo el tema del asesinato. El señor Burton se ganó mi confianza de forma tan inevitable que no vacilé en desvelarle la intimidad del hogar del señor Argyll, siempre que se consultaban los hábitos o circunstancias de la familia en relación con el misterio. Y cuando me dijo, fijando su vista en mí, pero hablando con dulzura:

—Usted también amaba a la joven...

No me ruboricé ni me enfadé. Aquel ojo penetrante había leído el secreto de mi corazón, que nunca había sido hablado ni escrito; sin embargo, no me sentí ultrajado porque se hubiera atrevido a leérmelo en voz alta. Si podía encontrar algo en mi contra en esa verdad, la más sagrada de mi existencia, era bienvenido a ello.

—Que así sea —dije—; eso queda para mí y para nadie más.

—Hay otros que la aman —continuó él—, pero hay una diferencia en la calidad del amor. Existe aquel que santifica, y algo, llamado por el mismo nombre, que es una excusa para una perfidia infinita. En mi experiencia, he encontrado el amor de una mujer y el amor al dinero en el fondo de casi todas las desgracias; la codicia de ganancia es, con mucho, la más común y fuerte; y cuando ambas se combinan, hay motivo suficiente para la tragedia más oscura. Pero hablaba usted de una joven de quien sospecha.

Le dije al señor Burton que en este asunto confiaba en su discreción; que no lo había mencionado ante el señor Browne porque me repelía el peligro de fijar una sospecha ruinosa sobre una persona que pudiera ser perfectamente inocente; pero que las circunstancias eran tales que exigían una investigación, la cual estaba seguro de que él era la persona indicada para llevar a cabo. Le di entonces un relato detallado de todo lo que había visto o aprendido sobre la costurera. Estuvo de acuerdo conmigo en que debía ser puesta bajo vigilancia secreta. Le dije que el oficial de Blankville vendría

después del té, momento en el que podríamos consultar juntos y concluir la discusión antes de la llegada de James y del señor Browne; y entonces hice sonar la campana, encargando una cena ligera en nuestra habitación.

El oficial de Blankville no tenía nada que informar sobre la señorita Sullivan, salvo que no había llegado ni a su casa de huéspedes ni al taller donde trabajaba, y que su reputación era intachable en ambos lugares. Se la habían descrito como una persona «estrictamente decorosa», muy reservada, de salud delicada, de apariencia triste y una excelente trabajadora; que nunca se supo de ningún caballero que fuera a verla y que nunca salía después de regresar a su pensión al terminar la jornada laboral. Le pedimos entonces que no dijera nada sobre ella a sus compañeros oficiales y que mantuviera el asunto fuera de los periódicos, ya que lamentaríamos causar un daño irreparable a alguien que pudiera ser inocente.

Parecía que el destino favorecía al culpable. El señor Browne, puntualmente a las ocho, informó de que el banco no podía identificar nada del dinero pagado a James Argyll por orden del señor Argyll; ni siquiera su propio billete de quinientos dólares, que era de una emisión reciente. Habían entregado tal billete por el giro, pero desconocían el número.

—No obstante —dijo el señor Browne—, los billetes de esa denominación no son comunes, y estaremos atentos a ellos allí donde se ofrezcan.

—Pero incluso si se descubriera al ladrón, no hay pruebas de que eso estableciera conexión alguna con el asesinato. Puede haber sido una coincidencia —comentó James—. A menudo he notado que a una calamidad le sigue siempre otra. Si hay un desastre ferroviario, la explosión de un molino de pólvora o un vapor destruido por el fuego, antes de que el horror del primer accidente haya dejado de estremecer nuestros nervios, es casi seguro que nos sobresaltará otra catástrofe.

—Yo también —dijo el señor Burton— he observado la sucesión de acontecimientos; ecos, por así decirlo, que siguen al trueno. Y por lo general he comprobado que, al igual que los ecos, tenían una causa natural.

James se movió inquieto en su silla, se levantó, apartó la cortina y miró hacia la noche. A menudo había notado que era algo supersticioso; tal vez veía los ojos de Henry Moreland mirándolo desde las alturas estrelladas; cerró las cortinas de golpe con un escalofrío y regresó con nosotros.

—No es imposible —dijo, manteniendo el rostro en la sombra, pues no quería que viéramos cómo le había afectado la noche— que alguno de los empleados del banco del señor Moreland —tal vez alguna persona de confianza y responsabilidad— fuera descubierto por Henry realizando asientos falsos o alguna otra deshonestidad, y que para ahorrarse la deshonra de la delación y el despido, haya quitado de en medio a quien lo descubrió. Debería revisarse a fondo todo el negocio del establecimiento. Parece que Henry fue directamente a los vagones desde la oficina; de modo que, si hubiera surgido algún problema entre él y uno de los empleados, no habría tenido oportunidad de consultar a su padre, que no estuvo en el lugar en toda la tarde.

—Su sugerencia es buena —dijo el señor Browne—, y debe ser atendida.

—El paradero de cada uno de los empleados, hasta el del mozo, en el momento del asesinato, ya ha sido verificado. Todos estaban en la ciudad —dijo el señor Burton con precisión.

Poco después, el grupo se separó por esa noche. Llegó una urgente invitación del señor Moreland para que James y yo nos alojáramos en su casa durante nuestra estancia en la ciudad; pero pensamos que era mejor no perturbar la quietud de la casa de luto con los asuntos que deseábamos impulsar, y respondimos en ese sentido. Eran casi las diez cuando James recordó que no habíamos ido a las oficinas de los diarios con los anuncios que debían aparecer por la mañana. Me costó pocos minutos redactar uno, que luego copiamos en tres o cuatro hojas de papel, y encontrando a un recadero abajo, lo despachamos con dos de las copias a sendos diarios, y nosotros mismos nos apresuramos con las otras. Yo fui a un establecimiento y mi compañero a otro, a fin de agilizar los trámites, sabiendo que era dudoso que lográramos insertarlos a esa hora tan tardía. Habiendo cumplido con mi cometido a mi satisfacción, pensé en caminar hasta la calle siguiente para encontrarme con James, a quien probablemente encontraría de regreso, ya que tenía que ir un poco más lejos que yo. Al acercarme al edificio al que él había ido, que estaba brillantemente iluminado para el trabajo nocturno, vi a James salir a la acera, mirar a su alrededor un instante y luego partir en dirección opuesta a la que le llevaría de vuelta a Broadway y a su hotel. No me había observado, pues yo me hallaba casualmente en la sombra en aquel momento; y yo, sin ningún motivo particular que pudiera analizar, partí tras él, pensando en alcanzarle y ofrecerme a acompañarle en el paseo. Sin embargo, iba a un paso tan rápido que seguí quedándome atrás. Nuestro trayecto transcurrió por las calles Nassau y Fulton hasta el transbordador de Brooklyn. Aceleré el paso casi hasta correr cuando James entró en la terminal del ferry, pues vi que un barco estaba a punto de zarpar; pero sufrí un retraso irritante al buscar cambio suelto, de modo que pasé justo a tiempo para ver cómo el barco se alejaba; el propio James tuvo que dar un salto acrobático para alcanzarlo cuando ya estaba en marcha. A esa hora solo pasaba un barco cada quince minutos; por supuesto, abandoné la persecución; y sentándome al final del puente, dejé que el viento fresco de la bahía y del río soplara contra mi rostro ardiente, mientras contemplaba las aguas oscuras, escuchando su incesante lamento contra los pilares y observando dónde vislumbraban bajo las luces de la orilla opuesta. Las lámparas azules y rojas de los barcos en movimiento, en mi estado de ánimo actual, tenían un efecto extraño y fantasmal; los miles de mástiles de los barcos amarrados se alzaban desnudos contra el cielo, como un bosque de pinos esqueléticos y marchitos. Una tristeza, la más profunda que jamás había sentido en mi vida, cayó sobre mí; una tristeza demasiado honda para cualquier expresión. El agua cambiante, deslizándose y suspirando sobre las obras de los hombres que la irritaban; el cielo centelleante e inalcanzable; el bosque sin hojas; el viento fresco de sus soledades oceánicas... todo esto la interpretaba en parte, pero no por completo. Su alma, en lo que al alma de la Naturaleza respecta, estaba en sintonía con la mía; pero en la humanidad yace una profundidad aún más profunda, se eleva una altura mayor. Estaba tan solo como si casi un millón de semejantes no me rodearan de aquel modo. Pensé en las muchas tragedias sobre las que estas aguas se habían cerrado; en los secretos que habían ocultado; en las muchas vidas succionadas bajo estos puentes despiadados; en las oscuras criaturas que frecuentaban estos muelles en horas aciagas... pero sobre todo pensé en una alcoba distante, donde una muchacha que ayer estaba tan llena de amor y belleza como una rosa matinal lo está de rocío y fragancia —cuya vida rebosaba luz, cuyo paso era imperial con la felicidad de la juventud— yacía, agotada y pálida, sobre su lecho de fatiga, exhalando suspiros de miseria infinita. Pensé en el cortejo fúnebre que mañana, al mediodía, vendría por este camino y recorrería

estas aguas hacia aquel jardín de reposo, cuyas blancas lápidas sabía yo que brillaban ahora bajo la «luz fría de las estrellas», aunque no pudiera verlas.

Así estuve sentado, envuelto en cavilaciones, hasta que un policía que, es probable, llevara mucho tiempo observándome, preguntándose si yo sería un personaje sospechoso, gritó: «¡Cuidado con las piernas, joven!»; y me puse en pie de un salto mientras el barco de vuelta entraba en su muelle, derivando y golpeando con estruendo contra el extremo del puente donde mis piernas habían estado colgando.

Esperé hasta que, entre los no muy numerosos pasajeros, percibí a James pasando deprisa, momento en el que deslicé mi mano en su brazo con calma, diciendo:

—Vaya carrera me ha hecho dar... ¿qué demonios ha ido a hacer a Brooklyn?

Dio un brinco al oír mi voz y sentir mi contacto; luego se enfadó, como suele hacer la gente cuando se sobresalta o se asusta, una vez pasado el choque.

—¿Qué le importa eso a usted, señor? ¿Cómo se atreve a seguirme? Si ha asumido el cargo de espía, hágamelo saber.

—Le pido perdón —respondí, retirándome de su brazo—, caminé hasta la oficina del H—— para encontrarme con usted y le vi alejarse en esta dirección. No tenía ningún objetivo particular al seguirle, y tal vez no debí hacerlo.

—Hablé demasiado deprisa —dijo casi de inmediato—. Olvídalo, Richard. Se abalanzó sobre mí de forma tan inesperada que me dio un choque nervioso; irritó mi combatividad, supongo. Pensé, por supuesto, que ya habría vuelto al hotel y, sintiéndome demasiado inquieto para regresar a mi pequeño dormitorio de allí, decidí probar el efecto de un viaje a través del río. El aire vigorizante me ha entonado. Creo que ya puedo volver y dormir —ofreciendo de nuevo su brazo, que tomé, y desandamos lentamente nuestros pasos hacia el Metropolitan.

No afligiré el corazón de mi lector obligándole a formar parte de la fúnebre procesión que siguió a Henry Moreland hasta su tumba prematura. A las dos de la tarde del martes, todo había terminado. La víctima fue ocultada de la faz de la tierra; sonriente, como si estuviera dormido, soñando con su Eleanor, fue entregado a esa oscuridad de la que nunca despertaría para encontrarla... mientras aquel que lo había abatido caminaba libre bajo la luz del sol del cielo. No dar paz a esa criatura culpable era el propósito de mi corazón.

James resolvió regresar a Blankville en el tren de las cinco. Parecía enfermo y decía sentirse así; que la última y penosa escena lo había «dejado agotado»; y, además, su tío seguramente querría que uno de nosotros le ayudara en casa. A esto asentí, con la intención de quedarme yo mismo en la ciudad un día o dos, hasta que el señor Burton estuviera preparado para salir hacia Blankville conmigo.

Después de que aquellos amigos del pueblo que habían bajado para asistir al funeral partieran hacia casa en los coches de la tarde, fui a mi habitación para tener otra entrevista con el detective. Entre tanto, yo había oído algunos pormenores de la historia del señor Burton, lo cual había aumentado enormemente el interés que ya sentía por él. Había elegido su ocupación actual por la conciencia de su aptitud para ella. Gozaba de una situación independiente y no aceptaba salario por lo que para él era

una labor de amor; rara vez aceptaba ninguna de las generosas sumas que le ofrecían partes agradecidas que se habían beneficiado de su pericia, excepto para cubrir los gastos a los que los viajes largos u otras necesidades del caso pudieran haberle sometido. Llevaba en la «profesión» solo unos pocos años. Antaño había sido comerciante de transportes, universalmente estimado por su integridad y portando consigo esa influencia personal que los hombres de voluntad firme y discriminación inusual ejercen sobre aquellos con quienes entran en contacto. Pero que poseyera poderes extraordinarios, del tipo que desde entonces se habían desarrollado, lo ignoraba tanto él como los demás. Un accidente, que se los reveló, dio forma al curso futuro de su vida. Una noche borrascosa y ventosa, las campanas de incendio de Nueva York tocaron una alarma feroz; las llamas de una gran conflagración iluminaron el cielo; los bomberos trabajaron valerosamente, como era su costumbre, pero el aire era gélido y el pavimento estaba helado, y el viento invernal «hacía tales trucos fantásticos ante el alto cielo» que hacían que el ángel de la misericordia casi desesperara. Antes de que el fuego pudiera ser sofocado, cuatro grandes almacenes habían ardido hasta los cimientos, y en uno de ellos una gran cantidad de mercancía sin asegurar por la que el señor Burton era responsable.

La pérdida, para él, fue grave. Apenas escapó de la quiebra reduciendo su negocio al mínimo y, mediante el ejercicio de una gran prudencia, logró salvar un resto de su fortuna con el que, tan pronto como pudo invertirlo ventajosamente, se retiró de su carrera mercantil. Su mente estaba fija en un nuevo negocio, que le inhabilitaba para cualquier otro.

Se supuso que el incendio fue puramente accidental; las compañías de seguros, por lo general bastante cautas, habían pagado sus diversas sumas de seguro a aquellos afortunados perdedores que no estaban, como el señor Burton, desprevenidos. Estos perdedores eran hombres de riqueza y de la más alta posición como firmas comerciales; altos y poderosos potentados contra los cuales exhalar un hálito de calumnia era sepultar al individuo audaz en las ruinas de su propia presunción. El señor Burton tenía la convicción íntima de que estos hombres eran culpables de provocar el incendio. Lo sabía. Su mente percibía su culpabilidad. Pero no podía hacer ninguna alegación contra ellos sobre una base tan insustancial como esta. Se puso a trabajar, silenciosa y solitariamente, para reunir los hilos del cable de su prueba; y cuando lo hubo hecho lo bastante fuerte como para colgarlos dos veces —pues dos vidas, la de un mozo y un dependiente, se habían perdido en los edificios en llamas— les amenazó con la denuncia a menos que le resarcieran de la pérdida que había sufrido por su villanía. Se rieron de él desde su baluarte de respetabilidad. Llevó el caso a los tribunales. ¡Ay de la pura y blanca estatua de la Justicia que embellece las profanadas cámaras de la ley! Unidos entre sí, con inagotables medios de corrupción a su mando, los culpables triunfaron.

Durante esta experiencia, el señor Burton obtuvo una visión interna de la vida: en los mercados, en la bolsa, en los tribunales y en los lugares altos y bajos donde los hombres se congregan. Era como si, con el hilo en la mano que había entresacado, desenredara toda la trama de la iniquidad humana. Ardiendo con el sentimiento de sus propios agravios, no podía mirar con calma y ver a otros expuestos de forma similar; se quedó fascinado con su labor de sacar a la luz los peligrosos secretos de una comunidad. Cuanto más ponía en juego las facultades peculiares de su mente, que le convertían en un cazador tan exitoso en las sendas de los culpables, más maravilloso resultaba su desarrollo. Era como un indio tras el rastro de su enemigo: la hierba doblada, la rama rota, el rocío efímero... que para los no iniciados eran «trivialidades ligeras como el aire», para él eran «pruebas sólidas como las Sagradas Escrituras».

En este trabajo no le movían motivos perniciosos. Recto y humano, con un corazón generoso que se compadecía de los inocentes perjudicados, su conciencia no le permitía descanso si permitía que el crimen, que él podía ver caminando donde otros no podían, floreciera sin molestias bajo el sol hecho para mejores usos. Se vinculó a la policía secreta de detectives, trabajando solo en aquellos casos que demandaran el beneficio de sus singulares poderes.

Todo esto sobre el señor Burton me había revelado el jefe de policía durante una breve entrevista por la mañana; y esta información, es de suponer, no había disminuido la fascinación que él ejercía sobre mí. Lo primero que dijo, tras los saludos del día, cuando vino a mi habitación, fue:

—He averiguado que nuestra costurera tiene un visitante que es constante. Hay una mujer de mediana edad, una niñera, que trae a un niño, ahora de aproximadamente un año, todos los domingos para pasar medio día con ella, cuando no sube a Blankville. En tales ocasiones, lo trae por la noche, en algún momento de la semana. Pasa, según dice la dueña de la pensión, por el hijo de una prima de la señorita Sullivan, que se casó con un joven de poco valor que la abandonó a los tres meses y se marchó al oeste; la madre murió en el parto, dejándolo totalmente desamparado, y la señorita Sullivan, para mantenerlo fuera del hospital de caridad, contrató a esta mujer para que lo amamantara junto con su propio bebé, por lo cual le paga doce chelines a la semana. Según su historia a la patrona, estaba muy apegada a su pobre prima y no podía abandonar al pequeño por ella.

—Todo lo cual puede ser verdad...

—O falso, según resulte el caso.

—Ciertamente no será difícil averiguar si tal prima realmente se casó y murió, como se afirma. Supongo que la muchacha aún no ha regresado a su trabajo, ¿verdad?

—No lo ha hecho. Su ausencia le da al asunto un mal cariz. Alguna conexión tiene indudablemente con el caso; en cuanto a qué grado de implicación tuvo en él, solo lo sabremos cuando la encontremos. Sea quien sea la madre del niño, parece evidente, por el tenor de la historia de la dueña, que la señorita Sullivan le tiene mucho cariño; es lícito presumir que, tarde o temprano, volverá para ver cómo está. En su ansiedad por llegar al nido, volará a la trampa. He hecho gestiones para que se me informe si aparece en alguno de sus antiguos escondites o en casa de la niñera. Y ahora, creo que subiré a Blankville con usted por un solo día. Deseo ver el escenario de la tragedia, incluyendo la residencia del señor Argyll, el césped, la biblioteca de donde se sustrajo el dinero, etc. Un cuadro claro de todo ello, llevado en mi mente, puede ser de utilidad de formas inesperadas. Si no oímos nada de ella en el pueblo, regresaré a la ciudad y esperaré su reaparición aquí, que con seguridad ocurrirá en el plazo de un mes.

—¿Por qué en el plazo de un mes?

—Las mujeres se arriesgan, siempre, allí donde un niño pequeño lo exige. Cuando la niñera encuentre al bebé abandonado por su protectora y los salarios sin pagar, entregará el cargo a las autoridades. Para evitar esto, la muchacha volverá aquí para ocuparse de él. No obstante, espero que no tardemos un mes en llegar a lo que queremos. Sería curioso que no termináramos con todo este melancólico asunto antes de eso. ¡Y por cierto, usted y el joven Argyll tuvieron una buena carrera al escondite la otra noche! —y

cuando le miré con asombro ante este comentario, se limitó a reír—. Es mi profesión, ya sabe —fue su única explicación.

Capítulo 6: Dos eslabones de la cadena

Subimos a Blankville esa noche, llegando tarde. Confieso que sentí un escalofrío como de acero frío y miré por encima del hombro mientras subíamos la colina desde la estación; pero mi compañero no fue culpable de tal debilidad. Se mantuvo tan alerta como se lo permitió la luz de una luna poniente, pero solo con el fin de familiarizarse con las instalaciones. Pasamos ante la mansión de los Argyll de camino a mi pensión; era demasiado tarde para hacer una visita; las luces estaban apagadas, excepto la tenue lámpara que siempre quedaba encendida en el vestíbulo y en dos o tres de los aposentos. Una oleada de emoción me oprimió al acercarme; de buena gana habría apoyado la cabeza contra los pilares de la entrada para llorar... lágrimas como las que un hombre puede verter sin reproche cuando la mujer a la que ama sufre. Me poseía una creciente ansiedad por saber de Eleanor, pues no me había llegado ningún informe de su estado mental o físico desde que aquel grito penetrante anunciara el desgarro de las cuerdas de su corazón ante la tensión de la separación final. Habría ido a la puerta un momento para preguntar, de no haber deducido que un golpe a esas horas de la noche sobresaltaría a la familia con nerviosas anticipaciones. El pálido resplandor de la luna descendente se filtraba bajo las ramas de los árboles silenciosos, que rodeaban la masa oscura de la majestuosa mansión; ni un soplo movía el follaje quebradizo. Oí una hoja que se desprendía y caía susurrando hacia el césped.

—Es una propiedad antigua y hermosa —comentó mi compañero, deteniéndose porque mis propios pasos se habían parado.

No pude responder; él tomó mi brazo bajo el suyo y seguimos adelante. El señor Burton se estaba convirtiendo para mí en la figura de un amigo, en lugar de un oficial de policía.

Aquella noche le cedí mi habitación y ocupé un pequeño dormitorio contiguo al pasillo. Tras el desayuno, nos dirigimos al pueblo, realizando nuestra primera visita al despacho. El señor Argyll estaba allí, con aspecto delgado y fatigado por las preocupaciones. Dijo que se alegraba de mi regreso, pues se sentía incapacitado para los negocios y debía dejar que el manto del trabajo cayera sobre mis hombros en lo sucesivo.

Existía un entendimiento implícito, aunque nunca se hubiera acordado definitivamente, de que yo me convertiría en socio de mi maestro en el bufete una vez que fuera admitido para ejercer. No tenía a nadie asociado con él en su amplio y lucrativo negocio, y ahora estaba llegando a una edad en la que sentía deseos de retirarse, al menos de las tareas más pesadas de la profesión. Que él pretendía ofrecerme el lugar vacante para algún candidato no lo había dudado, pues lo había dicho así muchas veces. Esta perspectiva era inusualmente favorable para una persona tan joven como yo; me había impulsado al estudio paciente y a un esfuerzo ambicioso y entusiasta. Pues yo juzgaba acertadamente que el respeto por mis hábitos de aplicación mental y la fe en mis talentos aún por desarrollar habían decidido al señor Argyll a ofrecerme el estímulo contemplado. Esta había sido otra de las razones del desagrado de James hacia mí. No podía ver con buenos ojos a alguien que, por así decirlo, le había suplantado. En lugar de ver que la culpa residía en él mismo y aplicar el remedio, siguió el camino

erróneo de considerarme un rival y un intruso. Él también era estudiante en el despacho, y el hecho de que fuera un año por detrás de mí en sus estudios y que, si alguna vez llegaba a ser socio, fuera como tercer miembro de la firma, se debía únicamente a su indolencia habitual, que le hacía sentir aversión por los secos detalles del trabajo de un abogado. Lo que a él le habría gustado sería eludir su examen, ser admitido basándose en la reputación de su tío, y luego ser empleado únicamente para realizar brillantes esfuerzos oratorios ante el juez, el jurado y la audiencia, después de que algún otro hubiera realizado todo el arduo trabajo del caso y hubiera puesto sus armas listas a su alcance.

Si el señor Argyll realmente tenía la intención de tomar al hijo de su viejo amigo en la firma, en lugar de a su sobrino, era simplemente por principios de prudencia empresarial. Yo debía pasar mi examen el primero de noviembre; por tanto, este comentario que hizo, mientras yo observaba cuán cansado y enfermo parecía, no fue una sorpresa para mí; llegó solo como una confirmación de mis expectativas.

En aquel momento, James entró en el despacho. Había una nube en su frente, provocada por las palabras de su tío; apenas se tomó tiempo para estrecharme la mano antes de decir:

—¿Cómo es que, si estás preocupado y sobrepasado de trabajo, tío, no me lo dices? Me habría encantado ayudarte. Pero parece que últimamente no cuento para nada.

El señor Argyll sonrió ante este estallido, como lo haría ante el enfado de un niño. Un padre no podría ser más amable con un hijo de lo que él era con James; pero depender de él para obtener ayuda sólida o consuelo sería como apoyarse en una caña rota. La nube en el rostro del joven se volvió atronadora cuando percibió al señor Burton; aunque, si no hubiera estado mirando directamente a sus ojos, no lo habría notado, pues pasó al instante, y dio un paso al frente con franca cordialidad, extendiendo la mano y diciendo:

—No sabíamos que fuera a subir usted. En realidad, no esperábamos a Richard de vuelta tan pronto. ¿Ha trascendido algo?

—Esperamos que algo trascienda muy pronto —respondió el detective—. Está usted muy ansioso, ya veo... y no es de extrañar.

—No... ¡no es de extrañar! Todos nosotros estamos perfectamente absorbidos por esto... y, en cuanto a mí, mi corazón sangra por mis amigos, señor Burton.

—Y los corazones de sus amigos sangran por usted.

El señor Burton tenía una voz peculiar, penetrante aunque no fuerte; yo estaba hablando con el señor Argyll y, sin embargo, oí esta respuesta sin estar escuchándola; no la comprendí y, de hecho, dejé que me entrara por un oído y me saliera por el otro, pues estaba preguntando por Eleanor.

—Está mejor de lo que esperábamos —dijo el padre, limpiándose de los ojos la bruma que se acumulaba ante la mención de su nombre—, pero, ¡ay!, Richard, eso no es decir mucho. Mi hija nunca volverá a ser la misma. Mi querida Eleanor nunca volverá a ser mi rayo de sol. No es que su mente esté alterada... esta permanece solo demasiado agudamente sensible. Pero su corazón está roto. Puedo verlo... roto, más allá de toda reparación. No ha dejado su lecho desde que se llevaron a Henry; el médico me asegura que no hay nada peligroso en su enfermedad... solo la debilidad natural del

organismo tras un sufrimiento intenso, igual que si hubiera soportado un gran dolor físico. Dice que se recuperará pronto.

—Si pudiera tomar su carga sobre mí mismo, no pediría mayor favor —dije.

Mi voz debió de estar muy llena del sentimiento que albergaba, pues hizo que el señor Argyll me dirigiera una mirada de asombro; creo que fue la primera vez que tuvo la sospecha de la pasión sin esperanza que yo había guardado por su hija.

—Todos debemos cargar con nuestros propios problemas —dijo él—. Pobre Richard, temo que tú tienes los tuyos, como el resto de nosotros.

Cuando volví a fijarme en lo que pasaba entre los otros dos, James le estaba contando al señor Burton, con gran animación, cierta información que había sido depositada ante las autoridades del pueblo. Me quedé absorto en ello, por supuesto.

Un ciudadano respetable de una ciudad a unas treinta o cuarenta millas más allá, en la línea del ferrocarril, al enterarse del asesinato, se había tomado la molestia de bajar a Blankville y testificar sobre algunas cosas que habían caído bajo su observación la noche del crimen. Declaró que era pasajero en el tren del sábado por la tarde desde Nueva York; que el asiento frente al suyo, en el vagón, estaba ocupado por un joven caballero que, por la descripción dada posteriormente, sabía que debía de ser Henry Moreland; que, como había poca gente en aquel vagón, había prestado más atención a los que estaban cerca de él; que se sintió particularmente atraído por la apariencia agradable del joven caballero, con quien intercambió algunos comentarios respecto a la tormenta, y quien le informó de que no iba más allá de Blankville.

—Después de llevar un rato viajando —dijo el testigo (no doy las palabras de James al contarlo, sino las suyas propias, tal como las leí después en el testimonio jurado)—, noté a una persona que estaba sentada en el lado opuesto del vagón, frente a nosotros. Su frente estaba apoyada en su mano y miraba por entre los dedos al joven frente a mí. Fue su expresión siniestra la que me obligó a fijarme en él. Sus ojos negros, pequeños y centelleantes, estaban fijos en mi vecino con una mirada que me hizo estremecer. Me sonreí de mi propia sensación... me dije que no era asunto mío... que estaba nervioso... sin embargo, a pesar de mis intentos de no mostrarme preocupado, me veía continuamente obligado a mirar hacia aquel individuo, de cuya mirada de serpiente el propio joven caballero parecía totalmente inconsciente. Si alguna vez se hubiera encontrado con aquellos ojos, estoy seguro de que habría estado en guardia... pues afirmo, sin más prueba que lo que después trascendió, que había asesinato en ellos, y que esa persona fue el asesino de Henry Moreland. No puedo probarlo... pero mi convicción es inalterable. Ahora solo desearía haber cedido a mi impulso de sacudir a mi vecino desconocido y decirle: «¡Mire! ¡Hay un enemigo! ¡Tenga cuidado con él!». No había nada más que la mirada del hombre para justificar tal proceder y, por supuesto, refrené mis sentimientos.

»El hombre era una persona de aspecto común, vestida con ropas oscuras; llevaba un sombrero de fieltro de copa baja, calado sobre la frente; no recuerdo su cabello, pero sus ojos eran negros y su cutis cetrino. Noté una cicatriz en el dorso de la mano que mantenía sobre sus ojos, como si alguna vez hubiera sido cortada de parte a parte con un cuchillo; también que llevaba un anillo grande, con una piedra roja, en el dedo meñique.

»Cuando el tren se detuvo en Blankville, esta persona se levantó y siguió a Henry Moreland fuera del vagón. Le vi bajar del andén detrás de él, y fue lo último que vi de ninguno de los dos».

Puede imaginarse con qué estremecimiento de terrible interés escuchamos este relato, y las mil conjeturas a las que dio lugar.

—No puede ser difícil —exclamé— encontrar otros testigos que testifiquen sobre este hombre.

James nos aseguró que se habían hecho todos los esfuerzos posibles para obtener algún rastro de él. Ninguna persona que respondiera a la descripción era residente del pueblo, y no se pudo saber de nadie que hubiera sido visto en las inmediaciones. Ni un solo ocioso de los que merodeaban por la estación o por el hotel cercano podía recordar haber visto a tal extraño bajar del tren; ninguna persona así se había alojado en el hotel; incluso el revisor del tren no podía estar seguro de tal pasajero, aunque guardaba un vago recuerdo de un tipo rudo en el vagón con el señor Moreland... no se había fijado en dónde había dejado el tren... pensaba que su billete era para Albany.

—Pero no desesperamos de hallar alguna prueba todavía —dijo el señor Argyll.

—La policía de Nueva York, al no poder hacer nada más aquí, se ha marchado a casa —continuó James —. Si tal villano acecha en Nueva York, será encontrado. Esa cicatriz en la mano es un buen punto para identificarle... ¿no lo cree así, señor? —dirigiéndose al señor Burton.

—Bueno... ¡sí! A menos que fuera puesta a propósito. Podría haber sido hecha con ocre rojo y lavada después. Si el tipo fuera un experto, como darían a entender la destreza y precisión del golpe, estará al tanto de todos esos trucos. Si tuviera una cicatriz real, habría llevado guantes para una misión así.

—¿Eso cree? —y James exhaló un largo suspiro, probablemente de desaliento ante este nuevo planteamiento del caso.

—Me gustaría bajar a la estación y recorrer los muelles durante una hora —continuó el señor Burton—, si no hay nada más que hacer de inmediato.

James insistió cortésmente en acompañarnos.

—¿Para qué demonios has traído a otro de esos detectives aquí arriba? —me preguntó, *sotto voce*, a la primera oportunidad—. ¡Hemos tenido un hartazgo de ellos... son unos pesados de cuidado! Y este Burroughs o Burton, o como se llame, es el más desagradable de todos. Un tipo pagado de sí mismo... de los que me desagradan por naturaleza.

—Equivocas su carácter. Es inteligente y un caballero.

—Te deseo que disfrutes de su sociedad —fue la respuesta burlona.

No obstante, James nos favoreció con su compañía durante nuestro recorrido matutino. Un único hecho comprobó el detective en el curso de sus dos horas de trabajo. Un pescador había perdido un pequeño bote durante la tormenta del sábado noche. Lo había dejado amarrado en su sitio habitual y, por la mañana, descubrió que la cadena, que era vieja y herrumbrosa, se había roto por uno de sus eslabones, probablemente por la extrema violencia con la que el viento había sacudido el bote. El señor Burton había pedido ver el resto de la cadena. Todavía estaba sujeta al poste alrededor del cual había sido

cerrada. Un examen del eslabón roto mostró que estaba parcialmente consumido por el óxido; pero también había marcas en él, como si se hubiera podido usar un cuchillo o un cincel.

—Veo a mi hijo Billy trasteando con ella —dijo el pescador—. Seguro que la ha estado usando para tallar. Ese chico rompe más navajas de lo que vale su cuello. Va para los nueve años ahora, y ha tenido seis navajas en otros tantos meses.

El señor Burton permaneció de pie, sosteniendo la cadena en su mano y mirando río arriba y río abajo. Su rostro resplandecía con una luz que brillaba desde algún fuego interior. Yo, que había empezado a observar sus cambiantes expresiones con vivo interés, vi que volvía a excitarse; pero no de la misma manera que en aquella primera noche de nuestro encuentro, cuando se puso tan leonino.

Miró al agua y al cielo, las hermosas orillas y el muelle anodino, como si estos testigos mudos le estuvieran contando una historia que él leía como un libro impreso. Unos momentos permaneció así en silencio, con el semblante iluminado por aquella maravillosa inteligencia. Luego, diciendo que sus investigaciones habían terminado en esta parte del pueblo, regresamos, casi en silencio, al despacho; pues cuando este hombre meditaba los enigmas cuya solución estaba tan seguro de anunciar, tarde o temprano, se volvía absorto y taciturno.

El señor Argyll nos hizo ir a su casa a comer. Sabía que no vería a Eleanor; sin embargo, incluso estar bajo el mismo techo que ella me hacía temblar. Mary, que atendía constantemente a su hermana, no aparecería a la mesa. Bajó un momento para saludarme y agradecerme mis pobres esfuerzos. La querida niña había cambiado algo, como el resto de nosotros. No podía parecer otra cosa que el capullo de rosa que era... una criatura joven, fresca y pura de dieciséis veranos... un capullo empapado de rocío... un poco pálida, con un temblor en su sonrisa y brillantes lágrimas perladas en sus pestañas, listas en cualquier momento para caer. Resultaba conmovedor ver a alguien naturalmente tan alegre, subyugada por la sombra que había caído sobre la casa. Ninguno de los dos pudo decir mucho; nuestros labios temblaban al pronunciar el nombre de ella; así que, tras sostener mi mano un momento mientras las lágrimas empezaban a brotar rápidas, Mary soltó mis dedos y subió las escaleras. Vi al señor Burton ocultar aquellos ojos suyos grisáceos en su pañuelo; mi respeto por él se profundizó al sentir que aquellos ojos, agudos y penetrantes como eran, no eran demasiado fríos para entibiarse con una bruma repentina ante la visión que había contemplado.

—¡Ah! —murmuré para mis adentros—, ¡si pudiera ver a Eleanor!

Cuando terminó la comida, el señor Argyll subió a ver a sus hijas, dándome permiso para mostrar la casa y los terrenos al detective. James salió al pórtico a fumarse un cigarro. El señor Burton se sentó un rato en la biblioteca, tomando una impresión de ella en su mente, examinó la cerradura del escritorio y notó la disposición de la única ventana, que era un gran ventanal de arco que se abría hasta el suelo y sobresalía sobre el jardín de flores que se hallaba detrás de la casa y bordeaba el césped a la derecha. Había unos tres pies hasta el suelo y, aunque era bastante accesible como modo de entrada para cualquiera obligado a ese recurso, la ventana no se usaba ordinariamente como modo de ingreso o egreso. Yo a veces había perseguido a Mary, cuando no era tan mayor como ahora, y la había hecho salir volando por el ventanal abierto hacia la reseda y las violetas de abajo, y yo tras ella; pero desde que ambos nos habíamos vuelto más sedentarios, tales travesuras eran raras.

Salimos entonces al césped. Llevé a mi compañero al árbol bajo el cual yo había estado cuando aquella figura oscura se había aproximado y había pasado ante mí para agazaparse bajo la ventana desde donde brillaban los cirios de difunto. Desde este punto, el ventanal de arco no era visible, al estar aquel en la parte trasera de la casa y este en el lateral. El señor Burton miró cuidadosamente a su alrededor, recorriendo todo el césped, subiendo bajo las ventanas del salón y desde allí siguiendo su camino hacia el jardín y rodeando hasta el ventanal de arco. Era muy natural buscar estrechamente en este recinto alguna marca o pisadas, algunas flores aplastadas o ramas rotas, o arañazos en la pared, dejados por el ladrón o ladrona, si hubiera hecho su entrada por este punto. Recorriendo así el terreno, pulgada a pulgada, observé un trozo de batista blanca, sucia y curtida por la intemperie, que yacía bajo un rosal a pocos pies de la ventana. Lo recogí. Era un pañuelo de mujer, de fina batista, bordado a lo largo del borde con una delicada enredadera y un ramillete de flores en la esquina.

—Alguna de las señoritas lo habrá dejado caer hace tiempo —dije—, o ha volado desde el tendedero de la cocina, donde se pone la ropa a secar.

Luego examiné el artículo descolorido más de cerca y, envueltas en los elegantes entrelazados del ramillete de flores, vi bordadas las iniciales: «L. S.».

—Leesy Sullivan —dijo mi compañero, tomándolo de mi mano.

—Parece un artículo demasiado delicado para ser de su propiedad —dije finalmente, pues al principio me había quedado bastante estupefacto.

—La vanidad de una mujer alcanza muchas cosas que superan sus medios. Ella misma ha bordado esto con su propia aguja... recordará que es una experta en el arte.

—Sí, lo recuerdo. Puede haberlo perdido el domingo por la noche, durante aquella visita que observé; y el viento lo ha traído hasta este lugar.

—Olvida que no ha llovido desde aquella noche. Este pañuelo ha sido hundido en la hierba y la tierra por una lluvia violenta. Una espina de este arbusto lo ha sacado de su bolsillo al pasar, y la lluvia ha dejado su marca en él, para ser usado como testimonio en su contra.

—Las pruebas parecen entrar en conflicto. No puede ser hombre y mujer a la vez.

—¿Por qué no? —fue la respuesta tranquila—. Puede haber un autor principal y un cómplice. Una mujer es una cómplice más segura para un hombre que uno de su mismo sexo... y viceversa.

El rostro que yo había visto en su desesperación, el rostro de Leesy Sullivan, surgió en mi memoria, lleno de pasión, marcado en cada rasgo suave pero impresionante con un poder latente; «una naturaleza así», pensé, «puede ser enloquecida hasta el crimen, pero no se asociará con la villanía».

El señor Burton se guardó el pañuelo en el bolsillo interior de su levita y regresamos al interior de la casa. Preguntó los nombres de los criados, pero ninguna de sus iniciales correspondía con las que habíamos encontrado, ni pude recordar a ninguna dama que visitara a la familia a quien el pañuelo pudiera pertenecer en virtud de su inscripción. No cabía la menor duda de que había sido propiedad de la costurera. Algún recado, secreto e ilícito, la había traído a estos terrenos y bajo esta ventana. Consideramos entonces apropiado mostrar el pañuelo al señor Argyll y relatarle nuestros motivos de sospecha contra la muchacha. Mary y James fueron admitidos al consejo. La primera dijo que

recordaba a la señorita Sullivan; que había estado empleada en la familia durante unos días en varias ocasiones diferentes, pero ninguna de ellas reciente. «Nos gustaba mucho su costura y queríamos contratarla para las próximas seis semanas», añadió con un suspiro, «pero al preguntar por ella, supimos que ahora estaba empleada en Nueva York».

—Debía de estar, pues, perfectamente familiarizada con la disposición de la casa y con los hábitos de la familia; como por ejemplo, a qué hora comían. Podría entrar mientras la familia estuviera a la mesa, ya que, si hubiera sido sorprendida por la entrada de un criado u otra persona, podría fingir haber venido a por un recado y estar esperando a las señoritas —comentó el señor Burton.

Se convocó entonces a los criados, uno por uno, y se les preguntó si habían observado a alguna persona sospechosa, de cualquier clase, merodeando por la casa o los terrenos durante la semana. Estaban, por supuesto, en un estado nacional de gran excitación e, inmediatamente después de hacérseles una pregunta, respondían con cualquier otro caso imaginario del mundo excepto ese; se santiguaban, invocaban a la Virgen María, hacían un recuento de todos los mendigos que llamaron a la cocina el año pasado y el anterior, lloraban a moco tendido y no daban ninguna información coherente.

—¡Ah, por supuesto! —dijo Norah, la cocinera—, estuvo el hombre del betún y el añil el miércoles pasado, y compré una botella de azul para la ropa. Tengo mala memoria, claro, desde que crucé el mar. Antes de eso podía recordar más que nadie, y el cura solía alabar mi lectura. Creo que fue el balanceo del barco lo que me trastornó el cerebro. Fue el sábado, lo fue, y ¡ay, Dios mío!, me entran todos los temblores de pensar en ese día, y vi a un perrito amarillo asomando el hocico por la puerta de la cocina, que estaba abierta como a la mitad, y dije: «Hay vagabundos cerca, seguro», lo supe por el perro, y fui y miré fuera, y tan cierto como que me llamo Norah, allí estaba un viejo cojo con un palo fingiendo buscar trapos y huesos en el callejón del establo, cosa que nunca permito por aquí, ya que va contra las órdenes del señor, y lo eché inmediatamente... y eso, creo, fue el sábado hace dos semanas, pero no estoy segura; y no recuerdo a nadie más que a la mujer de la porcelana, con su cesta, que no creo que pudiera haber sido ella quien hiciera nada malo, pues ha venido por aquí regularmente desde hace tiempo, y es una mujer de habla decente con la que yo misma he tenido algún trato. Le vendí mi viejo vestido de cuadros por la caja de cerillas de ébano que está ahora en la repisa de la cocina, y ¡ay, Dios mío!, ¡pero tengo el corazón deshecho, de veras! Margaret y yo ya no nos atrevemos a estar en la cocina por las noches a menos que esté Jim allí, y me he despertado gritando ya dos noches... ¡ay de mí! Y si hubiera visto algo, lo habría dicho mucho antes, ojalá lo hubiera hecho, ya que me ha preguntado usted, señor. De nada sirve cocinar delicias que ya nadie come... ¡ojalá no hubiera venido nunca a América para ver a la pobre señorita Eleanor tan abatida! —y habiéndose aliviado de la simpatía que ardía por expresar sin haber tenido la oportunidad, se echó el delantal sobre la cabeza y sollozó a la manera de su gente.

El testimonio de Margaret no fue más al grano que el de Norah. El señor Burton dejó que cada una siguiera su propio parecer, aguantando la tediosa circunlocución con la esperanza de hallar algún grano de trigo en el celemín de paja.

Tras un diluvio de lágrimas e interjecciones, Maggie finalmente salió con una declaración que captó la atención de sus oyentes.

—Nunca he visto a nadie merodeando que no perteneciera aquí... ni a un alma viviente. La Virgen santísima libre que yo vea nunca lo que Jim vio... no era un ser humano en absoluto, sino un espectro, y él lo vio esa misma noche. Nunca nos lo contó hasta el martes por la noche, mientras estábamos sentados hablando del funeral, y nos asustó tanto que no pegamos ojo hasta la mañana. Al pobre Jim también le preocupa; finge que no tiene miedo ni de vivos ni de muertos, pero no es vergüenza para el mejor de los hombres sentir pavor de los espíritus, ¡y veo que le da reparo andar por la propiedad, solo, después de oscurecer, y no me extraña! ¡Vaya que sí, vio a un fantasma!

—¿Cómo era?

—Mejor será que le llame a él y deje que lo describa por sí mismo... se le helará la sangre de pensar en tales cosas en una familia cristiana.

Se llamó a Jim. Su historia, una vez podada, era esta: El sábado por la tarde, tras el té, su señora, la señorita Eleanor, le había pedido que fuera a la oficina de correos a por el correo vespertino. Estaba muy oscuro y lluvioso. Encendió el farol. Al salir por la puerta trasera, se detuvo un minuto y levantó su farol para echar un vistazo a las instalaciones, para ver si quedaba algo fuera que debiera recogerse de la tormenta. Al agitar la luz, vio algo en el jardín de flores, a unos seis pies del ventanal de arco. Tenía la apariencia de una mujer; su rostro era blanco, su cabello le caía sobre los hombros; permanecía muy quieta bajo la lluvia, tal como si el agua no estuviera cayendo a cubetazos. Tenía unos ojos muy grandes y brillantes, que relucían cuando la vela proyectaba la luz sobre ellos, como si hubieran sido hechos de fuego. Se asustó tanto que dejó caer el farol, el cual casualmente no apagó la vela, pero cuando lo levantó de nuevo, el espectro se había desvanecido. Se sintió muy raro al respecto en aquel momento; y al día siguiente, cuando llegaron las malas noticias, supo que era un aviso. A menudo tenían de esos en el viejo país.

No sacamos a Jim de su error respecto al carácter del fantasma. Con la seguridad de que probablemente no volvería, puesto que su misión había sido cumplida, y la advertencia de no poner a las chicas de la cocina demasiado nerviosas al respecto, lo despedimos.

Capítulo 7: Eleanor

Pasó una semana, otra, una tercera y una cuarta. Nuestro pueblo estaba como si nunca hubiera sido sacudido por una agitación feroz. Ya la tragedia era como si no hubiera existido, excepto para el hogar cuya flor más bella había marchitado. La gente ya no miraba por encima del hombro al caminar; la historia ahora solo servía para animar la crónica del pequeño lugar cuando se le contaba a un extraño.

Se había hecho todo lo que la energía humana podía lograr para rastrear el asesinato hasta su origen; sin embargo, no se había avanzado ni un paso desde que nos sentamos, aquella tarde de miércoles, en el salón, celebrando un consejo sobre el pañuelo. Joven y sano como era, sentía que mi ánimo se quebraba bajo mis constantes e inútiles esfuerzos. Llegó el momento de mi examen, que no podía sino ser exitoso, pues hacía tiempo que estaba profundamente preparado; pero yo había perdido mi vivo interés en esta etapa de mi vida, mientras mi ambición se tornaba torpe. Sobresalir en mi profesión se había convertido, por el momento, en un objetivo secundario; mi cerebro ardía con el acoso de proyectos inquietos, el retroceso de las ideas frustradas. No había nadie en el grupo familiar (exceptuando

siempre a esa sufriente invisible y enclaustrada) que delatara tanto como yo el desgaste de nuestra pena. James comentó una vez que me favorecía haber perdido algo de mi rubicundez juvenil; decía que me estaba «suavizando». En otra ocasión, con esa sonrisa suya de Mefistófeles, observó que debía de ser que yo andaba tras las generosas recompensas; que la suma total constituiría un cómodo capital para una persona que acaba de empezar en el mundo.

No creo que deseara pelearse conmigo; siempre se mostraba doblemente agradable tras cualquier aguijonazo de avispa; era satírico por naturaleza y no siempre podía refrenar su inclinación a serlo a mi costa. Mientras tanto, crecía en mí la impresión de que me estaba observando... con qué intención, aún no lo había decidido.

En todo este tiempo no había visto a Eleanor. Se había recuperado de su enfermedad lo suficiente como para estar en su habitación, pero aún no se había unido a la familia en las comidas. Yo iba con frecuencia a la casa; había sido un segundo hogar para mí desde que dejé los lugares de mi infancia y la vieja mansión de ladrillo rojo, con el pórtico griego cuyas macizas columnas casi se reflejaban en las aguas del lago Seneca, tan cerca de la orilla se alzaba, y donde mi madre aún residía entre los amigos que la habían conocido en los días de su felicidad... es decir, en vida de mi padre.

Con la misma libertad de antaño, iba y venía de casa del señor Argyll. No temía importunar a Eleanor, porque ella nunca dejaba sus aposentos; mientras que Mary, esa joven y alegre criatura, por muy turbada y afligida que estuviera, no podía permanecer siempre en la sombra. A su edad, los capullos de la feminidad requieren la luz del sol. Se sentía sola, y cuando dejaba a su hermana en la soledad que Eleanor prefería, deseaba compañía, según decía. James estaba sombrío y no intentaba entretenerla; no es que ella quisiera ser entretenida, pero todo era tan triste, y se sentía tan temerosa, que era un alivio tener a alguien con quien hablar, o incluso a quien mirar. Sentía mucha lástima por ella. Se convirtió en parte de mi deber traerle libros y, a veces, leérselos en voz alta durante las tardes que se alargaban; en otras ocasiones, matar el tiempo con una partida de ajedrez. El piano fue abandonado por respeto a la doliente en el cuarto de arriba. Los trinos asomaban a los labios de Mary como surgen de una alondra al amanecer, pero ella siempre los interrumpía, ahogándolos en suspiros. Su espíritu elástico se reafirmaba constantemente, mientras que la tierna simpatía de una naturaleza sumamente cálida y afectuosa lo deprimía con igual constancia. No podía hablar de Eleanor sin lágrimas; y por esto mi corazón la bendecía. Ella no sabía del nudo en mi propia garganta que a menudo me impedía hablar cuando debía, quizás, pronunciar palabras de ayuda o consuelo.

James siempre andaba rondando como un espíritu inquieto. Había sido uno de sus hábitos indolentes pasar mucho tiempo con las señoritas; y ahora estaba siempre en la casa; pero tan inquieto, tan irritable —como decía Mary—, que no era un compañero agradable. Cogía un libro en la biblioteca; a los cinco minutos lo arrojaba y caminaba dos o tres veces por el pasillo, salía al porche, volvía al salón y se quedaba mirando por las ventanas... luego a la biblioteca a coger otro libro. Tenía el aire de quien siempre está escuchando, siempre esperando. Tenía, también, una especie de mirada atormentada, si es que mi lector puede imaginar lo que eso significa. Supuse que estaba escuchando y esperando a Eleanor, a quien, como yo mismo, no había visto desde aquel domingo tan memorable; pero la otra mirada no traté de explicarla.

Había caído una ligera nevada. Parecía que el invierno hubiera llegado en noviembre. Pero en pocas horas este aspecto se desvaneció; la nieve se derritió como un sueño; el cenit era de un azul profundo y fundido, transfundido con el pálido sol que solo se ve en el verano de San Martín; una tierna bruma rodeaba el horizonte con una zona de color púrpura. No pude quedarme en el despacho aquella tarde, tan infinitamente triste, tan infinitamente hermosa. Aparté los documentos legales que había estado preparando para un caso en el que debía comparecer por primera vez ante un jurado y realizar mi primer alegato. El aire, suave como el del verano y perfumado con el perfume indescriptible de las hojas que mueren, me llegaba a través de la ventana abierta con un mensaje que me llamaba al exterior; cogí mi sombrero, salí a la acera y, vagando por la avenida en dirección a la casa, entré en el césped. Había pensado salir al campo abierto para dar un largo paseo; pero mi corazón me atraía y me retenía allí. El lenguaje de toda belleza, y de la infinitud misma, es el amor. La divina melancolía de la música, la profunda tranquilidad de los mediodías de verano, el esplendor suavizado de los días de otoño, que acosan a uno con una alegría y una tristeza inefables... ¿cuál es el nombre de toda esta variada demostración de belleza, sino amor?

Caminé bajo los árboles, despacio, con los pies hundiéndose entre las hojas espesamente esparcidas y extrayendo un tenue aroma de la tierra húmeda. Vagué de un lado a otro durante mucho tiempo, sin albergar pensamientos tangibles, pero con mi alma llenándose silenciosamente todo el tiempo, como una fuente alimentada por manantiales secretos. Al fondo del césped, extendiéndose alrededor y detrás del jardín de flores, había un pequeño ascenso cubierto por una arboleda de olmos y arces, en medio de la cual había un cenador que había sido un refugio favorito de Eleanor. Hacia allí dirigí finalmente mis pasos y, sentándome, contemplé pensativo el encantador panorama que me rodeaba. El rústico templo se abría hacia el río, que era visible desde allí, rodando en su azul esplendor a través del exquisito paisaje. Hay una fascinación en el agua que mantiene los ojos fijos en ella durante horas de ensueño; me senté allí, consciente de las montañas cercanas, de la bruma púrpura, de los barcos blancos, del ajetreado pueblo, pero mirando solo las ondas azules que se alejaban eternamente de mi punto de observación. Mi espíritu se exhalaba como la bruma y ascendía en aspiración. Mi dolor aspiraba y se elevaba en apasionadas oraciones hacia el trono blanco de la justicia eterna; se elevaba en lágrimas, eterealizadas y atraídas por los rayos de la única gran fuente y sol: el espíritu del Amor. Recé y lloré por ella. Ningún pensamiento sobre mí mismo se mezclaba con estas emociones.

De repente, un ligero escalofrío cayó sobre mí. Me sobresalté al notar que el sol se había puesto. Una franja naranja ceñía el oeste. Al caer el sol tras las colinas, la luna asomó por el este. Parecía que su luz plateada escarchara lo que tocaba; el aire se volvió cortante; una fina nube blanca se extendió sobre el río. Había estado sentado allí el tiempo suficiente, y me estaba forzando a cobrar conciencia de ello cuando vi a alguien cruzar el jardín de flores y acercarse al cenador.

La sangre se detuvo en mis venas cuando vi que era Eleanor. El ocaso aún persistía y la fría luz de la luna brillaba de lleno en su rostro. Recordé cómo la había visto aquella penúltima vez, radiante y encendida en una belleza triunfante, ataviada con la más experta coquetería de una mujer joven y amada que se alegra de sus encantos porque otro los valora.

Ahora venía por el sendero solitario, entre los parterres marchitos, vestida de riguroso luto, caminando con paso débil, con una pequeña mano blanca sujetando el chal de marta sobre el pecho y un largo velo de crespón echado sobre la cabeza, del cual asomaba su rostro, blanco e inmóvil.

Una punzada como la de la muerte me traspasó al mirarla. ¡Ni una sola rosa quedaba en el jardín de su joven vida! La ruina a través de la cual caminaba no era tan completa... pero este jardín resucitaría en los meses de otra primavera, mientras que para ella no había primavera a este lado de la tumba.

Lentamente se abrió paso, con la mirada baja, a través del jardín, hacia la ladera y subiendo hasta el pequeño templo rústico en el que tantas horas felices había pasado con él. Cuando alcanzó la plataforma de hierba frente a él, levantó los ojos y recorrió con la mirada la escena familiar. No había lágrimas en sus ojos azules y sus labios no temblaban. No fue hasta que hubo rodeado el horizonte con aquella mirada tranquila y sin brillo que me percibió. Me puse en pie, con mi expresión rindiendo solo reverencia a su dolor, pues no tenía palabras.

Me tendió la mano y, al tomarla, dijo con dulzura —como si su amabilidad debiera disculpar la ausencia de sus antiguas sonrisas—:

—¿Estás bien, Richard? Te veo delgado. Cuídate... ¿no hace demasiado frío para que estés sentado aquí a estas horas?

Apreté su mano y desvié la mirada, intentando en vano dominar mi voz. ¡Yo había cambiado!... pero era propio de Eleanor dejarse a un lado y acordarse de los demás.

—No, no te vayas —dijo, al ver que la dejaba por miedo a importunar su visita—, permaneceré aquí solo unos momentos y me apoyaré en tu brazo para volver a la casa. No tengo fuerzas y el paseo colina arriba me ha cansado. Quería verte, Richard. He pensado en bajar un rato esta noche. Quiero darte las gracias.

Las palabras fueron apenas un susurro e inmediatamente se volvió y miró hacia el río. La comprendí bien. Quería darme las gracias por el espíritu que me había impulsado en mis fervientes, aunque infructuosos, esfuerzos. Y lo de bajar un rato con el grupo familiar era por Mary y por su pobre padre. Su propia luz se había extinguido, pero no deseaba oscurecer el hogar más de lo inevitable. Se sentó en el asiento que yo había dejado vacante, permaneciendo inmóvil, mirando el río y el cielo. Al cabo de un tiempo, con un suspiro largo y trémulo, se levantó para irse. Un destello del oeste cayó sobre una sola violeta que, protegida de la escarcha por el techo saliente, nos sonreía cerca de la puerta del cenador. Con una especie de pasión salvaje rompiendo su quietud, Eleanor se inclinó, la recogió, la apretó contra sus labios y rompió a llorar; era su flor favorita... la favorita de Henry.

Era una agonía verla llorar, aunque mejor, tal vez, que aquel reposo de mármol. Estaba demasiado débil para soportar sola este golpe repentino; se apoyó en mi hombro, y cada sollozo que sacudía su cuerpo encontraba eco en mí. ¡Sí! ¡No me avergüenzo de confesarlo! Cuando la hombría es fresca y pura, sus lágrimas no son arrancadas en esas gotas aisladas de angustia mortal que brotan de la roca cuando el tiempo y el paso del mundo la han endurecido. Aún podía recordar cuándo había besado a mi madre y llorado mis penas infantiles sobre su pecho. Habría sido más duro que la piedra de molino si no hubiera llorado lágrimas con Eleanor entonces.

Me dominé para ayudarla a recuperar la compostura, pues temía que la violencia de su emoción quebrara lo que quedaba de sus frágiles fuerzas. Ella también luchó contra la tormenta, recuperando pronto la calma exterior y, con la violeta apretada contra su pecho con una mano, se aferró a mi brazo con la otra, y regresamos a la casa, donde ya estaban buscando a Eleanor.

Bajo la luz plena de la lámpara del vestíbulo nos encontramos con James. Era su primer encuentro con su prima, al igual que el mío. Le dirigió una mirada rápida y penetrante, le tendió la mano; sus labios se movieron como si se esforzaran por articular un saludo. Era evidente que el cambio era mayor de lo que esperaba; dejó caer la mano antes de que los dedos de ella la tocaran y, pasando de largo por la puerta abierta, la cerró tras de sí, permaneciendo fuera hasta mucho después del té.

Cuando entró, Eleanor se había retirado a su aposento y Mary le trajo la taza de té que le había guardado caliente.

—Eres una buena chica, Mary —dijo él, bebiéndola deprisa, como para deshacerse de ella—. ¡Espero que nadie te haga tener nunca ese aspecto! Pensaba que los corazones rotos se remendaban fácilmente... que las chicas solían tener el suyo roto tres o cuatro veces y lo parcheaban de nuevo... pero he cambiado de opinión.

Aquella mirada sombría, que Mary decía que tanto temía, volvió a nublar su rostro. Su semblante era sumamente variable; nada podía superarlo en brillo y color resplandeciente cuando estaba de buen humor, pero cuando estaba huraño o triste, se volvía cetrino y apagado. Así se veía aquella noche. Pero debo cerrar este capítulo ahora y aquí; está consagrado a ese encuentro con el objeto de mi dolor y adoración, y no lo prolongaré con los detalles de otros sucesos.

Capítulo 8: La tumba encantada

Cuando regresé a mi pensión esa misma noche, encontré un telegrama del señor Burton en el que me pedía que bajara a la ciudad por la mañana. Fui en el primer tren y, poco después, tras llamar a la puerta de su residencia privada en la calle Veintitrés, un criado me condujo a la biblioteca. Allí encontré al señor de la casa tan absorto en sus pensamientos, sentado ante la chimenea con los ojos fijos en las brasas, que no advirtió mi entrada hasta que pronuncié su nombre. Poniéndose en pie de un salto, me estrechó la mano con efusión; ya nos habíamos convertido en buenos amigos personales.

—Llega usted temprano —dijo—, pero mejor así. Tendremos más tiempo para los asuntos.

—¿Ha sabido algo? —fue mi primera pregunta.

—Bueno, no. No espere que le haya llamado aquí para satisfacerle con descubrimientos positivos. El trabajo avanza despacio. Solo una vez antes me había sentido tan desconcertado; y entonces, como ahora, había una mujer de por medio. Una mujer astuta eludirá al mismísimo Príncipe de las Mentiras, por no hablar de hombres honrados como nosotros. Ha ido a por la niña.

—¿De veras?

—Sí. Y se la ha llevado con ella. Y ahora no sé más de su paradero que antes. ¡Vaya! Sin duda sentirá usted deseos de confiar su caso a alguien más agudo que yo para resolverlo —se le veía mortificado al decirlo.

Antes de seguir adelante, debo explicar a mi lector hasta qué punto había avanzado la investigación sobre los actos y el escondite de Leesy Sullivan. Por supuesto, habíamos visitado a su tía en Blankville y abordado la cuestión de la pequeña con toda la cautela debida. Nos había respondido con bastante

franqueza al principio: que Leesy tenía una prima que vivía en Nueva York, a la que quería mucho, y que había muerto, ¡pobrecilla! Pero en el momento en que introdujimos al bebé en la conversación, montó en cólera y preguntó si «habíamos venido allí a insultar a una viuda respetable, que no era responsable de lo que hicieran los demás». No hubo forma de persuadirla ni de amenazarla para que dijera una palabra más sobre el asunto, llegando a echarnos de la habitación y (lamento añadir) escaleras abajo a golpe de escoba. Como no podíamos citarla ante un tribunal y obligarla a responder en aquel momento, nos vimos forzados a «dejarla en paz». Una cosa, sin embargo, quedó clara en la entrevista: que había vergüenza o culpa, o al menos una disputa familiar, relacionada con la criatura.

Después de aquello, en Nueva York, el señor Burton averiguó que efectivamente había existido una prima que había fallecido, pero si había estado casada y dejado un bebé, o no, seguía siendo motivo de duda.

Había pasado más de una semana buscando a Leesy Sullivan en los alrededores de Blankville, en cada estación intermedia entre allí y Nueva York, y por toda la ciudad, ayudado por decenas de detectives que llevaban su fotografía, obtenida de un retrato que el señor Burton había encontrado en su habitación abandonada de la pensión. Esta foto debía de ser de más de un año atrás, pues se la veía más joven y feliz; el rostro era suave y redondeado, los ojos rebosantes de calidez y luz, y el rico cabello oscuro estaba peinado con evidente esmero. Aun así, Leesy conservaba parecido suficiente con su antiguo yo como para que la fotografía fuera una ayuda eficaz. Sin embargo, no se había hallado ni un solo rastro de ella desde que yo mismo la viera huir al mencionar la palabra que pronuncié a propósito, desapareciendo tras la colina boscosa. Casi nos habíamos convencido de que se había suicidado; habíamos rastreado la orilla durante millas en las cercanías de la villa Moreland y disparado cañones sobre el agua; pero si se había ocultado en aquellas profundidades frías, lo había hecho con total éxito.

La mujer del jardinero, en la villa, se había mantenido vigilante, tal como le pedí, pero nunca tuvo nada que informar: la costurera no volvió a frecuentar el porche ni el cenador. Finalmente, el señor Burton había abandonado las medidas activas, confiando simplemente en la presencia de la niña en Nueva York para atraer de nuevo a la protectora a sus redes, si es que aún seguía sobre la tierra. Decía con razón que, si estaba escondida y sabía de los esfuerzos por encontrarla, el medio más seguro de acelerar su reaparición sería aparentar que se abandonaba toda persecución. Tenía a una persona contratada para vigilar constantemente el domicilio de la nodriza; una persona que alquiló una habitación junto a la suya en la casa de vecindad donde residía, dedicada aparentemente a tejer prendas de lana para niños, pero en realidad con el fin de dar aviso inmediato si la guardiana de la pequeña aparecía en escena. Mientras tanto, se le mantenía informado de los sentimientos de la nodriza, quien había manifestado su intención de entregar el bebé a las autoridades si no se pagaba su sustento al final del mes. «Bastante duro es ya —declaraba— conseguir las patatas para las bocas de mis propios hijos; y la niña ya está creciendo. La leche ya no le basta, nada de eso, tiene que comer sus patatas y su trozo de pan con los demás».

En respuesta a estas quejas, la tejedora de lana había profesado tal interés por la inocente criaturita que, antes de permitir que fuera al hospicio o al orfanato, se la llevaría a su propia habitación y compartiría su ración con ella cuando terminara el mes de la nodriza, hasta que fuera seguro que la tía no vendría a por ella.

Con este entendimiento entre ambas, las dos mujeres se llevaban de maravilla; la pequeña Nora, que apenas empezaba a dar sus primeros pasos, era una niña preciosa, y su tía no había escatimado puntadas al confeccionar su ropa, que era de buen material y estaba adornada con profusión de jaretas y bordados. A menudo pasaba medio día en la habitación de la nueva inquilina cuando la nodriza salía a hacer recados o a trabajar; y la primera a veces la sacaba en brazos para que le diera el aire por las calles principales. El señor Burton había visto a la pequeña Nora varias veces; pensaba que se parecía a la señorita Sullivan, aunque no de forma llamativa. Tenía los mismos ojos, oscuros y brillantes.

Dos días antes de que el señor Burton me telegrafiara para que bajara a Nueva York, la señora Barber, la detective tejedora, jugaba con la niña en su habitación. Empezaba a anochecer y la nodriza estaba fuera haciendo las compras del sábado tarde en el mercado de Washington; no esperaba que regresara hasta dentro de una hora por lo menos. La pequeña Nora estaba de un humor excelente, encantada con una capota azul y blanca que su amiga le había fabricado para su cabecita rizada. Mientras jugueteaban, la puerta se abrió, entró una mujer joven, estrechó a la niña contra su pecho, la besó y lloró. «Ti-ta, ti-ta», balbuceó el bebé, y la señora Barber, saliendo con la excusa de que iría a buscar a la nodriza, que estaba en casa de una vecina, subió a un coche y se dirigió a la calle Veintitrés. En media hora, el señor Burton estaba en la casa de vecindad; la nodriza aún no había regresado del mercado y el pájaro había volado, llevándose al bebé consigo. Quedó bastante molesto con este desenlace. En los planes trazados no se había contemplado el hecho de que la nodriza estuviera ausente; no hubo nadie que siguiera el rastro de la fugitiva mientras se avisaba al oficial. Uno de los niños dijo que la señora había dejado dinero para su madre; había sobre la mesa una suma que cubría con creces los atrasos debidos y una nota de agradecimiento. Pero el bebé, con su abriguito y su nueva capota azul, se había esfumado. Se dio aviso a las distintas oficinas y se pasó la noche buscando a las dos; pero no hay lugar como una gran ciudad para eludir una persecución; y hasta la hora de mi llegada a casa del señor Burton, no había averiguado nada.

Todo esto había irritado al detective; yo podía notarlo, aunque él no lo dijera. A él, que había llevado ante la justicia a cientos de consumados pícaros, no le gustaba ser burlado por una mujer. Hablando del asunto conmigo, mientras nos sentábamos ante el fuego en su biblioteca con las puertas cerradas, dijo que el antagonista más terrible con el que se había enfrentado hasta entonces había sido una mujer; que la voluntad de ella era un desafío para la suya, cuando él había doblegado con facilidad el ánimo de los hombres más audaces.

—Sin embargo —añadió—, la señorita Sullivan no es una mujer de ese temple. Si ha cometido un crimen, lo ha hecho en un momento de pasión, y el remordimiento acabará con ella, aunque la venganza de la ley nunca la alcance. Pero es sutil y esquiva. No es la razón lo que la hace astuta, sino el sentimiento. En un hombre sería la razón; y como yo podría seguir el curso de su argumento, sea cual sea el camino que tome, no tardaría en alcanzarle. Pero una mujer, actuando por una pasión, ya sea de odio o de amor, llegará a veces a conclusiones tan novedosas que desafiarán las más agudas conjeturas del intelecto. Me gustaría, por encima de todo, tener una conversación tranquila con esa muchacha. Y la tendré, algún día.

La determinación con la que lo afirmó demostraba que no tenía intención de abandonar el caso. Repetiré algunas otras de sus observaciones:

Dijo que el golpe que mató a Henry Moreland fue dado por un asesino profesional, un hombre sin conciencia ni remordimientos, probablemente un mercenario. Una mujer pudo haberle tentado, persuadido o pagado para cometer el acto; de ser así, la culpa recaía sobre ella con todo su peso pavoroso; pero ninguna mano de mujer, temblorosa de pasión, había asestado ese golpe firme e implacable. No fue dado por una mano movida por los celos; fue demasiado fríamente calculado, demasiado firmemente ejecutado; no hubo pasión ni estremecimiento de sentimiento en ello.

—¿Entonces cree usted —dije yo— que Leesy Sullivan robó a la familia cuya felicidad estaba a punto de destruir para pagar a algún villano que cometiera el asesinato?

—Eso parece —respondió él, bajando la mirada de forma evasiva.

Sentí que no gozaba de la plena confianza del detective; algo bullía con fuerza en su mente de lo cual no me daba pista alguna; pero tenía tanta fe en él que no me ofendí por su reserva. Ansioso como estaba, impaciente, curioso —si es que cabe llamar curiosidad a semejante fuego devorador de anhelo como el que yo sentía—, él debía de saber que yo percibía sus reticencias; si era así, tenía su propia manera de llevar los asuntos, de la cual no podía desviarse para mi beneficio momentáneo. Llegaron las doce mientras seguíamos hablando ante el fuego, que daba un aire acogedor a la estancia, aunque casi innecesario, pues al gélido «invierno indio» de la mañana anterior le había seguido otro día balsámico y soleado. El señor Burton tocó la campana para que trajeran el almuerzo donde estábamos; y mientras sorbíamos el café cargado y nos servíamos el contenido de la bandeja, una vez despachado el criado, mi anfitrión hizo una propuesta que evidentemente había tenido en mente toda la mañana.

Yo ya estaba tan familiarizado con su entorno personal como para saber que era viudo y tenía dos hijos; el mayor, un chico de quince años, fuera en un internado; la segunda, una niña de once, de salud delicada y educada en casa, en lo poco que estudiaba, por una institutriz diaria. Nunca había visto a esta hija —Lenore, la llamaba él—, pero podía adivinar, sin gran sagacidad, que su corazón estaba volcado en ella. No podía mencionar su nombre sin que un resplandor asomara a su rostro; su frágil salud parecía ser la preocupación constante de su vida. Podía oírla ahora, tomando una lección de canto en un aposento lejano, y mientras su voz pura se elevaba clara y alta, subiendo y subiendo con pasos aéreos por la difícil escala, yo escuchaba encantado, imaginando en mi mente a la graciosa criaturita a la que tal voz debía pertenecer.

Su padre escuchaba también, con una sonrisa en los ojos, casi olvidándose de su café. Al poco dijo, en voz baja y hablando al principio con cierta renuencia:

—Le he hecho venir hoy, más particularmente para que sea testigo confidencial de un experimento que de ninguna otra cosa. Oye cantar a mi Lenore ahora... ¿no tiene una voz dulce? Le he dicho cuán delicada es su salud. Descubrí por casualidad, hace unos dos o tres años, que poseía atributos peculiares. Es una excelente clarividente. Cuando lo descubrí por primera vez, hice uso de su rara facultad para ayudarme en mis labores más importantes; pero pronto me di cuenta de que le pasaba una factura terrible a su salud. Parecía agotar casi por completo su escaso flujo de vitalidad. Nuestro médico me dijo que debía desistir por completo de todo experimento de ese tipo con ella. Fue tajante al respecto, pero solo necesitó advertirme una vez. Antes perdería yo un año de mi menguante futuro que quitarle un gramo a esa fuerza creciente que vigilo día tras día con profunda solicitud. Es mi única hija, señor Redfield, y la imagen de su difunta madre. No se extrañe si soy un necio con mi Lenore. Durante

dieciocho meses no he ejercido mi poder sobre ella para sumirla en el estado de trance, o lo que sea, en el cual, con el hilo en la mano, desmadeja el camino hacia laberintos más complejos que los de la alcoba de la bella Rosamunda. Y le digo, solemnemente, que si haciéndolo pudiera señalar ollas de oro o los secretos de minas de diamantes, no arriesgaría su más mínimo bienestar volviendo a agotar sus energías en recuperación. No obstante, tan profundamente interesado estoy en la tragedia sobre la cual usted llamó mi atención —tan seguro estoy de encontrarme en vísperas de la solución del misterio— y tal acto de justicia y rectitud considero que sea expuesto en su verdad desnuda ante quienes han sufrido por el crimen, que he resuelto poner a Lenore una vez más en estado clarividente, con el fin de averiguar el escondite de Leesy Sullivan, y le he hecho llamar para que sea testigo del resultado.

Este anuncio me quitó lo que me quedaba de apetito. El señor Burton tocó la campana para que retiraran la bandeja y ordenó al criado que dijera a la señorita Lenore que, en cuanto hubiera almorzado, acudiera a la biblioteca. Tuvimos que esperar solo unos minutos. Pronto oímos un paso ligero; su padre gritó: «¡Adelante!» en respuesta a su llamada, y entró una niña encantadora, saludándome con un aire mezcla de gracia y timidez; una visión de dulzura y belleza más perfecta de lo que yo hubiera podido prever. Su cabello dorado ondulaba alrededor de su esbelto cuello en zarcillos relucientes. Rara vez se ve un cabello así, salvo en las cabezas de los bebés: suave, lustroso, fino, flotando a su voluntad y rizado en los extremos en pequeños anillos brillantes. Sus ojos eran de un azul celestial... celestial no solo por la pura divinidad de su color, sino porque no se podía mirar en ellos sin pensar en los ángeles. Su cutis era lo más exquisito posible, claro, con un rubor como de luz de atardecer en las mejillas; demasiado transparente para una salud perfecta, pues dejaba ver el curso de las delicadas venas en las sienes. Su vestido azul, con su faja ondeante, y la chaquetilla de cachemira blanca que protegía su cuello y brazos, eran todos primorosos y acordes con quien los vestía. No tenía el aire sereno de un serafín, aunque lo parecía, ni los modales lánguidos de una inválida. Le dirigió a su padre una sonrisa infantil de lo más cautivadora, rebosante de alegría al pensar que él estaba en casa y la había mandado llamar. Era tan encantadora en todos los sentidos que extendí mis brazos para besarla, y ella, con el instinto de los niños que perciben quiénes son sus verdaderos afectos, me dio un abrazo voluntario aunque tímido. El señor Burton se mostró complacido al ver cuán satisfactoria era la impresión causada por su Lenore.

Sentándola en una silla frente a él, puso una fotografía de la señorita Sullivan en su mano.

—Papá quiere dormir a su pequeña de nuevo —dijo suavemente.

Una expresión de desagrado cruzó fugazmente su rostro; pero sonrió al instante, mirándole con la fe del afecto que habría puesto su vida en manos de él, y asintió diciendo: «Sí, papá».

Hizo unos pases sobre ella; cuando vi su efecto, no me extrañó que se hubiera resistido al experimento; mi sorpresa fue más bien que pudiera ser inducido a realizarlo bajo cualquier circunstancia. El hermoso rostro se distorsionó como por el dolor; las manitas se agitaron, al igual que los labios y los párpados. Desvié la mirada, pues no tenía fortaleza para presenciar algo tan perturbador para mi sensibilidad. Cuando volví a mirar, su semblante había recuperado la tranquilidad; los ojos estaban bien cerrados, pero ella parecía reflexionar sobre el retrato que sostenía.

—¿Ves a la persona ahora?

—Sí, papá.

—¿En qué clase de lugar está?

—Está en una habitación pequeña; tiene dos ventanas. No hay alfombra en el suelo. Hay una cama y una mesa, una estufa y algunas sillas. Está en el último piso de una gran casa de ladrillo, no sé en qué lugar.

—¿Qué está haciendo?

—Está sentada cerca de la ventana trasera; da a los tejados de otras casas; sostiene a un niño pequeño muy bonito en su regazo.

—Debe de estar en la ciudad —comentó el señor Burton aparte—; la casa grande y los tejados amontonados así lo indicarían. ¿No puedes decirme el nombre de la calle?

—No, no puedo verlo. Nunca estuve en este lugar antes. Puedo ver agua al mirar por la ventana. Parece la bahía; y veo muchos barcos, pero hay tierra verde al otro lado del agua, además de casas lejanas.

—Debe de ser en algún lugar de los suburbios o en Brooklyn. ¿No hay letreros en las tiendas que puedas leer al mirar fuera?

—No, papá.

—Bueno, baja las escaleras, sal a la calle y dime el número de la casa.

—Es el número... —dijo ella, tras unos momentos de silencio.

—Sigue hasta que llegues a una esquina y léeme el nombre de la calle.

—Court Street —respondió ella al poco.

—¡Está en Brooklyn! —exclamó el detective triunfante—. Ahora nada nos impide ir directos al lugar. Lenore, vuelve ahora a la casa; dinos en qué piso está esa habitación y cómo está situada.

De nuevo hubo silencio mientras ella desandaba sus pasos.

—Está en el cuarto piso, la primera puerta a la izquierda al llegar al rellano.

Lenore empezó a parecer fatigada y agotada; el sudor brotó en su frente y jadeaba como si estuviera cansada de subir tramos de escaleras. Su padre, con aire de pesar, le secó la frente besándola tiernamente. Unos cuantos más de aquellos toques cabalísticos, seguidos de las mismas penosas contorsiones de aquellas bellas facciones, y Lenore volvió a ser ella misma. Pero estaba pálida y lánguida; se dejó caer contra el pecho de su padre mientras él la sostenía en brazos, el color desapareció de sus mejillas, demasiado apática incluso para sonreír ante sus caricias. Colocándola en el sofá, él sacó de un rincón de su secreter una botella de oporto viejo, escanció una copita y se la dio. El vino la reanimó casi al instante; la sonrisa y el rubor regresaron, aunque seguía pareciendo sumamente fatigada.

—Estará como una persona agotada por un largo viaje o un gran esfuerzo durante varios días —dijo el señor Burton mientras yo observaba a la niña—. Me ha costado un gran pesar exigirle esto; espero que sea la última vez... al menos hasta que sea mayor y más fuerte que ahora.

—Creo que la aplicación de electricidad restauraría parte de la vitalidad que se le ha arrebatado —sugerí.

—Lo intentaré esta noche —fue su respuesta—; mientras tanto, si pretendemos beneficiarnos del sacrificio de mi pequeña Lenore, no perdamos tiempo. Algo podría ocurrir que hiciera huir de nuevo a la fugitiva. Y ahora, mi querida niña, debes tumbarte un rato esta tarde y cuidarte. Cenarás con nosotros esta noche, si no estás demasiado cansada, y te traeremos unas flores... un ramo del invernadero del viejo John, sin falta.

Encomendando a su adorada hija al cargo del ama de llaves, con muchas instrucciones y advertencias, y una mirada persistente que delataba su ansiedad, el señor Burton estuvo pronto listo y partimos, tomando una diligencia hacia el transbordador de Fulton poco después de la una.

Aproximadamente una hora y cuarto nos llevó llegar a la casa de ladrillo en Court Street, muy a las afueras, que tenía el número indicado. Nadie cuestionó nuestra llegada, al ser una casa de vecindad, y subimos una larga sucesión de escaleras hasta que llegamos al cuarto piso y nos detuvimos ante la puerta de la izquierda. Yo temblaba un poco de la emoción. Mi compañero, apoyando la mano con firmeza en el pomo, se detuvo al encontrar la puerta cerrada con llave. Llamó entonces, pero no hubo respuesta a sus golpes. Entre el surtido de llaves que llevaba consigo, encontró una que encajaba en la cerradura; en un momento la puerta estuvo abierta y entramos para encontrarnos con... ¡una soledad absoluta!

Evidentemente, la habitación había sido abandonada hacía poco tiempo y por alguien que esperaba regresar. Había fuego cubierto en la estufa y tres o cuatro patatas en el horno para asarse para la humilde cena. No había baúl, ni arca, ni ropa en la estancia, solo los escasos muebles que Lenore había descrito, unos pocos platos en la alacena y algunos utensilios de cocina que probablemente se habrían alquilado con la habitación. Sobre la mesa había dos cosas que confirmaban la identidad de los ocupantes: un cuenco con los restos de la comida de pan y leche de un niño, y una pieza de bordado... un cuello a medio terminar.

A petición del señor Burton, bajé a la tienda del primer piso y pregunté en qué dirección se había ido la joven con la niña y cuánto tiempo hacía que habían salido.

—Se fue, tal vez, hace media hora; creo que llevó a la pequeña a dar un paseo. Me dijo que volvería antes de la cena, cuando se detuvo a pagar un poco de carbón y a pedir que se lo subieran.

Regresé con esta información.

—Siento haber preguntado —dijo el detective—; ese tipo de la tienda seguro que la verá primero y le dirá que ha tenido visitas; eso la asustará de inmediato. Debo bajar y vigilar desde allí.

—Si no le importa vigilar solo, creo que iré a Greenwood. Estamos muy cerca ahora, y me gustaría visitar la tumba del pobre Henry.

—No le necesito para nada por ahora; solo le pido que no se ausente demasiado tiempo. Cuando me encuentre con esa Leesy Sullivan, a quien todavía no he visto, recuerde, quiero hablar largo rato con ella. Lo último que deseo es asustarla; buscaré, en cambio, calmarla. Si logro encontrarme con ella cara a cara y voz a voz, creo que podré domar a la gacela o a la leona, sea lo que sea que resulte ser. No creo

que tenga que coaccionarla, ni siquiera si es culpable. Si es culpable, ella misma se entregará. Incluso puede que me la lleve a casa a cenar con nosotros —añadió con una sonrisa—. No se estremezca, señor Redfield; a menudo cenamos en compañía de asesinos; a veces incluso cuando solo nos acompañan nuestros amigos y vecinos. ¡Le aseguro que he tenido ese honor con frecuencia!

Su humor macabro me resultaba melancólico, pero ¿quién podría extrañarse de que un hombre con la peculiar experiencia del señor Burton estuviera teñido de cinismo? Además, sentí que había más en el sentido interno de sus palabras de lo que aparecía en la superficie. Le dejé sentado en un rincón resguardado de la tienda de abajo, en una posición desde la cual podía dominar la calle y el vestíbulo de entrada sin ser observado, entablando amistad con el atareado hombrecillo de detrás del mostrador, a quien ya le había comprado una pinta de castañas. Lo mejor sería que yo no estuviera por allí. La señorita Sullivan me conocía y podría alarmarse con solo verme de lejos, mientras que la persona del señor Burton debía serle desconocida, a menos que ella hubiera resultado mejor detective que los dos y lo hubiera marcado cuando él ignoraba su cercanía.

Subiendo a un tranvía que pasaba, en pocos minutos pasé de la ciudad de los vivos a la ciudad de los muertos. ¡Hermosa y silenciosa ciudad! Allí, los costosos y relucientes portales, erigidos a la entrada de esas mansiones, nos dicen el nombre y la edad de los habitantes, pero a los habitantes mismos nunca los vemos. Por muy fuerte y largo tiempo que llamemos a esas puertas de mármol, por mucho que gritemos, supliquemos o imploremos, se mantienen invisibles. Nunca más están «en casa» para nosotros. Nosotros, que antes nunca fuimos obligados a esperar, debemos alejarnos ahora del umbral sin una palabra de bienvenida. Ciudad de los muertos —a la cual esa ciudad de los vivos pronto deberá mudarse—, ¿quién hay que pueda caminar por tus calles silenciosas sin un presentimiento del tiempo en que él también fijará en ti su morada para siempre? ¡Extraña ciudad de soledad! Donde miles, cuyos hogares están alineados uno junto al otro, no se conocen entre sí y no saludan a los pálidos recién llegados.

Con meditaciones como estas, demasiado solemnes para las palabras, deambulé por aquel encantador lugar donde, todavía, el verano parecía demorarse, como si se resistiera a abandonar las tumbas que embellecía. Con Eleanor y Henry en mi corazón, me dirigí hacia la parcela familiar, deseando que Eleanor estuviera conmigo en aquel día glorioso, para que pudiera contemplar por primera vez su tumba bajo tan suaves auspicios de luz, follaje y flores; pues sabía que ella planeaba una peregrinación a este lugar tan pronto como sus fuerzas permitieran el intento.

Me acerqué al lugar por un sendero sinuoso; el suave murmullo de una fuente sonaba a través de un bosquecillo de siempreverdes, y vi el brillo del amplio pilón en el que caía el agua; un pájaro solitario derramaba un lúgubre torrente de lamentaciones desde alguna rama alta no muy lejana. Poco esfuerzo de fantasía hacía falta para oír en aquella «locura melodiosa» el grito de algún corazón roto que rondaba, bajo la forma de esa ave, el lugar del sueño del ser amado.

Había otros paseantes además de mí en el cementerio; un cortejo fúnebre entraba por la puerta cuando yo pasaba, y me encontré con otro a los pocos pasos; pero en el sendero apartado por donde caminaba ahora estaba solo. Con los pasos lentos de quien medita cosas tristes, me acerqué a la tumba de Henry. Deslizándose por otro sendero desviado, vi una figura femenina.

«Es alguna otra doliente a quien he perturbado en su vigilia junto a alguna de estas tumbas —pensé—, o, tal vez, alguien que pasaba más allá antes de alcanzar la meta de su dolor». Y con esto la aparté de mi mente, habiendo tenido, a lo sumo, solo un vislumbre indistinto de la mujer y el aleteo momentáneo de sus ropas al pasar tras un grupo de arbustos altos y perderse de vista.

Al momento siguiente me arrodillé junto a la hierba que cubría aquella forma joven y noble. No me juzguen extravagante en mis emociones. No lo era; solo me sentía superado, siempre, por una intensa simpatía hacia quienes sufrían por aquella calamidad. Había reflexionado tanto sobre el dolor de Eleanor que, por así decirlo, lo había hecho mío. Incliné la cabeza, murmurando una oración por ella; luego, apoyándome contra el tronco de un árbol cuyas hojas ya no daban sombra al recinto familiar cuidadosamente cultivado, mis ojos cayeron sobre la tumba. Había hermosas flores marchitándose sobre ella, que alguna mano amiga había depositado allí hacía una semana o dos. Debieron de pasar diez o quince minutos en los que estuve ensimismado; luego, al levantarme para partir, recogí un capullo marchito o dos y una ramita de mirto, guardándolos en el bolsillo de mi chaleco para dárselos a Eleanor a mi regreso. Al inclinarme para recogerlos, percibí la huella del pie de un niño, aquí y allá, por toda la tumba; una huella diminuta en la tierra fresca, como de algún bebé que apenas gateara o cuyos piececitos apenas hubieran aprendido a sostenerse.

Había una o dos marcas de un zapato esbelto de mujer; pero fueron los pies del infante los que me impresionaron. Cruzó por mi mente qué figura femenina era aquella que había visto huir al acercarme; ahora que lo recordaba, incluso reconocí la forma alta y esbelta, con la ligera inclinación de hombros, de la que solo había tenido un fugaz vislumbre. Perseguí apresuradamente el camino que ella había tomado; pero mi prisa iba por detrás de la suya al menos un cuarto de hora.

Me di cuenta de que solo perdería el tiempo buscándola en aquellas avenidas sinuosas, cada una de las cuales podría estar alejándome de los fugitivos en lugar de acercarme; así que volví a la puerta y pregunté al guardián si había visto salir a una mujer joven y alta con un niño pequeño en la última media hora. Había visto salir a varios niños y mujeres en ese tiempo; y como yo no podía decir cómo iba vestida esta en particular, no pude despertar en él ningún recuerdo certero al respecto.

—Probablemente llevaría al niño en brazos —dije—; tenía aspecto tísico y aire triste, aunque seguramente llevaría el rostro oculto tras el velo.

—Es muy probable —respondió él—; la mayoría de las mujeres que vienen aquí parecen tristes y muchas llevan el velo bajado. Sin embargo, tengo la impresión de que no ha pasado por aquí últimamente ningún niño de esa edad. Me fijé en uno que entraba alrededor de las dos, y si es ese, todavía no ha salido.

Así que, mientras el señor Burton se sentaba en la tienda de Court Street vigilando, yo me senté a las puertas de Greenwood; pero Leesy Sullivan no salió; y cuando cerraron las puertas por la noche, me vi obligado a marcharme decepcionado.

La muchacha empezaba a convertirse en un fantasma esquivo en mi mente. Casi llegaba a dudar de que existiera tal criatura de ojos negros y salvajes y mejillas febriles a la que yo perseguía; a la que encontraba por casualidad en lugares extraños, en momentos inesperados, pero a la que nunca podía hallar cuando la buscaba; alguien que parecía mezclarse de esta manera injustificable con la tragedia

que destrozaba otros corazones. ¿Qué tenía ella que ver con la tumba de Henry? Un sentimiento de aversión, de antipatía mortal, creció en mí; ya no podía compadecerla; aquel espíritu oscuro que, habiendo tal vez provocado este dolor irremediable, no podía ahora hundirse en las profundidades a las que pertenecía, sino que debía rondar y revolotear en los márgenes de mi tribulación, incitándome a seguirla solo para burlarse de mí y eludir el encuentro.

Antes de abandonar el cementerio, ofrecí a dos policías cien dólares si lograban retener a la mujer y al niño cuya descripción les di, hasta que se pudiera avisar a la oficina de la policía de detectives; y los dejé allí, con otro guardia en las puertas, recorriendo el recinto y asomándose a las criptas y lugares fantasmales en su busca. Cuando bajé en la casa de Court Street, encontré a mi amigo bastante cansado de comer castañas y hablar con el hombrecillo de detrás del mostrador.

—Bueno —dijo él—, las patatas estarán achicharradas antes de que su dueño regrese. Nos han llevado a otro viaje en vano.

—La he visto —respondí.

—¿Cómo?

—Y la he perdido. Creo que tiene algo de serpiente, por la forma tan escurridiza que tiene de actuar.

—¡Quiá! ¡Lo mismo hace un ciervo asustado! Pero ¿cómo sucedió?

Se lo conté, y se quedó bastante alicaído por la mala fortuna que me había enviado al cementerio en aquel momento preciso. Era evidente que ella me había visto y tenía miedo de regresar a este nuevo refugio por temor a ser rastreada de nuevo.

—No obstante —dijo él—, confío en que la tendremos pronto. Debo ir a casa esta noche para ver a mi Lenore; se lo prometí y se pondrá enferma si se queda esperándome levantada.

—Vaya usted y deje que me quede yo. Me quedaré hasta que sea evidente que no piensa regresar.

—Se echará a perder la cena. Pero, ahora que hemos sacrificado tanto, unas pocas horas más de inconvenientes...

—Se soportarán con gusto. Compraré algo de pan, queso y un vaso de cerveza a su amigo el tendero y permaneceré en mi puesto.

—No hace falta que se quede más allá de las doce; lo que le traerá a casa alrededor de las dos, al ritmo lento de los transportes de medianoche. Le esperaré despierto. *Au revoir.*

Cambié de opinión respecto a cenar en la tienda a medida que el crepúsculo se convertía en noche. La tenue luz del vestíbulo y la escalera, parte de ellos en total oscuridad, me permitió subir a la habitación desierta sin ser percibido por ninguno de los otros inquilinos del gran edificio.

Allí puse carbón fresco en la estufa y, por el débil resplandor que pronto surgió del frente abierto de la misma, encontré una silla y, colocándola de modo que quedara en la sombra al abrirse la puerta, me senté a esperar el regreso de los ocupantes. El olor a patatas asadas, que emanaba por el aumento del calor, me recordó que apenas había tomado un ligero almuerzo desde un desayuno temprano y apresurado; sacando una del horno, hice con ella una comida frugal y luego ordené a mi alma que

tuviera paciencia. Permanecí largo rato en la penumbra de la habitación; oía las campanas de la ciudad dando las horas; al tendero y a los dueños de las tiendas de variedades cerrando sus persianas; el arrastrar de pies de los hombres que volvían a sus casas, a los hogares que tuvieran en aquel lúgubre edificio, hasta que casi todos los ruidos de la calle y de la casa se extinguieron.

Contemplando el fuego, me preguntaba dónde estaría esa extraña mujer con aquella niña pequeña en esas horas tan malsanas. ¿La llevaría en brazos mientras vagaba como un fantasma entre el silencio pavoroso de los sauces llorones y las lápidas relucientes? ¿La mecería para dormirla sobre su pecho, en la sombra temible de alguna cripta, con una hilera de ataúdes por compañía? ¿O estaría huyendo de nuevo por campos desiertos, agazapada en lugares solitarios, fatigada, angustiada, jadeando bajo el peso del bebé inocente que dormía en un pecho culpable, pero impulsada todavía, adelante, adelante, por el látigo de un secreto espantoso? Imaginé escenas salvajes entre las brasas agonizantes mientras meditaba; si fuera artista, las reproduciría con toda su luz lúgubre y sus sombras sombrías; pero no lo soy. El aire viciado del lugar, que aumentaba la somnolencia por el gas de las puertas abiertas de la estufa, el profundo silencio y mi propia fatiga, tras los diversos viajes y agitaciones del día, terminaron por vencerme; recuerdo haber oído el reloj de la ciudad dar las once y, después de eso, debí de quedarme dormido.

Mientras dormía, continué mis sueños de vigilia; me parecía estar todavía mirando el fuego que se extinguía; que la costurera entraba sin hacer ruido, se sentaba ante él y lloraba en silencio sobre la niña que yacía en sus brazos; que Lenore salía de las brasas doradas, con las puntas de las alas de un brillo inefable, pareciendo un ángel, y parecía consolar a la doliente, y finalmente la tomaba de la mano y, pasando junto a mí de modo que sentí el movimiento del aire desplazado por sus alas y sus vestiduras, la conducía hacia la puerta, que se cerraba con un ligero ruido.

Ante el ruido de la puerta al cerrarse, desperté. Al recobrar mis sentidos confundidos, no tardé en llegar a la conclusión de que, en efecto, había oído un sonido y sentido el aire de una puerta abierta: alguien había estado en la habitación. Miré mi reloj con una cerilla que encendí, pues el fuego se había apagado por completo. Era la una. Contrariado más allá de las palabras por haberme dormido, salí corriendo a los pasillos vacíos donde, quedándome en silencio, agucé el oído en busca de cualquier paso. No había ni el eco de un sonido. Los pasillos estaban envueltos en la oscuridad. En silencio y con rapidez bajé a tientas hasta la calle; ni un alma a la vista en ninguna dirección. Sin embargo, estaba convencido de que Leesy Sullivan, saliendo de su escondite, había regresado a su habitación a esa hora de la medianoche, me había encontrado allí durmiendo y había huido.

Pronto pasó un tranvía, que ahora solo circulaba en intervalos de media hora, y abandoné mi vigilancia por esa noche, mortificado por el resultado.

Eran las tres cuando llegué a la puerta del señor Burton. Él la abrió antes de que yo pudiera tocar el timbre.

—¿Sin éxito? Me lo temía. Ya ve que me he quedado levantado esperándole; y ahora, ya que la noche está tan avanzada, si no está usted demasiado agotado, desearía que viniera conmigo a una casa no muy lejos de aquí. Quiero mostrarle cómo pasan algunos de los jóvenes calaveras de Nueva York las horas en las que deberían estar en la cama.

—Estoy bien despierto y lleno de curiosidad; pero ¿cómo encontró a su hija pequeña?

—Un poco alicaída, pero insistiendo en que no estaba enferma ni cansada, y encantada con las flores.

—¿Entonces no olvidó el ramo?

—No, nunca me gusta decepcionar a Lenore.

Cerrando la puerta tras nosotros, bajamos de nuevo a la calle desierta.

IX

La araña y la moscas

—Venga —dijo mi cicerone—, ya llegamos muy tarde.

Una caminata rápida de pocos minutos nos llevó ante la entrada de una hermosa casa, con apariencia de residencia privada, situada en una calle elegante.

—Pero —dije, inclinado a retroceder mientras él subía los peldaños—, ¿de verdad piensa molestar a la gente aquí a estas horas de la noche? No se ve ni una luz, ni siquiera en los dormitorios.

La risa queda del señor Burton me hizo sonrojar ante mi propia «ingenuidad». Su toque al timbre fue seguido por un golpe en la puerta que, pese a mi falta de experiencia, fui lo bastante agudo para percibir que tenía algo de significativo. La puerta se abrió de inmediato un poco; mi amigo dijo unas pocas palabras que tuvieron el efecto de abrir aún más aquellos misteriosos portales y entramos en un vestíbulo modesto, que un solo quemador de gas, a medio cerrar, iluminaba tenuemente. El criado que nos admitió era negro como el ébano, musculoso, muy por encima de la estatura media, vestido con una librea sencilla y con modales tan pulidos como su propia piel reluciente: un leopardo africano, a falta de las manchas, suave y poderoso.

—¿Sigue Bagley aquí? —preguntó mi acompañante.

—Sí, señor. En la biblioteca, justo donde lo dejó.

—Muy bien. No es necesario que le moleste. He traído a mi joven amigo para presentarle la casa, con vistas a un trato futuro.

El hombre de ébano sonrió respetuosamente, inclinándose para que pasáramos al salón. Me pareció ver en aquella sonrisa tranquila un rayo oculto de satisfacción; un regocijo, por así decirlo, ante mi futura intimidad en esta casa tan respetable. Probablemente llevaba siendo el ujier de aquel torbellino el tiempo suficiente para saber que aquellos cuyos pies quedaban atrapados una vez en el vals pausado y delicioso de las aguas circulares, nunca los retiraban después de que el círculo se volviera estrecho y veloz, y el rugido del remolino resonara desde el pozo sin fondo.

Entramos en una serie de estancias que en nada diferían de los salones de una casa privada. Estaban ricamente amuebladas y bien iluminadas; unas persianas interiores bien cerradas, ocultas tras pesadas cortinas de seda, impedían que la luz fuera observada desde la calle. Había tres habitaciones en esta serie; las dos primeras estaban ahora desiertas, aunque el olor a vino, y a perfumes de cabello y

pañuelos, demostraba que habían sido ocupadas recientemente. En estas dos, las lámparas de araña estaban parcialmente oscurecidas, pero la tercera habitación seguía brillantemente iluminada. Caminamos hacia ella. Magníficas cortinas de seda ámbar pendían del arco que la separaba de los salones. Solo una de estas cortinas estaba ahora recogida; las otras se arrastraban por la alfombra, cerrando el aposento a nuestra vista. El señor Burton me situó en la sombra de las cortinas, donde yo podía ver sin ser visto. La habitación estaba amueblada como una biblioteca, con dos de sus paredes cubiertas de libros; me fijé particularmente en un busto de mármol de Shakespeare, muy fino. Un gusto severo, aunque liberal, marcaba la elección y disposición de todo. Un cuadro de Tasso leyendo sus poemas a la Princesa colgaba entre las dos ventanas traseras.

Era una biblioteca bien dispuesta, ciertamente; pero los cuatro ocupantes estaban absortos en un estudio más fascinante que el de cualquiera de los libros que los rodeaban. Si Mefistófeles hubiera podido salir de su encuadernación en azul y oro y entablar conocimiento con la compañía, habría quedado encantado. Dos parejas estaban sentadas en dos mesas jugando a las cartas. Todos los demás visitantes del establecimiento se habían marchado, algunos de ellos hacia el robo o el suicidio, tal vez, salvo aquellos cuatro, que aún permanecían, envueltos en el terrible encantamiento de la hora. Los dos de la mesa a la que miré primero eran desconocidos para mí; en la segunda, no podía ver el rostro de uno de los jugadores, que estaba de espaldas a mí; pero el rostro del otro quedaba directamente frente a mí y bajo la luz plena de la lámpara. Esta persona era James Argyll. Mi asombro fue profundo. Que nunca hubiera confraternizado con él lo consideraba en parte culpa mía —hay personas tan naturalmente antagónicas que hacen imposible una amistad real entre ellas— y a menudo me había reprochado nuestra mutua frialdad. Pero, con todo mi disgusto por algunas de sus cualidades —como, por ejemplo, su indolente aceptación de la generosidad de su tío, que a los ojos de una persona de mi disposición le restaba la mitad de su hombría—, con toda mi antipatía hacia él, nunca le había sospechado de hábitos absolutamente malos.

Tuve que mirar dos veces para asegurarme de su identidad. Y habiendo mirado, no pude apartar los ojos de la extraña atracción de un semblante transformado por la excitación de la mesa de juego. Su tez oscura se había vuelto de una palidez cetrina; las mejillas y los labios eran del mismo color; su nariz parecía haberse afilado y se contraía hacia el rostro con un aspecto tenso; sus cejas estaban muy ligeramente contraídas, pero fijas, como talladas en mármol, mientras que debajo de ellas los párpados se juntaban de modo que solo una línea del ojo era visible: una línea estrecha que dejaba salir un único rayo constante del mundo lúgubre de su interior. Los párpados parecían como si los globos oculares se hubieran encogido ante la intensidad de su mirada.

En silencio se repartieron y jugaron las cartas. Era evidentemente la partida de cierre, de la que dependía mucho; cuánto, en el caso de James, solo podía adivinarlo por la creciente palidez y abstracción de su rostro.

—Desearía poder ver el rostro de su oponente —susurré a mi acompañante.

—No vería más que el rostro del diablo divirtiéndose fríamente. Bagley nunca se excita. Ha arruinado ya a una docena de jóvenes.

Se echó la última carta; los dos jugadores se levantaron simultáneamente.

—Bien, Bagley —dijo James con una risa desesperada—, tendrá que esperar por el dinero hasta que yo...

—Se case con la señorita —dijo el otro—; ese es el acuerdo, creo; pero no consienta un compromiso largo.

—Encontraré algún medio para pagar estas dos últimas deudas antes de esa feliz consumación, espero. Tendrá noticias mías dentro de un mes.

—Haremos un pequeño memorándum de ellas —dijo su oponente; y mientras iban juntos hacia un escritorio, el señor Burton me apartó de allí.

Apenas podía respirar cuando salimos a la calle; me sentía sofocado por la rabia al oír la referencia hecha por esos dos hombres, bajo aquel techo impío, a la mujer tan venerada y sagrada en mis pensamientos. Estaba seguro de que la señorita Argyll era la joven cuya fortuna debía pagar esas «deudas de honor», contraídas por adelantado sobre tal garantía. Si la mano firme de Burton no me hubiera retenido en silencio, no sé si no habría montado una escena, lo cual habría sido tan imprudente como inútil. Agradecí después el haberme visto impedido, aunque en aquel momento me irritara la restricción. Ninguno de los dos habló hasta que estuvimos en casa de mi anfitrión, donde nos esperaba un fuego en la biblioteca. Ante él nos sentamos, sin que ninguno de los dos sintiera sueño tras nuestras aventuras nocturnas.

—¿Cómo sabía que Argyll estaba en esa casa? No tenía idea de que tuviera intención de venir a la ciudad hoy —dije.

—No tenía intención hasta que se enteró de su repentina partida. Bajó en el siguiente tren para ver qué tramaba usted. Está inquieto por usted, señor Redfield, ¿no lo sabía? Como no pudo averiguar nada satisfactorio sobre sus asuntos, o los míos, no tuvo nada mejor que hacer esta noche que buscar a su amigo Bagley.

—¿Cómo sabe todo esto?

El detective sonrió a medias, con sus ojos penetrantes fijos reflexivamente en el fuego.

—Mal podría sostener mis pretensiones si no pudiera mantener el círculo de mis conocidos bajo mi observación. Fui informado de su llegada a la ciudad a mi regreso de Brooklyn y he sabido de su paradero desde entonces. Podría decirle qué cenó, si eso le interesara.

El sentimiento de inquietud que ya había experimentado varias veces en compañía del señor Burton volvió a apoderarse de mí. Hablé con cierta rapidez:

—Me pregunto si tendrá agentes secretos —espíritus del aire o electricidad, casi podrían parecer— rondando siempre sobre mis pasos.

Él rió, pero no de forma desagradable, escrutándome con aquellos rayos azul acero:

—¿Le molestaría imaginarse bajo vigilancia?

—Nunca me han gustado las cadenas de ningún tipo. No cedo mi voluntad ni mis actos a nadie. No obstante, si alguien encuentra satisfacción haciendo el papel de mi sombra, no creo que sufra restricción alguna por ese motivo.

—No creo que le perturbara seriamente —dijo él.

—A nadie le gusta ser vigilado, señor Burton.

—Todos estamos vigilados por el ojo puro y penetrante del que Todo lo Ve, y si no tememos ante Él, ¿ante quién habríamos de encogernos?

Alcé la vista para ver si era el agente de la policía secreta quien me predicaba, o si mi anfitrión, en su poder de variar las manifestaciones externas de su carácter, no habría cambiado la estrella mística por la túnica del ministro; estaba mirando al fuego con una expresión triste y absorta, como si viera ante sí una larga procesión de crímenes mortales, caminando en la noche de la tierra pero, en realidad, bajo el brillo pleno del día infinito. Le había visto antes en estos estados de ánimo solemnes, casi proféticos, provocados en él por la revelación de algún pecado nuevo, que siempre parecía despertar en él pesar, más que la exaltación de un detective volcado en los resultados exitosos de su misión. Tan suave, tan gentil aparecía entonces, que me pregunté interiormente cómo tenía la dureza de infligir desgracia y exposición a los culpables «respetables» —clase de criminales con la que trataba casi exclusivamente —, pero solo tuve que reflexionar sobre el admirable equilibrio de su carácter para comprender que, para él, la justicia era lo que más amaba. Para aquellos que merodeaban por la sociedad vestidos de corderos y perros pastores, buscando a quién devorar y cargando, tal vez, con las pruebas de su culpa a las puertas de los inocentes, no tenía misericordia del tipo «dejadnos en paz». Estuvimos un rato en silencio; la caída de una brasa de la rejilla nos sobresaltó.

—¿Por qué cree que James me vigila? ¿Para qué me vigila? —pregunté esto volviendo a la sorpresa que había sentido cuando hizo el comentario.

—Lo sabrá bastante pronto.

Era inútil que yo insistiera en la pregunta, puesto que él no deseaba ser explícito.

—No sabía —continué—, nunca soñé que James tuviera malas compañías en la ciudad. Sé que su tío y sus primas no lo sospechan. Me duele más de lo que puedo expresar. ¿Qué debo hacer? No tengo influencia sobre él. Me detesta, y tomaría la más fraternal de las amonestaciones como un insulto.

—No deseo que, por el momento, le insinúe su descubrimiento. En cuanto a que usted no sospechara sus hábitos, esos hábitos mismos son recientes. Dudo que se hubiera aventurado un solo dólar a las cartas hace tres meses. Tenía algunos compañeros alegres, incluso disolutos, en la ciudad, de los cuales el peor y más peligroso era Bagley. Pero no se había unido a ellos en sus peores excesos; solo era ocioso y amante del placer: una polilla revoloteando alrededor de las llamas. Ahora se ha chamuscado las alas. No ha pasado más de tres o cuatro noches como ha pasado esta; y el único dinero que ha perdido ha sido con la persona con la que lo vio esta noche. Bagley es uno de esos vampiros que engordan a costa del carácter y la bolsa de jóvenes como James Argyll.

—¿Entonces no deberíamos hacer algún esfuerzo serio para salvarlo antes de que sea demasiado tarde? ¡Oh, señor Burton, usted que es sabio y experimentado! Dígame qué hacer.

—¿Por qué siente tanto interés por él? No le agrada.

—No podría ver ni al más absoluto extraño caminar hacia su destrucción sin extender mi mano. No hay una gran amistad entre nosotros, es cierto; pero James está íntimamente ligado a la felicidad y reputación de la familia que más honro en la tierra. Por su bien, haría el mayor de los esfuerzos.

—Por los intereses de la justicia, entonces, es bueno que yo no esté vinculado a los Argyll por los lazos personales que le afectan a usted. Le diré una cosa: James no juega tanto por falta de voluntad para resistir la tentación, como para olvidar por un tiempo, bajo la influencia de la fascinante excitación, una ansiedad que arrastra consigo.

—Es usted un observador perspicaz, señor Burton. James, en efecto, ha estado profundamente preocupado últimamente. He notado el cambio en él —en su apetito, tez, modales, en mil nimiedades —; un cambio que crece en él a diario. Está corroído por dudas secretas; ahora animado por esperanzas, ahora abatido por temores, hasta que es tan inestable e incierto como una luz llevada por un viento de otoño. Pero puedo decirle que se equivoca por completo al alimentar esta vana esperanza que crea la duda. Sé lo que es, y cuán totalmente carece de fundamento. Es debilidad, maldad en él permitir que una pasión que solo debería ennoblecerle y enseñarle autocontrol, le persiga hasta una ruina como la que vi esta noche.

—Esa es su forma de ver el asunto, señor Redfield. Todos vemos las cosas según el color de las gafas que nos toca llevar. ¿Entonces cree usted que es la creciente certeza de que la señorita Argyll —aun bajo su actual alivio de votos pasados— nunca favorecerá su pretensión, ni la de hombre alguno, lo que está empujando a su primo a estos hábitos temerarios?

Me sentí ofendido con él por mencionar su nombre de aquella manera; pero sabía que la mía era una sensibilidad extrema, si no morbosa, donde ella estaba implicada, y me tragué mi resentimiento respondiendo:

—Me temo que así es.

—Eso puede explicarle su inquietud a usted; sea pues.

Aun así, el señor Burton me estaba ocultando algo; siempre ocultando algo. No sentía sueño en absoluto. Estaba lleno de pensamientos inquietos. Repasé con un rayo de memoria todo lo que él había dicho jamás —todo lo que James había hecho o dicho recientemente— y, lo juro, de no haber sido por la amabilidad casi afectuosa de su trato general hacia mí, y mi fe en su franqueza, que no le permitiría hacer el papel de amigo mientras actuaba como enemigo, ¡habría sentido que el señor Burton me sospechaba a mí de aquel crimen espantoso que yo buscaba con tanto afán fijar sobre la cabeza de una mujer frágil y asustada! De nuevo la idea, y no por primera vez, reptó por mis venas, helándome de pies a cabeza. Le miré fijamente a los ojos. Si tenía tal pensamiento, lo arrancaría de detrás de esa cortina de engaño y le obligaría a reconocerlo. Si tenía tal pensamiento, James lo habría introducido en su mente. Sabía que James había tenido algunas entrevistas con él de las que yo solo tenía noticia por observaciones casuales de mi anfitrión. Cuántos cónclaves más habrían celebrado quedaba a merced de mi imaginación conjeturarlo. ¿Para qué estaba este hombre ante mí jugando ese doble papel? Amigo de cada uno, pero nunca de los dos juntos. El lector puede sonreír y responder que es el oficio mismo y la esencia de un detective jugar un doble papel; y que no debería yo sentirme contrariado al descubrirle

ejerciendo sus finos talentos conmigo. Quizás James también tenía razones para creerse el confidente y amigo de este hombre, que nos hacía jugar al uno contra el otro para sus propios fines. Fue el pensamiento de que el señor Burton —ante quien más que ante cualquier otra persona en este mundo, excepto mi madre, me había visto inducido a abrir mi alma— pudiera sospecharme de cualquier parte oculta en aquella oscura tragedia lo que me heló hasta la médula.

¡Pero no! ¡Era imposible! Lo vi ahora en los ojos francos y sonrientes que se encontraron con mi búsqueda y prolongada mirada.

—¡Vaya! —exclamó alegremente—, ahí hay un rayo de auténtico amanecer. El fuego se ha apagado; la habitación está fría; la mañana se nos ha echado encima. ¡Hemos pasado la noche en vela, Richard! Permítame mostrarle su habitación; no desayunaremos hasta las nueve y podrá usted capturar un par de horas de reposo mientras tanto. —Cogió una lámpara y subimos las escaleras—. Aquí está su aposento. Ahora, recuerde, le ordeno dormir y dejar que ese reloj que tiene en el cerebro se detenga. Es malo para los jóvenes pensar con demasiada profundidad. Buenos días.

Siguió caminando mientras yo cerraba la puerta de mi alcoba. Su tono había sido el de un amigo mayor que habla a un joven a quien estima; le había juzgado injustamente con aquella idea desagradable que me había estremecido.

Las persianas cerradas y las pesadas cortinas impedían el paso a la luz creciente del alba; sin embargo, me resultó difícil conciliar el sueño. Aquella sombra inquietante que se había desvanecido de la tumba de Henry al acercarme ayer —el sueño que tuve en la pequeña estancia, despertando a la realidad de la huida de la costurera— no podía desterrarlos de mi mente, como tampoco el descubrimiento hecho en aquella casa de pecado, donde la hinchada araña del Juego teje su red reluciente y aguarda a las víctimas alegres y brillantes que revolotean en sus mallas.

Tenía un sentimiento relacionado con aquel descubrimiento que no había revelado al señor Burton —que no quería reconocer ante mi propia alma, con el que discutía y al que intentaba expulsar—, pero que insistía en regresar a mí ahora, desterrando el sueño de mis párpados. Cuando estuve tras aquellas cortinas de seda y vi a James Argyll perdiendo dinero en el juego, experimenté una sensación de alivio —diría que de absoluta alegría—, una sensación enteramente ajena a mi pesar por encontrarle en tal compañía y con tales hábitos. ¿Por qué? Ah, no me lo pregunte; no puedo decírselo todavía. No me juzgue injustamente diciendo que era un triunfo por la caída de mi rival en los afectos del señor Argyll, en los negocios, posiblemente, o en la estima de aquellas dos nobles jóvenes cuyas opiniones ambos valorábamos tanto. Solo le pido que no me acuse de este motivo, el más aparente para mi alegría, y aguardaré mi momento en su juicio. ¡Pero no! Yo mismo confesaré esto esta noche.

Si esa criatura sigilosa y fugitiva a la que nosotros dos estábamos dando caza de un escondite a otro, cuyo rostro salvaje se había visto pegado a la ventana de la biblioteca en aquella noche entre las noches, y cuyo pañuelo las mismas espinas de los rosales conspiraron para robarle y guardarlo como testigo contra ella... si esa criatura dudosa y esquiva, que revoloteaba oscuramente en las sombras de esta tragedia, no hubiera sustraído aquel dinero del escritorio del señor Argyll, yo me habría atrevido a adivinar quién podría haberlo tomado. Simple y llanamente —no porque me cayera mal— sino porque, volviendo al viernes anterior a aquel sábado fatal, yo me había quedado hasta tarde en los salones. Las jóvenes cantaban y tocaban el piano; dejé de pasarles las partituras para ir a por un volumen a la

biblioteca que deseaba llevarme para leer en mi cuarto aquella noche; abrí la puerta de repente y sobresalté a James, que estaba inclinado sobre aquel escritorio.

—¿Has visto mis gemelos de teatro? —dijo él—. Los dejé aquí sobre el escritorio.

Le respondí que no los había visto, cogí mi libro y volví a la música, sin pensar más en aquel incidente trivial, el cual nunca habría vuelto a recordar de no ser por una expresión peculiar en el rostro de James, que después me vi obligado a recordar muy a mi pesar. Sin embargo, tan poco deseaba yo perjudicarle, incluso en mis pensamientos secretos, que cuando se llevaron a cabo las investigaciones, me convencí, como todos los demás, de que la visitante ilegal del jardín se había apoderado del dinero de alguna manera. Solo regresó a mi mente al observar a James esta noche en el salón de juego que, si alguna vez se había sentido tentado de robar a su tío más de lo que la inagotable generosidad de aquel buen caballero le permitía, me alegraba que fuera el juego lo que le hubiera tentado al acto ilícito. Tal era la naturaleza sombría de mi placer. ¿Quién tiene un dominio completo sobre sus pensamientos? ¿Quién no los encuentra a veces malvados, injustificables, incómodos y motivo de vergüenza?

De la perplejidad de todas estas cosas caí en un ligero sueño, del que fui despertado casi de inmediato por el tintineo de la campana del desayuno. Me levanté, me vestí y, al bajar a la biblioteca, me recibió un criado que me condujo de inmediato a una estancia alegre, donde mi anfitrión estaba sentado junto a la ventana leyendo el periódico de la mañana, y donde la mesa solo esperaba mi aparición para ser engalanada con una comida bien servida.

—Lenore suele presidir la tetera —dijo el señor Burton mientras nos sentábamos—. Tenemos un pequeño juego de té que sirve para dos y que se adapta a la fuerza de sus manitas. Parece lo más agradable así, y a ambos nos gusta; pero ella no se ha levantado esta mañana.

—Espero que no se encuentre peor de lo habitual —dije con verdadera solicitud.

—A decir verdad, no le benefició en nada lo que ocurrió ayer. Está nerviosa y agotada; he subido a verla. Sé que cuando venga el médico hoy, adivinará en qué he andado y me reprenderá. Tengo la intención de que sea la última vez que experimento con ella.

—Lo lamentaré si de veras se ve perjudicada por ello, a pesar de mi intenso deseo de conocer lo que reveló. Quizás es por nuestro egoísmo al hacer uso de este instrumento exquisito para fines tan terrenales por lo que somos castigados con la esterilidad de los resultados.

El señor Burton se rió.

—Quizás. Sin embargo, el castigo rara vez parece repartirse de forma adecuada a este lado del río Estigia. Mi Lenore estará mejor esta tarde; y tengo grandes esperanzas de que, con la luz que tenemos ahora ante nosotros, aseguremos nuestra presa. Si esa mujer se me escapa ahora, la tendré por una loca; solo una persona demente podría tener la astucia consumada de frustrarme durante tanto tiempo.

—Nunca hubo nadie menos demente —dije yo—. La impresión que me causó fue la de alguien en quien las emociones y el intelecto son ambos poderosos. Su voluntad y astucia casi rivalizan con las de usted. Tendrá que andarse con ojo.

—Es más fácil perseguir que evadir la persecución. Ella tiene que concebir y ejecutar la estrategia más difícil. Se lo digo, señor Redfield, estoy resuelto a ver a esa mujer. Me sentiría tan herido en mi orgullo

por el fracaso que caería en una depresión si me veo decepcionado. —Parecía hablar en serio en dos terceras partes, a pesar de su afirmación jocosa.

No nos demoramos mucho en el desayuno, ansiosos por regresar a Brooklyn. Después de retirarnos de la mesa, me dio el periódico para que lo ojeara mientras él subía un momento a decir algo a su hija. Mientras él estaba ausente, sonó el timbre de la puerta y el criado introdujo a un caballero en la habitación donde yo estaba.

—Vaya, de veras —fueron las primeras palabras que oí—, ¿es que el señor Burton le ha tomado como aprendiz y se hospeda usted con su patrón?

Era James; como de costumbre al dirigirse a mí, con la sonrisa alegre cubriendo el sarcasmo. Ni siquiera me tendió la mano, sino que se quedó mirándome un momento con una suerte de amenaza desafiante, que terminó con una mirada inquieta alrededor del lugar. Si hubiera sido consciente de mi visita secreta a sus guaridas, habría mostrado una expresión similar; interpreté que su conciencia intranquila le hacía sospechar de sus amigos.

—Bajé inesperadamente ayer por la mañana, a petición suya. Conseguimos algún rastro de Leesy Sullivan; y me quedaré hasta que hagamos algo al respecto.

—¡En verdad! —pareció aliviado, dejando de lado su mala cara y dignándose a ser caballeroso de nuevo—. ¿Han descubierto dónde se ha escondido esa desdichada criatura? Palabra, creo que si Eleanor conociera el caso en todos sus aspectos, podría serle útil para evitar que se mate de dolor.

Ahora era mi turno de enfadarme; me volví hacia él con el rostro encendido:

—Por el amor de Dios, no calumnie a los muertos, ni siquiera por insinuación, por leve que sea. Quienquiera que pusiera a Henry donde yace ahora, y con el propósito que fuera, creo firmemente en esto: que ninguna injusticia ni pecado suyo abatió aquel noble corazón. Y el villano, digo el villano, que pudiera susurrar tal cosa al oído de Eleanor sería lo bastante ruin para... para...

—Dígalo —sonrió James, sosteniéndome con su mirada suavemente centelleante.

—No diré más —concluí abruptamente al oír los pasos del señor Burton acercándose. Para mí era evidente que no habría paz entre nosotros dos.

Observé a mi anfitrión mientras saludaba al recién llegado; deseaba convencerme de si había una diferencia en su forma de tratarnos que justificara mi creencia de que el señor Burton no estaba fingiendo conmigo. Se mostró cortés, afable, todo lo deseable o de esperar en un caballero que recibe a un conocido amistoso; eso fue todo. De nuevo me aseguré de que solo hacia mí mostraba un afecto y simpatía reales. Pero esto no lo mostraba ahora. Llevaba puesta su máscara: esa sonrisa y pulcritud convencionales, ese aire de interés educado que resulta impenetrable. Era porque, en nuestro trato a solas, el señor Burton dejaba a un lado esta máscara, por lo que yo me lisonjeaba de ser su amigo y confidente.

—Richard me ha tomado la delantera —observó James, tras los cumplidos de rigor—. No tenía la menor idea de que estuviera en la ciudad. Bajé ayer para comprarme un sobretodo —un asunto importante, ¿verdad?— y me quedé para la ópera, pues anoche era el estreno de la nueva temporada.

¿Asistió alguno de ustedes? No les vi, si es que estuvieron. Me dice que se marchó en el tren de la mañana temprano, antes del que tomé yo. ¿Tiene alguna información de importancia, señor Burton?

—Hemos visto a la señorita Sullivan.

—¿Es posible? ¿Y de veras han llegado a la conclusión de que la pobre mujer es culpable? Si es así, espero que no dejen de hacer que la arresten. Me gustaría mucho, pero mucho de verdad, que el asunto se investigara hasta los sedimentos.

—Sí, supongo que sí. Es muy natural que tenga interés en que se investigue a fondo, como usted dice. Le aseguro que si tengo motivos suficientes para justificar una acusación, haré que se dicte una. Mientras tanto, debemos ser cautos; los intereses involucrados son demasiado serios para jugar con ellos.

—Ciertamente, lo son, en efecto. Y a menos que esa joven sea realmente el ser espantoso que creemos, no deberíamos arruinarla con una acusación pública. Aun así, debo decir que actúa totalmente como una persona culpable.

—Así es, señor Argyll; no veo más que una explicación a su conducta: o ella misma es *particeps criminis*, o sabe quién lo es.

—Muy probable. En efecto, difícilmente podemos pensar otra cosa. ¿Dijo que realmente habían visto a la muchacha, señor Burton?

—La vimos ayer; es decir, el señor Redfield la vio.

—¿Puedo preguntar el resultado? ¿O se supone que no tengo el interés suficiente en el caso para tener derecho a hacer preguntas? Si es así, les ruego que no se molesten. Sin duda hay otros que tienen razones más profundas y distintas de las mías para destacar en el asunto. —Al decir esto, James me miró directamente—. Sabe, señor Burton, ya lo he insinuado antes; y, si a veces soy imprudente al hablar, debe saber lo difícil que me resulta controlarme siempre.

Fui consciente de que palidecí cuando el señor Burton me dirigió una mirada fugaz; me sentía tan seguro de que James se refería a algo personal, pero tan inseguro de cómo acusarle de ello o de obligarle a explicarse, cuando probablemente negaría que hubiera nada que explicar.

—No creo que haya nadie que tenga un interés más profundo en el asunto que usted, señor Argyll —dijo el señor Burton, con una suerte de nitidez suave en el tono que podía parecer impresionante o no significar nada, según el oyente quisiera entenderlo—. Sobre lo de ver a la muchacha, Redfield no tiene ni la mitad que contar de lo que yo desearía que tuviera. De hecho, se le escapó de entre los dedos.

Una risa seca fue el comentario de James ante esta confesión. El señor Burton vio que nos estábamos irritando internamente, listos, por así decirlo, para saltar el uno sobre el otro; cogió su sombrero y sus guantes.

—Vengan, caballeros, tenemos asuntos entre manos de demasiada importancia para permitir ceremonias. Señor Argyll, debo disculparme. Pero si quiere unirse a nosotros, nos alegrará contar con su ayuda y compañía. Vamos a cruzar a Brooklyn para intentar ver de nuevo a Leesy Sullivan.

James se sobresaltó ligeramente al mencionarse Brooklyn. No tenía motivos para suponer que nada más que la cortesía motivaba la invitación que recibía; sin embargo, no dudó en aceptarla. Ya fuera por mera curiosidad, o por celos al verse fuera de la plena confianza del detective, o por el deseo de fisgar en mis actos y motivos, o por un interés loable... fuera lo que fuese que le impulsara, se quedó con nosotros todo el día, expresando un pesar tan profundo como el nuestro cuando llegó otra noche sin resultados. Al hacérsenos tarde, cenamos en un salón, como habíamos hecho con la comida. No pude sino notar que el señor Burton no invitó a James a la casa para pasar la noche, ni conversó con él en absoluto sobre su hija o sus asuntos personales.

A la mañana siguiente James regresó a casa; pero yo permanecí en la ciudad varios días, todo este tiempo como invitado del señor Burton, sintiéndome cada vez más unido a él y a su hermosa hija. Tras el primer día, Lenore se recuperó con bastante rapidez de los efectos negativos del trance; yo estaba, como dicen las damas, «completamente encantado» con ella. Nunca existió un duendecillo más alegre y etéreo que ella cuando su salud permitía que se manifestara su espíritu natural. Su gracia y alegría eran propias de su edad —infantil en grado sumo— pero poetizadas, por así decirlo, por una espiritualidad etérea que le era propia. Oírla cantar era asombrarse de cómo tal profundidad, altura y amplitud, tal infinidad de melodía, podía brotar de una garganta tan joven y esbelta; tal como me había preguntado a menudo, al contemplar el pecho henchido de algún pajarillo triunfante, dónde se escondía el mecanismo para todo aquel maravilloso poder de la música.

Se dice que los niños saben quiénes son sus verdaderos amigos. No creo que la «hada fugaz» de Lenore dudara ni un instante de que yo era el suyo. Reconocimos una atracción mutua que a su padre parecía complacerle observar. Ella era para ambos un deleite y un descanso que esperábamos con ilusión tras las vejaciones y decepciones del día; vejaciones y decepciones que aumentaban sobre nosotros, pues cada noche teníamos el sinsabor de encontrar que algún hilo delgado de probabilidad que habíamos desenredado y seguido con diligencia, o bien se rompía abruptamente, dejándonos perplejos y necios, o bien nos conducía a personas y propósitos del todo irrelevantes. Me pesaría decir cuántas mujeres jóvenes, pálidas y de ojos oscuros, con bebés bonitos, hicieron nuestro conocimiento inesperado durante la semana siguiente; un conocimiento tan breve como no solicitado por su parte.

Capítulo 10: El aniversario

He dicho que esperaba que el señor Argyll me ofreciera una asociación, ahora que estaba preparado para comenzar mi carrera legal. En esto no era presuntuoso, dado que él había insinuado con frecuencia y claridad su intención. Tal arreglo sería deseable para mí; apreciaba sus muchas ventajas; al mismo tiempo, esperaba, al asumir yo todo el trabajo duro y mediante la constante devoción de tal talento como tuviera a los intereses de la firma, devolver, en la medida de lo posible, mis obligaciones al socio principal.

Cuando regresé de Nueva York, comparecí ante el tribunal con un caso que por azar se me había confiado, tal vez por la incapacidad de mi cliente para contratar a un abogado de más edad y más costoso. Lo hice bien, y fui felicitado por varios de los colegas de la fraternidad del señor Argyll por mi éxito en el manejo del caso. Para mi sorpresa y mortificación, las felicitaciones del señor Argyll fueron en términos forzados y estudiados. Había parecido estar más formal, menos abierto en su manera de

tratarme, desde mi última visita a la ciudad. Al principio pensé que era una fantasía mía, o causada por algún mal estado de salud temporal, o algún problema mental por el que pudiera estar pasando. Día tras día, la impresión de que sus sentimientos hacia mí no eran los que habían sido se profundizaba en mí. La prueba más clara que tuve de esto fue que no se me hizo ninguna oferta de asociación. Me encontraba en una situación desagradable para alguien de mi temperamento orgulloso. Con mis estudios terminados hasta el punto en que se me había concedido la licencia para ejercer, no tenía nada que hacer más que continuar en su oficina, leyendo y leyendo; no es que mi tiempo no estuviera muy útilmente empleado así, ni que tuviera una gran prisa por entrar en el negocio, aunque mis ingresos eran bastante estrechos y sabía que mi madre había ajustado su presupuesto doméstico para proporcionármelos, pero empecé a sentirme como un intruso. Mi uso ostensible de sus libros, oficina e instrucciones había llegado a su fin; empecé a sentirme como un parásito. Sin embargo, no podía marcharme, ni ofrecer asociarme con otros, apresuradamente. Sentía que él debía, o bien poner en ejecución su promesa implícita, o informarme de que había cambiado sus planes y yo era libre de probar en otra parte.

¿Puede algún inválido decirme por qué siente un presentimiento de tormenta en sus huesos doloridos y nervios hormigueantes mientras el sol aún brilla en un cielo sin nubes, y ni un solo indicio en la faz externa de la naturaleza anuncia un cambio de tiempo? Tampoco yo puedo explicar las influencias sutiles que me afectaban, deprimiéndome tan profundamente y haciéndome consciente de un cambio en esa atmósfera de hogar que se había cernido para mí sobre la mansión Argyll. Había sentido esto primero en el aire más empresarial de la oficina; gradualmente, me pareció que se estaba arrastrando por toda la casa. Mary, esa dulce niña de impulsos, demasiado joven para asumir mucha dignidad y demasiado veraz para disfrazar su rostro inocente con falsedades, que se había aferrado a mí en esta aflicción como una hermana se aferra a un hermano mayor, despertando todos mis más tiernos instintos de protección e indulgencia; esta joven hermosa, doblemente querida para mí por ser hermana de aquella otra mujer a la que yo adoraba, empezó a adoptar un aire de reserva conmigo. Era amable y gentil, pero ya no corría hacia mí con todas esas peticiones y quejas tan bonitas, esas nimias confidencias, tan dulces por ser evidencia de confianza y afecto; a veces sorprendía sus ojos fijos en mí de una manera triste y asombrada que me desconcertaba y me inquietaba; cuando atrapaba su mirada, ella se volvía rápidamente y se sonrojaba.

No podía evitar creer, aunque no tuviera pruebas de ello, que James estaba trabajando encubiertamente para producir una impresión en mi contra en la familia. Su comportamiento conmigo nunca había sido tan amigable; cuando estábamos a solas se volvía bastante confidencial, descendiendo a veces a pequeñas lisonjas y descuidando casi por completo el uso de esas pequeñas ortigas de sátira con las que antes se deleitaba en picarme siempre que alguien a quien yo estimaba estaba presente. No podía buscar una pelea con él, aunque lo hubiera deseado. Sin embargo, no podía librarme de la conciencia de que estaba socavando mis cimientos en la casa de aquellos amigos que yo más amaba. De qué manera, era difícil de conjeturar para mí. Si calumniaba mis hábitos o compañías, nada sería más fácil para el señor Argyll que comprobar discretamente, mediante indagaciones desconocidas para mí, la verdad de sus afirmaciones; la justicia para conmigo exigiría que se tomara esa molestia antes de descartar, como indigno de su futura bondad, al hijo de su difunto amigo. Solo se me ocurría un asunto que pudiera usar en mi perjuicio; y en eso mi conciencia me acusaba con bastante fuerza. Me decía a mí mismo que les había hablado de mi amor por Eleanor. Había arrancado ese secreto delicado y sagrado de mi corazón,

donde yacía solo bajo la luz compasiva del ojo de Dios, descubriéndolo a través del odio y los celos, que son casi iguales al amor en la agudeza de sus percepciones, y lo había expuesto ante aquellos de quienes yo más encogidamente lo había ocultado. Incluso entonces, ¿por qué habrían de culparme, o tratarme con frialdad, por algo que yo no podía evitar y por lo que solo yo debía sufrir? Ciertamente no por mi presunción, ya que no había presumido. Una idea espantosa me acosaba: era que, para librarse de mí para siempre, para expulsarme de la amistad de aquellos a quienes quería para sí mismo por sus propios fines egoístas, James les estaba representando no solo que yo amaba a Eleanor, sino que estaba mirando hacia el futuro con esperanzas que se mofaban de su desolación actual.

No puedo describir el dolor y la humillación que me causaba esta idea. Si hubiera podido descubrirla, o de alguna manera negarla, no me habría sentido tan herido e indefenso. Tal como estaban las cosas, sentía que mi honor estaba siendo apuñalado en la oscuridad, sin oportunidad de defenderse; algún enemigo secreto lo estaba hiriendo, tal como algún asesino ruin había plantado aquella herida mortal en el corazón de Henry Moreland.

Entretanto, se acercaban las fiestas navideñas. Era una temporada de penumbra y luto, burlada por los alegres preparativos de personas más felices. El veintitrés de diciembre llegó el decimonoveno cumpleaños de Eleanor. Debía haber sido el día de su boda. Amaneció una mañana de invierno gloriosa; el sol brillaba en un cielo de zafiro; parecía como si cada planta del invernadero brotara con doble flor: las japonicas, las rosas blancas, eran incomparables. No pude evitar merodear por la casa. Eleanor se mantenía en su habitación. Si cada palabra que se refiere a ella estuviera escrita con lágrimas, no podría expresar los sentimientos con los que todos estábamos conmovidos ante la idea de su pérdida. Nos movíamos como gente en sueños, silenciosos y absortos. El ama de llaves, cuando me la encontré en las escaleras, se estaba secando los ojos con la esquina de su delantal. El señor Argyll, inquieto y pálido, vagaba de habitación en habitación. La oficina permanecía cerrada; las persianas delanteras de la casa estaban echadas; era como el día del funeral.

Entré en el invernadero; allí había sol y dulzura, una brillante exuberancia de belleza. Me resultaba más solemne que los salones oscurecidos. Corté una rosa blanca, sosteniéndola ociosamente entre los dedos. Eran las once y media; a las doce se debería haber celebrado la ceremonia. Mary entró mientras yo estaba allí, envuelto en emoción más que en pensamiento. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar, sus manos temblaban y, cuando habló, sus labios vibraban:

—Ha sacado todo el ajuar de boda, por primera vez desde aquel día. Se está vistiendo. Se ha puesto el traje y el velo; y ahora me ha enviado abajo a hacer el ramo. Quiere algunas flores blancas para el corpiño. Está ante el espejo, poniéndoselo todo tan cuidadosamente como si el pobre Henry... estuviera... abajo. ¡Oh, Richard! —exclamó ella, derrumbándose por completo en un estallido de lágrimas y arrojándose en mis brazos—, ¡se le rompería el corazón al verla! A mí casi me mata, pero debo recoger las flores. Es mejor complacerla.

—Sí, es mejor —respondí, calmándola como mejor pude, cuando mi propia voz y mis manos estaban tan alteradas—. Yo te ayudaré. No la hagas esperar.

Le quité las tijeras, cortando los capullos más hermosos, las flores más perfectas, disponiéndolas con cuidado y destreza.

—Te contaré lo que dijo —continuó Mary, mientras yo preparaba apresuradamente el ramo—; dice que hoy se casarán, igual que si Henry estuviera en la tierra en lugar de en el cielo; que sus votos se consumarán a la hora señalada, y que a partir de entonces se considerará su esposa con tanta seguridad como si él hubiera venido en cuerpo para cumplir su parte del contrato. Tiene su libro de oraciones abierto por la ceremonia de matrimonio. Se la ve tan dulce y tranquila, tan hermosa como si ella también fuera un ángel con el querido Henry... solo que tan pálida, tan solemne... ¡oh, Dios mío, no puedo soportarlo! —y de nuevo tuve que calmarla, secando sus lágrimas, antes de enviarla arriba con el ramo. Mientras ella salía hacia el comedor o cuarto de estar familiar, que se abría al invernadero, vi a James junto a la puerta, y supe, por la expresión de su rostro, que había oído lo que pasó entre nosotros. A través de una especie de alarma y vejación hubo un destello de desdén, como si quisiera decir lo que no se atrevía:

«¡Qué tonta es la chica al aferrarse a ese polvo y cenizas! ¡Casada, de veras! Será la esposa de alguien más que de un fantasma, o mucho me equivoco».

—¡Qué idea tan estrambótica! —dijo al cruzarse con mi mirada—. Nunca pensé que Eleanor sería tan caprichosa. Debería tener a alguien que ejerciera una influencia saludable sobre ella, o se hará daño a sí misma, de seguro lo hará.

—Usted debería intentar enseñarle una visión más práctica de las desgracias de la vida. Me temo, sin embargo, que encontrará en ella a una alumna estúpida.

Su ojo lanzó hacia el mío un destello triunfante.

—"La perseverancia vence todos los obstáculos", dicen los sabios; y yo soy un hombre perseverante, ya lo sabe, Richard.

Cogió su gorra y salió con aire indolente al jardín. Sentí un vuelco en el corazón al ver cómo declaraba así abiertamente sus esperanzas y expectativas; no pude desterrar por completo el pesado presentimiento, ni siquiera recordando la imagen de la joven afligida que en aquel momento se vinculaba, en una unión asombrosa y misteriosa, con el espíritu que la esperaba al otro lado de los portales del Tiempo. Observé a James caminar de un lado a otro, con pasos inquietos, por los senderos helados del jardín; al poco encendió un cigarro y salió al césped, y de allí a las calles. La suya era una de esas mentes a las que no les gusta su propia compañía cuando están desasosegadas. Cómo se las apañó para pasar el día, no lo sé; para mí fue largo y opresivo; Mary permaneció arriba con su hermana; el señor Argyll se sentó en la biblioteca con un libro que mantenía abierto pero que no leía. Al declinar el sol, sentí que una caminata vigorosa en el aire frío sería la mejor medicina para mi ánimo decaído; era mi remedio habitual.

Si no recuerdo mal, no había ido en dirección a la villa Moreland desde aquel singular encuentro que tuve allí con la persona que desde entonces había desempeñado un papel tan destacado en nuestros pensamientos, si no ante nuestros ojos (excepto dos veces, cuando había ido con el señor Burton por los alrededores con la esperanza de rastrearla desde el punto de su desaparición); pero hoy, mecánicamente elegí ese camino, llevado allí por la cadena de asociaciones. La nieve brillaba en las cimas de las colinas, las orillas del río estaban bordeadas de hielo, aunque su corriente central aún fluía azulada entre aquellas paredes de cristal. Atardecía cuando empecé mi paseo; antes de llegar a la villa, el rubor

rosado se desvanecía de las cumbres nevadas; una gran estrella, sobrenaturalmente brillante, colgaba sobre las torretas de la casa solitaria, brillando a través del resplandor del crepúsculo; sombras grises se extendían sobre las laderas yermas y un frío azul acero teñía el hielo del río. ¡Qué desolado parecía el lugar, despojado de sus ropajes de verano! Me apoyé sobre la verja mientras la noche se acercaba, imaginando cómo habría aparecido la villa a esta hora si lo que había sucedido no hubiera sucedido. Habría sido un resplandor de luces, llena de flores y festines, y animada por seres humanos felices. Había sido la intención de la joven pareja ir inmediatamente a su nuevo hogar tras el desayuno de bodas y comenzar su vida doméstica con una recepción para sus amigos esa misma noche. En lugar de calidez y luz, risas alegres y música, carruajes rodando y caballos piafando, festejos, felicitaciones, amor, belleza y felicidad, había silencio y desierto, ¡oh, qué espantoso! No podía soportar el contraste entre lo que era y lo que debería haber sido.

Antes de regresar al pueblo pensé en visitar a la esposa del jardinero, la señora Scott, y preguntar si tenía alguna noticia de la señorita Sullivan; aunque sabía muy bien que si la tuviera, me lo habría hecho saber sin esperar a una visita mía. Me había enfriado, apoyado tanto tiempo sobre la verja tras mi rápida caminata, y el resplandor a través de la ventana de la pequeña casita situada al fondo de la huerta resultaba acogedor. Me dirigí hacia la puerta de la parte trasera de la propiedad y pronto estaba llamando a la puerta. Había oído a la señora Scott cantando para dormir a su bebé al acercarme a la casa; pero tras llamar se hizo el silencio, y nadie respondió a la llamada.

Llamé tres veces, la última con cierta imperatividad, pues tenía frío y no me gustaba esperar tanto cuando sabía que debían oírme. Ante esto, la puerta se abrió un poco, con mucha cautela, y la dueña asomó con sospecha.

—¡Válgame! Señor Redfield, ¿es usted? —abriendo la puerta de par en par—. Le ruego que me perdone por hacerle esperar. Si hubiera tenido la menor idea de que era usted, no me habría asustado. Pero mi marido se ha ido al pueblo y yo estaba sola con los niños, y cuando llamó de repente, el corazón se me puso en la boca. No me atrevía a ver quién era. Pase, pase. Qué frío hace ahí fuera esta noche. Está usted realmente amoratado. Coja una silla junto a la estufa y caliéntese. Me avergüenza de veras haberle tenido ahí fuera tanto tiempo. ¿Cómo está toda la familia, señor?

—Como de costumbre, señora Scott. ¿Así que es usted cobarde cuando se queda sola por las noches? Pues me he equivocado con su carácter; la tenía por una de esas mujeres de temple fuerte.

—Bueno, lo cierto es —dijo ella a modo de disculpa— que nunca solía tener miedo a nada, vivo ni muerto. Pero, desde que se llevaron al joven señor Henry tan de repente, estoy como nerviosa y asustada. Nunca se me ha pasado el susto. A veces doy un grito, en pleno día, si algo me sobresalta, aunque solo sea el golpe de una puerta. Mi marido se ríe de mí y me regaña, pero no lo puedo evitar.

—Nadie va a hacerle daño a usted porque a otro le haya ocurrido una desgracia.

—Eso lo sé yo tan bien como cualquiera. No es porque tenga motivos para tener miedo, es el impacto del susto, ya ve. Hala, hala, Johnny, estate quieto, ¿quieres? Antes recorría todo el lugar en la noche más oscura que se pueda imaginar; pero ahora, de veras, me da vergüenza decírselo, no me atrevo a asomar la cara tras oscurecer.

—Debe de ser desagradable ese estado crónico de temor —y sonreí a medias, a pesar de mi propia melancolía, ante el rostro ansioso de la mujer.

—¡Desagradable! Ya le digo que es muy desagradable. Pero hay una buena razón para ello.

—Acaba de reconocer que no había ninguna razón, que era una fantasía, señora Scott.

—Me va usted a pillar con mis propias palabras, señor Redfield. Al principio era fantasía, solo nervios; pero últimamente... últimamente, como he dicho, ha habido cosas...

—¿Qué cosas?

—Sé que se va a reír de mí, señor; y que tampoco me va a creer del todo; así que supongo que es mejor que no haga el ridículo ante usted. Pero si usted, o cualquier otra persona viva, hubiera visto lo que yo he visto y oído lo que yo he oído, entonces sabría lo que yo sé; ¡eso es todo!

Hablaba con tal sinceridad evidente, y yo había sentido hasta entonces tanto respeto por la robusta fuerza e integridad de su carácter de Nueva Inglaterra, que mi curiosidad se despertó un tanto. Pensé que era mejor dejar que se calmara, no obstante, antes de llevarla a conversar sobre el tema que más le preocupaba, pues veía que aún temblaba por el susto que le había dado con mi repentina llamada a la puerta.

—¿Cómo va el lugar desde que empezó el invierno? Supongo que su marido guardó las plantas hace tiempo. ¿Ha hecho algún cambio en los terrenos? Supongo que no, dado que la familia ha abandonado la villa por completo. He venido esta noche a echar un vistazo. Hoy es veintitrés de diciembre, ¿lo recuerda?

—He estado pensando en ello todo el día, señor Redfield.

—Es terrible ver la casa ahí en silencio y oscuridad esta noche. Me ha parecido que había algo fantasmal en ella; no podía soportarlo. ¿Han estado en las habitaciones últimamente?

Esta última pregunta la hice sin otro objetivo que mantener la conversación; ella se había sobresaltado y me había mirado con curiosidad cuando usé casualmente la expresión figurada de «fantasmal», y ahora negó con la cabeza.

—No he estado en la casa últimamente —dijo—. Debería ir, lo sé; necesita ventilación, y hay ropa de cama y cosas en el armario que necesitan que se las mire.

—¿Entonces por qué no se ocupa de ello?

—Ese es el problema —respondió ella, mirándome a la cara con inquietud.

—¿Qué problema?

—Bueno, señor, para decirle la verdad, es mi opinión, y lo sé, ríase lo que quiera...

—No me he reído, señora Scott.

Se levantó, miró a su niño, ahora profundamente dormido en su cuna, fue a la ventana, echó la cortinilla blanca por la mitad inferior, volvió a su silla, miró alrededor de la habitación y estaba

abriendo los labios para hablar cuando un ligero sonido de golpeteo contra los cristales la hizo juntar las manos y soltar un grito.

—¿Qué demonios ha sido eso?

De hecho, ahora sí me reí de su rostro pálido, respondiendo con cierta irritación:

—Ha sido la nieve que se ha desprendido del alero y ha resbalado contra la ventana.

—¡Ah! —exhalando un largo suspiro—. Está usted molesto conmigo, señor Redfield. Si supiera todo, no lo estaría.

—Bueno, cuéntemelo todo de una vez, entonces, y déjeme juzgar.

De nuevo lanzó una mirada cautelosa alrededor, como si invitados invisibles pudieran oír y no gustarles su revelación, acercó su silla un poco a la mía y dijo solemnemente:

—¡La casa está encantada!

—¿Eso es todo? —pregunté, sintiéndome bastante aliviado, pues su actitud me había sobresaltado a mi pesar.

—¡Es suficiente! —fue la significativa respuesta—. Para decírselo claramente, señor, John ya casi ha decidido escribir al señor Moreland y dejar el empleo.

—¡Su marido! ¿Es él también tan tonto? No existen tales cosas como las casas encantadas, señora Scott; y dejar un hogar permanente y excelente como este por una fantasía tan vana me parece muy poco sensato.

—¡Dios sabe que me gusta el lugar! —exclamó ella, rompiendo a llorar—, y que no sabemos a qué recurrir cuando dejemos esto. Pero estoy agotada con el asunto, ¡no puedo aguantarlo más! Ya ve qué trastornada estoy.

Bastante trastornada, ciertamente, para ser la mujer habitualmente compuesta y segura de sí misma en cuyo juicio yo había depositado considerable confianza.

—No me ha dicho nada que demuestre su afirmación. No creo en fantasmas, se lo advierto; pero me gustaría oír sus razones para pensar que la villa tiene uno.

—Yo misma siempre me burlaba de los fantasmas, y John también, hasta que ocurrió esto. Él no lo reconoce ahora, excepto que está listo para dejar el lugar y no entra conmigo ni a plena luz del día a ocuparse de las habitaciones. Así que sé que está tan asustado como yo. Y usted sabe que John no es ningún cobarde con nada que pueda ver o tocar, y no es ninguna deshonra para nadie recelar de cosas del otro mundo. Yo misma soy una mujer valiente, pero no estoy preparada para enfrentarme a un aparecido.

—¿Qué le hace pensar que la casa está encantada?

—Montones de cosas.

—Haga el favor de mencionar algunas. Soy abogado, ya lo sabe, y exijo pruebas.

—He visto una luz curiosa revoloteando sobre el tejado de la casa por las noches.

—¿La vio su marido también?

—Sí, la vio, la noche antes de ayer. No quería creerlo hasta que la vio. Yo misma la he visto siete u ocho veces.

—¿Cómo era?

—¡Ay, señor! Seguro que no sé decir exactamente cómo era, cuando nunca había visto nada parecido; supongo que es como esas luces de difuntos que se ven sobre las tumbas. Es más como una sombra brillante que una luz real; se puede ver a través de ella como si fuera aire. Vaga por el tejado y luego se detiene sobre un lugar particular. ¡Se le pondría la carne de gallina si la viera, señor!

—Me gustaría, por encima de todo, intentarlo. ¿Cree que si saliéramos ahora tendríamos la oportunidad?

—Es demasiado temprano; al menos, nunca la he visto tan pronto por la noche. La primera vez, mi niño estaba enfermo y me levanté por la noche para darle unas gotas, y al mirar por la ventana, allí estaba la cosa brillando.

—¿Es eso todo lo que le hace pensar que la casa está encantada?

—No, señor; hemos oído cosas... sonidos curiosos... incluso durante el día.

—¿Cómo eran esos sonidos?

—No sabría explicárselos bien, señor. No eran sonidos humanos.

—Intente darme alguna idea de ellos.

—Subían y bajaban, subían y bajaban... no como cantar, ni llorar, ni hablar... una especie de música de lamentos, pero tampoco exactamente así... es decir, nada que yo haya oído jamás. Parece venir sobre todo del cuarto de estar familiar, detrás de la biblioteca. John y yo lo seguimos una tarde. Nos acercamos al porche y pegamos el oído a las persianas. Lo oímos claramente. Nos asustamos tanto que nos alegramos de no volver a acercarnos a la casa. Siento que nunca podré hacerlo.

—Creo que sé lo que era —dije, inclinado a reír—. Se han dejado las puertas o las ventanas abiertas de tal modo que se crea una corriente. Es el viento, silbando a través de las rendijas de la mansión desierta. Yo mismo he oído al viento hacer la música más sobrenatural en tales circunstancias.

—No era el viento en absoluto —dijo la esposa del jardinero en tono ofendido.

—Tal vez algunas personas han conseguido entrar en la casa y no tienen nada que hacer allí. Podrían estropear los muebles o llevarse objetos de valor. Debería usted mirar, señora Scott; es parte de su deber.

—No ha entrado nadie, de eso estoy segura. Hemos examinado cada puerta y cada ventana. No hay ni la menor señal de ningún ser humano en la propiedad. Le digo, señor Redfield, que son espíritus; y no es de extrañar, considerando cómo se llevaron al pobre Henry.

Dijo esto con solemnidad, recayendo en un silencio melancólico.

Me sentí convencido de que la imaginación de la pareja, ya sobrecogida y excitada por el asesinato, había convertido algún pequeño fenómeno atmosférico o de otra clase, o alguna combinación de circunstancias fácilmente explicable cuando se hallara la clave, en el misterio de una casa encantada. Me pesaba por dos razones: primero, porque pensaban en marcharse, cuando sabía que su partida causaría problemas al señor Moreland, que les había dejado el cargo total del lugar durante años, y en un momento en que él estaba demasiado abatido por cuidados más pesados para verse molesto por estos asuntos menores; segundo, porque la pareja se encargaría de difundir el rumor por el pueblo, causando cotilleos y conjeturas, y excitando un interés morboso que llenaría los alrededores de curiosos ociosos. Así que dije:

—Desearía que su marido estuviera hoy en casa. Debo verle. No está bien que moleste al señor Moreland en este momento dejando el empleo. Ambos se arrepentirían y se avergonzarían de tal movimiento antes de que pasaran muchas semanas, estoy convencido. ¿Qué le parece si vengo mañana y recorremos la casa juntos? Si hay algo en ella que no deba estar, lo echaremos. Me quedaré hasta que haya ventilado la casa y revisado la ropa; luego podrá cerrarla y dejarla por unas semanas sin necesidad de entrar.

—Bueno, señor Redfield, si usted está dispuesto a hacerlo, me daría vergüenza quedarme atrás. Lo haré, por supuesto, y se lo agradezco; porque no tenía la conciencia tranquila dejando las cosas así. Me alegra mucho que haya venido por aquí.

—Y dígale a su marido, por favor, que no comente nada de este asunto con otros. Resultaría desagradable para los allegados.

—Ya le dije que no lo hiciera. No ha dicho nada todavía, estoy segura. Es lo último que querríamos, causar más disgustos a quienes ya tienen demasiados y siempre han sido tan amables con nosotros. ¿Debe marcharse ya, señor?

—Sí; le daré las buenas noches, señora Scott. Puede esperarme mañana, poco antes del mediodía. Por cierto, ¿ha visto u oído algo de la señorita Sullivan?

—Ni lo más mínimo. No se ha acercado por aquí desde aquel día que usted la encontró. Conque se ha escapado del todo, ¿eh? Vaya, vaya... ¡quién lo diría! Le aseguro que hay días que le doy tantas vueltas a estas cosas en la cabeza que acabo mareada.

—A mí me pasa igual, y se me enferma el corazón. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, y que tenga buena suerte en esta noche tan cerrada.

Esperó a verme cruzar la verja, que daba a un senderito que pasaba por la huerta y de ahí a un camino privado que bajaba hasta el principal. Al cruzar la puerta que daba al césped, en mi camino de salida, me detuve quizás media hora, con la esperanza de oír o ver los prodigios de los que la mujer había hablado. No hubo luz mística, azul o amarilla, jugueteando suavemente sobre el tejado; ningún sonido, con sus vaivenes, llegó salvaje a través del aire estrellado; todo era un silencio profundo, oscuridad y un frío como el de la tumba.

Mi lástima, un tanto despreciativa, por el estado mental en el que la mujer del jardinero se había sumido, dio paso a emociones más profundas; me alejé, casi corriendo por el camino liso y endurecido

por la escarcha, cuyo curso se distinguía claramente bajo la luz de las estrellas invernales. Me crucé con el jardinero que iba hacia su casa, pero no me detuve a hablar con él; fui directo a mis aposentos. El fuego de mi habitación se había extinguido y me metí en la cama, olvidando que no había tomado el té.

Fiel a mi promesa, fui al día siguiente a la villa. La señora Scott trajo las llaves, abrí las puertas y juntos entramos en aquel lugar que llevaba tanto tiempo vacío. Siempre hay algo impresionante, se podría decir que «fantasmal», en un edificio desierto. Al entrar en él, uno siente la influencia de quienes estuvieron allí por última vez, como si una parte de ellos permaneciera en el antiguo lugar. Confieso que sentí un pavor y un respeto casi supersticiosos al cruzar el umbral que la última vez había atravesado con él. ¡Qué alegre, qué lleno de vida joven y principesca estaba entonces, con el rostro iluminado como se le ilumina a un hombre cuando atiende a la mujer que ama y que espera hacer suya pronto! Llevaba a Eleanor hacia un carruaje; habían estado hablando de las mejoras que pensaban hacer en la casa. ¡Cómo volvía a mí cada mirada y cada tono! Con un estremecimiento silencioso, entré en el vestíbulo, que tenía ese olor a rancio del aire confinado propio de una vivienda cerrada. Me apresuré a abrir las persianas. Al abrir una puerta, la empujaba de par en par, entrando rápido y subiendo las ventanas para que entrara la luz del sol antes de mirar mucho alrededor. Tuve que hacerlo todo yo solo, pues mi acompañante se mantenía pegada a mí, sin apartarse un ápice de mi codo. Entré en cada habitación de cada planta, desde la cocina hasta el desván. En este último solo eché un vistazo, pues la señora Scott dijo que allí arriba no había nada que ella necesitara ni que requiriera atención. Era un altillo de suelo tosco, de altura cómoda, con una ventana en el extremo del hastial. El tejado subía de forma pronunciada en el centro, pues la villa estaba construida en estilo gótico. Había el tipo de trastos habitual en esos sitios: muebles rotos, baúles viejos, una pila de colchones en un rincón cubiertos por una manta para protegerlos del polvo, algo de ropa colgada de una cuerda y tres o cuatro barriles. La señora Scott estaba al pie de la escalera de mano que subía al ático desde una habitación pequeña, o cuarto trastero. Vi que estaba inquieta por tenerme incluso a esa distancia de ella, y tras una breve inspección del desván, le aseguré que allí no había fantasmas y bajé.

—Sírvase usted mismo algunas de esas manzanas —dijo la mujer, señalando unas cajas y barriles en la habitación donde nos encontrábamos—. Son pippin de invierno. John piensa enviárselas a la familia a la ciudad en una semana o dos. Tenemos permiso para tenerlas aquí porque es un sitio seco y fresco, y al estar el cuarto en el centro de la casa, no se hielan. Es un buen lugar para la fruta. ¡Escuche! ¿Qué ha sido eso?

—Ha sido un gato —dije, mientras me metía un par de manzanas en el bolsillo del sobretodo—. Ha sonado como un gato... en el desván. Si lo dejamos encerrado ahí arriba, se morirá de hambre.

Subí de nuevo por la escalera, mirando con cuidado por todo el ático y llamando con mimos al animal, pero ningún gato apareció; bajé diciendo que debía de estar en una de las habitaciones de abajo y que probablemente habría entrado al abrir nosotros las puertas.

—Ciertamente ha sonado arriba —insistió mi acompañante, con aspecto nervioso y pegándose a mí más que nunca.

Yo había oído el ruido, pero no me habría atrevido a decir si venía de arriba o de abajo.

«Si esa es la materia de la que fabrica sus fantasmas, no me extraña que tenga existencias de sobra», pensé.

Al salir, la mujer tuvo cuidado de cerrar la puerta, y pude ver cómo lanzaba miradas furtivas a cada rincón mientras pasábamos, como si esperase verse confrontada en cualquier momento por alguna aparición inoportuna, allí mismo, a plena luz del día. No había rastros de que ningún intruso se hubiera tomado libertades con la casa. Los armarios de la ropa y de la vajilla estaban intactos, al igual que las cómodas.

—Esta era la habitación de Harry; le gustaba porque tenía las mejores vistas al río —dijo la señora Scott mientras nos deteníamos ante una alcoba en el segundo piso.

Ambos vacilamos; ella se llevó el delantal a los ojos y a mí se me hizo un nudo en la garganta de repente. Abrí la puerta con reverencia y entré, seguido por el ama de llaves. Al subir la ventana y abrir la persiana, ella dio un grito. Me asusté de verdad. Volviéndome rápido, la vi con las manos alzadas y una expresión de terror en el rostro.

—Le dije que la casa estaba encantada —murmuró, retrocediendo hacia la puerta.

—¿Qué ve? —pregunté, buscando a mi alrededor la causa de su alarma.

—Esta habitación —dijo jadeante—... era la suya... y él sigue viniendo aquí. ¡Lo sé!

—¿Por qué piensa eso? ¿Se ha alterado algo? Si es así, tenga por seguro que habrán sido los vivos, no los muertos.

—Ojalá pensara yo lo mismo —dijo con solemnidad—. No puede ser. Ninguna otra parte de la casa está alterada lo más mínimo. Nadie ha tenido acceso a ella... es imposible; ni una grieta, ni un resquicio por donde pudiera haber entrado otra cosa que no fuera un espíritu. Harry ha estado aquí, señor Redfield; no me convencerá de lo contrario.

—Y si así fuera —dije con calma, pues vi que estaba muy agitada—, ¿acaso le tiene ahora más miedo que cuando estaba vivo? Entonces le quería; ¿cree que va a hacerle daño ahora? Más bien debería alegrarse, ya que cree en fantasmas, de que sea un buen espíritu el que ronda este lugar: el espíritu inocente de la víctima, no el culpable del asesino.

—Lo sé —dijo ella—. No tengo miedo... no creo que pudiera tenerle miedo de verdad al fantasma de Henry, ni aunque lo viera; pero es tan... imponente, ¿verdad?

—Para mí no lo es en absoluto. Si tales cosas estuvieran permitidas, me gustaría encontrarme con ese visitante espiritual y hacerle una sola pregunta... si es que pudiera responderla. Me gustaría que señalara al culpable. Si su mano pudiera salir del mundo espiritual y extender un dedo fulminante hacia su asesino, eso sería terrible para el maldito, pero para mí sería una bendición. Pero, ¿qué le hace pensar que Henry ha estado aquí?

Señaló la cama; había una marca sobre ella, como si una figura ligera se hubiera recostado allí; apenas la más leve huella de una cabeza en una de las almohadas. De ahí señaló a una pequeña mesa de escribir, entre las ventanas, donde había un libro abierto y algunos papeles y grabados; luego a un par de zapatillas que estaban en la alfombra, a la cabecera de la cama. La habitación era encantadora,

amueblada en azul y blanco, los colores favoritos de Henry. Dos o tres cuadros exquisitos colgaban de las paredes, y no había el más mínimo adorno que no hablara del gusto y el refinamiento de quien lo había elegido. Desde las dos ventanas, la vista del río fluyendo entre las colinas y el hermoso paisaje extendiéndose a lo lejos era tal que satisfaría el ojo de un poeta que apartase la vista de la página ante él en la mesita de escribir para descansar en la página más bella de la naturaleza.

—Vine a esta habitación el día del funeral —dijo el ama de llaves con voz temblorosa—, y lo dejé todo en orden, como si el señor fuera a volver al día siguiente. ¡Pero poco pensaba yo que volvería de verdad! Estiré la cama hasta dejarla lisa como un papel; puse fundas limpias en las almohadas y las coloqué sin una muesca ni una arruga; puse sus zapatillas con la punta hacia la pared, y ahora están puestas como él las dejaba siempre al quitárselas. Esos papeles han sido movidos, y ha estado leyendo ese libro. Ella se lo regaló y era su favorito; a menudo le vi con él en la mano. Puede usted negar con la cabeza, señor Redfield, pero yo sé que Henry ha vuelto aquí, a su habitación.

—Si algo en este cuarto ha sido alterado, tenga por seguro que ha habido un intruso de carne y hueso. Un espíritu no necesitaría zapatillas, ni dejaría huella en su cama tan bien hecha.

—Usted puede usar palabras elevadas porque es un hombre instruido, señor Redfield, pero no puede convencerme contra mi propio juicio. No ha sido ningún ser humano el que ha deshecho ese cobertor... si es que apenas está arrugado... solo se nota que se han echado encima, y nada más. Además, ¿cómo entraron? ¿Puede decirme eso? ¡Por el ojo de la cerradura, quizá, y se fueron por el mismo sitio!

Su voz se estaba volviendo aguda y un poco sarcástica. Vi que era inútil intentar desengañarla mientras estuviera en ese estado de excitación. Y, de hecho, yo no tenía ningún argumento sólido que ofrecer. Aparentemente, el resto de la casa no había sido tocado; no había un cierre roto, ni una barra desplazada, ni faltaba nada. Parecía como si nada más pesado que una sombra hubiera movido la almohada y se hubiera desplazado por la estancia. Mientras yo no pudiera explicar qué era, no podía asegurar categóricamente qué no era.

Me senté junto a la ventana abierta mientras ella alisaba la almohada y colocaba cada objeto con una exactitud que revelaría inevitablemente la menor alteración.

—Usted mismo lo verá, señor, la próxima vez que venga —murmuró.

Mientras esperaba, levanté un pequeño volumen que yacía, con otros, sobre la mesa ante mí. Era de la señora Browning, y se abrió por una página donde se había dejado un marcapáginas; estaba seguro de haber visto una vez a Eleanor bordando ese mismo marcapáginas. Las primeras líneas que captaron mi mirada fueron estas:

Tembló sobre la hierba

con una risa baja y sombría;

el río sonoro, que fluía eterno,

quedó después mudo y estancado.

Justo entonces una nube ocultó el sol del mediodía; un escalofrío entró por la ventana abierta; el viento que soplaba hacia dentro, agitando la página, no habría podido ser más lúgubre si hubiera soplado a través de un cementerio. Estremeciéndome, continué leyendo:

Tembló sobre la hierba

con una risa baja y sombría;

y el viento dobló, como un alma que pasa

despedida luego por campanas de iglesia;

y sombras en vez de luces

cayeron de las estrellas de arriba,

en copos de oscuridad sobre su rostro

aún brillante con amor confiado.

¡Margret! ¡Margret!

¡Él no amaba más que a ti!

Ese amor es también efímero;

el pico del halcón salvaje aún se mancha

en la boca que te juró lealtad.

¿Abrirá él sus ojos apagados

cuando las lágrimas caigan sobre su frente?

Mira: el gusano de la muerte en su corazón

está más cerca que tú,

¡Margret! ¡Margret!

No sé si el ama de llaves me habló. Las nubes se espesaron alrededor del sol; entró una humedad del ambiente. Sostuve el libro, mirándolo fijamente como en trance, ponderando la extraña coincidencia. Evidentemente, Henry había leído estos versos la última vez que abrió el libro; quizá los amantes los habían leído juntos, con un suave suspiro por el destino de Margret y una sonrisa en el rostro del otro al pensar cuán segura estaba su felicidad, cuán lejos de aquel lúgubre romance. Ahora, ¿abriría él «sus ojos apagados» por las lágrimas de Eleanor? Me pareció oír la risa baja del demonio burlón; una aridez más que invernal se asentó sobre el paisaje:

¡Tembló sobre el suelo!

—Vamos a tener unas Navidades tormentosas —dijo mi acompañante—. Pegará más con nuestro ánimo que unas soleadas, seguro. ¡Escuche! ¡Ese es mi Johnny llorando, me parece! Ya podría su padre mantenerle callado un rato, hasta que termine de cerrar la casa.

—Pensaba que era aquel gato.

—No importa. Ya he terminado, si le parece bien, señor. Eche un vistazo a esta habitación y grábela en su memoria, si quiere; y la próxima vez que venga por aquí, la abriremos juntos.

Volvimos a cerrar y atrancar las persianas de toda la casa, aseguramos bien las puertas, dejándola una vez más entregada a su desolación. No habíamos visto fantasmas; no supongo que la mujer esperara ver alguno, pero estaba seguro de que sus miedos no se habían disipado en absoluto.

—Ya ve que el lugar está bien —le dije al entregarle las llaves—. No hay nada en el mundo que deba inquietarla. Dormiría yo solo en la villa tan tranquilo como en mi propia habitación. Lo haré pronto si no se queda conforme. Lo único que le pido es que no escriba al señor Moreland hasta que nos volvamos a ver. Vendré antes de que pasen muchos días para ver cómo siguen.

—Esperaremos a que vuelva usted, señor, antes de decir nada. Me siento mejor ahora que se han revisado las cosas. ¡Ahí está Johnny llorando otra vez! Bueno, señor Redfield, adiós. Nevará para cuando llegue usted a casa.

Tuve una caminata de regreso al pueblo de lo más salvaje, llena de una magnificencia solitaria y una penumbra que cuadraba con mi humor. Brumas grises colgaban sobre el río y envolvían las faldas de las colinas; nubes grises giraban en sus cimas; caía nieve gris en ráfagas cegadoras; un viento feroz parecía estar soplando el universo entero contra mis oídos.

Capítulo 11: La pequeña invitada y la aparición

Fui a casa de los Argyll para la comida de Navidad. Me sorprendió encontrar a Eleanor en el grupo familiar; pues, aunque ahora se unía con frecuencia al círculo hogareño, pensé que en esta festividad su propia pérdida pesaría sobre ella con una carga abrumadora. En lugar de eso, vi en su semblante una luz que nunca antes había mostrado; su rostro, totalmente carente de sonrisas o color, brillaba sin embargo con un lustre sereno y solemne, la expresión más conmovedora, triste y a la vez elevada que jamás hubiera visto en rasgos humanos. Mi intensa simpatía hacia ella me enseñó a traducir esta nueva fase de su mente; sentí que, en aquellos votos místicos que había contraído con un espíritu, había hallado consuelo; que se regocijaba en la conciencia de que era ya, y de ahora en adelante para siempre, la desposada de aquel que la esperaba en las moradas de la patria Celestial. Esta vida era transitoria —debía sobrellevarse con humildad un poco de tiempo a solas— y luego iría junto a quien la aguardaba en el único hogar verdadero y perdurable. Yo, y solo yo, la consideraba la esposa de Henry Moreland, tan sagradamente como si él fuera su compañero vivo. Solo yo estaba capacitado, por la fuerza de mi propia pasión y sufrimiento, para valorar su posición y los sentimientos con los que ahora regresaba con sus amigos, para desempeñar el papel en la vida que el deber aún le señalaba. No puedo explicar con qué emoción de reverencia tomé y estreché la manita delgada que puso en la mía.

No había habido, hasta ahora, ningún cambio en el comportamiento de Eleanor hacia mí. Ya fuera que yo lo imaginara en el resto de la familia, o que ellos hubieran cambiado, esto seguía siendo cierto y me proporcionaba el placer más profundo que podía conocer: Eleanor era conmigo la misma de siempre —la hermana benigna y gentil que me amaba y confiaba en mí como en un querido hermano—, más querido que nunca desde que yo había dado tales pruebas de mi devoción a su causa, puesto que ella no podía sino ver cómo mi propio corazón se desgarraba con el dolor que hería el suyo. Mientras ella

continuara tratándome así, mientras yo pudiera darle el más mínimo átomo de placer de cualquier manera, sentía que podría soportar cualquier cosa de los demás. No es que hubiera nada que soportar —nada, nada—, excepto ese aire indefinible que un espíritu sensible siente con más agudeza que cualquier desaire abierto. El año nuevo se acercaba; sería el momento más natural para entablar nuevas relaciones comerciales; sentía que, si el señor Argyll tenía la intención de ofrecerme la asociación, lo haría entonces. Si no lo hacía... tendría que buscarme la vida; tendría que marcharme.

La comida de Navidad fue el banquete suntuoso de siempre, pues la vieja ama de llaves se había encargado de todo. Ella, a juzgar por sus provisiones, sentía que tal esmero sería un alivio para la melancolía general. No se invitó a ningún huésped, por supuesto. Resultaba conmovedor ver cómo los sirvientes se empeñaban en poner ante la señorita Eleanor cada manjar imaginable, que ella no podía, de ninguna manera, ni siquiera probar. Una taza de café con un trozo de pan constituyó su frugal banquete navideño. Aun así, era una alegría para su padre tenerla a la mesa. Las miradas afectuosas de Mary buscaban continuamente su rostro; tanto el padre como la hermana se sentían aliviados y reconfortados por su expresión tranquila.

James, también, estaba animado; habría estado brillante si se hubiera presentado la oportunidad. Yo, que le conocía bastante bien, sabía que era la visión de la tranquilidad de Eleanor lo que le había inspirado, y que no comprendía esa resignación santa como yo la comprendía.

En el curso de la conversación a la mesa, que hice lo posible por amenizar, se me ocurrió hablar de Lenore Burton. No era la primera vez que la mencionaba, siempre con tal entusiasmo que despertaba el interés de las damas. Mary me hizo muchas preguntas sobre ella, volviéndose finalmente hacia su hermana y diciendo:

—Siempre te han gustado tanto los niños, Eleanor. ¿No podríamos mandar a buscar a esta preciosa niña para que pase unos días con nosotros?

—Ciertamente, Mary, si crees que te gustaría su compañía.

—¿Crees que su padre nos la confiaría un tiempo, Richard?

—Se le puede convencer, sin duda.

Después de levantarnos de la mesa, Mary se acercó a mí con mucha animación para susurrarme sus ideas sobre la visita propuesta; pensaba que ver a una niña agradable y encantadora por la casa podría interesar a Eleanor más que cualquier otra cosa, y que, al menos, deleitaría a su padre, que estaba decaído bajo el silencio y el luto de su hogar. Estuve totalmente de acuerdo con sus opiniones, y decidí escribir esa misma noche una petición apremiante al señor Burton, prometiendo todas las atenciones que un ama de llaves de confianza y unos amigos cariñosos pudieran brindar a su frágil florecilla doméstica. Yo mismo bajaría a la ciudad a por ella y la acompañaría solícito en su pequeño viaje, si él daba su consentimiento y la propia señorita Lenore aprobaba la idea.

Al día siguiente recibí respuesta. El señor Burton escribía que Lenore estaba encantada con la invitación y que la aceptaba de mejor gana por cuanto le habían llamado inesperadamente a Boston, donde estaría ausente una semana o diez días, y no le gustaba dejar a su hija tan sola durante las fiestas. Añadió que se veía obligado a partir esa misma mañana, pero que yo podía ir a por Lenore en cualquier

momento; la encontraría lista; y que, a su regreso de Boston, subiría a Blankville a por ella; cerrando su nota con agradecimientos corteses por nuestro interés amistoso en su pequeña, etc. Así pues, todo resultaba satisfactorio. Al tercer día después de Navidad bajé por la mañana a Nueva York, regresando por la tarde con mi pequeño tesoro, que rebosaba felicidad, disfrutando del trayecto con el entusiasmo propio de la infancia y confiándose a mi custodia con un contento alegre que despertaba en mí el cuidado más tierno. Es esa fe ingenua del niño en la providencia del hombre adulto la que saca a relucir la parte menos egoísta de su carácter, doblegando su naturaleza altiva y endurecida para atender la más humilde de sus confiadas necesidades.

Ambas hermanas salieron al vestíbulo para recibir a su pequeña visitante. La llevaron a los salones, resplandecientes por las lámparas y el fuego del hogar, quitándole la capucha y la capa ante la rejilla de la chimenea. Yo estaba ansioso por ver la impresión que causaba, pues había sido tan pródigo en mis alabanzas que corría el riesgo de provocar una decepción.

Era imposible sentirse decepcionado con Lenore. Se ganó a toda la familia en la media hora anterior al té. No era solo su belleza exquisita, sino su expresión dulce y su modesta seguridad entre sus nuevos amigos lo que realzaba el efecto. El señor Argyll se animó como no le había visto últimamente; cada dos por tres Mary repetía la bienvenida a su pequeña invitada con otro beso, declarando, en su forma bonita y caprichosa, que el señor Richard no iba a monopolizar a la señorita Lenore por ser el conocido más antiguo; pues Lenore había elegido su asiento a mi lado, con su mano anidada en la mía.

James no estaba en la casa; no llegó hasta un rato después de haber tomado el té —lo tomó solo en el comedor— y se unió a nuestro círculo ya muy tarde. Al entrar, estábamos sentados junto al fuego. Lenore se había acercado, por voluntad propia, al lado de la señorita Argyll, donde se sentó en un taburete bajo, con la cabeza apoyada en el regazo de la dama. Componía una estampa alegre allí sentada, enmarcada por el negro de las vestiduras de Eleanor. Su vestido de viaje era de merino carmesí, y sus mejillas —entre el trayecto al aire frío y el resplandor del fuego— estaban casi tan rojas como su vestido; mientras sus rizos dorados caían en hebras brillantes sobre los hábitos de luto contra los que descansaba. Respondía con picardía a algún comentario burlón del señor Argyll, y yo estaba pensando en cuánta alegría daría a aquella casa sombría, cuando James se adelantó, tendiéndole la mano con una de sus sonrisas más agradables, diciendo:

—¿Así que esta es la damisela a la que tanto esperábamos conocer? ¿Podrían presentarme, prima Mary, o es que la Reina de las hadas no se permite entablar conocimiento con los mortales ordinarios?

Habrá notado usted, lector, cómo alguna nubecilla que flota al oeste al atardecer se tiñe de luz rosada y cómo, al instante, mientras la mira, se vuelve gris, perdiendo cada partícula de resplandor. Así cambió la niña cuando él se acercó y le habló. Sus mejillas palidecieron hasta un blanco grisáceo; sus ojos quedaron fijos en los de él, pero no pudo sonreír; parecía luchar entre una repugnancia interior y su sentido de la cortesía; finalmente puso su manita fría en la de él, sin decir palabra, permitió que la besara y, aferrándose a Eleanor, permaneció pálida y callada; su alegría y su lozanía se habían esfumado por igual. El señor Argyll no consiguió animarla; se encogió como una planta sensitiva.

—Si esa criaturita pálida y estúpida es la niña maravillosa que Richard nos prometió, debo decir que ha mostrado su buen gusto habitual —comentó James aparte a Mary. No se sentía halagado por el recibimiento obtenido.

—Le pasa algo, James. Está fatigada por el viaje. Me temo que la estamos teniendo levantada hasta demasiado tarde. Estaba bastante alegre hace un momento.

—¿Estás cansada? ¿Deseas irte a la cama? —susurró la señorita Argyll.

—Si me hace el favor —respondió ella con aire de alivio.

—¿No estarás echando de menos tu casa tan pronto? —preguntó el señor Argyll.

—No; me gusta mucho estar aquí —respondió Lenore con franqueza—. Me ocurre algo ahora, señor, y le ruego que me disculpe. Me ha empezado a doler la cabeza justo ahora... así que supongo que será mejor que me vaya a la cama.

Nos dio las buenas noches con una sonrisa tan forzada que temí que no fuera a disfrutar de su visita. La propia Eleanor se la llevó junto a la doncella que debía atenderla, y no regresó con nosotros hasta que su pequeña invitada estuvo en la cama.

—Vamos, Mary, dejemos el tema del bebé y juguemos al ajedrez —dijo James con impaciencia mientras comentábamos la visita—; estoy harto del asunto.

—Espera a mañana y tú también te interesarás —respondió ella.

—Me gustan las niñas robustas de "pan y mantequilla" —dijo él—, pero no las jovencitas lánguidas como esa. Me parece que ya lee a Coleridge. Los niños deberían ser niños, para mi gusto.

La repulsión era mutua. Solo yo había notado el extraño efecto que causó en mi protegida la visión de James y, conociendo como conocía las peculiaridades de su temperamento, me había asombrado y despertado mi curiosidad. Por el mal humor con que él recibía cualquier alusión a Lenore, creí que el propio James era consciente de que los ojos puros de la niña miraban directamente a las cámaras más oscuras de su corazón, y estaba asustado por lo que veía allí. Un joven que se estaba jugando en el juego la propiedad de su tío basándose en el crédito de la mano de una hija que aún no había ganado, no podía tener una conciencia muy tranquila; y no era agradable que le recordaran sus faltas los ojos limpios de una niña inocente. Mientras él se absorbía en su partida de ajedrez, me quedé estudiando su semblante y pensando en muchas cosas. Me preguntaba si su tío y sus primas no se daban cuenta del cambio que se estaba operando en él; ese aspecto temerario y disipado que escribe ciertas arrugas en el rostro de un joven, ocultas en el suyo por sonrisas externas que no podían esconder la verdad a un ojo perspicaz. Me pregunté si podía justificar mi proceder al guardar silencio sobre lo que había visto; mi deber más claro era informar al señor Argyll, no solo por su bien, sino también por el de James. Tal conocimiento, llegando a su tío, aunque fuera terriblemente mortificante para su sobrino, podría ser el medio de romper sus nuevos grilletes de hábito antes de que se remacharan sobre él. Tal era, sentía yo, mi deber. Al mismo tiempo, me resistía a ello, como naturalmente se resistiría una persona situada en mi posición; era propenso a que mis motivos se malinterpretaran; a que se insinuara que el interés propio me impulsaba a presentar a James bajo una mala luz. ¡No, no podía hacerlo! Por centésima vez llegué a esta conclusión, contra la voz superior de lo que era absolutamente correcto. Me alegré de reafirmarme en mi débil proceder recordando que el señor Burton me había pedido silencio y que yo no tenía libertad para traicionar su confianza. Mirándole, pensando estas cosas, con mis pensamientos más puestos en mis ojos de lo que deberían haber estado si hubiera estado en guardia, James levantó la vista

de repente y se topó con mi mirada. Empujó el tablero con un movimiento colérico que derribó a la mitad de las piezas y desbarató por completo la partida.

—Y bien, ¿te gusta mi aspecto, Richard? —los ojos desafiantes brillaban con una voluntad que dominaba la mía, esbozando una sonrisa mortal que me amenazaba.

—¡Qué mal genio tienes, James! Creo que has dejado la partida porque has visto que te estaba dando jaque mate —exclamó su prima.

—Eso es, querida niña; ¡jamás permitiría que me dieran jaque mate!

—¡Entonces no deberías jugar!

—Oh, a veces permito que las mujeres ganen la partida; pero cuando juego con hombres, nunca me rindo. El hombre que tienta a la suerte conmigo debe prepararse para la derrota.

—Qué generoso eres con el sexo sin ingenio —dijo Mary con sarcasmo—. Te quedo muy agradecida de que a veces nos permitas ganar. Recoge esa torre que has dejado en ruinas, si me haces el favor, señor... y no me pidas que juegue al ajedrez en al menos quince días.

Percibí en sus palabras una amenaza de la que la joven era totalmente ajena; me estaba lanzando el guante; una y otra vez su aire, sus palabras, eran tales que yo no podía darles otra interpretación. Estaba decidido a malinterpretarme, a considerarme una persona que buscaba perjudicarle. Yo estaba en su camino; debía quitarme de en medio. Ese era el trato que me dispensaba. Sentí esa noche, más que nunca, la convicción de que mi relación con los Argyll estaba a punto de romperse. Si James se sentía así hacia mí, yo no estaría dispuesto a ocupar un puesto que él consideraba que le pertenecía, por derecho, a él mismo. Peor que todo eso, sentía que su naturaleza traicionera trabajaba secretamente contra mí, y que sus esfuerzos ya habían hecho mella en aquellos cuyo amor y respeto me eran más preciosos.

Poco después me despedí; él estaba tan absorto, de espaldas a mí, examinando unos grabados antiguos, que ni siquiera se volvió para darme las buenas noches. Mi habitación en la casa de huéspedes tenía un aire particularmente desolado esa noche; me sentía solo y amargado. Mi corazón ansiaba simpatía. Resolví que, si no se me ofrecía la asociación el día de Año Nuevo, propondría una visita a mi madre, cuyo amor y aliento anhelaba. El hecho de marcharme, además, daría al señor Argyll la oportunidad de manifestarse de un modo u otro.

La visita de Lenore fue un éxito rotundo, y además de la manera que yo había esperado. Su naturaleza fina y espiritual se sintió atraída hacia Eleanor de un modo que hizo que esta la amara y llegara a sentir consuelo en el roce de la manita, en el beso no buscado y en la simpatía silenciosa que llevaba a la niña a sentarse horas a su lado, sin decir nada, pero mirando con asombro y reverencia un dolor demasiado profundo para que su joven corazón lo desentrañara. Lenore jugueteaba con el señor Argyll, charlaba y cantaba con Mary; pero siempre estaba dispuesta a dejarlos por su rincón tranquilo junto a la señorita Argyll. Mary fingía celos, aunque todos nos alegramos de ver el interés que Eleanor ponía en la niña. Uno de nuestros mayores placeres era el canto de Lenore. He mencionado la pureza y la gran tesitura de su voz. Oírla cantar algo de la música de Händel en un crepúsculo de domingo era casi obtener un

vislumbre del cielo hacia el cual su voz se elevaba. Vi a Eleanor llorando en silencio mientras ella cantaba, y supe que la música estaba aflojando la tensión de las cuerdas de su corazón.

Me interesaba observar dos cosas: primero, el afecto entre la señorita Argyll y Lenore; segundo, el esfuerzo persistente de James por superar su primera aversión y su éxito final. Para el segundo día ya había dominado su disgusto ante el evidente rechazo de la niña, que apenas podía obligarse a ser cortés con él y que se ponía tensa y pálida siempre que él estaba cerca. James Argyll no era hombre que permitiera que una niña le desairara impunemente. Su indolencia era una repugnancia hacia los negocios y el estudio; no era una debilidad de la voluntad, pues cuando se proponía un objetivo, solía conseguirlo. Vi que se había propuesto conquistar a Lenore. Le rendía pleitesía como si fuera una "gran dama" en lugar de una niña; el día de Año Nuevo la abrumó con regalos espléndidos; la sacó a pasear en trineo en un modelo de fantasía que, según decía, solo tenía espacio justo para ellos dos, con juegos de cascabeles de plata y un caballo brioso. No debería haberme dolido que Lenore, también, como el resto del mundo, me resultara infiel. Pero me dolió. Me hirió más su creciente indiferencia hacia mí y su aumento de fascinación por James de lo que el asunto merecía. Debería haber sabido que los paseos y las muñecas, las flores y las lisonjas, y un primoroso anillito para su dedo índice, ganarían a cualquier jovencita de once años; pero yo había estimado el carácter de Lenore más alto. Había notado sus atracciones y repulsiones, las primeras siempre hacia personas nobles y veraces, las segundas hacia los indignos. Ahora, sin embargo, mi pajarillo estaba hechizado por el ojo de la serpiente; estaba bajo la influencia de la voluntad de James, y la di por perdida.

Unos diez días después de mi visita a la señora Scott, cumplí mi promesa de regresar para indagar sobre el estado actual de la villa Moreland. En cuanto entré en la casita, vi que su mente seguía presa de las mismas convicciones que la habían turbado en la ocasión anterior.

—Si no hay al menos un fantasma en esa casa, entonces es que nunca ha existido tal cosa ni la habrá jamás... ¡así se lo digo! Usted mismo ha visto que no hay ni un alma humana en ella... ¡y sin embargo hay algo! Lo he visto y lo he oído, y no se puede convencer a una persona contra esos dos sentidos, supongo.

—No quiero convencerla de nada, señora Scott; solo quiero convencerme a mí mismo de qué es eso que usted ha visto y oído. ¿Ha tenido alguna nueva revelación?

—He vuelto a ver la luz de la muerte suspendida sobre la casa; también la vimos brillar desde aquella habitación... John y yo lo vimos juntos. Estábamos tan empeñados en averiguar si eran espíritus o no, que sacamos valor para recorrer la casa otra vez al día siguiente y, tan cierto como que está usted ahí sentado, algo había vuelto y se había echado en esa cama otra vez... algo ligero, que apenas dejó marca... no me diga que fue ningún mortal, porque no lo fue. También hemos oído niños llorando, lo cual es un mal presagio, según el libro de los sueños; y para colmo de males, señor Redfield, de nada sirve ocultarlo... ¡hemos visto al fantasma!

Ahora estaba tan interesado como la mujer pudiera desear; ella se había detenido, misteriosa, tras hacer esta grave declaración, y se quedó mirándome a los ojos. Le devolví la mirada con una de silenciosa curiosidad, inclinándome un poco hacia adelante en mi silla. La señora Scott se alisó el delantal ausente

con sus manos grandes, sin dejar de mirarme, como si viera al fantasma en mis pupilas dilatadas. Me preparé para escuchar o bien algo ridículamente vago magnificado hasta parecer una aparición, o bien algo que me diera una pista tangible del misterio, si es que había un misterio, en la villa Moreland.

—Ha tenido usted suerte —dije—. ¿A qué se parecía, si puede saberse?

—¿Se ha fijado en que hay un pequeño balcón bajo las ventanas de la habitación de Henry?

—Sé que existe ese balcón.

—Allí fue donde lo vimos. Ya sabe lo claras que han sido las noches últimamente, con la luna llena y la nieve. John y yo salimos anteanoche al frente de la villa para ver qué podíamos ver... ¡y allí estaba! Estaba claro como el día y ambos pudimos verlo bien. No sé cuánto tiempo se habría quedado si yo no hubiera gritado. John me tapó la boca con la mano para hacerme callar, pero llegó tarde; aquello como que se elevó y desapareció.

—Pero ¿cómo era? ¿Hombre, mujer o niño?

—Era como un fantasma, ya se lo he dicho —respondió el ama de llaves con firmeza—. Supongo que los espíritus visten casi todos igual en el otro mundo, sean hombres o mujeres. En la Biblia leemos lo de las túnicas blancas... y nunca he oído de un aparecido que vistiera de otra manera. Pudo ser Henry con su mortaja, por lo que yo sé... ¡eso es lo que creo que era, ya está!

—Henry nunca fue amortajado —respondí con gravedad—; fue enterrado con un traje de paño negro. Así que ya ve que no está usted en lo cierto.

—Oh, bueno, señor Redfield, no podemos comprender estas cosas... no nos es dado. Yo puedo decirle lo que John y yo vimos, y usted puede sacar sus propias conclusiones. Había una figura en el balcón, de pie, muy derecha, toda blanca. Una larga vestidura blanca le colgaba de la cabeza a los pies; tenía el rostro vuelto hacia la luna y los brazos alzados como si rezara. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida como la de un cadáver. John y yo prestaremos declaración de ello ante un juez si es necesario.

—¿A dónde fue cuando desapareció?

—A mí me pareció que se disolvía en el aire; pero de eso no estaría tan segura. John pensó que atravesó la pared de la casa.

—¿Estaba la ventana abierta detrás de la figura?

—Bueno, la verdad, no juraría si lo estaba o no. El caso es que me asusté tanto en cuanto lo vi que casi me desplomo. John quería quedarse "para ver si no volvía", pero yo no le dejé, así que pies para qué os quiero y salimos corriendo.

—Lamento que no aprovecharan mejor sus ojos.

—Cuando vea usted una cosa así, supongo que también correrá. No es nada probable que la ventana estuviera abierta, o nos habríamos dado cuenta. Estaba todo cerrado a la mañana siguiente, igual que siempre.

—Eso fue ayer. Supongo que no han entrado en la villa desde entonces.

—¡Válgame Dios! No, **señor**. No iría ahora ni por cien dólares.

—¿Ha notado alguna otra cosa peculiar?

—Sí, **señor**. Ha habido pisadas alrededor de la casa en la nieve.

—¿De veras? —dije con avidez—; eso ya se parece más a algo concreto. ¿Puedo verlas ahora?

—No, **señor**; el sol las ha derretido todas. Pero si cree que son los rastros de personas que merodean por la casa con algún propósito, dígame usted, si es tan amable, ¿cómo es que estaban justo alrededor del porche y demás, y no había ni un rastro que llegara hasta allí ni que se alejara en ninguna dirección?

—Ciertamente no puedo explicarlo hasta que no haya desentrañado el misterio desde el principio.

—Ni podrá explicarse —exclamó el ama de llaves triunfante.

Le molestaba pensar que yo fuera tan escéptico cuando ella había dado pruebas tan absolutas; la idea de la villa encantada la estaba enfermando de verdad, pero no renunciaba a su querida creencia de que estaba habitada por espíritus. Creo que se habría sentido decepcionada si alguien se hubiera presentado jurando ser el fantasma.

Me quedé un rato ponderando sus afirmaciones. En la ocasión anterior no había habido nada que me convenciera de que algún intruso, humano o espiritual, hubiera estado en la villa... salvo la sutil huella de una forma en la cama de Henry, y para probar que no se había hecho antes de limpiar la casa, no tenía más que su palabra. En cuanto a la luz de la muerte y los lamentos, comprendí que, en aquel lugar tan solitario, dos personas de su clase social, con sus imaginaciones excitadas retroalimentándose, podrían persuadirse fácilmente de tales prodigios. Incluso en esta última declaración de que ambos habían visto clara y distintamente una forma blanca en el balcón, no hallé mucho que me inquietara. No hay nada mejor para producir todo tipo de formas y fantasmas ante un ojo asustado o supersticioso que una noche clara de luna. Es mucho mejor que la oscuridad más profunda. La tierra está llena de sombras extrañas; los objetos más familiares adquieren un aspecto antinatural bajo los rayos brillantes, efecto que se acentúa por las sombras negras y fantásticas que se proyectan desde ellos. Añádase a esto un manto de nieve cubriéndolo todo. El paisaje en el que hemos descansado la vista cada día durante años, bajo estas circunstancias, nos resultará tan novedoso como si fuera un paraje trasplantado de algún país extraño y lejano. Una imaginación vívida, predispuesta a ello, puede sacar un excelente fantasma de un rosal o del poste de una valla; una aparición temible de la sombra de una cornisa cargada de nieve. En este caso, no solo estaban el hombre y su mujer en ese estado febril en el que el ojo crea sus propias visiones, sino que estaban totalmente dispuestos a vincular tales fantasmas con la habitación de Henry, que ya habían decretado previamente como la morada favorita del espíritu. Un repaso de todo el caso me llevó más a estar molesto con ellos que a quedar convencido de que hubiera motivo alguno para el "sofocón" mental en el que se habían metido. Lo único tangible de todo aquel embrollo eran las huellas. Si realmente había rastros de pies merodeando por la finca, eso bastaba para convencerme... no de un fantasma, sino de una persona dedicada a husmear por la villa con algún propósito ilícito. Decidí vigilar a esa persona y atraparla. Se me ocurrió de inmediato que alguno de esos espíritus temerarios que hay en toda comunidad estaba creando efectos escénicos a propósito en la finca, por el placer de difundir el rumor de que la villa estaba encantada y alimentar los chismes y la credulidad del pueblo. Me indignó la crueldad del plan y resolví que, de atrapar al culpable, le infligiría

un castigo tan ejemplar que se le quitarían las ganas de bromas pesadas. La afirmación de la mujer de que los rastros no empezaban ni terminaban en ningún sitio —que nadie se había acercado a la casa porque no había pisadas que vinieran de ninguna dirección— no recibió todo mi crédito. De ser así, sería prueba positiva de que la persona estaba escondida en la vivienda, una idea absurda e increíble a primera vista por muchas razones.

Sin embargo, ahora iba en serio con el asunto; averiguaría la verdad o desmontaría la mentira, y acabaría con ello antes de que los informes dolorosos llegaran a oídos de los allegados, o que cada vago del lugar hiciera de aquel sitio sagrado, consagrado por los vínculos y recuerdos del que ya no estaba, el foco de su vulgar curiosidad.

—¿Dónde está su marido?

—Está clasificando patatas, o atando semillas, en el altillo.

—Por favor, pídale que baje y deme las llaves de la casa.

El jardinero vino, siguiéndome muy a regañadientes por orden mía, mientras yo entraba de nuevo en la villa y recorría cada habitación, apostándole a él en el vestíbulo para que nadie pudiera escapar mientras yo visitaba las plantas superior e inferior. Busqué desde el sótano hasta el desván, mientras la señora Scott, con sus ojos azul claro muy abiertos y fingiendo una valentía bulliciosa que su aspecto desmentía, me acompañaba. Una vez, ante un ruido repentino, me agarró los faldones del sobretodo, pero los soltó cuando le dije que lo había causado John al cerrar la puerta principal del vestíbulo.

—¡Cielos! ¡Al final hay ratas en la villa! —exclamó, quitando la tapa de un barril de harina que estaba en la despensa—. ¡Se han metido en esta harina! Lo siento, porque son una plaga horrible. Darán guerra si no las vigilo de cerca. Creo que les echaré veneno. La señora Moreland me dijo que me llevara esta harina a casa y la gastara; pero no nos ha hecho falta todavía y la he dejado aquí, y ahora miren qué destrozo han hecho.

—Si hay ratas aquí, no me sorprenderán nada los ruidos de todo tipo —comenté—. Las ratas son capaces de casi cualquier cosa. Caminarán como un ejército de hombres o acecharán como un ladrón solitario. Tirarán platos y tazas... como esta, rota aquí en el suelo desde que vinimos la última vez; desordenarán almohadas y moverán libros de su sitio. Realmente tendrá que estar muy atenta.

—¡Pero no llorarán como un niño, ni gemirán como un enfermo, ni se pondrán en los balcones vestidas con mortajas! —observó el ama de llaves.

—Creo que harían lo primero —y sonreí—, pero en cuanto a lo último, no estoy preparado para asegurarlo.

—Ya me imagino que no. Solo ojalá lo hubiera visto usted, señor Redfield.

—Me quedaré esta noche con la esperanza de tener ese placer, señora Scott.

—Me alegra mucho oírle decir eso, **señor**. No es agradable verse en mi situación... saber lo que sé y que no me crean.

Era cierto; no podía ser agradable para ella que sus declaraciones sinceras fueran recibidas con tanto escepticismo; no me extrañaba que se sintiera dolida, casi ofendida; al mismo tiempo, sentía que yo, a mi vez, me sentiría intensamente irritado si descubría que no había nada tras todo este revuelo.

Este segundo registro no dio resultado alguno, igual que el primero. Estaba casi oscuro cuando regresamos a la casita, donde la señora Scott me permitió acunar a su gordo y bonachón bebé, Johnny, mientras ella preparaba el té con el esmero propio de la ocasión de tener "visita".

—Si va en serio lo de quedarse a vigilar, haré café en lugar de té, si le parece bien, señor Redfield. Es mejor para mantenerse despierto.

Asentí a esta afirmación, pues era de la misma opinión. Puso a su marido a moler el deleitoso grano en un molinillo de mano, y pronto se sirvió en la mesa una excelente cena con jamón frío y panecillos calientes. La noche prometía ser clara y fría; la luna no saldría hasta cerca de las once; me fortalecí contra las penurias de mi aventura con dos tazas de café cargado y una comida sustanciosa; pasé una hora o dos charlando con la pareja y cantando a Johnny para dormirle; luego, sobre las ocho, me abroché el sobretodo, me anudé la bufanda al cuello y salí a empezar mi guardia.

—Dejaré la cafetera sobre la estufa y un buen fuego —fue la promesa de despedida de la buena mujer, que parecía pensar que me esperaba un rato solemne.

—Gracias, señora Scott; si para la una o las dos no he descubierto nada, entraré a calentarme y desistiré por esta vez. Ya sabe que la medianoche es la hora de las brujas... será inútil quedarse mucho más tarde.

—Que el **Señor** esté con usted —dijo con fervor.

Armado con un robusto bastón, con el que pretendía castigar a cualquier intruso de molde terrenal, salí al césped, haciendo el mejor reconocimiento que pude en la penumbra; como la lluvia en el acertijo infantil, di "vueltas y más vueltas a la casa", y finalmente me aposté en el porche delantero, donde caminé suavemente de un lado a otro, atento a los sonidos de dentro y fuera. No oí ni vi nada. Las largas horas pasaron lentamente. Justo antes de que saliera la luna, la oscuridad pareció hacerse más densa, como ocurre antes del alba. Mi intención era ocupar alguna posición en el césped donde, sin ser visto, pudiera dominar los accesos a la villa y tener también una vista de la habitación de Henry con el balcón. Ya era hora de esconderme, antes de que la luna inminente me revelara a la persona o personas que pudieran estar también vigilando. En consecuencia, elegí un asiento en el pequeño banco rústico, completamente rodeado de arbustos de hoja perenne, que no solo ocultaban mi persona, sino que me proporcionaban bastante protección contra el frío. A día de hoy no puedo oler el aroma penetrante de esos árboles resinosos sin recordar las experiencias de aquella noche. Un silencio como el que el doctor Kane describe como uno de los rasgos más impresionantes de la larga noche ártica lo envolvía todo; por encima de las colinas empezó a asomar gradualmente el lustre plateado de la luna creciente, mientras los valles aún yacían en la más profunda penumbra; las extensiones de nieve que brillaban tenuemente se ensancharon en campos más blancos; la pintoresca villa, con sus torreones, porches y tejado apuntado, se alzaba negra y silenciosa ante mí. Podía oír a un perro ladrar a lo lejos, como si fuera el ladrido de un perro de ensueño en algún mundo de ensueño. Casi había olvidado el motivo de estar allí, a esa hora extraña, en aquel lugar solitario, contemplando esa masa oscura de edificio, tan

vacía de vida y calor como lo estaba el corazón de ella de alegría o esperanza; el frío intenso, el olor de los pinos y abetos, el trance de pensamiento en el que había caído, me estaban entumeciendo.

De repente, vi un brillo informe y sombrío revoloteando entre aquellos torreones oscuros. Era la luz de la muerte de la que me había hablado la señora Scott. Un cálido escalofrío me recorrió los dedos de manos y pies, despertándome a la más aguda conciencia. La vi revolotear y moverse... detenerse... revolotear de nuevo... y desaparecer. Duró quizás tres minutos. En ese tiempo me había formado una opinión sobre la misteriosa aparición: era la luz de una lámpara o vela transportada por la mano de alguien. A eso era a lo que más se parecía; pero ¿quién la llevaba, y cómo se proyectaba el reflejo allí, sobre el tejado? Ciertamente había un misterio en esto que, de haber sido yo mínimamente supersticioso o incluso nervioso, me habría incapacitado para cualquier otra investigación serena. Resolví que, si no podía desentrañar el prodigio en ese momento, lo haría a la luz del día. Vigilé atentamente, esperando que reapareciera y me diera algún indicio de su origen. Mientras esperaba, un rayo de luz atravesó las persianas de la habitación de Henry. Reconoceré que por un solo instante la mano de un muerto pareció posarse sobre mi corazón; se quedó frío y se negó a latir. Al siguiente, me sonreí con amargura a mí mismo. Nunca había sido un cobarde moral ni físico. La solución del misterio estaba ahora a mi alcance y no pensaba dejarla escapar. Estaba seguro de que alguien estaba haciendo de las suyas en la casa desierta; pero incluso si hubiera esperado realmente enfrentarme a los habitantes de otro mundo, no habría vacilado. Tenía la llave de la entrada principal en el bolsillo; caminé velozmente hacia la casa, abrí la puerta lo más silenciosamente posible y, agarrando firmemente mi bastón, subí las escaleras de un salto. La casa estaba muy oscura, aunque fuera ya había luz; con las prisas, tropecé con una silla al pie de la escalera y la derribé. Me irrité, pues deseaba pillar desprevenidos a esos merodeadores de medianoche. Sabiendo exactamente dónde estaba situada la habitación, fui directo hacia ella; el pasillo de arriba estaba muy oscuro, con todas las persianas cerradas; busqué a tientas el pomo de la puerta... algo crujió, algo agitó el aire... abrí la puerta de par en par. No había luz en ella. Todo estaba oscuro y silencioso. Antes de que pudiera abrir la persiana, dejando entrar un pacífico torrente de luz plateada de luna, mi esperanza de detectar al intruso casi se había desvanecido. Estaba seguro de que algo había pasado a mi lado en la oscuridad del pasillo; había sido consciente de ese magnetismo sutil que emana de una forma humana, percibido en la noche más negra. Podría ser el magnetismo del alma en lugar del cuerpo, y un espíritu incorpóreo podría haberme enviado la misma corriente eléctrica. En cualquier caso, mi trabajo no había servido para nada. No creí que otra ronda por la casa diera resultado alguno, dado que ya se había dado el aviso; no llevaba lámpara ni linterna conmigo; a regañadientes, tras quedarme escuchando un rato en vano, cerré la habitación y la casa y regresé a la casita, donde me bebí el café que me esperaba, me eché sobre una piel de búfalo ante la estufa y dormí para olvidar mi disgusto.

No fui muy comunicativo sobre mis aventuras cuando mis anfitriones me interrogaron ávidamente a la mañana siguiente. Quedaron convencidos, por mi propia reserva, de que había visto algo que me desconcertaba, y se mostraron a la vez alarmados y triunfantes. En respuesta a sus preguntas, que eran demasiado respetuosos para forzar, les aseguré que tenía motivos para pensar, como ellos, que la villa requería atención. No había podido determinar quién perturbaba la finca, pero no descansaría hasta saberlo. Volvería esa noche y dormiría en la villa; deseaba entrar muy discretamente, probablemente antes de que oscureciera, para no alarmar al morador o moradores; y estaba seguro de que así podría abalanzarme sobre el fantasma. La señora Scott me miró con un respeto admirativo.

—Ella no iría a dormir sola a esa casa ni por todas las riquezas de Salomón —y ¿no iba yo, al menos, a armarme con pistolas?

Cuando entré en el despacho del señor Argyll esa mañana, me saludó con una frialdad marcada. Por fin no podía ocultarme a mí mismo que no solo su actitud había cambiado, sino que deseaba que yo lo notara. Al entrar, me lanzó una mirada inquisitiva y sospechosa, diciendo: "Buenos días, Richard", en el tono más formal. Nada más. Cogí un libro, ocultando mi dolor y desconcierto en un intento de leer; pero mi mente no estaba en las dificultades legales allí expuestas; me preguntaba por las causas de la situación en la que me hallaba. ¡Un arrimado! Sí, un arrimado inoportuno en un despacho donde ya no tenía derechos reconocidos, en un hogar donde ya no se confiaba en mí.

"¿Ha puesto el señor Argyll un espía sobre mis actos? ¿Sabe ya que estuve fuera la noche entera? ¿Y me juzga antes de que dé una explicación?", me pregunté indignado. "Si piensa que estoy adquiriendo malos hábitos, o haciendo algo malo en cualquier aspecto, ¿por qué no me lo reprocha, por qué no me da una oportunidad de defenderme?".

Había tenido la intención de pedirle consejo sobre el asunto de la casa encantada; pero ahora me quedé sentado, colérico y callado, sintiéndome, ¡ay!, tan herido y desamparado. No estuve mucho tiempo en el despacho; yendo a mi habitación, escribí una larga carta a mi madre, diciéndole que iría pronto a hacerle la visita que habría hecho antes si no hubiera estado absorbido por el deber con el que me había comprometido.

¡Sí! Había empeñado mi propio corazón a dedicarme al descubrimiento del asesino de Henry Moreland; y si la propia Eleanor hubiera puesto su pie sobre ese corazón y lo hubiera aplastado aún más, no sé si habría considerado mi voto por cumplido.

No habría ido a la mansión ese día si no se hubiera enviado un mensaje a última hora de la tarde diciendo que el señor Burton había llegado y esperaba que me reuniera con él para el té. Fui; y tuve el placer de ver a la pequeña Lenore entronizada al lado de James, quien la atendía como si fuera una princesa, y de ser tratado con mera cortesía por todos, salvo por el señor Burton. La señorita Argyll estaba enferma y no bajó.

Vi el ojo observador del señor Burton vigilando la intimidad entre su hija y su nuevo amigo; si le complacía o no, no pude decidirlo; el ojo que leía los pensamientos secretos de otros hombres no siempre traicionaba sus propias impresiones. Estaba seguro, también, de que observó el cambio de actitud de la familia hacia mí y mi propio comportamiento forzado.

Capítulo 12: La noche en la villa Moreland

La llegada del señor Burton impidió que cumpliera mi intención de dormir en la villa Moreland aquella noche; de inmediato decidí aplazar mis exploraciones hasta que él pudiera hacerme compañía. Al día siguiente vino a mi habitación y mantuvimos, como de costumbre cuando nos encontrábamos, una larga charla sobre cosas pasadas, presentes y futuras. No introduje el tema del misterio de la villa hasta que hubimos discutido otros muchos asuntos. Mi compañero estaba preocupado por un negocio importante de su incumbencia —el mismo que le había llevado a Boston—; pero su interés estaba

comprometido, casi con tanta firmeza como el mío, a desenmascarar al criminal de la tragedia de Blankville, y cualquier referencia a aquel triste tema lograba captar su atención. Nos reconocimos desconcertados, mientras hablábamos aquella mañana, pero no desanimados. El señor Burton me contó que estaba tras la pista de dos billetes de quinientos dólares del Park Bank, que habían salido de la ciudad la semana posterior al asesinato tomando rumbos muy distintos; uno había regresado de St. Louis y sus agentes estaban rastreando su curso. En cuanto a la costurera, tenía el poder de desvanecerse por completo, como una luz que se apaga, sin dejar rastro y dejando a sus perseguidores literalmente a oscuras. Esta comparación del detective me recordó la curiosa luz que me había guiado, como un fuego fatuo, hacia un cenagal de incertidumbre; estaba a punto de empezar mi relato al respecto cuando él me lanzó una de sus peculiares y penetrantes miradas, diciendo:

—¿Aún no ha formalizado la asociación prevista?

—No, señor Burton; y a estas alturas dudo que lo haga.

Había cierta amargura en mi tono; él no mostró sorpresa, preguntando simplemente:

—¿Por qué?

—Creo que James ha sido elegido para ocupar el puesto.

—Pero él no ha sido admitido en el colegio de abogados.

—Está estudiando un poco últimamente; probablemente para presentarse a examen.

—El viento está cambiando —dijo el señor Burton, hablando como el anciano de *Bleak House*—. Veo por dónde van los tiros. El buen y noble navío de los Argyll se dirige hacia las rocas. ¡Recuerde mis palabras, pronto se hará pedazos! Verá sus restos sembrando la orilla.

—Ruego al cielo que evite su profecía. Espero no vivir para ver semejante espectáculo.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —exclamó, levantándose y caminando de un lado a otro de mi pequeña habitación como un elefante enjaulado—. ¡Un manirroto y un jugador —un hombre así— a punto de recibir el timón en sus manos! Pero no es asunto mío... no es asunto mío; ni mucho menos suyo, tampoco.

—¡Es mío! —grité—. No puedo evitar hacerlo mío, como si esas muchachas fueran mis hermanas y el señor Argyll mi padre. Sin embargo, como usted dice... en efecto, nada soy para ellos. ¡No permitirán que lo sea!

Incliné la cabeza sobre mis brazos; mi propia pérdida y decepción pasaban a un segundo plano ante la idea de su posible desgracia. Me sobresaltó que el detective descargara su puño cerrado sobre la mesa con un golpe que la hizo vibrar; estaba de pie, mirando no a mí, sino a la pared, como si viera a alguien ante él, invisible para mí.

—¡James Argyll es un hombre singular... un hombre singular! Una persona tendría que ser una pantera en astucia y fuerza para poder con él. ¡Por Júpiter!, como no tenga cuidado, acabará aventajándome... con esa voluntad que tiene. Veo a todo el mundo a su alrededor sucumbiendo. Está teniendo toda la partida en su mano. Por cierto, Redfield, me sorprendió un poco ver a Lenore tan encariñada con él.

—¿Por qué, señor Burton? James es un joven atractivo y elegante; nunca le han faltado admiradores. Más bien habría sido extraño que a su hija no le hubiera gustado. Él ha sido muy bueno con ella.

—Lo ha sido, en efecto; estoy seguro de que debo estarles muy agradecido a todos ustedes. ¿Le conté alguna vez que tengo gran confianza en la percepción intuitiva del carácter que posee Lenore? Ya sabe que yo mismo tengo un don notable en ese sentido. Cuando conozco a la gente, me parece ver sus mentes y no sus cuerpos; no puedo evitarlo. Pues bien, he observado lo mismo en mi hija. Es tan joven e inexperta que no puede explicar sus propias impresiones; tiene sus simpatías instantáneas, y he notado que se inclina hacia las naturalezas verdaderas como una flor hacia la luz, y se aleja de las falsas como si fueran sombras. No esperaba que llegara a tener tanta intimidad con el joven Argyll.

Recordé el curioso efecto que el primer saludo de James había causado en ella, pero no se lo repetí a su padre. Me sentía sensible ante la posibilidad de parecer celoso de James; si él podía arrebatarme a mis amigos, incluso a esa niña a la que yo amaba por su pura dulzura, ¡que se fueran! Era demasiado orgulloso para pedirles que reconsideraran sus opiniones.

—¿Sabe usted —continuó mi compañero— que está obrando un prodigio con mi pequeña Lenore? Ha ganado un gran ascendiente sobre ella en estos pocos días. Esta mañana, con un propósito que comprenderá que considero sumamente importante, intenté, a solas con ella en mis aposentos, ponerla en estado de clarividencia. Por primera vez, fallé. Su mente ya no es un espejo diáfano que refleja verdades sin color ni refracción. Está bajo la influencia de una voluntad contraria, tan fuerte como la mía... y la mía mueve montañas —añadió con una risa.

—No pensaba que eso fuera de su agrado.

—No lo es; pero ella se marcha a casa mañana. Le diré por qué deseaba obtener de nuevo la ayuda de Lenore. He logrado rastrear a Leesy Sullivan hasta este pueblo. Vino aquí el día después de que la asustáramos en Brooklyn; es decir, se bajó del tren en una pequeña estación a unas seis millas de aquí, no atreviéndose a apearse en este depósito y, no tengo duda, emprendió el camino a pie hacia Blankville, llegando aquí por la noche.

—Esa tía suya está en el ajo —exclamé—. Estamos justificados para tomar cualquier medida que la obligue a confesar dónde oculta a esa chica.

—Estoy convencido de que su tía no sabe absolutamente nada de ella. ¿Ha mantenido la señora Scott una vigilancia estrecha en la villa?

—No la ha visto desde aquel primer día; y creo que le sería difícil poner un pie en la finca sin ser descubierta, pues la mujer se ha metido en la cabeza que el lugar está encantado y monta guardia día y noche.

—¿Encantado?

El señor Burton se sentó y acercó su silla con un aire de interés que me llevó a relatar nuestras experiencias en la villa y mi intención de completar mis investigaciones esa noche en su compañía, si no tenía inconveniente. Dijo que, por supuesto, sería un placer; nada le gustaba más que una aventura de ese tipo.

De hecho, la idea evidentemente le agradó inmensamente; su rostro se iluminó y, después de aquello, durante el resto del día y por primera vez en nuestro breve conocimiento, le vi un poco inquieto y expectante. Uno de sus lemas era:

"Aprende a trabajar y a esperar".

La suya era una de esas mentes que habrían guardado silencio siete años antes que hablar un momento demasiado pronto; rara vez tenía prisa, sin importar lo que estuviera en juego; pero la fantasía de quedarse *perdu* en una casa encantada para "echarle el guante" a un fantasma era una novedad en su experiencia detectivesca que le divertía interiormente.

Se sonrió para sí mismo más de una vez durante las horas intermedias. En cuanto terminó el té, nos excusamos ante la familia, besamos a Lenore y, diciendo que el señor Burton se quedaría conmigo toda la noche, nos marchamos. Dejé la dirección de las operaciones en sus manos. Cuando llegamos a la casita, encontramos a la señora Scott dispuesta a considerar el incumplimiento de mi compromiso de la noche anterior como prueba de que el miedo me había apartado de la empresa; aceptó mi excusa, sin embargo, y aprobó sumamente que tuviera un compañero ante los peligros espirituales que estaba a punto de afrontar. Nos preparó, además, un poco de su excelente café para ayudarnos a permanecer despiertos, y nos ofreció sus oraciones para nuestra protección junto con las llaves de la casa.

—Trate a un fantasma como trataría a cualquier otro ladrón —dijo mi compañero mientras nos acercábamos a la villa en la oscuridad por la entrada trasera—. Píllele por sorpresa si puede.

Era una noche borrascosa para una empresa como la nuestra. Me recordó a aquella noche en la que Henry Moreland fue asesinado. Uno de esos cambios repentinos de tiempo, comunes en nuestro clima, se había ido gestando durante el día, y ahora el viento cálido y salvaje que trae el "deshielo de enero" soplaba por el lugar, haciendo crujir cada tabla suelta y frotando las ramas desnudas de los árboles unas contra otras con un sonido chirriante. Nubes negras, de bordes deshilachados, cruzaban veloces el aire, con las grandes estrellas mirando de vez en cuando entre ellas con ojos amplios y brillantes, como de temor. Mientras estábamos fuera, las gruesas gotas empezaron a golpear el suelo; y al poco llovía violentamente, como llovió aquella noche. Con tanta suavidad como si fuera un caco realizando una entrada delictiva, el señor Burton giró la llave en la cerradura; entramos en la densa oscuridad de la casa, cerramos la puerta y avanzamos sin hacer ruido —yo a la cabeza— por las escaleras y pasillos hasta llegar a la habitación de Henry. Entramos y, encontrando sillas, nos sentamos a cada lado de la mesita en absoluto silencio. Pero bien habríamos podido derribar la mitad de los muebles sin alarmar a ningún morador —si es que había algún morador en la estancia o en la villa—, tal era el tremendo estrépito que causaban los elementos. Mientras la lluvia golpeaba rítmicamente contra las ventanas y el viento sacudía el edificio solitario, me sentí casi superado por los recuerdos que el lugar y la tormenta tanto avivaban. Estaba en el estado de ánimo propicio para convertirme en creyente de un espectro nocturno; en aquella hora de penumbra y tempestad, bajo el techo del asesinado, el mundo material no parecía tan alejado de los terribles y sombríos confines de lo espiritual como aparecía en la rutina común de la vida diurna. Mientras mi corazón latía con fuerza por la agitación de unos sentimientos casi demasiado poderosos para la resistencia mortal, me alegró considerar que mi compañero se mantenía frío, calmado y vigilante. Él no tenía esos recuerdos del viento y la lluvia que me abrumaban a mí; aquel techo no era el techo de su amigo; él no conocía a Eleanor.

Resultaba bastante impresionante para la imaginación más roma estar sentado allí de noche, en aquella mansión vacía, en la oscuridad, con la tormenta azotándola, esperando... no sabíamos qué. Para mí, con mi temperamento ardiente y dadas las circunstancias peculiares, era excitante en sumo grado.

Durante mucho tiempo solo hubo una interrupción en nuestra guardia silenciosa. El señor Burton se inclinó sobre la mesa, susurrando:

—¿Ha oído a alguien cantar?

—No he oído nada más que el viento y el crujido de un árbol contra el costado de la casa, aparte de la lluvia; de eso estoy seguro. ¡Escuche!

Me pareció oír una nota musical suave y angelical elevándose en el aire por encima de mí, pero en ese momento la tempestad redobló su clamor, acallando cualquier sonido menor.

—A menos que me equivoque, ha sido una voz humana —continuó él en el mismo susurro.

—O celestial —murmuré yo.

Creo que el señor Burton dijo "¡tonterías!", pero no estoy seguro. De nuevo hubo un largo intervalo de espera; ambos nos inclinamos el uno hacia el otro al mismo instante cuando el sonido de algo arrastrándose en el piso superior atrajo nuestros atentos oídos.

—Son ratas en el desván —dije—. La señora Scott dice que están en la casa.

—Dudo mucho que fueran ratas; pero esperaremos un poco.

El señor Burton había traído una lámpara y cerillas para que pudiéramos tener luz cuando quisiéramos; si oíamos algo más arriba, sabía que registraría el ático. Hubo una tregua en la lluvia; mientras esperábamos expectantes, al sonido de arrastre le siguió pronto un golpeteo ligero y regular, como de pasos suaves, por el suelo del desván. Yo había oído a las ratas hacer sonidos exactamente iguales atravesando un techo; y aunque mi corazón latió un poco más rápido, seguía estando bastante seguro de que se trataba de esas molestas alimañas.

Lo siguiente que captó nuestra atención fue un vislumbre de luz. Creo que el visitante más espectral difícilmente habría podido afectarme tanto como aquel repentino rayo de luz, surgiendo por el ojo de la cerradura y por debajo de la puerta. Se deslizó silenciosamente por la alfombra, moviéndose como si el objeto que la proyectaba fuera llevado en la mano de una persona que caminaba. No sé exactamente qué esperaba yo cuando se detuvo frente a la puerta, salvo que esta se abriera y viera... el misterio. Un instante de suspense... luego la luz parpadeante vaciló y se desplazó hacia el ángulo opuesto de donde había aparecido primero; iba por el pasillo y hacia las escaleras.

—Todo va bien —exhaló mi compañero en un susurro apenas audible—. ¡Espere!

La mano que puso sobre la mía estaba fría por la emoción. Mientras el último destello amarillento temblaba y desaparecía, los elementos conspiraron en un gran ataque contra nuestra ciudadela; no podíamos oír nada más que el rugido de su artillería y el trote de sus batallones. Esperamos quizás cinco minutos.

—Ahora —y me levanté, siguiendo al señor Burton a través de la oscuridad mientras él abría silenciosamente la puerta, cruzaba el pasillo y, asomándose a la barandilla, miraba hacia el vestíbulo inferior. No pudimos ver nada hasta que, al bajar las escaleras, un tenue resplandor procedente de alguna habitación distante penetró la oscuridad. Con pasos cautelosos lo seguimos por el vestíbulo y la biblioteca hasta la estancia familiar, desde la cual, se recordará, la señora Scott me aseguró haber oído ruidos misteriosos. La puerta estaba un poco entreabierta, pero no lo suficiente para darnos una vista del interior. Al detenernos en el umbral, oímos un suspiro... un suspiro profundo, prolongado y trémulo. Con mano diestra mi compañero empujó la puerta para que pudiéramos pasar, y ambos entramos silenciosamente. Aquella habitación, en verano, era el cuarto de estar favorito de la señora Moreland; y allí, en las paredes, tenía los retratos al óleo, de tamaño natural, de su pequeña familia. Frente a nosotros, al entrar, colgaba el retrato de Henry Moreland. Ante él había una mujer, con una mano alzando una vela encendida en un pequeño candelero de cámara y la otra presionada contra su corazón, como para contener aquellos signos dolorosos. Inmóvil, absorta, enajenada permanecía; no hicimos ruido alguno, y si lo hubiéramos hecho, no creo que nos hubiera oído; estaba de espaldas a nosotros; la luz iluminaba de lleno el cuadro sobre el cual tenía fija la mirada.

La mujer era Leesy Sullivan. La reconocí al instante, aunque su rostro no estaba vuelto hacia nosotros. Aquí, al fin, habíamos encontrado a la fugitiva que buscábamos, merodeando por el hogar del hombre de cuyo asesinato mis pensamientos la acusaban, de pie ante su retrato en plena noche, sin saber quiénes eran los testigos de su secreto, tal como lo delataba ahora. Cómo había conseguido entrar en la villa o cuánto tiempo llevaba siendo su moradora, lo dejé para futuras indagaciones; la escena presente lo absorbía todo.

Mucho, mucho tiempo estuvo allí de pie; no la interrumpimos; probablemente fue la esperanza de que pronunciara algún soliloquio que fuera importante para nosotros, al revelar qué tenía en mente, lo que mantuvo a mi compañero callado. No dijo nada, sin embargo; solo exhalaba aquellos suspiros profundos hasta que, al final, dejó la luz sobre la mesita bajo el cuadro y, alzando ambas manos con un gesto apasionado hacia él, sollozó una palabra: "¡Henry!".

Entonces, lentamente, como si sus ojos se negaran a abandonar el objeto de su atracción, empezó a darse la vuelta. Tuvimos un instante para ver su rostro antes de que nos descubriera; había una mancha ardiente en cada una de sus mejillas delgadas, y dos grandes lágrimas, congeladas, por así decirlo, en sus párpados; y una curva trémula en los labios rojos y carnosos de su boca tierna y hermosa, como si vibraran de dolor y amor. No había nada salvaje ni severo en ella en aquel momento. Al girarse por completo nos percibió, allí plantados en la sombra: dos hombres crueles, dándole caza incluso en aquella sagrada soledad. Ese fue el sentimiento que nos transmitió por la expresión que cruzó su semblante; me sentí avergonzado y sin justificación hasta que me obligué a recordarlo todo.

No gritó; había pasado por demasiadas vicisitudes para mostrar susto alguno; solo se puso blanca y apoyó la mano en la mesa para sostenerse.

—Al fin han venido ustedes dos aquí, ¿verdad? ¿Por qué se entrometen conmigo? Es solo un poco de tiempo lo que tengo que estar, y quiero paz.

—La paz solo llega con una conciencia pura —dijo el señor Burton con severidad—. ¿Qué hace usted en esta casa?

—Sé que no tengo derecho a estar aquí; pero ¿dónde más me dejarán estar? Ni siquiera junto a su tumba... ¡no, ni siquiera junto a su tumba! Quieren arrastrarme ante el mundo, exponer mi tonto secreto que he ocultado a todo el mundo... ¡meterme en prisión... asesinarme! Ese es el oficio de ustedes dos, y supongo que tienen el poder. Soy tan pobre y no tengo amigos que eso me hace un objeto adecuado para su persecución. ¡Bueno, si pueden justificarse ante sí mismos, hagan conmigo lo que quieran!

Cruzó las manos, mirándonos fijamente a la cara con ojos que literalmente llameaban.

—Si no tuviera ningún secreto culpable, ¿por qué huyó de amigos y enemigos? ¿Por qué no buscó una entrevista y una explicación que habrían sido satisfactorias para nosotros? —preguntó el señor Burton.

—No me creerían si les dijera la razón —respondió ella con desprecio—. No está en las mentes de los hombres —las mentes groseras y sospechosas de los hombres— concebir o dar crédito a mi excusa. No se la daré a gente así.

Realmente, había una majestad en la muchacha que me dejó bastante intimidado. Mientras se nos enfrentaba, el espíritu indómito que centelleaba a través de su rostro y su figura leve y consumida me obligaba a una especie de aquiescencia. Yo no era el indicado para someter o manejar aquella naturaleza poderosa. El señor Burton sí lo era.

—Esta no es la hora apropiada, ni el lugar apropiado, para entrar en explicaciones, señorita Sullivan. Debe venir conmigo a la casita de la señora Scott; ella cuidará de usted hasta la mañana y entonces hablaremos. No me encontrará usted duro; ni daré ningún paso sin una buena causa. Todo lo que quiero es la verdad... y estoy resuelto a obtenerla.

—Déjenme quedarme aquí esta noche; les prometo que no intentaré abandonar el lugar. Esperaré aquí hasta que tengan a bien venir por la mañana.

—No puedo; hay demasiado en juego —dijo él con determinación.

—Entonces déjenme ir a buscar a la niña —dijo ella.

Cogió la lámpara y la seguimos por la escalera del desván, subiendo los estrechos peldaños que conducían al ático. Allí, sobre el montón de colchones que mencioné que estaban en el rincón, reposaba la niñita de la que hablé antes, durmiendo dulcemente como solo la infancia sabe descansar.

—Estábamos debajo de esto cuando nos hizo usted la visita el otro día —dijo Leesy con una especie de sonrisa amarga—. Me costó mucho trabajo evitar que la niña llorara. Al final se quejó; usted dijo que era un gato.

—Qué profundamente duerme la criaturita —dijo el detective. Tenía un corazón tierno que evitaba perturbar el sueño del infante.

—Es una pena sobresaltarla así —murmuró su niñera.

—Sí, lo es. Le diré lo que haremos. La encerraremos a usted aquí y montaremos guardia en el aposento hasta la mañana, si le parece bien.

—No me importa con tal de no sacar a Nora a la tormenta.

—Dígame una cosa —dijo el señor Burton, fijando su ojo brillante en el de ella—: ¿es usted la madre de ese bebé?

Por un momento ella respondió a su mirada con una de asombro; luego la sangre rosada acudió a su cuello, mejillas y frente... un rubor virginal que mostró todo el lado suave y juvenil de su carácter.

—¿Que si soy la madre de Nora? —repitió—. Pensaba que sabían que no soy una mujer casada.

El detective se quedó un poco avergonzado por la perfecta sencillez de su respuesta.

—Tengo entendido que es la hija de su difunta prima... una huérfana, creo —dijo él—. Bien, señorita Sullivan, la dejaremos aquí, sin molestarla, por lo que queda de noche.

Bajamos al segundo piso, girando la llave del pequeño cuarto trastero que encerraba la escalera del desván, satisfechos de montar guardia hasta la mañana, puesto que habíamos asegurado a la misteriosa moradora de la casa encantada.

Capítulo 13: La sombra toma forma

Encendimos entonces nuestra lámpara y, encontrando un ligero sofá de mimbre en el pasillo, casi frente a la puerta cerrada, tomamos asiento y nos mantuvimos despiertos conversando. La tormenta se había apaciguado hasta convertirse en el golpeteo monótono de una lluvia constante.

—Me sorprende —dijo el señor Burton— que no comprendiera usted de inmediato el secreto de esta casa. En el momento en que pronunció la palabra «encantada», supe cómo terminarían nuestras investigaciones. Resolvió un misterio que me traía de cabeza desde hacía tiempo. Sabía que Leesy Sullivan estaba aquí, en estas inmediaciones; el escondite exacto era todo lo que necesitaba saber; y cuando mencionó la villa Moreland, me dije: «¡es ahí!». Lo único que temía entonces era que volviera a eludirnos antes de que pudiéramos echarle mano. Y de hecho —añadió riendo—, apenas me siento seguro de ella ahora. Podría sublimarse a través del techo antes de la mañana.

—No pensé en ella, señor Burton; estaba convencido de que alguien estaba tramando algún juego, ya fuera por travesura o por algo peor, alrededor de la villa; pero ¿cómo podía estar seguro cuando dos minuciosos registros a plena luz del día no revelaron nada? No parecía haber un lugar por el que una persona pudiera entrar en la casa; y en cuanto a que una mujer y una niña fueran inquilinas reales, viviendo y subsistiendo aquí durante semanas... creo que nada más que una prueba real podría haberme convencido de tal prodigio. Tengo curiosidad por saber cómo se las ingenió.

—Debí haber venido directamente aquí al principio —continuó mi amigo, siguiendo su hilo de pensamiento—. Las mujeres son como las madres pájaro cuando los niños se acercan al nido. Se delatan a sí mismas y su querido secreto revoloteando sobre el lugar. Si esta señorita Sullivan hubiera sido un hombre, ya estaría en Kansas o California; siendo mujer, debí haberla buscado exactamente en el lugar que parecería natural que evitara. Una cosa es cierta: amaba al joven Moreland con una intensidad que supera la fuerza de la mayoría de las mujeres. He tratado con naturalezas como la suya antes, donde un cerebro poderoso está supeditado a una fuerza emocional aún más poderosa. Era orgullosa, ambiciosa, descontenta, con gustos y percepciones que alcanzaban una esfera de vida mucho

más elevada. La señorita Sullivan habría sido una magnífica heredera e hija mimada; sin embargo, en el amor sería humilde, abnegada... capaz de darlo todo y considerarlo nada. Es una triste lástima que tal capacidad para la felicidad solo haya traído la ruina.

—Si hubiera amado a Henry, ¿cómo pudo, bajo cualquier impulso de celos, haberle hecho daño? Me resulta terrible bajo cualquier perspectiva del caso.

—No sé si ella le hizo daño o causó que se lo hicieran. Las circunstancias están en su contra. Pero estoy lejos de creer que ella sea la persona culpable. Sin embargo, estoy sumamente ansioso por tener una entrevista tranquila con ella. Debo verla y hablar con ella a solas. Ahora está asustada y desafiante. La calmaré —magnetizaré su voluntad, por así decirlo— y extraeré de ella la verdad. Cada átomo de conocimiento que posea, relacionado de cualquier modo con Henry Moreland, lo extraeré de ella y lo consolidaré en una sola masa, para ser usado a su favor o en su contra. Si tiene usted la confianza en mi juicio que me jacto de que posee, Richard, no se opondrá a que vea a la señorita Sullivan a solas y decida, tras esa entrevista, si hay causas para su arresto como parte implicada en el asesinato.

—No me opondré. Es su privilegio verla a solas y tengo la máxima confianza en usted. Supongo que el señor Argyll y el padre de Henry serían las personas adecuadas para decidir sobre el arresto y el procesamiento.

—Desde luego. Y si, después de haber hablado con ella, no puedo obtener hechos que justifiquen que sea juzgada por su vida, no le daré la libertad hasta que haya consultado con ambas familias, exponiendo todas mis pruebas ante ellas. Serán reacios a iniciar un procesamiento que no puedan sostener, incluso si tienen una impresión de culpabilidad. Por cierto, Redfield, ¡estas impresiones son cosas curiosas! Supongamos que le dijera que hay personas que, sin una sola partícula de prueba de ningún tipo, tienen la impresión de que usted es el hombre culpable.

Me levanté del sofá, mirándole, sin saber si darle un puñetazo o no.

—No me «mate con la mirada» —dijo él, riendo con suavidad—. No digo que yo tenga tal revelación interna. Y tampoco dije esto para herir sus sentimientos. Lo hice para salvarlos. Pues, si no me equivoco, la misma persona que me confió sus impresiones, recientemente ha ido confiándolas gradualmente a otros. El mero pensamiento, la mera posibilidad, una vez albergada, o medio albergada y rechazada de nuevo como un invitado inoportuno, sigue teniendo su influencia perjudicial. Está usted sobre un terremoto, Richard; puede ser tragado en cualquier instante.

—¿Yo?

—Sí. He detectado los retumbos premonitorios. He dicho esto solo para advertirle, para que esté listo para su defensa.

—¡Me niego a defenderme! ¡Defenderme, válgame Dios! ¿Contra qué? ¿Quién se ha atrevido a insinuar contra mí ese pensamiento del que usted se ha permitido hacerse eco? Pero no necesito preguntar: es mi enemigo natural, James Argyll. ¡Me odia como la serpiente de cascabel odia al fresno negro!

—Bueno, la aversión es mutua. ¿Negará que usted también ha tenido un pensamiento —fíjese, digo un mero pensamiento flotante— de que él pueda haber instigado el hecho?

Mi mirada consciente se hundió ante el destello azul acero que me atravesaba. Dios sabe que tal temor, tal creencia, a veces vaga y sombría, otras vívida pero breve como un relámpago, me había inquietado una y otra vez. Lo insinué una vez cuando dije que me alegraba de que si James alguna vez tomaba dinero, sin permiso, de su tío, lo tomaba para malgastarlo en la mesa de juego. Pronto levanté los ojos.

—Si he tenido tal sospecha, he luchado contra ella; nunca la he susurrado a oído mortal. Él ha buscado perjudicarme de varias maneras; yo he deseado ganármelo y conciliarle; ser amistoso con él, por el aprecio que tengo a sus parientes. En cuanto a dar un paso para fijar un estigma fulminante sobre él, sin darle una oportunidad de borrarlo abiertamente, soy incapaz de ello. Queda usted en libertad de juzgar entre nosotros, señor Burton.

—Sabe que él no me agrada —respondió mi compañero—. Pero ninguna aversión que pueda sentir por él me impedirá sopesar todos los hechos que caigan bajo mi observación con la mayor imparcialidad. Estoy en el camino correcto en esta persecución, y la seguiré hasta el oscuro final, aunque usted mismo la abandone. ¡Se hará justicia! Si el rayo alcanza a la cabeza más alta de toda esta vecindad aristocrática, caerá donde corresponda.

Dejó el sofá, caminando de arriba abajo por el pasillo con rostro severo y pensativo. En cuanto a mí, me dejé caer de nuevo en mi asiento, abrumado por la confirmación de mil veces más que mis peores temores. La sospecha sobre mí se arrastraba como una sombra sobre el hogar de los Argyll. Había sentido su proximidad hace mucho tiempo; ahora todo mi ser se volvía frío, gélido, excepto por un espasmo ardiente de indignación que palpitaba en mi pecho.

Al acercarse el gris amanecer, cesó la lluvia. La mañana tardaba en llegar. En cuanto hubo luz suficiente para ver, oí al jardinero cortando leña para el fuego, y poco después caminé hacia allí, a petición del señor Burton, para pedir algo de desayuno para la mujer y la niña. No describiré el locuaz asombro del matrimonio ante mi anuncio de que el fantasma había sido acorralado y resultó ser Leesy Sullivan. Por supuesto, el mal presagio de oír niños llorando quedaba ahora explicado, así como la desaparición de una cantidad considerable de harina, condimentos y manzanas que la señora Scott había achacado a las ratas.

Iba muy en contra de la inclinación de la formal y correcta señora Scott el proporcionar un desayuno reconfortante a «semejante mujerzuela, dado lo que parecía haber demostrado; comportándose de esa guisa que nadie en la tierra podría explicar»; pero la gratificación de su curiosidad femenina fue cierta recompensa por el ultraje a su sensibilidad, y fue con gran presteza a llevar los refrigerios deseados a los prisioneros.

Cuando entramos en el ático, a la luz del sol naciente, la señorita Sullivan estaba sentada tranquilamente en el borde de los colchones, rizando el pelo rubio de la pequeña Nora alrededor de sus dedos. Una reserva obstinada marcaba su aspecto y sus actos; apenas respondía a ninguna de las indagaciones de la señora Scott, excepto cuando se trataba de la comodidad de la niña. Para ella tomó algo de comida caliente y té, alimentando tranquilamente a la ansiosa pequeña mientras hacíamos un reconocimiento de su entorno.

Averigüé entonces que un pequeño tragaluz, oculto a la vista exterior por las chimeneas y el trabajo ornamental de las almenas, había permitido la salida del misterioso resplandor que con tanta frecuencia

había planeado sobre el tejado. La inquilina de esta gran casa evidentemente se había organizado para el invierno. Había elegido el ático como el lugar de mayor seguridad en caso de que alguien entrara en la vivienda desierta por cualquier motivo; aquí había traído un diminuto hornillo de carbón, usado en el sótano en verano para calentar las planchas, al cual suministraba combustible de las existencias que quedaban en el sótano. Las provisiones dejadas en la casa habían servido igualmente a sus necesidades. Era evidente que, mediante el ejercicio de un cuidado y vigilancia extremos, abandonando la casa solo en la oscuridad de la noche, podría haber permanecido aquí durante un tiempo considerablemente mayor sin ser molestada en su novelesca reclusión, si la luz —que nunca se había atrevido a encender hasta que todo estaba oscuro y silencioso en la casita— no hubiera atraído por casualidad primero la curiosidad que condujo finalmente al descubrimiento.

El señor Burton tomó una taza de té y un panecillo que le trajeron allí; y luego, a petición suya, se le dejó a solas con la mujer silenciosa, que permanecía sentada con el ceño resuelto y los labios firmemente cerrados, como si estuvieran bloqueando sus pensamientos.

«Requerirá toda su diplomacia el sonsacarla para que entre en un estado comunicativo», fue mi conclusión al echar un último vistazo a su rostro. Estaba aterido por mi guardia nocturna, y más aterido aún por las palabras que el detective me había dirigido mientras vigilaba; regresé al fuego de la casita, sentándome allí tres horas en una penosa ensoñación, respondiendo casi al azar a los comentarios del ama de llaves.

Al cabo de las tres horas, el señor Burton entró en la pequeña vivienda, llevando a Nora en brazos —que le acariciaba la mejilla con su mano regordeta— y seguido por la costurera, cuyas mejillas mostraban rastros de lágrimas y cuya mirada acosada y desafiante había dejado paso a una expresión abatida y gentil.

—Señora Scott, quiero que me haga un favor —dijo, con ese modo suyo autoritario y persuasivo al que la gente rara vez creía que valiera la pena oponerse—. Quiero que cuide de la señorita Sullivan y de esta pequeña prima suya hasta que les envíe recado de que se las necesita. Puede que sea hoy, o puede que tarde una semana. Mientras tanto, si tiene usted algo de costura que hacer para sí misma o para el pequeño Johnny, ella estará encantada de ayudarla.

—Es bienvenida a quedarse, desde luego —dijo la mujer, en un tono no tan convencido.

—Gracias. Sabía que podía pedirle un favor. Johnny, ven aquí y conoce a la pequeña Nora. Estoy listo, Richard, si usted lo está, para regresar al pueblo. Lenore se preguntará qué ha sido de nosotros. Buenos días a todos.

Nos alejamos de allí.

—¿No tiene miedo de dejar a esa chica sin vigilancia, después de todos los problemas que nos ha dado?

—Se quedará allí; me lo ha prometido. Si decide huir ahora, es un asunto sin importancia. Estoy perfecta y enteramente convencido de que es inocente de cualquier participación en el asesinato de Henry Moreland; o de cualquier conocimiento del asesinato... excepto en un punto en el que podría usar su testimonio. Daré mi opinión al señor Argyll con mis fundamentos; si él decide arrestarla, ella estará allí en la casita. ¡Richard, este asunto ha llegado tan lejos como podía! Le diré hoy al señor

Argyll que me retiro, que lo dejo. Pero deseo que usted entienda que no lo he abandonado del todo, que seguiré manteniendo mi interés en él... que seguiré mis investigaciones en secreto, las cuales creo que puedo llevar a cabo con mayor ventaja si todos los interesados creen que he dejado el asunto. ¿Está satisfecho?

—Si no lo estoy, ¿qué diferencia hay? No me corresponde a mí dictar su conducta. Creo que usted piensa que es la mejor.

—Así es. También lo pensará usted algún día, si vivimos para ver el desenlace de esto. Mientras tanto, soy su amigo, Richard, dé o no señales externas de amistad muy pronto. Queda usted en libertad de dedicarse a la causa tan ardientemente como siempre... y si alguna vez desea consultarme, me encontrará como ahora me conoce.

Me sentía extraño mientras caminábamos juntos. Hablaba como si pensara que algún cambio se avecinaba... como si las cosas fueran a tomar nuevas formas... como si yo fuera a necesitar amistad y, sin embargo, como si él se viera obligado a ocultar la suya por mí tras una máscara de frialdad. No lo entendía. Me sentía medio ofendido con él y totalmente desanimado.

Comí con él en casa del señor Argyll. Fue la última vez que me senté a esa mesa.

Por la tarde tuvo una entrevista privada con la familia, de la cual fui excluido; y por la noche regresó a la ciudad, llevándose consigo a Lenore, cuyo último adiós con la mano fue para James y su último beso para la señorita Argyll.

A la mañana siguiente, el señor Argyll me informó de que había resuelto hacer a su sobrino socio en la práctica de la abogacía, y que yo quedaba en libertad de aprovechar cualquier otra oportunidad que pudiera tener para establecerme por mi cuenta. Su tono era frío; no expresó remordimientos por mi probable decepción, causada por sus propias sugerencias; pude sentirme despedido tanto de su amistad como de su despacho. No quise preguntar por qué. Mi lengua se volvió seca como la ceniza cuando pensé en intentarlo. El señor Burton me había dado la clave de los sentimientos que motivaban esta ruptura de una amistad de toda la vida: eran tales que prohibían cualquier pregunta. No cabían explicaciones... nada podría borrar el recuerdo de un agravio tan mortal como el que estaban cometiendo conmigo. El cuenco de oro de la amistad se había roto en la fuente; las aguas se habían derramado por el suelo.

Le dije que había contemplado una visita a mi madre, la cual aprovecharía esta oportunidad para realizar. Podría encontrar lo que deseaba, en cuanto a negocios, en las cercanías del antiguo hogar de mi padre; cuando, con formales agradecimientos por su pasada amabilidad (que yo juraba mentalmente que encontraría algún medio de devolver) y rogándole que no se molestara en absoluto por mi suerte, me despedí del despacho donde había pasado gran parte de los últimos tres años de mi vida.

Ciego, mareado, frío, fui a mi casa de huéspedes para hacer las maletas.

Antes de acostarme, mis pocos preparativos estaban terminados. Mi ropa, libros, los pocos artículos de adorno o regalos de amigos permitidos en una pequeña habitación alquilada, fueron fácilmente guardados en su receptáculo de viaje. Pero, ¡en cuanto al resto! En cuanto a la riqueza que mi corazón

había cosechado silenciosamente durante la cosecha dorada de la juventud... ¿dónde estaba? Barrida como por un viento poderoso.

Dormí algo, pues estaba completamente agotado por mis emociones, no menos que por mis recientes vigilias; pero la madrugada más temprana me encontró despierto. Debía partir a mediodía; tenía muchas amistades agradables en el pueblo, de las cuales no debería haberme despedido sin una visita de cortesía; pero todos estos pequeños placeres y cortesías de la vida fueron apartados como arena en mi camino. No tenía nada que hacer en toda la tediosa mañana, salvo fingir que desayunaba, hasta la hora que me había fijado en mis pensamientos para decir adiós a las muchachas.

No me marcharía sin verlas; si había alguna acusación en sus ojos, me enfrentaría a ella. Y además, no creía que Eleanor me hiciera una injusticia. De ojos azules, justa, gentil como era su carácter, ella, al menos, estaría apenada por mí... creería en mí. No me admití a mí mismo cuánto consuelo extraía de esta fe hasta que fui sobresaltado de ella. Mi equipaje fue enviado; mi reloj marcaba las once; pasé por delante de la casa de camino a la estación, concediéndome unos minutos para esta despedida. Cuando llamé a la puerta, una de las criadas abrió. La envié a preguntar a la señorita Argyll si bajaría a decir adiós antes de marcharme a ver a mi madre; y a Mary... también me gustaría verla a ella.

Mientras las esperaba, entré en los queridos y familiares salones y en la biblioteca, despidiéndome mudamente de ellos y de todas sus asociaciones mezcladas. Al poco regresó la mensajera:

—La señorita Argyll envía su despedida; no podía ver al señor Redfield esta mañana.

—¿Dónde está?

—En el comedor, mirando sus flores.

Me dirigí hacia la estancia en un salvaje tumulto de ira y pasión, resuelto a hacerla confesar la razón de este trato. Seguramente, tres años de una intimidad como la nuestra me daban el derecho. En tres minutos me enfrenté a ella donde estaba, en la puerta entre el comedor y el invernadero, como una estatua envuelta en crespón.

—¡Eleanor!

Ella retrocedió; levantó las manos con una expresión de horror. ¡Dios mío! Aquella mirada en los ojos de Eleanor bastaba para matarme. Me di la vuelta tan apresuradamente como había venido. Mientras tropezaba por el pasillo, medio ciego por el terrible oleaje y latido de la sangre a través de mí, un par de brazos suaves rodearon mi cuello, una mejilla húmeda de lágrimas se apretó contra la mía: era Mary.

—No hagas caso de lo que dicen de ti, Richard —sollozó—. No me creo ni una palabra, ¡ni una palabra! Nunca me la creeré. Soy tu amiga. Te quiero; de verdad que sí. No quiero que te vayas —y me besó dos o tres veces.

Tomé el dulce rostro entre mis manos frías, miré los ojos rebosantes, besé apresuradamente la mejilla ruborizada.

—Dios te bendiga, Mary —dije, y me fui.

PARTE II

Capítulo 1: La carta

El lector podrá comprender ahora por qué me quedé helado de la emoción mientras estaba allí sentado, en la oficina de cartas muertas, sosteniendo en la mano aquella epístola manchada por el tiempo. Cada palabra se grababa a fuego en mi cerebro. Por oscura que fuese —por poco comprometedora que pareciera, dirigida a una persona desconocida de un pueblo vecino—, me sentía seguro de que aquellas vagas alusiones hacían referencia a la pecaminosa tragedia ocurrida el 17 de octubre de 1857. ¡Tenía en mis manos, al fin, una pista de aquel misterio que una vez juré desentrañar! Sin embargo, ¡qué tenue era esa pista, que bien podría, después de todo, conducirme a laberintos de duda y perplejidad aún más profundos! Mientras reflexionaba, parecía romperse y desvanecerse entre mis dedos. No obstante, sentía, a pesar de esto, una sensación interior de que poseía la llave que seguramente abriría el terrible secreto. Jamás podré expresar con exactitud los sentimientos que, durante los primeros instantes, me dominaron. Mi cuerpo estaba gélido, pero mi alma me escocía y me agitaba como con fuego, y parecía elevarse sobre "alas nacientes" de llama con la convicción de un triunfo próximo que llegaría tras un largo sufrimiento. Me levanté, agarré mi sombrero y salí del Departamento para no volver a él, por el momento. Pasé media noche sentado en mi habitación de la casa de huéspedes, mirando aquella carta sobre la mesa ante mí.

Antes de seguir adelante con su historia, relataré en pocas palabras el breve y monótono registro de mi vida desde que fui expulsado —"expulsado" es la palabra que debe usar, Richard, por muy altivo y sensible que sea— de la amistad y la presencia de los Argyll, y de mis perspectivas de un largamente anhelado establecimiento en la vida. Hice la visita a mi madre. Ella quedó conmocionada por el cambio en mí y apenada porque le negara mi confianza. Pero yo no estaba de humor para confidencias. La dulzura de mi naturaleza se había endurecido; estaba amargado, burlón, escéptico; ni siquiera de mi propia madre aceptaría la simpatía que mi gélido corazón parecía ya no ansiar. Solo una cosa me salvó del absoluto aborrecimiento de la humanidad, y fue el recuerdo del rostro de Mary cuando me buscó al partir. En aquellos dulces ojos había confianza y amor; las lágrimas que rodaban y caían sobre su pecho, el temblor de su labio, los sollozos y las palabras cariñosas, daban fe del dolor con que había contemplado mi destierro.

Como es natural, mi madre se sorprendió al saber que había dejado Blankville sin intención de regresar; que la asociación tanto tiempo apalabrada no llegaría a producirse. Pero no me presionó para que le diera explicaciones. Esperó pacientemente a que yo se lo contara todo; atendiendo, mientras tanto, a mi salud y bienestar como una madre viuda atiende a su único hijo: con una ternura solo inferior a la del cielo porque es todavía, por fuerza, de la tierra.

Antes de llevar dos semanas en casa, la tensión antinatural de mi mente y mis nervios produjo un resultado seguro: sobrevino una reacción y caí enfermo. Fue en el estado de ánimo más blando que me invadió, mientras convalecía de esta enfermedad, cuando finalmente le conté a mi madre toda la espantosa historia de las influencias que habían roto mi conexión con los Argyll. Su dolor por mí, su indignación contra mi enemigo o enemigos, fue lo que cabía esperar. Apenas pude contenerla para que no partiera de inmediato hacia Blankville, para plantarse ante su viejo amigo, el amigo de mi padre, y acusarle cara a cara del daño que le había hecho a su muchacho. Pero la disuadí de ello. Le pregunté si

no veía que el daño era irreparable. No podía perdonarlo. No admitía que se hablara de ello; que el nubarrón cayera entre ellos y nosotros; nuestros caminos estaban, de ahora en adelante, separados. A esto accedió finalmente; y, si hubiera podido haber algún bálsamo para mi orgullo herido y mis afectos aún más profundamente lastimados, lo habría encontrado en la ternura acrecentada, conmovedora y casi demasiado perfecta con la que mi progenitora buscaba compensarme por aquello que había perdido.

Durante unas semanas me abandoné a sus cuidados curativos. Luego me dispuse resueltamente a encontrar trabajo tanto para las manos como para la mente. Mi madre no carecía de amigos influyentes. Como he dicho, mi fortuna se vio algo mermada por la prematura muerte de mi padre, pero nuestra familia y asociaciones estaban entre las mejores. Teníamos un pariente con poder en Washington. A él le solicité un puesto de administrativo y recibí, como respuesta, el cargo que desempeñaba en el momento en que aquella carta muerta llegó de forma tan extraña a mis manos.

Podría pensarse improbable que abandonara la profesión para la que había estudiado con tanto celo. Pero el recuerdo mismo de aquel celo, y de las esperanzas que lo habían estimulado, me producía ahora aversión por el derecho. Necesitaba tanto un cambio de aires como de ocupaciones. El golpe asestado a mi corazón había aturdido también mi ambición. Para alguien de mi temperamento, aspiraciones y afán de logro, todas las pasiones y ocupaciones menores de la vida no son sino escalones que suben por la ladera hacia la cima coronada de rosas donde el amor se sienta sonriente bajo la mirada del cielo. Y yo, estando al menos por el momento prematuramente marchito, ya no era yo mismo, sino que era para mí como un extraño dentro de mi propio santuario. Entré en la oficina de cartas muertas y comencé mi rutina de romper sellos y registrar contenidos como si hubiera nacido para ese negocio. Era un trabajador rápido, tranquilo y bien considerado por mis compañeros, quienes me juzgaban un poco frío y escéptico, un tanto reservado, muy formal para un tipo tan joven, y un administrativo eficiente que se ganaba a pulso su salario. Eso era todo lo que sabían de Richard Redfield. Y en aquellos días, yo tampoco sabía mucho más sobre mí mismo. Los meses habían transcurrido, uno tras otro, con una frialdad desoladora. En verano luchaba entre el polvo sofocante; en invierno me abría paso a través del fango repugnante, de ida y vuelta, desde mi alojamiento a los edificios de la oficina; ese era casi todo el cambio que las estaciones traían para mí, a quien antaño el aroma de las violetas primaverales llenaba de un deleite punzante, y el olor de las rosas de junio hacía feliz como a un dios en el Olimpo.

Pasé media noche rumiando aquella breve revelación, tan preciosa para mí y a la vez tan aborrecible. Cuanto más reflexionaba sobre sus palabras, menos vívida se volvía mi esperanza de hacer un uso triunfal de ella para la detección de las dos personas culpables: la que la escribió y aquella a quien iba dirigida. Podría presentarla ante el señor Argyll, pero él podría no sentir, como yo, que tuviera conexión alguna con el asesinato; tampoco había nada que probara que la misiva no pudiera haber estado dirigida a mí. De hecho, el señor Argyll bien podría inquirir cómo podía yo pretender que me hubiera llegado a través de la rutina del departamento de cartas muertas después de todo este lapso de tiempo: ¡casi dos años!

Este era un asunto que me desconcertaba sobremanera. En el curso ordinario de los asuntos, si no era reclamada, habría sido enviada a Washington tres meses después de su recepción en Peekskill, y habría sido consignada hace mucho tiempo a la papelera y a las llamas. La mano de una Providencia superior parecía estar moviendo las piezas en esta terrible partida. En aquella hora lo reconocí, y sentí la

solemne convicción de que, tarde o temprano, el asesino recibiría el jaque mate. Fue esta seguridad, más que cualquier prueba contenida en la carta, lo que me dio esperanzas de que acabaría siendo el instrumento de castigo para el culpable. Recordé el voto que una vez hice a mi alma de no descansar nunca en la paz de mis propios asuntos hasta haber arrastrado al asesino del inocente ante la pavorosa presencia de la Justicia. Había descuidado el cumplimiento de ese voto hasta sus últimas consecuencias, en parte debido al daño que se había hecho a mi amor propio, y también porque la circunstancia que había arrojado sospechas sobre mí, a ojos de los interesados, había hecho peligroso que me moviera en un asunto donde todos mis motivos eran malinterpretados. Pero ahora que el Destino había interpuesto de esta manera singular a mi favor y al de la Verdad, cobré nuevos ánimos. Desperté por completo de mi apatía. Aquella noche escribí mi renuncia al Departamento, recogí de nuevo mis pocos efectos y la mañana siguiente me encontró camino de Nueva York.

Mi primer propósito era consultar al señor Burton. No le había visto desde el día en que nos separamos en Blankville; solo sabía, por casualidad, que seguía residiendo en Nueva York, al haber oído mencionar su nombre fortuitamente en relación con un caso que había llevado a unos detectives a Washington solo unas semanas antes.

Nunca había perdonado ni comprendido el papel que desempeñó en aquella última entrevista con los Argyll. Recordaba la seguridad que me había dado de su amistad, pero no creía que me la hubiera demostrado en aquella consulta con los parientes, o los resultados no habrían sido tan desastrosos para mí. No obstante, sentía confianza en él; era el hombre adecuado para la emergencia, y a él le llevaría la carta. Pensé que era muy probable que, en la multiplicidad de nuevos intereses, las circunstancias que antaño nos unieron tanto se hubieran desvanecido de su mente y que yo tendría que despertar de nuevo su recuerdo de los detalles.

A la mañana siguiente de mi llegada a Nueva York, consulté la guía y, viendo que el señor Burton aún residía en la calle Veintitrés, llamé a la casa a la hora más temprana admisible.

Mientras entregaba mi tarjeta al criado, su amo salió de la biblioteca al fondo del vestíbulo y, apresurándose, me estrechó cordialmente la mano. Sus tonos jubilosos eran mejor prueba de su placer al verme que incluso sus palabras, que fueron bastante cordiales.

—He oído su voz, Richard —dijo—, y no he esperado a que me lo anunciaran con formalidades. Bienvenido, amigo mío. —Su expresión era como si hubiera dicho: «Bienvenido, hijo mío».

Me condujo a la biblioteca y, acomodándome en un sillón, se sentó frente a mí, mirándome con los ya recordados dardos penetrantes de aquellos ojos azul acero. Después de preguntar por mi salud y demás, dijo de repente:

—Trae noticias.

—Tiene razón, señor Burton; de lo contrario, no estaría aquí. Supongo que sabe que he sido administrativo en la oficina de cartas muertas durante los últimos dieciocho meses.

—Lo sabía. Nunca tuve la intención de dejarle escapar del rosario numerado de mis amigos y perderle tan por completo como para ni siquiera saber su paradero.

—Anteayer llegó esta carta a la oficina, y resultó que yo fui el administrativo que la abrió.

Le entregué la misiva. Examinó el sobre con atención antes de desplegar la hoja de su interior; y mientras seguía sosteniéndola en su mano y mirándola, uno de esos maravillosos cambios pasó por su rostro, de los que yo había observado en algunas ocasiones importantes anteriores. Su inteligencia práctica se apoderó de la fecha, las marcas de la oficina de correos y la apresurada dirección, y casi hizo suyo el contenido de la carta antes de leerla. Durante unos instantes meditó sobre el exterior; luego extrajo la carta, la examinó con una mirada veloz y se quedó sosteniéndola, mirándola fijamente, perdido en sus pensamientos y evidentemente olvidándose de mi presencia. Una palidez severa se instaló gradualmente sobre su rostro habitualmente plácido; finalmente levantó la vista y, al verme, recordó lo que le rodeaba.

—Es triste que a uno le hagan sentir que tales criaturas viven y prosperan —dijo casi con desánimo—; pero —mientras su rostro se iluminaba— no puedo decir cuánto me alegra haber echado el guante a esto. Explica parcialmente algunas cosas que ya he descubierto. La casualidad que puso este documento en sus manos fue maravillosa, Richard.

—Por muy sencilla que resulte ser la explicación, siempre la consideraré como providencial.

—Todas las cosas son providenciales —dijo mi compañero—, ni menos ni más. Las causas tienen sus efectos. Pero ahora, en cuanto al autor de esto... me alegra tener una muestra de la caligrafía del villano; me permitirá reconocer al autor cuando le vea.

—¿Cómo es eso, señor Burton?

—Porque tengo una imagen muy buena de él, ahora mismo, en el ojo de mi mente. Tiene unos treinta años, es más bien bajo y de hombros anchos, musculoso; tiene la tez oscura y los ojos negros; el dedo anular de su mano derecha ha sufrido una lesión, de modo que los músculos se han contraído y lo han dejado inútil. Tiene cierta educación, que ha adquirido mediante un estudio arduo desde que creció para ser su propio amo. Su infancia transcurrió en la ignorancia, en medio de las peores asociaciones; y su propia naturaleza es casi totalmente depravada. Es malo por instinto, por herencia y por crianza; y ahora, nuestro bendito Redentor en persona difícilmente encontraría en él el bien suficiente para prometer una esperanza de salvación final. Es curioso que alguna vez haya tenido a bien estudiar para adquirir incluso el barniz de conocimiento que posee. Debió de verse impulsado a ello por alguna pasión poderosa. Si pudiera decidir cuál fue esa pasión, podría tener una llave para abrir la puerta a otros asuntos.

Miré al interlocutor con asombro mientras pronunciaba rápidamente el anterior análisis de la apariencia personal y el carácter del autor.

—¿Le conoce? —pregunté.

—No sé su nombre y nunca me he encontrado con él. Todo el conocimiento que tengo de él lo he obtenido a través del medio de su quirografía. Es suficiente para mí; no puedo equivocarme. —Luego, observando mi mirada desconcertada e incrédula, sonrió y añadió—: Por cierto, Richard, no conoce mi habilidad en el arte de leer a hombres y mujeres a partir de una muestra de su escritura. Es una de mis mayores ayudas en la profesión a la que me he dedicado. Los resultados que obtengo a veces asombran a mis amigos. Pero, le aseguro, no hay nada de maravilloso en ellos. El estudio paciente y la observación incansable, junto con percepciones naturalmente rápidas, son la única hechicería que

utilizo. Con habilidades naturales moderadas, afirmo que cualquier otra persona podría igualarme en este arte (arte negra, lo consideran algunos de mis conocidos) dedicándole el mismo tiempo que un músico dedicaría a dominar un instrumento.

—No sé yo, señor Burton. Supongo que haría falta una mente de la singular composición de la suya para sacar mucho provecho de un arte sin reglas ni cimientos.

—Tiene sus reglas para mí. Pero como la prueba es mejor que el argumento, muéstrame cualquier carta o fragmento de escritura que pueda llevar encima. Me gustaría convencerle antes de que sigamos adelante, pues no quiero que sienta que está trabajando con un individuo chiflado que se dedica a un pasatiempo a su costa.

Vacié el bolsillo interior de mi chaqueta de su contenido, entre el cual había varias cartas: una de mi madre, una nota de mi tío en Washington, una invitación de un antiguo compañero de universidad para asistir a su boda en Boston, y dos o tres epístolas de negocios de conocidos ocasionales; una, recuerdo, una súplica de un joven para que le consiguiera algo que hacer en ese centro magnético de todas las partículas desempleadas: Washington. De estas, solo le revelé el sobre y la firma, con tal vez alguna frase sin importancia que no revelaría por sí misma los caracteres o las ocupaciones de los autores. No necesito describir mi sorpresa cuando, en cada caso, dio una descripción cuidadosa y exacta de la edad, apariencia, hábitos, profesión y cualidades mentales de la persona cuya caligrafía había examinado.

Apenas podía dar crédito a mis propios sentidos; debía de haber algún truco de magia, como en los juegos de manos que los malabaristas hacen con las cartas. Pero mi respeto por la seriedad de las ocupaciones de mi compañero y la naturaleza indudable de su prueba no me permitieron dudar por mucho tiempo. Me convertí en un creyente de sus hechos, y ofrezco estos hechos a mis lectores a riesgo de ver la nariz sensata y corriente de la mayoría fruncirse con una expresión de escepticismo mortificante para mí. El personaje del señor Burton es real, y la verdad de sus maravillosos logros pasará a la historia.

El terrible interés del tema que nos había reunido no nos permitió dedicar mucho tiempo a estos experimentos interesantes pero irrelevantes. Discutimos el pasado y el presente. El señor Burton me aseguró que nunca, ni por un día, había perdido de vista el caso; que su interés en él se había profundizado en lugar de disminuir; que no había estado ocioso durante todo este largo periodo, sino que ya había reunido uno o dos hechos de cierta importancia y había estado a punto de mandarme llamar una o dos veces. Se había contenido, esperando a que algunas luces culminaran, y "ahora, estaba más que encantado de echar el guante a esa carta".

Me informó de que Leesy Sullivan vivía tranquilamente en la ciudad, subsistiendo principalmente de los donativos de él mismo, al estar ella demasiado avanzada en su tisis como para esforzarse mucho con la aguja. La niña estaba con ella, sana y bonita.

No hice preguntas sobre James Argyll, pero él me contó que el joven venía con frecuencia a la ciudad; que, por un tiempo, había parecido desanimado y jugaba desesperadamente, pero que últimamente se veía y se comportaba mejor.

—Tengo la impresión —añadió— de que está a punto de casarse con una de sus primas, probablemente la más joven. Y en cuanto a sus malos hábitos, le hice comprender, indirectamente, que si no se

reformaban, sería denunciado ante su tío. Esto lo hice (después de convencerme de que se casaría con una de las señoritas) por compasión hacia la familia.

Mi cabeza se inclinó sobre mi mano. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de los Argyll; la muerte difícilmente habría creado un espacio más yermo entre nosotros. Sin embargo, ahora que oía mencionar los nombres de las muchachas, una oleada de viejas emociones me invadió, bajo la cual luché, medio sofocado. Un dolor agudo atravesó mi corazón ante la idea de que Mary, aquella muchacha inocente, dulcísima y amable, se convirtiera en la esposa de James. Sentí que aquello debía impedirse, pero ¿cómo podía yo interferir? ¿Por qué habría de desearlo? Recordé la hora en que ella había volado hacia mí, me había dicho: «¡Creo en ti, Richard; te quiero!», y supe que yo había dado una interpretación a las palabras llorosas y apasionadas de su última confesión que, después de todo, no estaba justificada. Había temido que ella realmente me amara y que, en el último momento de dolor y tribulación, sus sentimientos se hubieran revelado ante su propia comprensión; y había sentido la esperanza de que no fuera así. Mi propia pasión no correspondida —mi vida solitaria y sin pareja— me había enseñado la simpatía; y yo no era tan sumamente egoísta como para que mi vanidad personal se sintiera halagada por la idea de que esta joven criatura me amara, cuando yo no la amaba a ella excepto, verdaderamente, como a una hermana.

Sin embargo, ahora, al oír que James se había apartado de Eleanor hacia ella, sentí una punzada de lástima; el deseo de que ella me hubiera amado a mí antes que a aquel cuyo pecho frío y engañoso nunca podría ser un refugio seguro para una mujer tan afectuosa como Mary. Junto con este pesar, sentí un triunfo por el hecho de que Eleanor hubiera permanecido inexpugnable en la sublime y solitaria altura de su dolor. Era lo que esperaba de ella. Me enorgullecía de su constancia hacia el difunto. La había amado por esta noble belleza de su naturaleza y me habría sentido decepcionado si la prueba la hubiera encontrado carente de cualquiera de los atributos con los que mi adoración la había investido. Me había hecho un agravio demasiado cruel como para que yo me quejara; pero prefería, aun así, que me agraviara a mí antes que a sí misma.

Por último, el señor Burton me aseguró que tenía noticias del billete de quinientos dólares que había sido robado del escritorio del señor Argyll. Esto era, en efecto, importante, y mostré con mi mirada cuán profundamente absorbido estaba por los detalles. Aquel billete había llegado a manos de Wells, Fargo & Co. unos seis meses después del robo, habiendo sido vendido por moneda metálica a su agente en California y enviado a ellos junto con las otras sumas que recibían constantemente. Al menos, él había dado por sentado que se trataba del mismo billete, al ser uno de los dos que salieron de la ciudad de Nueva York la semana del robo; el otro lo había rastreado hasta St. Louis y comprobado que no se le atribuía ninguna circunstancia sospechosa posible.

Wells, Fargo & Co. le habían prestado toda la ayuda a su alcance para descubrir quién había vendido aquel billete a la sucursal californiana de su firma; pero desde allí se había devuelto la respuesta de que la persona que se deshizo de él era un extraño que iba de camino a las regiones mineras, a quien nunca habían visto antes ni después, y cuyo nombre no habían tomado. El empleado que realizó la breve transacción con él no tenía un recuerdo claro de su persona, excepto que era un hombre más bien robusto, con una expresión desagradable; sin duda uno de los "casos difíciles" tan frecuentes en los alrededores de San Francisco.

Por supuesto, estaba claro para nosotros dos, que estábamos sentados en compañía de la carta muerta, que el billete de quinientos dólares era una parte de la suma a la que se refería el autor; que había salido del escritorio del señor Argyll y que era el precio de sangre pagado por un asesinato; y el receptor era esta persona que, en la carta, declaraba tan explícitamente su intención de huir a California. Estábamos muy excitados ante estos hechos tan patentes. En nuestro entusiasmo, entonces, parecía fácil extender una mano a través del continente y ponerla sobre el culpable. Apenas nos dábamos cuenta de la larga y agotadora persecución a la que estábamos condenados... de la leve pista que teníamos sobre el individuo cuyos actos eran, sin embargo, tan evidentes para nosotros.

Ante esta revelación de conspiración, mi mente buscó con avidez al cómplice y de nuevo se fijó en la señorita Sullivan. Me parecía que ella había arrojado un hechizo sobre la vista habitualmente clara del señor Burton; de modo que resolví mantener una vigilancia separada que no se dejara influir por sus decisiones. Mientras pensaba en esto, el señor Burton caminaba por la estancia. De repente se detuvo ante mí y me miró con aquellos ojos vívidos, tan llenos de poder, y dijo con tanta confianza como si una visión se lo hubiera revelado:

—He descifrado ya todo el significado de la carta. En primer lugar, está escrita "por contrarios": es decir, significa justo lo contrario de lo que dice. El contrato fue cumplido. El precio se esperaba, la emigración se decidió. El día brillante fue una noche lluviosa; el retrato tomado fue una vida humana. Y, ¿no lo ve, Richard? El viejo amigo era el escondite del instrumento de muerte, tras el cual se indica al cómplice que busque. Ese instrumento es el palillo roto. Fue escondido en el bolsillo del viejo amigo. Ahora bien, ¿quién o qué es este viejo amigo? Richard, ¿no afirmó Leesy que vio a un hombre bajando del viejo roble a la derecha de la mansión Argyll la noche del asesinato?

—Así lo hizo.

—Entonces es eso. No quiero saber más. Los brazos son los brazos de ese viejo roble. A menos que haya sido retirado, lo cual no es probable puesto que esta carta nunca fue recibida, el cuchillo o daga roto (del cual tengo la punta que se extrajo de la herida) se encontrará en algún hueco en el lado izquierdo de ese roble.

Le miré con asombro; pero él, ajeno a mi maravilla, se sentó con una expresión de alivio, casi de felicidad.

Capítulo 2: Nuestras visitas

Tan absortos estábamos con nuestros planes, a los que intentábamos dar forma, que olvidamos el paso de las horas y las exigencias del apetito. Había pasado con creces la hora del almuerzo cuando un criado apareció para preguntar si debía traer la bandeja, tras haber esperado en vano la llamada de costumbre. Con su aparición entró Lenore, la misma pequeña criatura encantadora y silfídea, pero con un aspecto algo menos frágil que cuando la vi por última vez. Al verme, el color de su rostro iba y venía; vaciló un instante, luego se acercó y me tendió la mano con una sonrisa y un beso. Su padre ya me había contado que ella había hecho dos o tres visitas a la mansión de los Argyll durante el tiempo de mi ausencia; y atribuí sus rubores, al encontrarse conmigo, a que su corazón franco la acusaba de los pensamientos despectivos que había albergado hacia mí. La sutil influencia de James, sin duda, y sin

necesidad de poner la idea en palabras, le había advertido contra mí presentándome como un hombre malvado; pero ahora, al mirarme, lamentaba lo que había sentido y se mostraba dispuesta a renovar nuestra antigua amistad.

Antes de que concluyera el almuerzo, el señor Burton cayó en un ensueño, que terminó diciendo:

—Debemos contar con la ayuda de Lenore, si es que puede dárnosla.

Me sentía reacio a ver a la niña colocada de nuevo en ese trance antinatural; pero otras consideraciones pesaban incluso más que nuestro temor por el impacto en su sistema nervioso; y después de que ella hubo charlado un rato con nosotros y cantado para mí, el señor Burton la sometió al experimento. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que ejerció su poder sobre ella, que requirió un esfuerzo mayor que en la ocasión anterior que presencié para situarla en el estado deseado. Sin embargo, finalmente lo logró a la perfección. Se puso la carta muerta en sus manos, y observamos cómo se estremecía como si una serpiente se hubiera deslizado sobre su regazo; pero no la soltó, a pesar de que parecía impulsada a hacerlo.

—¿Qué ves, Lenore?

—Está demasiado oscuro para ver. Una farola alumbra el camino y veo a un hombre depositando la carta en el buzón. Está embozado, de modo que no puedo distinguir su rostro; se acerca a hurtadillas y se marcha de nuevo muy rápido.

—Síguelo, Lenore.

—Está demasiado oscuro, padre. Me pierdo por las calles. ¡Ah! Ahora le he alcanzado de nuevo; camina muy deprisa... es bajo y corpulento... parece como si tuviera miedo de algo. No quiere pasar junto al oficial de policía, sino que cruza la calle y se mantiene en la sombra. Ahora estamos en el transbordador... es el de Fulton... lo conozco bien. ¡Ay, Dios mío! El agua sube y el viento sopla... está amaneciendo, pero llueve tanto... y el agua está tan brava que no puedo abrirme paso hacia el bote.

—No te desanimes, hija mía. Daría mucho por que le siguieras al otro lado del río y me dijeras en qué casa se detiene.

—El viento sopla muy fuerte —continuó Lenore, lastimeramente—; todo está oscuro e incierto. Le he perdido... no le distingo de los demás.

—Inténtalo de nuevo, querida. Mira bien la carta.

—Todo está oscuro e incierto —repitió ella con tono vago.

—Es inútil —exclamó el señor Burton en un arranque de decepción—; ha pasado demasiado tiempo desde que se escribió la carta. La personalidad del autor se ha desvanecido de ella. Si tan solo hubiera sido capaz de perseguirlo hasta su guarida, nuestras investigaciones en esa vecindad podrían habernos recompensado generosamente.

Al resultar imposible obtener más información de la niña, se la libró del trance, se la reanimó con una copa de licor y se la envió arriba a echarse la siesta antes de la hora de la cena. Apenas hubo abandonado la biblioteca, me puse en pie de un salto, exclamando:

—¡Cielo santo, qué sencillo! ¡Y pensar que nunca se me había ocurrido!

—¿Qué es lo sencillo?

—Averiguar quién es ese tal John Owen que recoge las cartas en Peekskill. Por supuesto... ¡Vaya, qué necio soy!

—Me temo que no lo encontrará usted tan sencillo. Las personas que mantienen una correspondencia con tal propósito no se presentan abiertamente a por sus cartas... y esto fue hace bastante tiempo... y es muy posible que esta sea la única misiva enviada jamás, por correo, a esa dirección... y esta, evidentemente, nunca fue recogida.

—Al menos, vale la pena indagarlo —añadí con menos aire de triunfo.

—Desde luego que sí. Deseamos también averiguar cómo es que la carta llegó arrastrándose hasta Washington con casi dos años de retraso. Propongo que partamos hacia Peekskill en el tren de primera hora de la mañana.

Esperar, incluso hasta la mañana, parecía demasiado lento para mi estado de ánimo. Pero como ya eran las cuatro y yo no tenía derecho a pedir al detective que renunciara a su cena y a su comodidad vespertina, no puse objeción a la hora. Y, en verdad, el tiempo pasó más deprisa de lo que esperaba; teníamos todavía mucho que discutir. Llegó la cena —y siguió la hora de retirarse— antes de que hubiéramos madurado nuestro plan de acción. Íbamos a ir a Peekskill y averiguar todo lo posible sobre John Owen. Si no obteníamos información importante allí, continuaríamos, al anochecer, hacia Blankville, para entrar, al amparo de la oscuridad, en el jardín de la casa de los Argyll y recuperar el cuchillo o daga roto que, según creíamos, encontraríamos escondido en cierto roble de la propiedad. Deseábamos hacer esto sin conocimiento de la familia por dos razones: la menor, que yo no quería que se supiera de mi visita; y la mayor, que ambos estábamos seguros de que podríamos ejecutar nuestros planes con más éxito si los allegados no sabían nada de nuestros esfuerzos. Luego, si aún fracasábamos en descubrir al cómplice, zarparíamos hacia California.

El lector podrá ver que estábamos decididos a cumplir nuestro propósito por la disposición con que entregamos tiempo, dinero y mente a nuestro objetivo. Yo había propuesto primero el viaje a California, manifestando mi intención de realizarlo, cuando el señor Burton me sorprendió ofreciéndose como compañero. Este era un sacrificio que yo no podría haberle pedido ni esperado de él; pero él no permitió que lo viera bajo esa luz, diciendo con agradable perentoriedad que Lenore necesitaba un viaje por mar y que él había estado pensando en realizar uno por ella. Lo convertiría en un viaje de placer, además de negocios, «y además» —con una risa que habría resultado satírica de no ser tan franca—, «me temo que su misión no tendría tanto éxito si la emprendiera solo». Y yo le había respondido que era consciente de mi propia ineficiencia, comparada con su talento y experiencia; todo lo que tenía para animarme era la devoción con que emprendía mi trabajo; solo en eso confiaba para asegurarme alguna recompensa. Pero si realmente estaba dispuesto a ir conmigo, me sentiría casi eufórico.

Llegamos a Peekskill al día siguiente con tiempo de sobra. Encontramos en servicio al mismo jefe de correos que había estado en la oficina en el momento en que la carta muerta llegó allí. Cuando el señor Burton —conmigo merodeando despreocupadamente al fondo— mostró el sobre e inquirió cómo había

ocurrido que se hubiera enviado al Departamento con tanto retraso, el funcionario mostró un poco de embarazo, infiriendo que estaba a punto de ser reprendido por negligencia en su deber por algún individuo indignado.

—Le diré cómo ocurrió, señor Owen —dijo él—, si es usted la persona a quien va dirigido ese sobre. Usted nunca vino a por la carta y, antes de que expirara el plazo requerido por la ley para enviarla a Washington, se coló por una grieta y no fue descubierta hasta hace unos quince días. Verá, este local no era precisamente lo más adecuado para una oficina; nunca encajó bien, y este mes, finalmente, hice que pusieran estanterías y casilleros nuevos y que arreglaran la estancia. Al desmontar los viejos enseres, se descubrieron varias cartas que se habían deslizado por una rendija entre el estante y la pared. Esta era una de ellas. Pensé: «más vale tarde que nunca», aunque al principio estuve a punto de echarlas a la estufa. Espero, señor, que la pérdida de la carta no le haya causado ningún inconveniente grave.

—Era de cierta importancia —respondió mi compañero con tono corriente—, y no me pesa, aun así, haberla recuperado, ya que resuelve un asunto sobre el que tenía dudas. Mi criado debió de ser muy negligente; ciertamente le envié a por la carta. ¿No recuerda usted a un joven, un cochero, que viniera a por mis cartas?

—Solo vino dos veces, que yo sepa —respondió el jefe de correos, lanzando una mirada de curiosidad al interlocutor—. Me preguntaba para quién serían, al no ser nadie a quien yo conociera... y conozco a casi todo el mundo en el distrito. ¿Estaba de paso por nuestro pueblo, tal vez?

—Sí, yo era un extraño que simplemente pasó dos o tres veces por su villa, deteniéndose por negocios. Mi dirección habitual es Nueva York. A ese cochero lo contraté en el pueblo de al lado para que me llevara por la zona unos días. Casi lo he olvidado. Me gustaría pedirle cuentas por algunos comportamientos suyos que no fueron satisfactorios. ¿Podría describirme su apariencia física? Aunque supongo que no se fijaría usted de forma particular en él.

—Fue de noche en ambas ocasiones en las que vino. Estaba embozado en la parte inferior de la cara y llevaba la gorra calada. No podría decirle nada de él, la verdad, salvo que tenía los ojos negros. Si no me equivoco, tenía los ojos negros u oscuros. Creo recordar que me miraban muy fijamente a través de la ventanilla. Pero era de noche, y no recordaría la circunstancia en absoluto si no me hubiera preguntado, en su momento, quién sería ese John Owen. Es probable que el tipo fuera un pícaro... tenía un aspecto algo escurridizo.

Yo, escuchando aparte la conversación, me moría de ganas de preguntar si ese conductor embozado era pequeño y delgado, pues estaba pensando en una mujer. Mientras estudiaba cómo proponer la pregunta al señor Burton, este continuó:

—Un tipo menudo, ¿si mal no recuerdo? De veras desearía tener su nombre.

—No puedo decirle más —fue la respuesta del jefe de correos—. No sabría decir si era grande o pequeño, blanco o negro, salvo por sus ojos, que fue casi todo lo que vi de él. Si quiere averiguar algo sobre él, ¿por qué no va al dueño de las caballerizas que le proporcionó el coche? Seguramente su patrón podrá decirle todo lo que quiera saber.

—Sería lo más sensato —respondió el detective con una carcajada—. Pero, mi buen amigo, me pilla muy a trasmano ir a S—; y debo marcharme en el tren de subida en media hora. Después de todo, el asunto no tiene tanta importancia. Tenía curiosidad por saber qué había mantenido a la carta tanto tiempo de viaje. Buen día, señor.

Al funcionario ni se le pasó por la cabeza preguntar cómo habíamos llegado a poseer un documento que no había sido devuelto por el Departamento de Cartas Muertas —al menos no mientras estuvimos con él—, aunque es posible que después se devanara los sesos con el asunto.

Como no queríamos llegar a Blankville hasta después del anochecer, tuvimos que dejar el tren una vez más y bajar en una pequeña estación intermedia con media docena de casas agrupadas a su alrededor; y allí matamos, como mejor pudimos, varias horas tediosas, cuya melancolía solo fue mitigada parcialmente por los efectos de una cena como la que podía obtenerse en la pequeña taberna anexa a la estación.

A medida que el sol se ponía y la noche se acercaba, una feroz inquietud vibraba en mis nervios. Aquella paz —si es que la pesadez y el letargo de mis sentimientos gélidos podía llamarse paz— en la que me había forzado a vivir durante muchos meses, se había roto. El mero hecho de mi proximidad al lugar que una vez me fue tan querido me abrumaba con poderosas atracciones; la fuerza del hábito y de la memoria estaba trabajando; y cuando, al crepúsculo, el tren se detuvo y nos recogió, mi mente corrió por delante de la locomotora y estaba al final del pequeño viaje antes de haberlo comenzado. Al llegar a Blankville, bajamos del último vagón y caminamos hacia el pueblo sin acercarnos a la estación, pues temía que las luces pudieran delatarme ante algún antiguo conocido. Era una noche templada, a principios de septiembre, y yo no tenía excusa para embozarme; así que me calé el sombrero sobre los ojos, bastante seguro de que escaparía al reconocimiento bajo la tenue luz de la luna que, velada por nubes ligeras y finas, bañaba el cielo occidental. Paseamos por las zonas tranquilas del pueblo hasta las diez; y entonces, habiéndose puesto la luna, nos acercamos a la mansión de los Argyll por la calle tantas veces recorrida. No sé si mi compañero adivinó mi turbación cuando pasé por delante del despacho y llegué frente al jardín, negro bajo la luz de las estrellas, con las sombras de sus hermosos y viejos árboles. El pasado no estaba ni la mitad de muerto de lo que me había acostumbrado a creer; la vida es dulce y fuerte en el corazón de la juventud, que soportará muchos golpes antes de dejar de latir con el trémulo estremecimiento de la esperanza y la pasión.

Una luz brillante brillaba en las ventanas del salón y en varias de las otras habitaciones, pero la puerta del vestíbulo estaba cerrada y todo estaba tan tranquilo en la propiedad que no creí correr ningún riesgo al cruzar la verja y buscar el roble monarca, un árbol imponente, el orgullo del jardín, que se alzaba a un lado de la avenida central que conducía al pórtico frontal, y a solo unos treinta pies de la esquina izquierda de la mansión, que a veces era casi rozada por el alcance de sus ramas más externas. Avanzamos juntos a través de la oscuridad, bajo el acuerdo de que, si algún accidente delataba nuestra visita antes de cumplir su propósito, yo me retiraría, mientras que el señor Burton se acercaría audazmente y pondría como excusa una visita al señor Argyll. Mi familiaridad con el lugar y mi superioridad en el arte de trepar hicieron que la tarea de subir al árbol recayera sobre mí. Mientras mi compañero montaba guardia debajo, me encumbré, abriéndome paso con cuidado a través de la noche hasta la «segunda rama a la izquierda», buscando el hueco que yo sabía que existía; pues, en mis días más juveniles, no había dejado ni un solo punto posible del gran y viejo árbol sin visitar. No habían

pasado ni cinco minutos desde que empecé mi búsqueda cuando mis dedos, presionando en la cavidad rugosa de la rama que se descomponía lentamente, tocaron un objeto frío que supe que era acero. Mi mano retrocedió con un estremecimiento instintivo, pero regresó de inmediato a su deber, extrayendo con cautela un instrumento delgado cuyo carácter preciso no podía distinguir. Al levantar la cabeza, tras asegurar el objeto de nuestra ansiedad, mis ojos se posaron en una escena que los mantuvo fascinados durante tanto tiempo que la paciencia de mi amigo al pie del árbol debió de verse puesta a prueba seriamente.

Las ventanas del lateral del salón que daban a la izquierda estaban ambas abiertas, las arañas encendidas y, desde mi aéreo nido en el árbol, dominaba una vista completa del interior. Durante un rato solo vi a una persona. Sentada junto a una mesa de centro, directamente bajo el torrente de luz de la araña, estaba una de las hermanas leyendo un libro. Al principio —sí, durante un minuto entero— ¡creí que era Eleanor! La Eleanor que fue, cuando el homenaje de mi alma se dirigió por primera vez hacia ella como la exhalación de una flor hacia el sol; tan joven, lozana y radiante como antes de que llegara el destructor: el rocío en los labios, la luz en la frente, la gloria de la salud, la juventud y la alegría en cada rasgo y en cada caída de sus vestiduras, desde el brillo de su cabello hasta el destello de su zapatilla de seda.

—¿Puede ser? —murmuré—. ¿Existe en la vitalidad humana tal poder de resurrección?

Mientras me hacía la pregunta, permanecía indeciso. Vi entonces (y me maravillé de cómo pude haberme equivocado ni un instante) que aquella hermosa mujer era Mary, que se había vuelto tan parecida a su hermana mayor durante los meses de mi ausencia que era casi el vivo retrato de lo que Eleanor había sido. Cuando la dejé, era una muchacha, mitad niña y mitad mujer, brillante con la promesa de una dulzura poco común; y ahora, en este breve estío de quince meses —tan rápida había sido la culminación mágica— se había expandido hasta la perfección de todo lo más encantador de su sexo. Una gravedad, causada probablemente por la desgracia que había caído sobre la casa —una sombra de la nube que envolvía a su hermana—, atenuaba la alegría juguetona que antaño la caracterizaba y añadía la gracia del sentimiento a su porte. No podía contemplar aquella frente justa y meditativa sin percibir que Mary había ganado en profundidad de sentimiento tanto como en belleza mujeril. Vestía un traje de algún tejido lustroso que relucía lánguidamente bajo la luz amarillenta, como agua brillando alrededor de un lirio; mientras se inclinaba sobre su libro, el cabello se agrupaba en torno a su garganta, suavizando sus exquisitos contornos. Tan cercano, tan vívido era aquel inconsciente *tableau-vivant* visto a través del marco abierto de la ventana, que imaginé oírla respirar e inhalar la fragancia que quedaba en sus rizos y en su pañuelo.

Mientras observaba, otra figura se deslizó dentro de mi campo de visión. Eleanor, tal como la contemplaba en mis sueños: pálida, vestida de negro, joven aún, hermosa todavía, pero coronada, como una reina, con la majestad de su desolación, que la mantenía apartada de la simpatía, aunque no de la adoración. Deslizándose tras la silla de su hermana, se inclinó un momento para ver qué volumen poseía tales atractivos, besó el rostro angelical que se volvió al punto con una sonrisa hacia el suyo y se alejó, saliendo hacia el vestíbulo. Había oído su bajo «buenas noches».

Entonces, casi antes de que ella se hubiera desvanecido, apareció la tercera figura en el cuadro. James, acercándose como si viniera de algún sofá donde hubiera estado repantingado, tomó el libro de manos

de Mary, que retuvo un poco entre las suyas, diciendo algo que provocó el rubor en las mejillas de ella. Al punto ella retiró la mano, pero él volvió a atraparla y la besó, y le oí decir:

—¡Oh, Mary! Eres cruel conmigo... lo sabes.

No fue hasta que le oí hablar cuando me percató de que no tenía derecho a estar allí, espiando y escuchando a hurtadillas. Había mirado al principio, inconsciente de las circunstancias, como un espíritu errante que se demora ante los muros del Edén contemplando la belleza que no pertenece a su esfera. Tan pronto como comprendí mi posición, comencé a descender de mi atalaya; pero James había levantado a su prima de la silla y la pareja se acercó a la ventana, deteniéndose allí, con los ojos fijos, aparentemente, en aquel mismo punto del roble gigante donde yo me agazapaba, súbitamente aterrado, con el cuadrado de luz de la ventana iluminando la rama donde yacía oculto. Me había arrastrado desde mi primer lugar de descanso y estaba a punto de saltar al suelo cuando su presencia me dejó petrificado en el aprieto más peligroso posible. No me atrevía a moverme por miedo a ser descubierto. Estaba paralizado por la fulminante conciencia de que, si era delatado allí mismo, sería víctima de una singular combinación de pruebas circunstanciales. Hallado merodeando de noche, como un ladrón, en las tierras de aquellos a quienes había perjudicado; buscando furtivamente retirar la prueba de mi culpabilidad —el arma con la que se cometió el asesinato, escondida por mí en aquel árbol en su momento, y ahora buscada para evitar que fuera descubierta—; vamos, le digo, lector, que si James Argyll hubiera saltado sobre mí allí, se hubiera incautado del cuchillo y me hubiera acusado, nada me habría salvado de la condena. Lo más probable es que el caso resultara tan concluyente y la culpa tan horriblemente agravada que el populacho habría tomado el asunto en sus manos y me habría despedazado para demostrar su amor por la justicia. Ni siquiera el testimonio del señor Burton habría servido para cambiar la marea a mi favor; se le habría acusado de buscar ocultar mi pecado y su reputación no le habría salvado de la proscripción de la opinión pública. Un sudor frío me recorrió al pensarlo. No el miedo a la muerte, ni al horror del mundo, sino el pavor al juicio de las dos hermanas se apoderó de mí. Si esta exposición de mi crítica situación, cuando el temblor de una rama podría condenar a un hombre inocente, hace que mi lector reflexione más sobre la cuestión de las pruebas circunstanciales, me sentiré recompensado por las angustias que entonces padecí.

La joven pareja salió al césped. No me preocupé por lo que hubiera sido del señor Burton, pues sabía que él estaba en la sombra y podría retirarse con seguridad; sin duda, él sentía más ansiedad por mí.

—Cúbrete la cabeza con el chal, Mary —dijo James con esa voz suya suave y agradable que me hacía arder de aversión al oírla—; la noche es tan cálida que no te hará daño estar fuera unos momentos. No me niegues un pequeño intervalo de felicidad esta noche.

Como arrastrada más por la sutil voluntad de él que por su propio deseo, ella tomó su brazo y pasearon de un lado a otro, dos o tres veces, bajo la luz de la ventana, deteniéndose directamente bajo la rama del árbol, que parecía temblar con los latidos de mi corazón. Un haz de luz cayó sobre el rostro de James, de modo que pude ver su expresión mientras hablaba a la joven que llevaba del brazo: un rostro apuesto, oscuro, encendido de pasión y determinación, pero siniestro. Rogué en mi corazón que Mary tuviera ojos para leerlo como yo lo leía.

—Mary, me prometiste una respuesta esta semana. Dámela esta noche. Has dicho que serías mi esposa... ahora dime cuándo podré reclamarte. No creo en los noviazgos largos; quiero hacerte mía antes de que cualquier desastre se interponga entre nosotros.

—¿Te lo prometí, James? Realmente no sabía que consideraras lo que dije como una promesa. En verdad, soy tan joven, y siempre hemos sido tan amigos —primos, ya sabes— que apenas entiendo mis propios sentimientos. Desearía que no me insistieras tanto; ambos podríamos arrepentirnos. Nunca creí en el matrimonio entre primos, así que no creo que debas sentirte herido, primo James.

Él interrumpió la voz trémula con una un poco más afilada que su primer tono persuasivo:

—Me sorprende que no sientas que te considero ya mi prometida. No creía que fueras una coqueta, Mary. Y en cuanto al parentesco, ya te he dicho lo que pienso. Conozco el secreto de tu reticencia, ¿quieres que te lo revele?

Ella permaneció en silencio.

—Tu corazón sigue puesto en ese canalla. Uno podría suponer que el pavor y el aborrecimiento serían el único sentimiento que podrías albergar hacia un traidor y... no diré la palabra, Mary. Saliste en su defensa y persististe en acusarnos de ser injustos con él, en contra del juicio de tu propio padre y de tus amigos. Sospeché entonces, por el calor de tu declarada amistad hacia él, que entre sus otras hazañas honorables había ganado el corazón de mi primita por el placer de halagar su amor propio. Y sospecharé, si persistes en darme largas cuando sabes que tu padre desea nuestra unión y que toda mi existencia está envuelta en ti, que aún lo conserva a pesar de lo ocurrido.

—Él nunca «ganó» mi corazón por medios desleales —dijo la muchacha, hablando con orgullo—. Le di lo que tuvo de él, y nunca supo cuán grande era esa parte. ¡Ojalá lo hubiera sabido, pobre Richard! Pues sigo creyendo que todos estáis siendo cruelmente injustos con él. Soy su amiga, James, y me duele oírte hablar así de él. Pero eso no impediría que fuera también amiga tuya, primo...

—No debes decir «primo» otra vez, Mary. Estoy agotado y medio loco por lo que siento, y eso me vuelve desesperado. Una cosa es segura: no puedo quedarme más tiempo donde tú estés si continúas tan indecisa. Quiero una respuesta final esta noche. Si es desfavorable, me marcharé mañana y buscaré la poca fortuna que pueda corresponderme en alguna otra parte del mundo.

—Pero, ¿qué hará padre sin ti, James?

Había angustia y una cadencia de semi-rendición en la voz de Mary.

—Eso es lo que tú debes considerar.

—Su salud está decayendo muy rápido últimamente, y se apoya tanto en ti... te confía todo. Temo que le mataría ver de nuevo frustradas todas sus esperanzas y planes. Nunca se ha recuperado del golpe de la muerte de Henry y de la... marcha de Richard.

—Si piensas así, Mary, ¿por qué vacilas más? Reconoces que me quieres como a un primo; deja que te enseñe a quererme como a un amante. Mi dulzura, nos hará a todos muy felices.

¿Pero por qué trataría yo de repetir aquí los argumentos que oí? La carga principal de los cuales era el bienestar y los deseos de su padre y su hermana, mezclados con estallidos de tierna súplica y, lo que era

más poderoso que todo, el ejercicio de aquella voluntad suave pero terrible que se había abierto camino hasta entonces contra todos los obstáculos. Baste decir que cuando los primos finalmente —tras lo que me pareció una eternidad, aunque no pudieron ser veinte minutos— regresaron a través de la ventana, yo había oído la promesa de Mary de convertirse en la esposa de James antes del comienzo de otro año.

Nunca hombre alguno estuvo más contento de librarse de un aprieto desagradable de lo que estuve yo de descender de mi percha cuando las dos figuras entraron en la casa. Mi miedo a ser descubierto había sido absorbido por mi aguda vergüenza y pesar al verme compelido a actuar como escucha de una conversación como la que había oído. Moviéndome unos pasos bajo la sombra de los árboles, susurré:

—Burton.

—Vaya lío en el que te has metido —me respondió al instante en voz baja, mientras mi amigo me tomaba del brazo y avanzábamos hacia la verja—. No sabía si íbamos a presenciar una tragicomedia en el acto, improvisada y sumamente interesante.

—Casi me maravilla que no esté usted demasiado impaciente por la espera como para bromear sobre el asunto.

—Ya te he dicho mi lema, Richard: «aprender a esperar». Los dioses no tienen prisa. Pero, ¿tienes el cuchillo?

—¡Sí! —fue mi lúgubre respuesta. Me sentía sombrío mientras empuñaba aquel objeto traicionero y asesino que había causado tan mortal daño. El sonido de las contraventanas cerrándose nos sobresaltó y nos hizo acelerar el paso; miramos atrás y vimos la parte inferior de la casa a oscuras. Nos apresuramos y, sin molestia alguna y sin que nuestra presencia en Blankville fuera conocida por un solo conocido, tomamos el tren nocturno de regreso a Nueva York, a donde llegamos cerca de las dos de la madrugada; poco después estábamos en casa del señor Burton, despertando a los sorprendidos criados.

No fue hasta que estuvimos en la biblioteca, con las puertas cerradas y la llama del gas encendida al máximo, cuando saqué del bolsillo el arma y se la entregué a mi compañero.

Ambos nos inclinamos curiosos para examinarla.

—Esto —dijo el detective, con un tono sorprendido y algo agitado— es un instrumento quirúrgico. Vea, es muy diferente a un cuchillo común. Corrobora una de mis conclusiones. Le dije que el golpe fue asestado por una mano experta; ha sido asestado por alguien instruido en anatomía. Hay otro eslabón en mi cadena. Espero tener paciencia hasta que consiga forjarla por completo alrededor del culpable.

—Ya no queda duda de que la carta muerta se refiere al asesinato. Ya ve que el instrumento está roto —observé.

—Ninguna duda, en efecto —y el señor Burton fue hacia un cajón de un secretario que había en la habitación y sacó el trocito de acero que se había encontrado en el cuerpo de Henry Moreland.

—Vea que es el mismo fragmento. Obtuve esta importante pieza de evidencia y la guardé después de que otros hubieran abandonado todo esfuerzo por darle utilidad. ¡Qué afortunado que la conservara! Así que la boda tendrá lugar dentro de tres meses, ¿eh? Richard, no debemos descansar ahora. Se puede

hacer mucho en tres meses, y daría todo el oro que tengo en el banco por aclarar este asunto antes de que ese matrimonio se celebre. Si llegara a consumarse antes de que estemos satisfechos con nuestras investigaciones, las abandonaré para siempre. Un médico... un médico... —continuó, pensativo—. Sabía que el tipo había estudiado a medias alguna profesión... era cirujano... ¡sí! ¡Por Júpiter! —exclamó de repente, saltando de su silla como si le hubieran disparado y caminando rápidamente de un lado a otro de la habitación.

Supe que estaba muy excitado, pues era la primera vez que le oía usar una expresión semejante. Esperé a que me dijera qué se le había pasado por la mente tan de repente.

—El tipo que se casó con la prima de Leesy y huyó de ella era médico; la señorita Sullivan me lo contó. ¡Richard, empiezo a ver la luz! ¡El día está despuntando!

Apenas supe si su discurso era figurado o literal, pues realmente el día estaba despuntando para nosotros dos, conspirando allí en la noche como si fuéramos los criminales en lugar de sus implacables perseguidores.

—¡Tres meses! ¡Habrá tiempo, Richard! —y el señor Burton realmente me estrechó entre sus brazos en un estallido de júbilo.

Capítulo 3: La confesión

Por la tarde hicimos una visita a la señorita Sullivan. Era la primera vez que me encontraba con ella desde aquella extraña noche de vigilia en la villa Moreland; y confieso que no podía verla sin un estremecimiento interno de aborrecimiento. Por muy ilimitados que fueran mi respeto y confianza hacia el señor Burton, pensaba que se había equivocado en sus conclusiones sobre el carácter de esta mujer; o bien que me ocultaba sus verdaderas opiniones con algún propósito que explicaría a su debido tiempo. Si aún abrigaba sospechas, era evidente que las había ocultado a su objetivo con tanta habilidad como a mí, pues vi, por su manera de recibirle, que ella le consideraba un amigo.

A pesar de que me habían informado de su rápido deterioro, me impactó el cambio en la señorita Sullivan desde la última vez que la vi. Le costó un esfuerzo levantarse de su sillón a nuestra llegada; toda la plenitud de su figura, naturalmente majestuosa, se había esfumado; sus mejillas estaban hundidas y encendidas por el fuego de la fiebre; mientras que aquellos ojos negros, que siempre habían parecido arder sobre profundidades insondables de pasión volcánica, ahora casi centelleaban de luz. Algo parecido a una sonrisa cruzó su rostro al ver a mi compañero, pero las sonrisas eran allí demasiado extrañas como para sentirse cómodas, y desapareció tan pronto como se mostró. No creo que yo le gustara a ella más de lo que ella me gustaba a mí; ambos retrocedimos instintivamente; ella no me habría dirigido la palabra de haber venido solo, pero por concesión a la presencia de su amigo, me hizo una inclinación de cabeza y me pidió que me sentara. Una niña pequeña que estaba en la habitación corrió hacia el señor Burton, como esperando el paquete de bombones que él sacó de su bolsillo; pero, mientras él se enfrascaba en una conversación con Leesy, yo la atraje hacia mí, y pronto estuvo sentada en mi regazo. Era una niña bonita, de unos tres años, en cuyos rollizos rasgos ya no podía rastrear parecido alguno con su «tía». Parloteaba como suelen hacerlo los niños y, al escucharla,

perdí un comentario o dos del señor Burton; pero pronto mi atención se despertó al oír exclamar a la señorita Sullivan:

—¡Se marcha! ¿Por cuánto tiempo?

—Tres meses, al menos.

Sus manos cayeron sobre su regazo y se puso pálida y agitada.

—Es presuntuoso por mi parte atreverme a lamentarlo; yo no soy nada para usted, pero usted es mucho para mí. No sé cómo nos las arreglaremos sin usted.

—No se inquiete por eso, hija mía. Haré gestiones con la misma persona que le da alojamiento ahora para que la mantenga hasta mi regreso y, si cayera enferma, para que la cuide bien.

—Es usted demasiado bueno —respondió ella, temblorosa—. Tendrá la bendición de quien no tiene amigos. Solo desearía que tuviera el poder de traerle buena suerte en su viaje.

—Quizá lo tenga —dijo él con una sonrisa—. Tengo mucha fe en tales bendiciones. Pero, Leesy, creo que puede usted ayudar a mi viaje de una manera incluso más tangible que esa.

Ella le miró con curiosidad.

—Quiero que me cuente todo, absolutamente todo lo que sepa sobre el padre de la pequeña Nora.

—¿Por qué, señor? —preguntó ella rápidamente—. Espero que no haya tenido noticias de él —mirando hacia la niña, como si temiera que se la pudieran arrebatar.

—Su salud está muy quebrantada, Leesy; supongo que apenas espera recuperarla. ¿No se alegraría de ver a Nora bajo la protección de su padre antes de que usted falte?

Ella extendió los brazos hacia la niña, que se deslizó de mis rodillas y subió a su regazo, donde Leesy estrechó la cabeza rizada contra su pecho por un momento; su actitud era como si protegiera a la pequeña de un peligro inminente.

—Sé, con mucha más certeza que cualquier otro, que mis días están contados. Creo que nunca volveré a ver su rostro, señor Burton; y eso fue lo que me dolió cuando habló de marcharse; no fue porque pensara tanto en mi comodidad. La nieve del invierno me ocultará antes de que usted regrese de su viaje; y mi pequeña se quedará sin amigos. Lo sé, es mi única preocupación. Pero preferiría, mil veces antes, dejarla a la fría caridad de un orfanato... sí, preferiría dejarla en la calle, con su rostro inocente como único protector, antes de que su padre tenga algo que ver con Nora.

—¿Por qué?

—Porque es un hombre malvado.

—Tengo entendido que está en California; y como voy a ir a San Francisco, y quizá visite las regiones mineras antes de mi regreso, pensé que tal vez desearía enviarle un mensaje, contándole la situación de la niña. Puede que para entonces haya ahorrado dinero y sea capaz de enviarle una suma suficiente para mantener a la pequeña Nora hasta que tenga edad para valerse por sí misma.

Ella solo negó con la cabeza, estrechando a la niña más fuerte, con un estremecimiento.

—He olvidado su nombre —dijo el señor Burton.

—No se lo diré —respondió la señorita Sullivan, con un rastro de la antigua fiereza, como la de una pantera acosada—. ¿Por qué no pueden dejarme nunca, nunca, nunca en paz?

—¿Cree que yo haría algo para dañarla o perjudicarla? —preguntó el detective con esa voz suave pero penetrante que tenía tanto poder para mover a la gente a su voluntad.

—No lo sé —exclamó ella—; ha parecido ser mi amigo. Pero, ¿cómo sé yo que no es todo simplemente para tramar mi destrucción final? Ha traído a mi casa a esa persona —mirándome a mí— que me ha perseguido. Me prometió que estaría libre de él. Y ahora quiere poner a un sabueso tras mi rastro... como si debieran empujarme hasta la tumba sin dejarme ir en paz.

—Le aseguro, Leesy, que no tenía idea de que guardara tanto desagrado al padre de Nora. No tengo intención alguna en el mundo de molestarla a causa de él. Le prometo que ni una palabra mía le dará pista alguna sobre su situación actual, ni sobre el hecho de que tiene una hija viva, si es que lo ignora. Será protegida; tendrá paz y bienestar. Lo que me gustaría es que me diera una historia de su vida, sus hábitos, carácter, dónde vivió, cuál era su negocio, etc.; y le daré mis razones para desear la información. Ha salido a la luz una circunstancia que le conecta con un asunto que estoy investigando... es decir, si es la persona que creo que es... una especie de médico, ¿creo?

La señorita Sullivan no respondió a la pregunta tan hábilmente planteada; seguía observándonos con ojos brillantes y algo huraños, como dispuesta a sacar una garra del terciopelo si nos acercábamos demasiado.

—Vamos, Leesy, debe decirme lo que quiero oír. —El aire del señor Burton era ahora el de un maestro —. El tiempo es precioso. No puedo esperar por el capricho de una mujer. Le he prometido —y lo repito bajo mi palabra de honor— que no le vendrá molestia ni daño alguno por lo que pueda contarme. Si prefiere responderme tranquilamente a verse obligada a responder ante un tribunal, todo está bien. Debo saber lo que deseo sobre este hombre.

—¡Hombre, señor Burton! Llámelo criatura.

—Muy bien, criatura, Leesy. Usted le conoce mejor que yo, y si dice que es una criatura, supongo que puedo darlo por sentado. Su nombre es...

—O era, George Thorley.

Cuando pronunció el nombre, di un respingo que atrajo la atención de mis dos acompañantes.

—Probablemente sepa usted algo sobre él, señor Redfield —comentó la muchacha.

—¿George Thorley, de Blankville, el que solía tener una botica en la parte baja del pueblo y que dejó el lugar hace unos tres años para escapar de los rumores causados por un caso sospechoso de mala praxis en el que se decía que estaba implicado?

—La misma persona, señor. ¿Le conocía?

—No puedo decir que tuviera trato con él. No recuerdo haber cruzado palabra con él jamás. Pero le conocía de vista muy bien. Tenía un rostro que hacía que la gente se fijara dos veces en él. Creo que

una vez compré algunas menudencias en su tienda. Y las habladurías que hubo sobre él cuando huyó fijaron su nombre en mi memoria. Yo era casi un extraño entonces en Blankville; llevaba viviendo allí apenas un año.

—¿Cómo llegó a tener alguna relación con su familia, Leesy?

La señorita Sullivan se había puesto pálida durante la agitación de nuestra charla, pero volvió a ruborizarse ante la pregunta, vaciló y, finalmente, mirando al detective fijamente a los ojos, respondió:

—Puesto que ha prometido, bajo su palabra de honor, no molestarme más sobre este asunto, y puesto que estoy en deuda con usted, señor, de una forma que no puedo olvidar, le contaré el resto de la historia, una parte de la cual ya le referí aquella mañana en la villa Moreland. Le confesé allí el secreto de mi propio corazón, como nunca se lo confesé a nadie sino a Dios, y le hablé algo de la historia de mi prima para dejarle satisfecho respecto a la niña. Ahora le diré todo lo que sé de George Thorley, que es más de lo que desearía saber. La primera vez que le vi fue hace más de cuatro años, poco después de que abriera su tiendecita que, recordará, no estaba lejos de la de mi tía en Blankville. Mi tía me envió, una noche, a por algo para aliviar el dolor de muelas, y entré en el local más cercano, que era el nuevo. No había nadie excepto el dueño. Me sorprendió la gran cortesía con que me trató y el interés que pareció tomarse por el caso de mi tía. Tardó mucho tiempo en preparar la medicina, pegar la etiqueta y darme el cambio, tanto que pensé que mi tía perdería el juicio antes de que pudiera llevarle las gotas. Preguntó nuestro nombre y dónde vivíamos, lo que no me pareció sino charlatanería para ganarse la voluntad de los clientes. Aquel fue el comienzo de nuestra relación, pero no el final. No pasaron sino pocos días antes de que buscara una excusa para llamar a nuestra casa. Yo era entonces una chica joven, alegre y sana; y la pura verdad es que George Thorley se enamoró de mí. Mi tía estaba muy halagada y me decía que sería una tonta si no le animaba; que era médico y un caballero, y que mantendría a su mujer como a una señora; que no habría más salir a coser y a esclavar para otros si me casaba con él; era lo que ella esperaba de mí: que al menos fuera la mujer de un médico después de los estudios que me había dado y con el buen parecer que yo tenía. No es vanidad en mí decir ahora de este barro, tan pronto a mezclarse con el polvo de la tierra, que era hermoso; demasiado, ¡ay!, para mi propia paz mental, pues me hizo despreciar a los pretendientes humildes y honrados que podrían haberme asegurado una vida modesta y feliz. Sin embargo, no fue eso tampoco, y no me rebajaré a decir tal cosa: no fue porque fuera hermosa por lo que me mantuve alejada de los de mi propia condición; fue porque sentía que tenía pensamientos y gustos que ellos no podían comprender, que mi vida estaba por encima de la suya en esperanza, en aspiración. Era ambiciosa, pero solo por desarrollar lo mejor que había en mí. Si tuviera que ser costurera todos mis días, entonces sería tan hábil y tan imaginativa con mi labor que casi pintaría cuadros con mi aguja e hilo. Pero esto no es hablarle de George Thorley. Desde el principio le tomé aversión. No soy buena leyendo el carácter, pero el suyo lo comprendí bastante a fondo, y le temía. Era muy fría con él, pues veía que era de temperamento pronto, y no quería que pudiera decir que yo le había animado jamás. Le dije a mi tía que no creía que fuera un caballero; yo había visto a muchos caballeros de verdad en las casas donde cosía, y no eran como él. Le dije también que tenía un genio violento y una disposición celosa, y que no podría hacer feliz a ninguna mujer. Pero ella no quería verle bajo esa luz; su corazón estaba puesto en la botica, que, decía ella, se convertiría en una gran farmacia con el nombre del médico en letras doradas sobre la puerta de su consulta.

»George pronto se me declaró y se puso terriblemente furioso cuando le rechacé. Creo que me amaba, a su manera egoísta, mejor de lo que amaba a cualquier otra criatura humana. No quería renunciar a mí ni dejarme en paz con sus persecuciones. Seguía mis pasos cada vez que salía y, si hablaba con cualquier otro hombre, se ponía furioso. Empecé a sentir que me vigilaban todo el tiempo; pues a veces se reía con su forma odiosa y me contaba cosas que había visto cuando yo creía que estaba a millas de distancia.

»Dos veces en particular recuerdo que estuvo con una pasión salvaje y me amenazó. Fue después de que —aquí la voz de la narradora, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla firme, tembló y bajó— me hubiera visto paseando en el carruaje con la señora Moreland. Dijo que aquella gente se estaba burlando de mí, que yo estaba tan engreída por sus atenciones que le despreciaba a él. Le dije que si le despreciaba no era por tal razón, sino porque se comportaba de forma tan poco caballeresca conmigo, espiándome cuando no tenía nada que ver con mis asuntos. Eso le puso más loco que nunca y masculló palabras que no me gustaron. Le dije que no tenía miedo a nada mortal y que no creía que fuera a asustarme para casarme con él. Dijo que ya me daría un susto tal que nunca lo superaría. Creo que le gustaba el carácter que yo mostraba; parecía que cuanto más intentaba que me odiara, más decidido estaba él a perseguirme. No sé cómo fue que le comprendí tan bien, pues en aquellos días no se había susurrado nada contra su carácter. De hecho, la gente no sabía mucho de él, y se ganó el favor de algunos de los ciudadanos principales de Blankville. Me había contado algo de su historia: que su familia era inglesa, que él, como yo, era huérfano; que, a fuerza de buena suerte, había conseguido un puesto en la consulta de un médico en una de las ciudades de este estado; uno de esos puestos humildes donde se esperaba que cuidara del caballo del médico, condujera el carruaje, preparara medicinas, atendiera pedidos y cualquier otra cosa. Era listo y rápido; tenía muchas horas de ocio mientras esperaba tras el pequeño mostrador, y esas horas las pasaba estudiando los libros del médico, que se las apañaba para conseguir de uno en uno. Por estos medios, y observando agudamente los métodos del médico, sus consejos a los pacientes que llamaban a la consulta, y leyendo y preparando recetas constantemente, adquirió un barniz de ciencia realmente sorprendente. Decidido a ser médico y a tener una farmacia (un negocio provechoso, lo sabía), tuvo la energía para llevar a cabo sus planes. Cómo obtuvo finalmente el capital para montar el pequeño negocio en Blankville es algo que nunca comprendí, pero supe que asistió a conferencias sobre cirugía, un invierno, en Nueva York, y estuvo en un hospital allí poco tiempo. Todo esto era bastante lícito y probaba que era ambicioso y enérgico; pero a mí no me gustaba ni confiaba en él. Había algo oscuro y oculto en los entresijos de su mente que me hacía retroceder. Sabía, además, que era cruel. Podía verlo en su manera de tratar a los niños y a los animales; no había nada que le gustara tanto como practicar su medio aprendido arte de la cirugía con algún desafortunado paciente. Cuanto más insistía él en que le correspondiera, más crecía mi pavor hacia él.

»Los asuntos estaban en esta crisis cuando mi prima vino de Nueva York a hacer una visita a mi tía. Viniendo a nuestras habitaciones casi todas las noches, por supuesto que hizo su conocimiento de inmediato. Con el propósito de darme celos, él comenzó a dedicarle las más rendidas atenciones. Nora era una chica bonita, de ojos azules y cabello rubio; una criatura inocente, no muy espabilada, aprendiz de una modista en la ciudad; se creyó todo lo que el doctor Thorley le dijo y se enamoró de él, por supuesto. Cuando ella se marchó, tras sus breves vacaciones, George descubrió que, en lugar de

provocarme celos, solo había despertado mi mal genio por la forma en que había engañado a Nora. Le reñí bien por ello y terminé diciéndole que nunca volvería a hablarle.

»Bueno, fue justo después cuando surgió el escándalo sobre la muerte de una persona por mala praxis. Vio que era prudente huir; así que vendió sus existencias por lo que pudo obtener y se ocultó en Nueva York. Yo no sabía al principio dónde estaba, pero me sentí tan aliviada de librarme de él. Yo misma había decidido ir a Nueva York y conseguir empleo en una tienda de artículos de lujo. Ya sabe usted, señor Burton, pues una vez le abrí mi corazón, qué loca y salvaje, pero inocente obcecación fue la que me arrastró allí. No me avergüenzo de ello. Dios es amor. Cuando esté en su presencia, me gloriaré de ese poder del amor que en este mundo desolado solo ha consumido y desgastado mi vida. En el cielo, nuestras vidas enteras serán una adoración. —Juntó sus delgadas manos y elevó sus ojos negros con una expresión arrebatada hacia lo sublime. La contemplé con renovada sorpresa y casi reverencia. No espero encontrar nunca a otra mujer cuya conformación mental y sentimental la hiciera tan apta para una devoción ciega y absoluta como la de Leesy Sullivan.

»Cuando fui a la ciudad para ver de conseguir un puesto, me encontré con mi prima, quien me dijo que se había casado con George Thorley y que lo estaban desde hacía algunas semanas; que se alojaban en un lugar agradable y tranquilo, y que George se quedaba mucho en casa; de hecho, apenas salía.

»Era evidente que ella no había oído hablar de sus razones para dejar Blankville y que no sospechaba por qué se mantenía tan oculto. Por supuesto, no tuve valor para decírselo, pero decidí que sería mejor quedarme donde estaba por el momento, así que regresé con mi tía sin intentar conseguir un puesto en Nueva York.

»Fue unos seis meses después de esto cuando recibí noticias de Nora, rogándome que fuera a verla. Yo quería a mi prima y me había dolido que se hubiera casado con el doctor Thorley. Sospechaba que algo iba mal; así que fui a la ciudad y la encontré en la miserable casa de vecinos donde se alojaba entonces, muriéndose de hambre en una habitación casi sin muebles. Rompió a llorar al verme y, cuando logré calmar sus sollozos, me dijo que no había visto a George en más de tres meses; que, o bien le había ocurrido un accidente, o la había abandonado, dejándola sin un centavo y con una salud tal que apenas podía ganar lo suficiente para comprar un trozo de pan y pagar el alquiler de la habitación.

»—¿De veras crees que te ha dejado? —le pregunté.

»—A fe mía, ¿cómo voy a saberlo? —respondió, mirándome tan lastimeramente con sus inocentes ojos azules—. Era un gran caballero, y temo que se haya cansado de su pobre Nora irlandesa.

»—Te lo advertí, prima —le dije—; sabía que George Thorley era un villano, pero te dejaste llevar por sus buenas palabras y no hiciste caso. Lo siento, lo siento mucho por ti, pero eso no deshará lo hecho. ¿Estás segura de que eres su mujer, Nora querida?

»—Tan segura como lo estoy del cielo —exclamó, enfadada conmigo—. Pero nos casó un clérigo protestante para complacer a George, y tengo mi certificado a salvo... ah, sí, por cierto.

»Nunca pude averiguar si la ceremonia había sido realizada por un ministro legalizado; siempre sospeché que mi pobre prima había sido engañada, y fue porque mi tía pensaba lo mismo, y estaba dolida por el tema, por lo que se enfadó tanto con ustedes dos, caballeros, cuando fueron a preguntar.

Pero, fueran o no correctas mis sospechas, Nora era la mujer de George tan ciertamente ante los ángeles como mujer alguna lo fue de hombre. ¡Pobre niña! Ya no vacilé más en venir a Nueva York. Ella necesitaba mi protección y también mi ayuda. Pagué su alojamiento hasta el día de su muerte, que fue pocos días después de que naciera su pobre criaturita; me encargué de que fuera enterrada dignamente y luego puse al bebé con una nodriza y trabajé para mantenerlo. Fue un consuelo para mí, señor. Mi propio corazón estaba triste y me encariñé con la pequeña casi como si fuera mía. Le había prometido a Nora que la criaría y he cumplido mi palabra hasta ahora. Odiaba a su padre por la forma en que había tratado a Nora, pero amaba a la niña; me deleitaba haciéndole sus ropitas tan monas y viendo que estaba bien cuidada. Sabía que nunca me casaría, y adopté a la niña de Nora como propia.

»Apenas se había enfriado la pobre Nora en su tumba cuando, una noche, me sorprendió una visita de George Thorley. Dónde había estado durante su ausencia, no lo sabía. Intentó excusar su conducta hacia mi prima diciendo que se había casado con ella en un arrebato de celos a los que yo le había empujado con mi frialdad; que había estado tan atormentado de mente que no podía estar con ella porque no la amaba, y que se había ido al Oeste y trabajado duro para intentar olvidar el pasado. Pero no podía olvidarlo; y cuando vio la muerte de su mujer en los periódicos se había sentido fatal; pero ahora esperaba que yo lo perdonara todo y me casara con él. Dijo que tenía un buen negocio iniciado en Cincinnati y que no me faltaría de nada, y que no debía decirle que no otra vez. Me levanté, tan indignada estaba, y le planté cara hasta que se puso blanco como una sábana. Le llamé asesino —sí, el asesino de Nora— y le ordené que nunca volviera a hablarme ni a acercarse a mí. Supe que estaba terriblemente furioso; sus ojos ardían como fuego, pero no dijo mucho esa vez; al coger su sombrero para irse, preguntó por su bebé: si vivía. No quise responderle. Él no tenía derecho a la niña y yo no deseaba que la viera ni que tuviera nada que ver con ella.

»Qué fue de él después de aquello, durante mucho tiempo, no lo sé. Pudo estar en la ciudad todo el tiempo o pudo estar en Cincinnati. En cualquier caso, un día, mientras iba de mi casa de huéspedes a la tienda, me lo encontré caminando a mi lado. Nora tenía cerca de un año entonces. Comenzó a hablarme en la calle, pidiéndome de nuevo que me casara con él; y luego, para asustarme, dijo qué niña tan bonita era ya Nora y que tendría que buscarse una mujer para que cuidara de su hija. Ella era suya y se la iba a llevar enseguida; y si yo tenía algún interés en ella, podía demostrarlo convirtiéndome en su madrastra. Dijo que tenía dinero de sobra y sacó un puñado de oro para enseñármelo. Pero esto solo me hizo pensar peor de él. Me siguió hasta casa y hasta mi habitación, contra mi voluntad, y allí me encaré con él y le dije que si alguna vez se atrevía a forzar su presencia ante mí otra vez llamaría a la policía y sería entregado a las autoridades de Blankville por el crimen que le había expulsado del pueblo.

»Cuando se hubo marchado, me desplomé en una silla, temblando de debilidad, aunque me había mostrado tan audaz ante él. Parecía un espíritu maligno cuando me sonreía al cerrar la puerta. Su sonrisa era más amenazante de lo que hubiera sido cualquier ceño fruncido. Estaba asustada por Nora. Cada día esperaba oír que le habían arrebatado a la pequeña a su nodriza; temblaba día y noche; pero nada le ocurrió a la niña y, desde aquel día hasta hoy, no he vuelto a ver a George Thorley. Si está en California, me alegro, pues eso está muy lejos, y quizá nunca dé con el rastro de su hija. Preferiría mil veces que ella muriera y fuera enterrada con su madre y conmigo que vivir para saber jamás que tuvo un padre así.

—Parece que me ha tocado un destino extraño —concluyó la costurera, con sus ojos negros absortos en una mirada lejana—, el haber sido perseguida por un hombre como ese, el haber puesto mi corazón en alguien tan por encima de mí y luego haber caído, por culpa de ese amor, en un pozo tan espantoso de circunstancias; no solo tener el corazón roto, sino verme así de acosada y cazada por el mundo, con mi pobre corderito aquí presente.

El tono y la mirada patética con que dijo esto me conmovieron profundamente. Por primera vez, sentí plenamente la extrema crueldad de la que había sido culpable hacia ella, si es que era tan inocente como sus palabras afirmaban de aquel crimen innombrable y atroz que yo le había imputado. En aquel momento, la creí inocente; me compadecí de ella por sus propios y melancólicos sufrimientos, que habían agotado las fuentes de su vida; y la respeté por aquella humilde y perfecta devoción, dándolo todo y no pidiendo nada, con la que prodigaba su alma hacia aquel cuya memoria reclamaba de sus amigos una vigilancia incansable en favor de la justicia. No me extrañó que retrocediera ante mí como ante alguien dispuesto a herirla. Pero esto solo ocurría en su presencia; en cuanto me alejaba, volvía a dudar.

—¿Tiene algún retrato de George Thorley? —preguntó el señor Burton.

—No. La pobre Nora tenía un ambrotipo suyo, pero tras su muerte lo arrojé al fuego.

—¿Podría describírnoslo?

La señorita Sullivan dio una descripción que coincidía en todos los detalles con la ofrecida por el señor Burton tras leer la carta muerta; él le preguntó por el tercer dedo de la mano derecha, y ella dijo: «Sí, se lo había lesionado él mismo en uno de sus experimentos quirúrgicos».

Nos dispusimos entonces a marcharnos. El detective aseguró de nuevo a Leesy que preferiría protegerla contra Thorley antes que permitirle cualquier oportunidad de molestarla; le aseguró que estaría cuidada en su ausencia y, lo que era más importante, que si la pequeña Nora se quedaba sin amparo, él vigilaría a la niña y se encargaría de que fuera criada adecuadamente. Esta última promesa iluminó el rostro de la tísica con sonrisas y lágrimas; pero cuando él le tendió la mano al despedirse, ella rompió en sollozos.

—Es nuestro último encuentro, señor.

—Trate de mantenerse tan bien como está ahora hasta que yo vuelva —dijo él con jovialidad—. Es posible que la necesite mucho entonces. Y, por cierto, Leesy, una pregunta más. Una vez me dijo que no reconoció a la persona que vio en el jardín de los Argyll aquella noche... ¿tiene alguna sospecha de quién pudo ser?

—Ninguna. Creo que el hombre era un extraño para mí. Solo le vi por un relámpago en el instante en que descendía del árbol; si hubiera sido un conocido, no sé si le habría reconocido.

—Eso es todo. Adiós, pequeña Nora. No te olvides de Burton.

Oímos los sollozos de la muchacha después de cerrar la puerta.

—Soy su único amigo —dijo mi compañero mientras se alejaba—. No es de extrañar que se conmueva al dejarme marchar. Creo, como ella, que es dudoso que resista hasta que regresemos. Aun así, su enfermedad es lenta... espero verla vivir para presenciar el triste triunfo de nuestra diligencia.

—Habla usted como si el triunfo estuviera ya asegurado.

—Si está sobre la faz de la tierra, encontraremos al doctor George Thorley. Ya no es posible que estemos en la pista falsa. Sabe usted, Richard, que no le he confiado todos mis secretos. Nadie estará más asombrado que usted mismo cuando convoque a mis testigos y resuma mis conclusiones. ¡Oh, ojalá llegara ya la hora! Pero olvido mi lema: «aprender a trabajar y a esperar».

Capítulo 4: Rumbo a California

Nos pusimos en camino hacia California en el siguiente vapor. Por consejo del señor Burton, adquirí mi pasaje bajo un nombre supuesto, pues él no deseaba despertar la curiosidad de los Argyll, quienes podrían llegar a ver la lista de pasajeros y, con seguridad, sospecharían algo por la proximidad de nuestros nombres. A sus amigos, que por casualidad supieron de sus repentinas intenciones, el señor Burton les representó que la salud de su hija exigía un cambio de clima y que ciertos asuntos de negocios le habían llevado a preferir California.

Fue una fortuna, dado que los gastos de tal viaje se habían convertido en una necesidad tan inesperada, el haber vivido de la manera sencilla y retirada en que lo había hecho en Washington. No había malgastado dinero en guantes blancos, ramos de flores ni cenas con champán; había pagado mi alojamiento y mis facturas de lavandería, así como una cuenta muy moderada a mi sastre; el resto de mi salario había sido ingresado en un banco de Nueva York a mi nombre. Mi alma abrasada y mis gustos marchitos no habían exigido gratificación lujosa alguna, ni siquiera la compra de libros nuevos; de modo que ahora, cuando surgió esta exigencia repentina, disponía de un fondo suficiente para tal fin. El señor Burton corría con sus propios gastos, algo que, a decir verdad, yo no pude evitar, pues no tenía los medios para instarle a seguir un proceder distinto.

Teníamos un objetivo muy definido, pero ningún plan concreto; estos habrían de formarse según las circunstancias que encontráramos tras nuestra llegada a El Dorado. Por supuesto, nuestro hombre viviría bajo un nombre supuesto y habría viajado con otro falso; podríamos hallar toda clase de dificultades para ponernos tras su pista. En el momento en que el detective descubrió el regreso del billete de quinientos dólares desde San Francisco, había logrado, con gran perseverancia, acceder y «tomar nota» de las listas de pasajeros de todos los vapores que zarparon hacia California en fechas cercanas al asesinato. Estas las había conservado. De entre los nombres, había elegido aquellos que su curiosa sagacidad le sugería como más propensos a ser ficticios y, si no se presentaba un método más rápido, se proponía localizar a todos y cada uno de aquellos pasajeros hasta dar con el hombre. En todo esto yo era su ayudante, dispuesto a ejecutar sus instrucciones, pero confiando todo el asunto a su mano más experimentada.

Durante los largos y monótonos días de nuestra travesía, me pareció haber sufrido una «metamorfosis marina», convirtiéndome en algo muy distinto del ser acartonado en el que me había ido endureciendo gradualmente. Con la ruptura de la aburrida rutina de mi vida de oficina, desaparecieron también

muchas de las formas cínicas de pensar en las que había caído. Sentía como si los manantiales de la juventud no se hubieran secado del todo. El verdadero secreto de esta mejoría residía en la ansiosa esperanza que albergaba de que los verdaderos criminales salieran pronto a la luz, y de que los Argyll se percataran del cruel agravio que me habían infligido. Ya, en mi imaginación, había aceptado su pesar y perdonado su injusticia. Parecía como si cada hálito de la brisa marina y cada embate de las olas centelleantes barrieran una porción de la amargura que se había mezclado con mi naturaleza. La antigua poesía de la existencia comenzaba a calentar mis pulsos gélidos y a teñir el cielo del alba y del ocaso. Durante horas sumamente melancólicas, aunque deliciosas, trepaba hasta algún puesto de observación solitario —pues era un marinero consumado entre los cabos— y allí, donde el azul del cielo se inclina para besar el azul del océano, formando un círculo de azur en el que solo flotaban las nubes etéreas, toda la dulzura del pasado venía flotando hacia mí en fragmentos, como el aroma de las flores soplado desde alguna orilla amada y distante.

La imagen más vívida en mis sueños marineros era la del salón de la vieja mansión Argyll, tal como la había visto por última vez la noche de mi incursión al roble. Mary, en el rosado esplendor de su temprana madurez, el ideal de belleza para los ojos de un hombre joven y sensible, cuyo estándar de perfección femenina era elevado, mientras que su vulnerabilidad ante tal encanto era intensa; Mary, leyendo su libro bajo la rica luz de la araña... me encantaba evocar la visión, salvo siempre por el hecho de que se veía empañada por la sombra de James, que se interponía demasiado pronto entre la luz y yo. Pero aquella fugaz visión de Eleanor era como si una santa me hubiera mirado desde su hornacina. Comprendí entonces que ella ya no pertenecía a este mundo en lo que a sus esperanzas se refería. Mi pasión, antaño fuerte, se había ido transformando lentamente en reverencia; me había dolido con ella con un dolor absolutamente abnegado, y cuando vi que su desesperación se había trocado en una resignación paciente y aspirante, sentí entonces menos piedad y más afectuosa veneración. Habría sacrificado mi vida por su paz de espíritu; pero ya no pensaba en Eleanor Argyll como en una mujer a la que pudieran acercarse los amores de este mundo. Aun así, mientras meditaba en mis ensueños marinos, me creía poseedor de un caudal de sentimiento ya agotado en este amor ahora muerto y santificado. Había depositado mi primera ofrenda a los pies de una mujer sin igual entre sus pares y, puesto que ella había elegido antes que yo, me veía en la necesidad de vivir en soledad, demasiado honrado por haber adorado a una mujer como Eleanor para sentirme satisfecho jamás con una segunda opción. Por Mary sentía una profunda admiración y el afecto más entrañable de un hermano. Las nobles palabras que había pronunciado en mi favor me habían estremecido de gratitud y acrecentado la ternura que siempre le había profesado. Cuando pensaba en su próximo matrimonio, no era con celos, sino con una cierta punzada indefinible nacida de mi aversión hacia los motivos y el carácter de James. No creía que él la amara. A Eleanor sí la había amado; pero Mary era para él solo el medio necesario para asegurar el apellido, la propiedad, la respetabilidad, etc., de la familia de su tío. Al recordar aquella visita a la mesa de juego, sentía a veces que debía regresar de este viaje a tiempo para interferir y deshacer el enlace. ¡Correría el riesgo de ser tratado de nuevo como antes, de ser malinterpretado e insultado; correría cualquier riesgo para salvarla de la infelicidad que debía derivarse de tal unión! Así pensaba una hora, y a la siguiente me convencía de que no podía ni debía hacer tal papel de necio; y que, después de todo, una vez «casado y asentado», James podría resultar un marido y un ciudadano muy decente.

La pequeña Lenore era la luz y la gloria del vapor. La gente casi imaginaba que, con tal ángel bueno a bordo, ningún daño podría sobrevenir al barco. Y, en efecto, tuvimos una travesía rápida y próspera.

Sin embargo, para el señor Burton resultaba tediosa. Nunca le había visto tan inquieto. Solía decirle que hacía las horas mucho más largas por contarlas con tanta frecuencia. Era evidente que albergaba alguna inquietud que no compartía conmigo. Un pavor febril a los retrasos se había apoderado de él.

Después de cruzar el istmo y estar ya plenamente embarcados en el Pacífico, su inquietud amainó. Sin embargo, fue precisamente entonces cuando ocurrió un pequeño retraso que amenazó con irritarle en una nueva impaciencia. Se descubrió que el capitán había tomado a bordo a todo un grupo de pasajeros a los que había prometido desembarcar en Acapulco. Era un día hermoso y soleado de principios de octubre cuando nuestro barco entró en la pequeña bahía. Casi todos los pasajeros estaban en cubierta para echar un vistazo a la costa y al puerto mientras nos aproximábamos. Yo me encontraba en la cubierta superior con Lenore, que estaba encantada con el aire cálido y las orillas verdes, y cuyo cabello ondeaba en la brisa fresca pero deliciosa como un estandarte dorado. Observaba las montañas distantes, la bruma soleada y el agua centelleante de la bahía con toda la inteligencia de una mujer; mientras que yo no podía sino sentirme más complacido con las rosas que florecían en sus mejillas y la travesura que el viento jugaba con su pelo que con todo el paisaje que nos rodeaba. La acompañante de la niña, una matrona seria y cuidadosa que se había hecho cargo de ella durante mucho tiempo, estaba también en cubierta charlando con algunos de sus nuevos conocidos, y no pudo evitar acercarse a nosotros poco después con el pretexto de envolver más estrechamente el chal alrededor de Lenore.

—Mírela, señor Redfield —dijo la buena mujer—, ¿la ha visto alguna vez con un aspecto tan radiante y saludable, señor? El amo tenía razón, no hay duda: era un viaje por mar lo que necesitaba por encima de todo. Sus mejillas parecen peonías y, aunque lo diga yo que no debería, es opinión de los presentes que son ustedes la pareja más apuesta de la cubierta. He oído a más de uno comentarlo en esta última media hora.

—Eso es verdad a medias, de todos modos —respondí riendo y mirando a Lenore, cuya mente modesta y tranquila nunca estaba alerta ante los cumplidos. Se rio porque yo lo hice, pero permaneció tan inconsciente de su linda apariencia como hasta entonces.

—Ahí viene papá —dijo ella—; algo le ha sucedido.

Con su maravillosa y rápida perspicacia, tan parecida a la de su padre, percibió antes que yo que él estaba excitado, aunque se esforzaba por parecer más tranquilo de lo que realmente se sentía.

—Bien, Richard, Lenore —comenzó él, apartándonos un poco de los demás y hablando en voz baja—, ¿qué diríais si os dejara?

—¡Dejarnos! —exclamamos ambos, como era natural.

—Sería algo repentino, es verdad.

—¿A dónde iría? ¿Caminaría usted sobre las aguas o se retiraría a los valles y montañas de México?

—No es broma, Richard. Una información que me ha llegado de la manera más extraña e inesperada hace imperativo que me detenga en Acapulco. Estoy tan sorprendido como vosotros. Ni siquiera tengo

tiempo de contaros la historia; en veinte minutos el barco empezará a enviar a sus pasajeros en un bote pequeño y, si decido quedarme aquí, debo ir a mi camarote a por algo de ropa.

—¿Habla en serio, padre? —preguntó Lenore, a punto de llorar.

—Sí, mi pequeña. Me temo que debo dejar que sigáis hasta San Francisco sin mí; pero tendréis a Marie, y Richard cuidará de ti tan bien como yo lo haría. Quiero que os divirtáis, que no tengáis preocupaciones y que toméis el segundo vapor de vuelta, lo que os dará quince días en San Francisco; nos reuniremos en el istmo. Como no tendréis nada que hacer tras vuestra llegada, os aconsejo que exploréis el lugar, que salgáis a cabalgar cada día que haga bueno, etc. El tiempo pasará pronto y en cinco semanas, si Dios quiere, nos reuniremos y seremos felices, mi querida niña. Corre, corre con Marie y dile lo que voy a hacer; ella vendrá a recibir mis instrucciones.

Lenore se alejó, algo reacia, y el señor Burton continuó dirigiéndose a mí, que permanecía en silencio por la mera estupidez del asombro:

—Por la más absoluta casualidad he oído una conversación entre las personas que van a desembarcar que me convence de que George Thorley, en lugar de estar en California, no se halla a treinta millas de Acapulco. Si no estuviera seguro de ello, no correría el riesgo del experimento ahora que el tiempo lo vale todo. Pero estoy tan seguro que no veo que tengáis nada que hacer en San Francisco salvo ayudar a la pequeña Lenore a pasar el tiempo agradablemente. He pensado, con toda la calma posible bajo la presión de tanta prisa, si sería mejor que os detuvierais conmigo y esperarais en algún hotel de Acapulco el resultado de mi incursión al interior, o si debíais continuar hasta el final de vuestro viaje y, al regresar, encontraros conmigo en el istmo. Por consideración a la niña, creo que es mejor que terminéis la travesía según lo previsto. El aire del mar la está beneficiando enormemente y, a menos que os angustiéis demasiado, nada impide que disfrutéis del viaje.

—Haré exactamente lo que usted me aconseje, señor Burton; pero, por supuesto, estaré intolerablemente ansioso. Por mi parte, preferiría quedarme con usted; pero debe hacerse lo que sea mejor para todos.

—No me serviría de nada que se quedara conmigo; lo único que ganaría es que saldría de dudas antes. Pero, le aseguro que debería regocijarse y sentirse animado ante la perspectiva de conocer tan pronto el hecho más importante para nosotros: el escondite de ese hombre. ¿Cree que yo desearía un retraso? No. Estoy seguro de haber dado con mi hombre o no daría este paso inesperado. ¡Qué curiosos son los caminos de la Providencia! Parece como si recibiera ayuda ajena a mí mismo. Me irritó oír que nos retrasaríamos en Acapulco y ahora esto ha resultado ser nuestra salvación.

—Dios quiera que esté usted en lo cierto, señor Burton.

—Dios lo quiera. No tema que fracase, Richard. Tiene usted razones para estar doblemente alegre. ¿Acaso no confía en mí?

—Tanto o más que en cualquier otra persona en la tierra.

—Sea fiel a su parte, entonces; cuide bien de mi hija y reúnase conmigo en el istmo; ese es todo su deber.

—Pero, señor Burton, ¿no se expone usted a un peligro? ¿No está asumiendo riesgos que debería compartir con otros? ¿Puedo yo seguir adelante, ocioso y próspero, dejándole a usted hacer todo el trabajo y afrontar todos los peligros de un viaje como el suyo?

—Así lo deseo. Puede haber un pequeño riesgo personal; pero no más, tal vez, del que asumo cada día de mi vida. Quizá no sepa usted —añadió jovialmente— que llevo una vida bendecida. La malicia y la venganza me han seguido bajo cien disfraces; seis veces he escapado de comida envenenada preparada para mí; varias veces me han enviado máquinas infernales empaquetadas para parecer regalos elegantes; tres veces me he revuelto contra el asesino cuyo brazo estaba alzado para herir... pero he salido indemne de todo peligro para seguir tranquilamente el camino al que me llama un vívido sentido del deber. No creo que vaya a fracasar en este, uno de los casos más atroces en los que me he interesado jamás. No, no, Richard; disfruto con el trabajo; la sensación de peligro añade importancia a la tarea. No querría que fuera de otro modo. Como he dicho, si Dios quiere, nos reuniremos en el istmo. Si no acudo a la cita, entonces sabrá usted que me ha ocurrido algo malo; y, tras asegurar el pasaje seguro de regreso de mi pequeña familia, podrá usted, si gusta, volver para recoger los hilos de la historia que yo haya dejado caer. El vapor ha echado el ancla; debo preparar mi equipaje para bajar a tierra.

Se dio la vuelta, pero al poco se detuvo y regresó con aire de perplejidad.

—Habrá algo que usted pueda hacer, Richard. Había olvidado lo de ese billete de quinientos dólares que ciertamente fue a California poco después del robo. Si me equivocara, después de todo... ¡pero no! Mi información es demasiado concluyente... debo seguir este rumbo ahora, y si estoy en la pista falsa, será un mal asunto. No obstante, no me permitiré pensarlo —añadió, animándose de nuevo—; pero no vendrá mal que tome usted una lección de mi arte ejercitando su habilidad en rastrear la fortuna de aquel billete de banco. Al hacerlo, puede que dé con pruebas que, si yo fallo aquí, puedan ser de utilidad.

Con un presentimiento de mal agüero le vi alejarse mientras descendía por la escala hacia la cubierta inferior, con el porte, el rostro y el modo de actuar expresando la indomable energía que le hacía ser el hombre que era.

Cuando el sol se hundió aquella noche en las ondas fundidas del Pacífico, Lenore y yo paseábamos solos por la cubierta; y mientras ella se enjugaba silenciosamente las lágrimas que caían ante la sensación casi de desamparo que la repentina partida de su padre le causaba, apenas pude consolarla como él me había ordenado; pues yo también sentía el melancólico aislamiento de nuestra posición: navegando hacia una tierra extraña tras la estela de un misterio pavoroso.

Capítulo 5: Tras la pista

No es necesario que me detenga mucho en nuestra visita a San Francisco, puesto que de ella no surgió nada importante para el éxito de nuestra empresa. Desde la hora en que cruzamos el Golden Gate hasta que partimos de nuevo por él, me sentí inquieto por una solicitud que me ponía nervioso y me quitaba el sueño, destruía mi apetito y me impedía ver la mitad de las novedades de San Francisco, con su crecimiento sin igual y su civilización híbrida. Dediqué la mayor parte de mi tiempo a dos objetivos:

vigilar, de noche, todos los antros, guaridas, salones, teatros y hoteles, ya fueran populares o apartados, escudriñando cada uno de los miles de rostros extraños en busca de aquel semblante siniestro que sentía que reconocería de un vistazo; y el empeño de identificar al hombre que se había deshecho del billete del Park Bank ante la Compañía de Expresos.

Tras días de investigación, obtuve mi recompensa al cerciorarme, finalmente y más allá de toda duda, de que un caballero respetable, un español que aún residía en la ciudad, había ofrecido el billete para ser descontado en el momento en que fue aceptado por la compañía. Entablé relación con el caballero español y, con una delicadeza en el trato de la que me vanaglorié, logré averiguar, sin resultar demasiado impertinente, que dos años antes había hecho un favor a un compañero de pasaje que desembarcaba en Acapulco y deseaba cambiar su papel moneda por oro; le entregó el metálico y se quedó con unos dos o tres mil dólares en moneda de Nueva York, de los cuales se había desprendido ante la Compañía de Expresos.

¡Burton tenía razón, entonces! El corazón se me subió a la garganta cuando el caballero mencionó Acapulco. Desde aquel momento sentí menos miedo al fracaso, pero una curiosidad y una ansiedad más intensas, si cabe.

Había sido mi intención dirigirme a Sacramento en busca de aquel rostro que me perseguía, deslizándose eternamente ante el ojo de mi mente; pero, tras esta revelación, acepté de buen grado la creencia de que el señor Burton encontraría la cara antes que yo y, con el alivio consecuente a esta esperanza, comencé a prestar más atención a su mandato: cumplir mi parte del deber cuidando bien de su hija.

Lenore estaba recuperando la salud y el ánimo, y cuando empecé a esforzarme por ayudarla a pasar el tiempo, se puso muy contenta. La dependencia confiada de la infancia es su rasgo más conmovedor. Para ella bastaba que su padre me la hubiera confiado por el momento; se sentía segura y alegre, y me reclamaba todas esas pequeñas atenciones que una hermana pide a un hermano mayor. Apenas podía asimilar que tuviera casi trece años, pues seguía siendo tan pequeña y menuda, y tan inocentemente infantil en sus modales y sentimientos. Su acompañante era una de esas mujeres activas a las que nada gusta tanto como una buena dosis de responsabilidad; el viaje, para ella, estaba lleno del tipo de emoción que prefería; el cargo exclusivo de la pequeña doncella confiada a su cuidado fue uno de los accidentes más deliciosos que jamás le habían ocurrido; creo que se regocijaba a diario de la ausencia del señor Burton, simplemente porque añadía importancia a sus deberes.

Pero me alegré cuando la larga espera de quince días terminó y nos embarcamos de nuevo. Mi mente vivía por adelantado, pensando en el momento en que vería, esperando en el muelle donde había prometido encontrarnos, en el istmo, la figura familiar del buen genio de nuestro grupo, o bien... aquel vacío que anunciaría noticias de un mal fatal.

Deslizamos prósperamente sobre los ondulados vaivenes del Pacífico, a través de días soleados y noches de brillante luna. Durante las suaves veladas, Lenore, bien envuelta en chales y capucha por su fiel mujer, permanecía conmigo en cubierta, a veces hasta bastante tarde, cantando una tras otra aquellas deliciosas melodías, nunca interpretadas de forma más sutil y comprensiva que por aquel pequeño espíritu del canto. Multitudes absortas se reunían, a distancias respetuosas, para escuchar; pero ella cantaba por mí y por la música, sin reparar en quién venía o se iba. A veces, incluso ahora, me

despierto por la noche tras un sueño con aquel viaje, con la larga estela de plata centelleante siguiendo al barco, como si un millón de peris, en sus botes de nácar, navegaran tras nosotros, atraídos por el encantamiento de la pura voz que subía y bajaba entre las estrellas y el mar.

Las últimas veinticuatro horas antes de llegar al istmo presenciaron un cambio en el largo periodo de tiempo brillante común en esa estación del año. Torrentes de lluvia comenzaron a caer y continuaron hora tras hora, encerrándonos en el camarote y rodeándonos con una pared gris, como si un mundo sólido nos hubiera cercado y no volviéramos a ver nunca más el cielo azul, el aire liviano o los agudos rayos del sol.

Lenore, cansada de la monotonía, terminó por quedarse dormida en uno de los sofás; y me alegré de que estuviera tranquila, pues se había mostrado inquieta ante la perspectiva de ver a su padre a primera hora de la mañana siguiente. Se esperaba que el vapor llegara al muelle algún tiempo después de medianoche. A medida que pasaban las horas del día y la tarde, me sentí tan impaciente que me asfixiaban los estrechos límites del barco y la cerrada y gris tienda de nubes. Lenore se retiró temprano a su camarote. Yo pedí prestado un impermeable a uno de los oficiales del buque y recorrí las cubiertas toda la noche bajo la lluvia incesante, pues no podía respirar en mi pequeño cuarto. Era tan posible, tan probable que le hubiera ocurrido algún daño al detective solitario que partía, «un extraño en tierra extraña», en su peligrosa misión, que me culpaba amargamente por haber cedido a sus deseos y haber permitido que se quedara en Acapulco. Para consolarme, recordaba su capacidad para lidiar con el peligro: su fuerza física, su inquebrantable entereza de nervios y mente, su calma de propósito y su voluntad indomable, ante la cual las voluntades de otros hombres se quebraban como juncos ante un viento fuerte. La lluvia incesante me recordaba otras dos noches memorables; y la asociación no servía para animarme. No había viento alguno con la lluvia; el capitán me aseguró, después de que le hubiera preguntado lo suficiente como para irritar a un oficial menos acostumbrado a las preguntas, por vigésima vez, que estábamos «bien», «ni media hora tarde», que «llegaríamos al istmo a las dos de la madrugada precisamente, y que podía irme a la cama en paz y estar listo para levantarme temprano».

No tenía intención alguna de irme a la cama. No se molestaría a los pasajeros hasta el amanecer, pero yo estaba demasiado ansioso para pensar en dormir; me dije que, si el señor Burton estaba tan impaciente como yo, estaría, a pesar de la tormenta y de la hora tardía, en el muelle esperando nuestra llegada; y, de ser así, no debía encontrarme durmiendo. Al acercarnos al desembarcadero, me colé entre los marineros en la parte delantera del barco y forcé la vista a través de la penumbra hacia el pequeño parpadeo de luz que daban las lámparas a lo largo del muelle. Como de costumbre, hubo un considerable revuelo y ruido a la llegada del vapor: gritos desde el barco y la orilla, ajetreo de cabos y juramentos de marineros. Los pasajeros, por lo general, estaban resguardados en sus literas, donde permanecieron hasta la mañana. En unos momentos se lanzaron los cabos a tierra y quedamos amarrados al muelle. Me asomé por la borda y escudriñé a través de la bruma; la lluvia había cesado amablemente de caer por el momento; varias lámparas y linternas vislumbraban a lo largo del muelle, donde algunas personas se ocupaban de sus labores relativas a la llegada del barco; pero busqué en vano al señor Burton.

Decepcionado y abatido, seguía reconociendo a los distintos grupos cuando una voz fuerte y alegre gritó:

—¡Richard, hola!

Experimenté un grato cambio de ánimo cuando aquellos tonos agradables me sobresaltaron al percibir que el señor Burton había salido de la sombra de una farola contra la que se había estado apoyando, y ahora estaba casi a una distancia de darnos la mano. Podría haber reído o llorado, lo que fuera, al reconocer la voz y la figura familiar. Al poco estaba en el barco. El apretón que di a su mano cuando nos encontramos debió de ser fuerte, pues hizo una mueca. Apenas necesité decir: «¡Ha tenido éxito!», ni él responder; había una luz en su rostro que me aseguraba que, al menos, no había fracasado del todo.

—Tengo mucho, mucho que contarte, Richard. Pero primero sobre mi niña: ¿está bien?, ¿es feliz?

—Ambas cosas. No hemos tenido ni un accidente. Te sorprenderá ver a Lenore, ha mejorado muy rápido. Mi corazón se siente mil libras más ligero que hace una hora.

—¿Por qué?

—Oh, tenía tanto miedo de que no hubieras podido salir de Acapulco.

—Estás pálido, es verdad, Richard... como si no hubieras dormido en una semana. Deja que tu mente descanse tranquila, amigo mío. Todo está bien. El viaje no ha sido en vano. Ahora que Dios nos dé brisas favorables hacia casa, y dos años de esfuerzo honrado se verán recompensados. Se hará justicia. Los malvados en las altas esferas serán humillados.

Siempre hablaba como poseído por un pavoroso sentido de su responsabilidad al sacar a la luz las iniquidades de los ricos favorecidos; y en esta ocasión su expresión era inusualmente seria.

—¿Dónde está mi pequeña? ¿Cuál es el número de su camarote? Me gustaría robarle un beso antes de que despierte; pero supongo que la cuidadosa Marie tendrá la puerta con cerrojo y tranca, así que no las molestaré. Faltan tres horas enteras para el amanecer. Puedo contarte toda la historia de mis aventuras en ese tiempo, y supongo que tienes derecho a oírla lo antes posible. No te tendré en ascuas. Ven al salón.

Encontramos un rincón tranquilo donde, en las «primeras horas de la madrugada», bajo la luz tenue de las lámparas del salón, casi apagadas ya, escuché —huelga decir con qué doloroso interés— el relato de la visita del señor Burton a México. Ofreceré la historia aquí tal como él la dio, con las mismas reservas que, según era evidente, aún mantenía al hablar conmigo.

Estas reservas —que no pude evitar percibir que había hecho con frecuencia desde el inicio de nuestra relación y que, como el lector recordará, a veces habían despertado mi indignación— me desconcertaban y molestaban; pero pronto llegaría el momento en que las comprendería y apreciaría.

Aquel día de nuestro viaje de ida, cuando el barco se detuvo para desembarcar a una parte de sus pasajeros en Acapulco, el señor Burton, inquieto por el retraso, estaba apoyado en las barandillas de la cubierta, tamborileando impacientemente con los dedos, cuando su atención se vio gradualmente absorbida por la conversación de un grupo de mexicanos a su lado, varios de los cuales formaban parte del grupo que iba a desembarcar. Hablaban el español corrompido de su país, pero el oyente lo entendía lo suficiente como para comprender la mayor parte de lo que se decía.

Uno de ellos estaba describiendo una escena que ocurrió a su llegada a este mismo puerto unos dos años antes. El barco, con destino a San Francisco, sufrió un accidente y entró en Acapulco para reparaciones. Sabiendo los pasajeros que el vapor no zarparía antes de veinticuatro horas, la mayoría rompió la monotonía de la espera bajando a tierra. Varios neoyorquinos rudos, que iban a las minas, se metieron en una pelea con algunos de los nativos, durante la cual se usaron libremente cuchillos, pistolas, etc. Un caballero llamado don Miguel, dueño de una gran y valiosa hacienda situada a unas treinta millas de Acapulco, y que acababa de desembarcar del vapor, intentó, imprudentemente, intervenir, no deseando que sus compatriotas fueran tan quisquillosos con sus visitantes, y fue recompensado por sus buenas intenciones recibiendo una grave puñalada en el costado de parte de uno de los combatientes. Sangraba profusamente y pronto se habría agotado si su herida no hubiera sido inmediata y bien curada por un joven estadounidense, uno de los pasajeros de Nueva York, que había bajado a ver los lugares de interés y estaba parado ociosamente a un lado presenciando la refriega en el momento en que don Miguel resultó herido. El don, sumamente agradecido por la oportuna atención, concibió una cálida simpatía por el joven, cuya rapidez y disposición «yanqui» habían atraído su atención mientras estaba a bordo del vapor. Habiendo dado tal prueba de su aptitud para el puesto como lo había hecho al curar la herida del don, aquel caballero, en el transcurso de las dos o tres horas en que el joven forastero permaneció atendiéndole, le ofreció el puesto de médico en sus inmensas tierras, con la clara promesa de que recibiría beneficios mucho más importantes que su salario. Esta oferta, tras una breve vacilación, fue aceptada por el médico, quien declaró que andaba en busca de fortuna y que le daba lo mismo dónde encontrarla, si en México o en California, siempre que se le asegurara prosperar. Don Miguel, en su repentina amistad, se apresuró a prometérselo. El don, además de vastas granjas de pastoreo, tenía extensos intereses en las minas de plata que lindaban con su hacienda. El doctor Seltzer se mostró profundamente interesado por el relato de estas y regresó al barco a por su equipaje, despidiéndose de sus compañeros de pasaje con excelente ánimo. «Y bien podía considerarse afortunado —continuó el narrador—, pues no hay ninguno de nosotros que no se sienta honrado por la amistad de don Miguel, que es tan honorable como rico. Por mi parte, no entiendo cómo llegó a depositar tal confianza en el médico "yanqui", que para mí tenía aires de aventurero; pero se lo llevó a su casa, lo hizo miembro de su familia y, antes de que yo dejara Acapulco, oí que don Miguel le había dado por esposa a su única hija, una muchacha hermosa que podría haber elegido entre los jóvenes más orgullosos de esta región».

Puede imaginarse con qué interés escuchó el señor Burton la historia revelada tan inconscientemente por el parlanchín mexicano. Al punto, como por presciencia, vio a su hombre en este afortunado doctor Seltzer, que había registrado su nombre como «señor», no «doctor», en la lista de pasajeros, y cuyo nombre figuraba entre los que el detective había seleccionado como sospechosos.

(Interrumpí aquí el relato de mi amigo para explicarle el asunto de los billetes de banco que él había cambiado por metálico con un pasajero, pero descubrí que el señor Burton ya lo sabía todo al respecto).

Introduciéndose gradualmente en la conversación, el señor Burton, con su tacto y experiencia, no tardó en sonsacar al grupo una descripción de la apariencia personal del doctor Seltzer, junto con todos los hechos y conjeturas relativos a su historia desde su relación con don Miguel. Todo lo que oía hacía que la «certeza fuera doble»; y no había tiempo que perder para decidir el curso a seguir en este inesperado redoble de la caza. Desembarcar en Acapulco era algo evidente; pero qué hacer con el resto de su grupo

no pudo determinarlo al principio. Sabía que yo estaría ansioso por acompañarle; sin embargo, temía que, de algún modo, si todos desembarcábamos y tomábamos habitaciones en cualquiera de los hoteles, el astuto doctor Seltzer, sin duda siempre alerta, pudiera percibir algún motivo de alarma y asegurar su salvación mediante la huida. Ir solo, bajo un nombre supuesto, con el carácter de explorador científico de minas, le pareció el método más seguro y discreto de acercarse a la presa; y a esta resolución llegó antes de buscarnos para anunciar su intención de detenerse en Acapulco, dejándonos proseguir nuestro viaje sin él.

Capítulo 6: Al fin... al fin

Mientras nuestro barco se alejaba hacia mar abierto, el señor Burton caminó hacia la ruinosa y vieja ciudad española y se alojó en el hotel, en cuyo ventilado corredor encontró a varios de sus compañeros de viaje que se le habían adelantado. Estas personas se habían mostrado algo sorprendidas por el hecho de que abandonara al resto de su grupo para visitar aquella ciudad decadente; pero cuando él les explicó su deseo de visitar algunas de las minas abandonadas y examinar el carácter de la región montañosa del interior antes de proceder a investigaciones similares en California, su asombro dio paso a la indolencia habitual de unos temperamentos apenas lo bastante activos para la curiosidad. Había dos o tres personas de los Estados Unidos alojadas en el hotel que pronto entablaron relación con él, ansiosas por recibir noticias directas de su hogar, y mientras conversaba con ellas se anunció la cena de las cuatro. Sorbía su chocolate pausadamente, tras el postre, charlando con naturalidad con sus nuevos amigos; y al expresar el deseo de conocer mejor la vieja ciudad, uno de ellos se ofreció a acompañarle en un paseo. Vagaron entre frescos palmerales y de regreso por las destartaladas calles, hechas pintorescas por algunas procesiones de católicos que serpenteaban en el crepúsculo con sus antorchas, hasta que la luna surgió y centelleó sobre el inquieto océano.

La mayoría de las personas, en un asunto similar al del señor Burton, habrían acudido de inmediato al cónsul estadounidense en busca de ayuda; pero él se sentía plenamente capaz de afrontar la situación y no deseaba auxilio en la empresa que estaba a punto de acometer. Por lo tanto, rechazó la invitación de su acompañante para visitar al cónsul y finalmente regresó a su hotel para sentarse un rato en el corredor abierto y bañado por la luna antes de retirarse a su habitación, donde permaneció largo tiempo despierto ponderando los pasos a dar al día siguiente, algo inquieto por las puertas y ventanas abiertas que eran la norma del establecimiento.

Le despertó de su primer sueño el frío hocico de un perro que se frotó contra su cara, y del segundo, un lagarto que trepaba sobre él; pero, al no ser un hombre nervioso, logró dormir profundamente al fin. Le sirvieron, temprano por la mañana, una taza de café en sus aposentos y, antes de que el tardío desayuno estuviera listo, ya había salido y cerrado sus preparativos para una visita a las tierras de don Miguel. Todo el mundo conocía a aquel caballero por su reputación, y no tuvo dificultad en conseguir los servicios de dos indios nativos, medio desnudos y de aspecto perezoso, para que actuaran como guías, quienes, junto con tres mulas desgarbadas destinadas a transportar al grupo, estaban a la puerta cuando terminó su comida. Se le advirtió que fuera bien armado, ya que, aunque la ruta hacia lo de don Miguel era antigua y muy transitada, siempre había más o menos peligro en aquel país. Una pistola o dos no estarían de más, aunque solo fuera para mantener a raya a sus descuidados guías. El señor Burton

agradeció los consejos, les dijo que nada temía y emprendió su largo, caluroso y tedioso camino: treinta millas a lomos de mula bajo un sol meridional, una tarea mucho más dura de lo que jamás había resultado para él un viaje de esa longitud. Al mediodía descansó un par de horas en una miserable posada junto al camino y tomó una comida de tortillas fritas, hecha tolerable por un postre de limas, plátanos y naranjas. Con una provisión de esta fruta refrescante en los bolsillos, desafió el sol de la tarde, decidido a llegar a la hacienda antes de que anocheciera. Al acercarse a su destino, el carácter del paisaje cambió. El ancho camino, cortado a través de palmerales y campos de maíz, con huertos de higueras y melocotoneros, se hizo más estrecho e irregular, y la superficie del terreno más accidentada. Ante él se alzaban colinas, cada vez más altas a medida que se alejaban, con algunos picos relucientes que parecían brillar por la nieve. Un aire fresco y tonificante descendía de ellos; el paisaje, aunque más salvaje, era hermoso y romántico en extremo. Cansado como estaba por el comportamiento de una mula que no deshonraba la reputación de su especie, el señor Burton disfrutó de la magnífica escena que se abría ante él al aproximarse a la hacienda de don Miguel. Esta se hallaba al pie de una montaña baja, la primera de la hermandad que la sobrepasaba y parecía mirar por encima de su hombro. Ricas llanuras, algunas de ellas muy cultivadas y otras cubiertas por los rebaños de un millar de cabezas de ganado, se extendían al pie de la colina, que estaba densamente arbolada y por la que saltaba una cascada centelleante, no más hermosa a la vista que prometedora de frescura para los pastos de abajo y de «derechos de agua» para las minas que se suponía se encontraban en algún lugar de los cañones de la montaña.

Antes de entrar en las tierras que acababa de alcanzar, el señor Burton aseguró alojamiento para la noche para sus peones en una choza junto al camino y, tras haberles recompensado generosamente, les despidió de su servicio, siguiendo adelante solo por el camino privado de carruajes que, a través de arboledas de árboles en flor y fragantes huertos de melocotoneros, conducía a la mansión larga, baja y espaciosa de don Miguel.

Por el sirviente que salió a recibirle, fue informado de que el señor de la casa se encontraba en ella, y pronto fue conducido a su presencia, en el fresco cuarto de estar de suelo de baldosas en el que descansaba esperando la hora de la cena.

Los poderes de seducción del señor Burton eran demasiado grandes, y su refinamiento demasiado real, como para no causar la impresión deseada en el caballero en cuya casa se había introducido. La fría cortesía con la que fue recibido al principio pronto adquirió un tinte de calidez, y fue con sincera cordialidad como don Miguel le ofreció la hospitalidad de su hogar y plena libertad para realizar todas las investigaciones que deseara en su propiedad. La aversión habitual del español por «los yanquis» parecía estar totalmente superada en el caso de don Miguel gracias a su amistad con su yerno, de quien pronto habló, anticipando el placer que le daría al doctor Seltzer conocer a un caballero llegado tan recientemente de su antiguo hogar, Nueva York. Por este motivo, hizo al forastero doblemente bienvenido. El señor Burton se interesó por su anfitrión y le tomó afecto, percibiéndole como un hombre inteligente, generoso y entusiasta; su corazón le reprochó su actitud al pensar en la misión por la que había acudido a este pequeño paraíso retirado, tan remoto del mundo y tan encantador en sí mismo que parecía que el mal debería haberlo olvidado.

Ambos habían conversado casi una hora cuando don Miguel dijo:

—Es ya nuestra hora de cenar. Permita que un sirviente le acompañe a sus aposentos, donde le daremos tiempo para al menos lavarse la cara y las manos tras su fatigoso viaje. Estaba tan entretenido con las noticias que me trae de los Estados que he descuidado su comodidad. El doctor Seltzer subió hoy a la montaña para ocuparse un poco de nuestros intereses mineros, pero espero su regreso en cualquier momento. Le encantará conocer a un compatriota.

Esta última afirmación la puso el señor Burton en duda, pues sabía que el remordimiento de una conciencia culpable aguijoneaba al poseedor con una inquietud que convertía cualquier evento inesperado en motivo de sospecha. Al cerrarse la puerta tras él en la cámara amplia y ventilada en la que fue introducido, se hundió durante unos momentos en una silla y algo parecido a un temblor sacudió sus nervios, habitualmente firmes. Se hallaba tan cerca del probable cumplimiento del objetivo que había perseguido durante dos años que, por un instante, la emoción le venció. Sin embargo, pronto se recuperó y, al cabo de quince minutos, cuando el peón entró de nuevo para anunciar la cena, había templado su valor con un abundante chorro de agua fría y nunca fue más él mismo que cuando puso el pie en el comedor. Un vistazo le indicó que el miembro ausente de la familia aún no había regresado; solo dos personas estaban presentes: su anfitrión y la hermosa mujer a quien presentó como su hija, la señora Seltzer. Los tres se sentaron a la mesa, que estaba cubierta con un elegante banquete cuyo primer plato era un pavo silvestre asado de excelente sabor.

Había una abundante provisión de porcelana y platería; el invitado no tardó ni cinco segundos en decidir que el antiguo boticario de Blankville —si es que este era en efecto la persona, como asumía con tal certeza— se había procurado unos aposentos envidiables.

Mientras su mirada penetrante descansaba en el exquisito rostro que le hacía frente al otro lado del «pálido espectro de la sal», no dejaba de preguntarse con angustia interna por qué no habría burlado antes a este aventurero, antes de que la joven criatura que veía ante él hubiera ligado su destino al del culpable.

Tan hermosa como nuestras fantasías más soñadoras de las mujeres españolas era ella, según el relato del señor Burton, y él no era dado al entusiasmo. Vio que ella estaba tan inquieta como un pájaro que echa de menos a su pareja, con sus ojos negros vagando constantemente hacia la puerta y su oído tan preocupado en escuchar el paso esperado que apenas reparaba en las observaciones que le hacía el forastero. Una vez le preguntó, con mucho interés, si había conocido al doctor Seltzer en Nueva York, pero al responder él negativamente, pudo adivinar que había caído en su estima, pues ella retiró de inmediato su atención de él.

Los sentidos del invitado estaban todos agudamente alerta; pero fue por el fuego repentino que saltó y se fundió en los ojos de la dama, y por el rico color que brotó en su hasta entonces oliva mejilla, como se informó de la proximidad de su esposo. Ella había oído el rápido galope de su caballo desde lejos y ahora permanecía sentada, muda y expectante, hasta que él llegara a la verja, cruzara el porche y entrara en la habitación. En tres minutos estaba en el comedor. El visitante le encontró de la manera que más habría deseado: cuando el hombre no estaba en absoluto advertido de visitas y no tenía oportunidad de ponerse una máscara. Exteriormente, el señor Burton estaba sereno como un día de verano, pero interiormente sus dientes estaban apretados para impedir que su lengua gritara: «¡Este es el hombre!». Cuando el doctor Seltzer percibió por primera vez a un extraño en la habitación y oyó a su

suegro decir: «Un compatriota suyo, de Nueva York, doctor», su leve sobresalto de sorpresa habría parecido natural para la mayoría; pero la persona cuya mirada cortés se encontró con la suya vio en ella el primer impulso de un recelo siempre presto, una alarma cubierta al instante por una falsa calidez de modales que le llevó a saludar al forastero con extrema amabilidad.

El recién llegado se retiró por un momento a su habitación para prepararse para la comida; al ocupar su lugar en la mesa, se trajeron platos calientes; la dama parecía haber recuperado también su apetito, echado a perder por su ausencia; siguió una hora alegre y social.

El doctor Seltzer podría haber sido bien parecido si sus ojos no hubieran poseído esa mirada esquiva e incierta que se agita ante un alma que no se atreve a enfrentarse francamente a sus semejantes, y si una expresión malvada no hubiera predominado en sus rasgos. Su rostro era de los que habrían despertado desconfianza en cualquier compañía inteligente de nuestra propia gente; pero los españoles con los que ahora se relacionaba estaban tan acostumbrados a la traición y a la falta de verdad entre su raza, y tan familiarizados con rasgos afines y sutiles ojos negros, que él, sin duda, nunca les había causado una impresión desfavorable. Un español era de corazón, y había encontrado en su vida actual una esfera afín. No es que todos los españoles sean necesariamente asesinos, pero su código del bien y del mal es diferente del nuestro. Don Miguel era un caballero excelente, honorable en un grado inusual para un mexicano, auténtico y optimista en sus sentimientos, y totalmente engañado respecto al carácter y los conocimientos de la persona a quien tanto había confiado. Era el sabor amargo en la copa de su triunfo asegurado lo que sentía el señor Burton: que, al acorralar al villano, debía conmocionar a este amable anfitrión y arruinar la felicidad de su inocente hija.

Después de la cena, se sentaron en el porche un par de horas. La luna media llena se hundió tras los bosques de árboles fragantes; las estrellas ardían en el cielo, grandes y, para un ojo del norte, preternaturalmente brillantes; el viento era delicioso por su calidez y dulzura; y la hermosa mujer, cuyos suaves ojos permanecían siempre en el rostro de su marido, parecía aún más encantadora bajo la clara luz de la luna. (A pesar de la seriedad de su relato, mi amigo se detuvo en estos detalles porque los observó en aquel momento y pasaron a formar parte de la narrativa en su mente).

La conversación versó principalmente sobre minería. El señor Burton poseía suficientes conocimientos científicos para hacer evidente que su expedición de exploración tenía el propósito de aumentar tales conocimientos. Antes de separarse por la noche, el doctor Seltzer había prometido escoltarle, al día siguiente, por toda la parte montañosa del rancho.

El visitante se retiró temprano, fatigado por su viaje; pero no durmió tan tranquilo como de costumbre. Le inquietaba el oneroso deber al que se había consagrado. Visiones de la dama, pálida de dolor y reproche, y de la entrevista que había resuelto mantener con el asesino, a solas en la ladera de la montaña, cuando, por la fuerza de la voluntad y lo repentino de la acusación, esperaba arrancarle la confesión deseada, le mantuvieron despierto largo tiempo. Una vez llegó a incorporarse en el lecho; pues, tendido en ese estado febril en que todos los sentidos se exaltan, oyó, o creyó oír, girar el pomo de la puerta y a una persona entrar silenciosamente en el aposento. Conociendo las propensiones al robo de los sirvientes españoles, no tuvo duda de que alguno de ellos había entrado con fines de pillaje; por lo tanto, permaneció quieto, pero listo para abalanzarse sobre el intruso si detectaba que se acercaba a la cama. La habitación estaba completamente a oscuras, pues la luna se había puesto hacía tiempo. Si

hizo algún sonido al incorporarse en su diván, o si el visitante abandonó su propósito en el último momento, solo pudo conjeturarlo; tras unos instantes de silencio absoluto, oyó que la puerta se cerraba suavemente de nuevo y fue consciente de estar solo. Poco después de esto se quedó dormido y despertó al alba para encontrar su bolsa y sus ropas intactas.

Fue convocado a un desayuno temprano, del que participaron solos los dos excursionistas; su compañero se mostró, si cabe, más sociable y amistoso que la noche anterior. Apenas había salido el sol cuando se levantaron de la mesa para montar en los caballos que les aguardaban a la puerta. Una cesta con el almuerzo estaba sujeta al pomo de la silla del doctor Seltzer, cuya última orden al sirviente fue que tuviera la cena a las cuatro, pues la necesitarían a su regreso. Entonces, a través de un mundo de rocío, frescor y perfume, reluciente con los primeros rayos del sol, los dos hombres partieron hacia las montañas.

Tras seguir un buen camino unas cinco o seis millas, comenzaron a trepar por la primera de la serie de colinas que se han mencionado. El camino aquí era aún tolerable; pero cuando se adentraron en la región inmediata a las minas se vieron obligados a abandonar sus caballos, que quedaron en un pequeño edificio perteneciente al rancho, y a proseguir a pie por las gargantas de la montaña.

El paisaje se volvió entonces salvaje más allá de lo meramente pintoresco: era estremecedor, desolado, grandioso. Por todas partes eran visibles rastros de viejas minas, explotadas antaño pero ahora abandonadas. Finalmente llegaron a un nuevo filón que estaba siendo trabajado con éxito por los peones de don Miguel. Había unos cuarenta de estos hombres trabajando bajo un capataz. El doctor Seltzer mostró a su compañero las recientes mejoras que se habían realizado; la maquinaria que él mismo había introducido y una parte de la cual había inventado; afirmando que, bajo el sistema que él mismo había implantado, don Miguel se estaba haciendo rico más rápido de lo que anteriormente creía posible. El arroyo de montaña, del que se decía que era visible desde gran distancia brillando de altura en altura, se empleaba aquí para el trabajo poco romántico de lavar el mineral y molerlo. El capataz fue llamado por el anfitrión para dar toda la información deseada al viajero, y aquí se realizó una larga visita. Se tomó el almuerzo bajo la fresca sombra de un saliente de roca; y entonces el doctor Seltzer propuso, si su visitante no estaba ya demasiado fatigado, llevarle más arriba, a un lugar que había descubierto justo el día anterior y que tenía todas las razones para creer que contenía un depósito de plata más rico que cualquier veta abierta hasta entonces; de hecho, pensaba que una fortuna yacía oculta en la salvaje garganta a la que se refería, e invitó ansiosamente a la observación científica de su huésped.

Esta era precisamente la oportunidad de estar a solas con su hombre que el señor Burton deseaba. Puede parecer extraño que se propusiera enfrentar al asesino con su culpa de esta manera solitaria, sin testigos que corroboraran cualquier testimonio que pudiera arrancar al culpable; pero el detective sabía lo suficiente de la naturaleza humana para saber que el criminal confrontado es casi siempre un cobarde, y no tenía miedo de que esta persona, si era culpable, acusada de su nombre falso y de su carácter más falso aún, se negara a hacer lo que él le exigía. Además, su principal objetivo, mucho más importante que el descubrimiento del asesino a sueldo real, era obtener del cómplice asustado una confesión plena y explícita de quién le había tentado al crimen, quién era realmente el asesino más culpable, cuyo dinero había pagado por el acto ante el cual su propia mano cobarde había retrocedido.

Fuerte en recursos que nunca le habían fallado, el señor Burton ansiaba el singular encuentro que había ideado.

Dejando atrás todo rastro humano, ambos treparon por un sendero accidentado y entraron en un cañón, por cuyo centro rugía un torrente espumoso y que era tan profundo y resguardado que, incluso a esta hora del mediodía, el camino era fresco y la luz del sol templada. Mientras caminaban o trepaban, ambos hombres se quedaron gradualmente en silencio. En qué podría estar pensando el doctor Seltzer, el señor Burton no lo sabía; su propia mente estaba absorta en la escena que esperaba el momento oportuno para representar. El doctor, que debía actuar como guía, se había quedado, de algún modo, rezagado.

—¿Qué dirección debo tomar? —preguntó el señor Burton poco después.

—Ascienda por el estrecho desfiladero a la derecha —gritó su compañero, apremiándole—, pero sea cauto con dónde pisa. Un traspié podría arrojarle sobre las rocas de abajo. En tres minutos estaremos en una región segura y hermosa, con nuestros pies, literalmente, pisando un suelo de plata.

Mientras hablaba así, se acercó más, pero la senda era demasiado estrecha para permitirle adelantarse, y el señor Burton continuó encabezando el camino.

Me he referido con tanta frecuencia a las sutiles percepciones del detective, a un magnetismo que rozaba casi lo maravilloso, que mi lector comprenderá cómo fue que el señor Burton, yendo así en vanguardia y sin mirar en absoluto a su compañero, sintió una curiosa sensación de hormigueo recorrer sus nervios. Llegó a la parte más angosta del peligroso camino. Una roca inmensa se alzaba como un muro imponente a la derecha; y a la izquierda, muy por debajo del saliente irregular, pedregoso y cubierto de zarzas por el que iba tanteando el paso, espumeaba y rugía el torrente sobre rocas que asomaban aquí y allá sobre el agua agitada. Directamente frente a él surgió un obstáculo en forma de una proyección de la roca de unos tres o cuatro pies de altura, cubierta de arbustos pequeños y resistentes, de uno de los cuales se asió para impulsarse hacia arriba.

Sin embargo, en lugar de subir, como su acción parecía indicar que iba a hacer, se giró y sujetó el brazo del doctor Seltzer. Su movimiento fue rápido como el rayo, pero no se produjo ni un momento demasiado pronto. El brazo que sostenía con un agarre de acero estaba alzado para golpear, y en la mano llevaba un puñal español.

Una luz furtiva y asesina, casi roja en su intensidad, ardía en los ojos que ahora se hundían ante los de él. Durante un instante, el frustrado asesino permaneció sorprendido; luego comenzó una lucha entre los dos hombres. El doctor Seltzer hizo esfuerzos desesperados por arrojar a su antagonista al torrente inferior; pero, aunque estaba frenético de rabia y odio, sus violentos esfuerzos no lograron su objetivo. Por el contrario, el señor Burton, calmado y dueño de sí a pesar de un instante de asombro, empujó a su adversario hacia atrás por el estrecho sendero hasta que ambos estuvieron en suelo firme, en medio de una pequeña meseta cubierta de hierba que habían atravesado poco antes; allí lo retuvo, tras haberle desarmado de su cuchillo.

Lo que había causado su asombro momentáneo fue el hecho de que el doctor Seltzer le conocía y sospechaba su objetivo, verdad que comprendió al instante al girarse y leer los ojos asesinos que se encontraron con los suyos. Ahora, mientras lo sujetaba, comentó:

—¿Otra puñalada por la espalda, George Thorley?

—Bien, ¿y a qué ha venido usted aquí, maldito detective de Nueva York?

—He venido para persuadirle de que testifique a favor del Estado.

—¿Sobre qué? —hubo un ligero cambio en la voz que revelaba, muy a su pesar, que el aventurero se sentía aliviado.

—Quiero que preste su testimonio por escrito y bajo juramento sobre quién fue la persona que le contrató, por la suma de dos mil dólares, para asesinar al señor Moreland, en Blankville, el 17 de octubre de 1857.

—¿Quién dice que yo le asesiné? ¡Bah! Debe de pensar que soy decididamente simple para que me engatuse o me asuste para que me incrimine.

—No perderemos el tiempo con palabras, Thorley. Le conozco, conozco toda su historia, todas sus malas acciones... o las suficientes como para colgarle. Llevo una orden de arresto en mi bolsillo que traje conmigo de los Estados. Podría haber traído una escolta de Acapulco y haberle arrestado de inmediato, sin darle ninguna oportunidad de dar explicaciones. Pero tengo mis propias razones para desear mantener este asunto en silencio; una de ellas es que no quiero que ningún informe prematuro alarme a su cómplice, sea hombre o mujer, quienquiera que sea, hasta que pueda poner mi mano sobre la persona adecuada.

—¿Qué le hace pensar que fui yo?

—No importa qué me lo haga pensar; no lo pienso, lo sé. Tengo el instrumento con el que cometió el acto, con sus iniciales en el mango. Tengo la carta que escribió a su cómplice reclamando su recompensa. En resumen, tengo pruebas suficientes para condenarle dos veces. La única esperanza que tiene de recibir clemencia de mi parte es haciendo de inmediato todo lo que le pida, que es dar una declaración escrita completa, bajo su nombre real, de todas las circunstancias que condujeron al asesinato.

—No soy tan tonto como para anudarme la soga al cuello.

Al dar esta respuesta, hizo un potente movimiento brusco para zafarse de la desagradable posición en la que se encontraba. El señor Burton sacó un revólver del bolsillo de su pecho, comentando:

—No le sujetaré, Thorley; pero tan seguro como que haga un intento de escapar, le dispararé. Supongamos que lograra librarse de mí, ¿de qué le serviría? Sus perspectivas aquí estarían arruinadas, pues yo le desenmascararía ante don Miguel. Tendría que huir de esposa, patria y fortuna; lo único que conservaría sería su rascacielos vida, que no me propongo, por el momento, arrebatarle.

—La vida de un hombre es su mejor posesión.

—Una verdad que habría hecho bien en recordar antes de arrebatar la vida de otro. No puedo hablar con un canalla como usted, Thorley; me duele el cuerpo de las ganas de infligirle el castigo que merece. Es por el bien de otros en quienes estoy interesado por lo que le doy esta única oportunidad de clemencia. Aquí tiene papel, pluma y tinta; siéntese en esa piedra de ahí y escriba lo que le he pedido.

—¿Qué seguridad me ofrece contra las consecuencias de incriminarme? Quiero que prometa que no saldré perjudicado por ello.

—Está usted demasiado bajo mi poder como para exigirme promesas. Sin embargo, accederé a esto, como dije antes, por el bien de otros: dejarle libre de la orden de arresto que poseo contra usted y no poner nunca a los oficiales de la justicia tras su rastro. Una cosa, no obstante, debo hacer y haré. No puedo abandonar este paraíso, en el que se ha arrastrado usted como la serpiente, sin advertir a don Miguel sobre qué clase de criatura está confiando y dando refugio.

—¡Oh, no haga eso, señor Burton! Me echará de nuevo al mundo y estaré expuesto a las mismas tentaciones de siempre... y aquí estaba llevando una vida mejor... de verdad... reformado, totalmente reformado y arrepentido.

—Tan reformado y arrepentido, tan excelente, que solo mi propia prudencia ha impedido, hace un momento, que me matara y me arrojara a este conveniente barranco.

—Todo estaba en juego, ya lo sabe. Estaba desesperado. Debe perdonarme. No sería natural que me sometiera a ver cómo me arrebataban todo lo que había ganado... mi vida peligraba. Le reconocí apenas cinco minutos después de sentarme a la mesa de la cena anoche.

—No tenía idea de que me hubiera visto alguna vez —dijo el señor Burton, dispuesto a oír cómo era que este hombre le conocía, cuando él nunca se había encontrado con Thorley hasta ayer.

—Me interesé, una vez, en un caso de falsificación en el que usted fue empleado para detectar a los criminales mediante el examen de varias caligrafías que le entregaron. Usted acusó a un conciudadano muy respetable, para asombro de todo el mundo, y le condenó también. Yo, a quien él había empleado como agente en algunas transacciones, pero que no aparecí de ninguna manera en el caso, le vi en la sala del tribunal una o vez o dos. Descubrí por accidente que usted era un agente secreto de la policía de detectives. Cuando le vi aquí, haciendo el papel de caballero científico, mi conciencia no estaba tan tranquila como para cegarme. Vi el juego y lo que estaba en juego. Tenía que elegir entre mi propia seguridad o la suya. No fui tan abnegado como para decidir a su favor, y así...

—Me visitó en mi habitación anoche.

—Sí. Pero, pensándolo mejor, decidí que el día de hoy me daría una oportunidad mejor. De haber esperado un segundo más, sus amigos habrían tenido difícil rastrear su destino. Una excusa ante mi suegro de que había regresado a Acapulco sin detenerse, por una ruta más cercana, habría acabado con cualquier indagación aquí —apretó los dientes al concluir, incapaz de ocultar cuánto lamentaba que este conveniente desenlace hubiera sido interrumpido—. ¿Fue el azar lo que le hizo girarse? —continuó tras un momento de silencio.

—Fue la vigilancia. Me pareció ver intenciones asesinas en sus ojos una vez antes, hoy, cuando me encontré con ellos de repente; pero como me creía desconocido para usted, apenas pude dar crédito a

mi propia impresión. Sin embargo, fue creciendo en mí mientras avanzábamos, y por el «hormigueo de mis costillas», me giré a tiempo para evitar el cumplido que estaba a punto de hacerme. Pero esto es perder el tiempo. Escriba lo que espero de usted. No permitiré mentiras. Sé distinguir una cuando la veo o la oigo. Si dice algo que no sea cierto, le haré corregirlo.

Coaccionado por el ojo que nunca dejaba de vigilar su más mínimo movimiento y por el revólver apuntando a su pecho, el reacio médico tomó la hoja de papel y la pluma estilográfica que se le ofrecieron, se sentó en la piedra y, con la parte superior de su sombrero como escritorio, escribió lentamente durante diez o quince minutos. Luego se levantó y entregó el documento, que estaba firmado con su nombre real, al detective, quien, con un ojo en su prisionero y otro en el papel, procedió a leer la evidencia sin dar a su compañero la oportunidad de aprovecharse de ninguna relajación de su vigilancia.

—Ha dicho la verdad por una vez en su vida —fue su comentario al terminar de leer el papel—. Yo mismo había descubierto esto, dato por dato, todo salvo uno o dos detalles que usted ofrece aquí; pero prefería tener su testimonio antes de presentar el asunto ante las partes correspondientes, por eso vine aquí a por ello —hablando como si un viaje a Acapulco fuera una de las cosas más fáciles y comunes del mundo.

—Es usted endemoniadamente frío al respecto —comentó el aventurero, mirando a su adversario con una mirada de odio en la que se mezclaba una admiración forzada por una agudeza que, de haberla poseído él mismo, habría utilizado con gran provecho—. Y ahora, quizá tenga la bondad de decirme si el asunto armó mucho revuelo.

—No puedo hablar con usted. Quiero que encabece el camino de regreso a nuestros caballos, pues, ya que mi negocio con usted ha terminado, puedo decir que no me gusta su compañía. Debe venir conmigo ante don Miguel, y le ilustraremos sobre su verdadero carácter, ya que con él estar «prevenido es estar armado».

—¡Oh, no haga eso! Le ruego que me perdone por el bien de mi esposa... ¡la mataría, me ama tanto! — y la criatura cayó de rodillas.

—Preferiría, en efecto, antes que marchitar su corazón inocente con tal conocimiento, permitirle seguir representando su papel en esa pequeña familia; pero sé que, tarde o temprano, se las ingeniará para romper el corazón de esa mujer confiada, y podría ser peor en el futuro que incluso ahora. Aún no tiene hijos; es joven, y la herida puede sanar. Es un deber desagradable que debo cumplir.

Siguió una escena de ruegos, oraciones e incluso lágrimas por una parte, y un propósito implacable por la otra.

Capítulo 7: De nuevo hacia el hogar

El doctor Seltzer y su científico amigo descendieron de la montaña, llegando al florido camino de carruajes que conducía a la mansión cerca de las cuatro de la tarde; pero aquí, el primero hizo girar repentinamente a su caballo y partió hacia Acapulco a toda velocidad. El señor Burton no le disparó para detenerle; si deseaba huir de la horrible denuncia a la que no tenía el valor de enfrentarse, ya no

era asunto del detective. Aquella misma huida probaría su culpabilidad de forma aún más incontestable. Fue con una punzada de piedad como observó a la dama salir al porche con el rostro iluminado por la esperanza de encontrarse con su esposo; él respondió a su pregunta diciendo que el doctor había bajado por el camino sin decir cuánto tiempo pensaba estar fuera y, solicitando una entrevista privada con don Miguel, expuso ante él de inmediato y sin ambages los dolorosos hechos.

Por supuesto, el don quedó conmocionado y afligido más allá de toda expresión, más por su hija que por él mismo; y se culpó severamente por haber introducido en su confianza a un extraño sin las credenciales adecuadas. Si el asesinato se hubiera cometido por celos, ira o por cualquier impulso pasional, no habría pensado tan mal del joven; pero que se hubiera hecho por dinero era para él un crimen y una deshonra irreparables.

El señor Burton había pensado en regresar a Acapulco aquella misma tarde, considerando que su presencia no podía ser grata para la familia en tales circunstancias; pero don Miguel le prohibió terminantemente intentar el viaje a tan avanzada hora, pues resultaría peligroso en cualquier momento y, ahora, si el doctor deseaba vengarse de quien le había delatado, no podría presentarse mejor oportunidad que aquel camino solitario donde podría aguardar a su paso. El señor Burton no estuvo presente en la entrevista que siguió entre el padre y su hija; no volvió a ver a la hermosa joven esposa, pues abandonó la hacienda a primera hora de la mañana siguiente; pero su padre le informó de que ella recibió las noticias mejor de lo que esperaba... ¡simplemente porque se negaba a creer en la culpabilidad de su marido!

Don Miguel y dos de sus sirvientes acompañaron al señor Burton durante todo el camino de vuelta a la ciudad; el don afirmaba que tenía asuntos que requerían una visita a la ciudad tarde o temprano, aunque su invitado sabía muy bien que su verdadero objetivo era protegerle de cualquier peligro que pudiera amenazarle. Por ello le estuvo agradecido, aunque su valor no flaqueaba ni ante la idea de un asesinato por la espalda.

Permaneció retenido en Acapulco varios días antes de tener oportunidad de partir hacia el istmo. Durante ese tiempo supo, por un mensajero que le envió don Miguel, que durante la ausencia de este de la casa en los dos días de su viaje de ida y vuelta a la ciudad, el doctor Seltzer había regresado allí, se había apoderado de cada artículo de valor que podía llevar consigo —incluyendo las joyas de la dama que ella había heredado de su madre y una gran suma en oro— y había persuadido a su esposa para que acompañara su errática fortuna hacia alguna región desconocida. En la carta que don Miguel escribió al forastero, se expresaba como alguien a quien habían robado y dejado desolado. No era la pérdida de dinero o joyas, sino la pérdida de su pobre, confiada y amada hija en lo que se detenía. La naturaleza de la dama era una de esas impulsivas y apasionadas que deben amar, incluso sabiendo que el objeto de su afecto no es digno de él. Ningún acto que su marido pudiera cometer le haría ser para ella otra cosa que el hombre con cuyo destino estaba ligado el suyo «para bien o para mal». El señor Burton dobló la carta con un suspiro; ningún poder suyo podía enmendar el destino de aquella joven criatura, que prometía ser tan triste.

Mientras permaneció en aquel lugar ruinoso, tomó precauciones extraordinarias para asegurar su propia integridad; pues creía que el doctor Seltzer, o George Thorley, buscaría vengarse de él, no solo por la venganza en sí, sino para silenciar la acusación que él podría llevar de vuelta a los Estados. Fue una

suerte que fuera tan cuidadoso ya que, entre otras pruebas de que estaba siendo perseguido, ocurrió lo siguiente: Una tarde, mientras estaba sentado en el gran y ventilado corredor del hotel, entró una anciana con una cesta y le ofreció venderle unas naranjas particularmente hermosas. Compró un par de las más grandes y estaba a punto de comerse una cuando observó que la mujer no ofrecía la fruta a ningún otro cliente; ante esto, la observó más de cerca y se convenció de que algo no iba bien. Cuando ella se hubo demorado un rato para notar si comía la fruta, él salió a la calle y, en su presencia, llamó a un cerdo vagabundo al que alimentó con trozos de la naranja. Cuando vio esto, la vieja bruja, que era una india, desapareció rápidamente, y poco después el cerdo murió.

Fue, por tanto, con sentimientos de satisfacción como el detective se despidió finalmente de Acapulco en un vapor de vuelta. Había esperado algún tiempo en el istmo, donde los días se le hicieron pesados, pero se había consolado con su lema sobre la paciencia; y ahora, según me aseguró al concluir su relato: «Si el cielo nos concede un pasaje propicio a casa, llegaremos a tiempo... todo irá bien».

Amanecía cuando el señor Burton terminó su narración; la lluvia había cesado, pero una niebla espesa colgaba sobre el mar y la tierra, volviéndolo todo sombrío y desagradable.

—Debo irme ahora y despertar a mi niña —dijo levantándose.

—Pero no me ha leído la confesión escrita de ese Thorley.

—Richard, debe perdonarme si no considero oportuno permitirle leerla por el momento. Tengo un propósito al respecto, o no le ocultaría ninguna de mis informaciones. Esa confesión no me sorprendió; conocía al asesino hace mucho tiempo, pero no podía probarlo. Pronto descansará usted respecto a este asunto. Solo ruego, ahora, por una travesía rápida y que Leesy Sullivan esté viva cuando lleguemos a Nueva York. ¡Richard! —añadió con un gesto apasionado—, no se imagina en qué fiebre constante me encuentro... tengo tanto miedo de que lleguemos demasiado tarde. No podría soportar el horror que eso supondría para mí.

Y, en efecto, parecía en aquel momento que mi propio interés absorbente apenas igualaba al de mi compañero, quien, sin embargo, no tenía nada en juego, mientras que yo tenía tanto. No solo entonces, sino en varias otras ocasiones durante el resto de nuestro viaje, expresó tanta ansiedad por que la señorita Sullivan no hubiera muerto antes de nuestra llegada a casa que yo, que siempre me torturaba con conjeturas, reavivé mis sospechas de que ella estaba relacionada con el asesinato.

Entretanto, el sol salió sobre el ajetreo del desembarco del vapor a los vagones. Afortunadamente, la niebla se disipó hacia las ocho y pudimos disfrutar del magnífico paisaje a través del cual nos lanzaban los vagones; un paisaje tan en desacuerdo, en su desenfreno y la exuberancia de su follaje y el aspecto recóndito de su belleza, con aquella ruidosa maravilla de la civilización que esparcía su diluvio ardiente de chispas a lo largo del sendero de espléndidas flores tropicales que nos saludaban, a veces, en largos festones de flores desde las ramas más altas de árboles gigantescos.

Nada ocurrió que empañara la tranquilidad del viaje de regreso. En el día previsto, desembarcamos en el muelle de Nueva York y puse pie en tierra con un curioso sentimiento de agitación, ahora que nos acercábamos tanto al final de nuestros esfuerzos, que casi me hacía sentir mareado. Tomamos un carruaje y nos dirigimos a casa del señor Burton; el ama de llaves le esperaba, de modo que encontramos la casa preparada para nuestra recepción. Se sirvió una cena excelente a la hora habitual,

pero yo no pude comer. El apetito y el sueño huyeron ante mis absorbentes anticipaciones. Mi anfitrión, que notó mi intensa y reprimida agitación, me prometió, antes de retirarme a descansar, que mañana, si Dios quiere, los lugares secretos de los malvados quedarían al descubierto; que yo mismo y todos los interesados seríamos testigos del triunfo de los inocentes y de la confusión de los culpables.

Capítulo 8: La hora señalada

Me levanté de mi lecho de insomnio para afrontar este, el día más memorable de mi vida. Si comí o bebí, no lo sé; pero noté que el semblante del señor Burton lucía un aspecto peculiar, iluminado, como si su alma se regocijara interiormente por una victoria alcanzada. Sin embargo, seguía habiendo en él preocupación y cierta perplejidad. Inmediatamente después del desayuno, se propuso salir, diciendo:

—Richard, quédate aquí un par de horas con Lenore hasta que averigüe si la señorita Sullivan está viva o muerta. No me habría acostado anoche sin saberlo de no haber tenido un fuerte dolor de cabeza. Este es ahora el primer paso en los deberes del día. En cuanto sea posible, informaré de los progresos —y salió.

El tiempo de su ausencia se me hizo muy largo. Lenore, dulce niña, con gran parte de la percepción de su padre, vio que yo estaba inquieto e impaciente, e hizo muchos esfuerzos encantadores por entretenerme. Me cantó algunas de las mejores piezas musicales, mientras yo vagaba por los salones como un tigre malhumorado. Al cabo de dos horas, mi amigo regresó, con aspecto menos perplejo que cuando salió.

—¡Dios es bueno! —dijo estrechándome la mano, como felicitándome—. Leesy Sullivan está viva, pero muy débil. Apenas puede emprender un viaje; pero, desde que le he explicado el objetivo, ha accedido a venir. Dice que está tan cerca de las puertas de la muerte que no importa cuán pronto las cruce; y está dispuesta, por el bien de otros, a soportar una prueba de la que naturalmente podría rehuir. Hasta aquí, todo va bien.

¿Era esa prueba de la que hablaba el dolor que ella debía sentir al confesarse implicada en este asunto? ¿Pensaba él, y la había persuadido, de que, puesto que estaba demasiado acabada para que la ley la alcanzara, podía ahora confesar un secreto oscuro y peligroso?

No podía responder a las preguntas que mi mente se empeñaba en formular. «Solo faltan unas pocas horas», me susurré.

—Iremos a Blankville en el tren de la tarde —continuó—. Leesy nos acompañará. Hasta entonces, no hay nada que hacer.

Preferiría haber estado picando piedra o cargando barriles que haberme quedado ocioso; pero, como el detective deseaba que permaneciera en la casa como precaución para no encontrarme con ningún conocido curioso en las calles, me vi obligado a lo más tedioso de todo: esperar. Las horas pasaron al fin, y el señor Burton salió primero con un carruaje para llevar a la señorita Sullivan a la estación, donde yo debía reunirme con él a tiempo para el tren de las cinco. Cuando la vi allí, me pregunté cómo tenía fuerzas para soportar el trayecto; se veía tan demacrada... apenas una chispa de vida parpadeante que un soplo podría extinguir. El señor Burton tuvo casi que llevarla en brazos al vagón, donde la

acomodó en un asiento con su abrigo a modo de almohada. Nos sentamos frente a ella y, cuando esos ojos grandes e insondables se encontraron con los míos, todavía ardiendo con su antiguo brillo bajo la frente pálida, no puedo describir las sensaciones que me invadieron. Todas aquellas escenas extrañas por las que había pasado en la villa Moreland reflotaron y me envolvieron en un extraño hechizo, hasta que olvidé en qué lugar estábamos o que nos rodeaban otras personas. Cuando el tren salió rápidamente de la ciudad, aumentando la velocidad al superar los alrededores, Leesy pidió que se abriera la ventana.

El aire era frío y fresco; sus labios febriles lo bebieron como una pócima revitalizante. Miraba alternativamente a ella y al paisaje, ya encendido con el rojo del atardecer temprano. Era un día de diciembre, frío pero radiante; el suelo estaba congelado y el río centelleaba con el azul agudo del acero astillado. El estandarte rojo del crepúsculo colgaba sobre los Palisades. Viví realmente tres años en aquel corto trayecto —los tres años pasados— y cuando llegamos a nuestro destino, caminaba como en sueños. Era ya noche cerrada cuando bajamos en Blankville, aunque la luna brillaba. Una mujercita ajetreada pasó ante nosotros cargando una gran sombrerera; se la entregó al mozo del expreso del pueblo, diciéndole que tuviera mucho cuidado con ella y que la llevara de inmediato a casa del señor Argyll.

—Supongo que contiene el sombrero de la boda —dijo él con una carcajada.

—Así es, y el vestido también, todo elegido por mí —dijo la mujercita con aire de importancia—. Llévelo usted mismo en la mano, señor, y no permita que nada se le acerque.

Al oír estas palabras, un rubor ardiente me subió a la cara. Que Mary Argyll ya estaba casada, o esperaba estarlo muy pronto, lo sabía; pero no podía oír esta referencia a la boda, ni ver este preparativo, sin un dolor agudo. Sin embargo, ¿qué me importaba a mí?

El señor Burton también había oído el breve coloquio, y noté que sus labios se apretaban con una expresión feroz cuando pasamos bajo la farola que iluminaba el cruce. Nos llevó al hotel junto a la estación. ¡Oh, qué asfixiante, qué cercano se volvía el recuerdo! A este edificio habían llevado al pobre Henry en aquella mañana desdichada. Parecía que hubiera sido ayer. Creo que Leesy lo estaba recordando todo, pues cuando le trajeron una taza de té por orden del señor Burton, la rechazó con repugnancia.

—Leesy —dijo él mirándola con firmeza y hablando en un tono de mando elevado—, no quiero que me falles ahora. La prueba terminará pronto. Ármate de valor con todas las fuerzas que tengas. Ahora, voy a salir unos momentos, quizá media hora. Cuando regrese, ambos estaréis listos para venir conmigo a casa del señor Argyll.

Yo estaba casi tan conmocionado por esta perspectiva como la frágil mujer que permanecía temblando en un rincón del sofá. Entrar en aquella casa de la que había partido con tal ignominia... ver a Eleanor cara a cara... encontrarme con todos los que una vez fueron mis amigos... saludarlos como extraños, pues eso eran... ¡debían serlo para mí!... aparecer entre ellos en tales circunstancias... oír no sabía qué... desentrañar aquel misterio... sentí el corazón como cercado por el hielo; apenas podía latir y lo sentía frío en mi pecho.

Tanto Leesy como yo nos sobresaltamos cuando el señor Burton apareció de nuevo en la habitación.

—Todo va bien hasta ahora —dijo con una voz clara y jovial que, no obstante, tenía el matiz agudo de la emoción—. Vamos, ahora; no desperdiciemos los momentos de oro, pues la hora está señalada.

Tuvimos que ofrecer cada uno un brazo a la señorita Sullivan, que apenas podía dar un paso tras otro. Caminamos lentamente por aquel sendero que nunca había recorrido desde la noche del asesinato sin un escalofrío. Un gemido bajo salió de los labios de Leesy cuando pasamos por el lugar donde se había descubierto el cuerpo de Henry Moreland. Al poco llegamos a la verja de la propiedad de los Argyll, y aquí el señor Burton volvió a dejarnos. «Seguidme en cinco minutos», dijo. «Venid a la puerta de la biblioteca y llamad; y, Richard, deseo particularmente que te sientes junto al ventanal».

Subió por el camino y entró en la casa sin parecer llamar al timbre, dejando la puerta abierta tras de sí. Miré mi reloj bajo la luz de la luna, obligándome a contar los minutos para estabilizar mi cabeza, que era todo un torbellino. Cuando el tiempo expiró, ayudé a Leesy a avanzar por el vestíbulo en penumbra hasta la puerta de la biblioteca, donde llamé según las instrucciones y fui admitido por el propio señor Argyll.

Había una luz brillante que brillaba desde la lámpara de araña, iluminando plenamente la habitación. En medio de un torrente de recuerdos, entré; pero mi cerebro, que antes había estado febril y mareado, se volvió de repente tranquilo y frío. Cuando el señor Argyll vio que era yo, retrocedió ligeramente y no me saludó en absoluto. Un vistazo me aseguró que todos los miembros de la familia estaban presentes. Eleanor estaba sentada en un sillón cerca de la mesa central; Mary y James ocupaban el mismo sofá. Eleanor me miró con una especie de asombro pálido; James asintió cuando mi mirada se cruzó con la suya, con el rostro expresando sorpresa y desagrado. Mary se levantó, vaciló y finalmente se adelantó diciendo:

—¿Cómo estás, Richard?

Le hice una reverencia, pero no tomé su mano extendida, y ella regresó a su lugar cerca de James. Mientras tanto, el propio señor Burton acomodaba a Leesy Sullivan en un sillón. Yo caminé hacia adelante y tomé asiento cerca de la ventana. Tuve tiempo de observar la apariencia de mis antiguos amigos y estaba lo bastante calmado para hacerlo. El señor Argyll había envejecido mucho más rápido de lo que el tiempo justificaba; su figura estaba algo encorvada y todo su aspecto era débil; me dolió al notar esto como si fuera mi propio padre, pues una vez le había querido tanto como a tal. Mary lucía igual que cuando la había visto tres meses atrás, en aquella visita subrepticia al roble: lozana y hermosa, la imagen de lo que Eleanor fue una vez. Eleanor, sin duda, estaba más blanca de lo habitual, pues mi aparición la había sobresaltado; pero había la misma mirada absorta, lejana y espiritual en sus rasgos que habían mostrado desde aquel día en que se unió al espíritu de su amante.

El señor Burton giró la llave en la cerradura de la puerta que daba al vestíbulo; luego cruzó y cerró la puerta del salón, y se sentó junto a ella diciendo al hacerlo:

—Señor Argyll, le dije hace unos momentos que tenía noticias de importancia que comunicar, y me tomo la libertad de cerrar estas puertas, pues sería muy desagradable que nos interrumpieran o que alguno de los criados oyera algo de lo que tengo que decir. Quizá adivinen la naturaleza de mi comunicación por el hecho de haber traído conmigo a estas dos personas. No querría inquietar a ninguno de ustedes introduciendo este tema doloroso si no creyera que preferirían saber la verdad,

aunque sea triste revivir el pasado. Pero debo rogarles que mantengan la calma y escuchen tranquilamente lo que tengo que decir.

—Estaré muy tranquila; no tenga miedo —murmuró Eleanor, debilitándose aún más, pues era a ella a quien él dirigía particularmente el mandato.

Yo estaba tan ocupado con ella que no noté el efecto en los demás.

—Señor Argyll —continuó el detective—, nunca he abandonado un caso de este tipo hasta haber desentrañado su misterio hasta el último hilo. Han pasado casi dos años desde que supusieron que dejé de esforzarme por descubrir al asesino de Henry Moreland. Pero nunca, ni un solo día, he permitido que el caso quedara inactivo en mi mente. Siempre que he tenido tiempo libre, he seguido parcialmente cada pista que se puso en mis manos en el momento en que discutimos el asunto por primera vez. No fueron solo las tristes circunstancias de la tragedia lo que le dio un interés inusual para mí. Llegué a sentir un gran afecto por su familia y, como desde el principio —sí, desde la primera hora en que oí hablar del asesinato— creí haber descubierto al perpetrador, no podía permitir que el asunto se hundiera en el silencio. Recuerdan, por supuesto, nuestra última entrevista. Se presentaron algunas ideas a las que entonces me opuse. Ya saben cómo terminó la discusión de todos los hechos conocidos en aquel momento. Sus sospechas recayeron sobre alguien que había sido un miembro honrado y favorecido de su familia; temían, aunque no estaban seguros, que Richard Redfield hubiera cometido el acto. Me dieron todas las razones que tenían para sus opiniones; buenas razones, algunas de ellas; pero yo combatí entonces la idea. Sin embargo, me afectó más o menos lo que dijeron y les dije, antes de partir, que si tenían tales sentimientos hacia el joven, no debían permitir que siguiera siendo miembro de su familia. Creo que él llegó a comprender la luz bajo la cual lo consideraban y poco después abandonó el lugar, y desde entonces ha estado la mayor parte del tiempo en Washington, empleado allí como administrativo en la oficina de cartas muertas. Creo ahora, señor Argyll, que no andaban muy errados en sus conjeturas. ¡He descubierto al asesino de Henry Moreland y puedo darles pruebas positivas de ello!

Esta afirmación, pronunciada con parsimonia, causó la sensación que era de esperar. Eleanor, con todo su largo hábito de autocontrol, soltó un ligero grito y comenzó a temblar como una hoja. Exclamaciones brotaron de los labios de todos —creo que James profirió un juramento, pero no estoy seguro—; pues yo, quizá más que cualquier otro en la habitación, estaba en ese momento anonadado. Al asaltarme la idea de que el señor Burton había estado fingiendo conmigo y que había tomado estas precauciones para tenerme totalmente bajo su poder, donde no pudiera defenderme, me puse en pie.

—Siéntese, señor Redfield —me dijo el detective con severidad—. No hay vía de escape para el culpable —y levantándose, tomó la llave de la puerta y se la guardó en el bolsillo, dándome una mirada difícil de interpretar.

Me senté de nuevo, no tanto porque él me lo dijera, sino porque estaba paralizado por el asombro; al hacerlo, me encontré con los ojos de James, que reían silenciosamente con un triunfo tan odioso que, en aquel momento, me parecieron los ojos de un demonio. Todos los sentimientos que, en diversos momentos, habían surgido por este terrible asunto no eran nada comparados con los que me abrumaron durante los pocos instantes que siguieron. Mi pensamiento recorrió muchas vías con la rapidez del rayo, pero no pude hallar luz al final de ninguna de ellas. Empecé a creer que George Thorley, en su

confesión, me había incriminado —a mí, que no le conocía, que nunca había hablado con él— y que esta era la razón por la que el señor Burton me había ocultado aquel documento: ¡fingiendo falsamente amistad mientras me conducía al foso! Si era así, ¿qué enemigo secreto tenía yo que pudiera instruirle para cargar el muerto a mi puerta? Si me había acusado, era bien consciente de que muchas pequeñas circunstancias podían retorcerse para reforzar la acusación.

Me quedé allí mudo. Pero siempre hay fuerza en la inocencia, ¡incluso cuando es traicionada por sus amigos! Así que permanecí quieto y escuché.

—Cuando se comete un crimen como este —prosiguió el detective, totalmente calmado en medio de nuestra agitación—, solemos buscar el móvil. Después de la avaricia, las pasiones de venganza y celos son las más frecuentes. Sabemos que el dinero no tuvo nada que ver con la muerte de Henry Moreland; la venganza y los celos, sí. Vivía en Blankville hace tres o cuatro años un joven, un boticario, llamado George Thorley; ¿lo recuerda, señor Argyll?

El señor Argyll asintió con la cabeza.

—Era un aventurero, instruido por sí mismo en medicina, sin principios. Poco después de establecerse en su aldea, se enamoró de esta mujer aquí presente, la señorita Sullivan. Ella le rechazó, tanto porque tenía una vaga percepción de su verdadero carácter como porque estaba interesada en otro. Ella me permite decir aquí lo que ya nos confesó una vez: que amaba a Henry Moreland; lo amaba pura y desinteresadamente, sin más deseo que su felicidad y sin esperanza de ser nunca nada más para él que la costurera de su madre, a quien él dispensaba algunos actos de bondad. Pero George Thorley, con la agudeza de los celos, descubrió su pasión, que ella suponía oculta a los ojos mortales, y concibió el odio brutal de una naturaleza baja contra el joven caballero, que ignoraba tanto su existencia como sus sentimientos. Hasta ahí, no se había hecho daño y el mal nunca podría haber surgido de ello, pues Henry Moreland se movía en una esfera diferente a la suya y nunca habrían llegado a entrar en contacto. Pero otro pecho estaba también poseído por el demonio de los celos. Un allegado de su familia había aprendido a amar a su hija Eleanor; no solo a amarla, sino a considerar la fortuna y la posición que le conferiría un matrimonio con ella como algo extremadamente deseable. No pudo reconciliarse con el compromiso formal que se estableció entre la señorita Argyll y el señor Moreland. Abrigó malos pensamientos, que se volvieron más amargos a medida que la felicidad de ellos se hacía más evidente. Una vez, estaba junto a la verja de este jardín cuando la joven pareja pasó a su lado, saliendo a pasear juntos. Los miró con una mirada oscura, expresando en voz alta, inconscientemente, el pensamiento de su corazón; dijo: «¡Le odio! ¡Desearía que estuviera muerto!». Al instante, para su sorpresa y consternación, una voz respondió: «Estoy con usted en eso... ¡no lo desea tanto como yo!». Quien hablaba era Thorley, quien, al pasar, se había detenido ante la joven pareja que salía por la verja y se había quedado, también, mirándolos alejarse. Fue una coincidencia desafortunada. El primer orador miró al segundo con ira y disgusto; pero se había delatado y el otro lo sabía. Rió con insolencia mientras se alejaba pero, al poco, regresó y susurró: «No me importaría quitarle de en medio si me pagaran bien por ello». «¿Qué quiere decir?», inquirió el otro con ira, y la respuesta fue: «Justo lo que digo. Le odio tanto como usted; usted tiene dinero, o puede conseguirlo, y yo no. Págueme bien por el trabajo y se lo quitaré de en medio tan eficazmente que ya no interferirá más en sus planes». El joven caballero fingió estar, y quizá lo estuvo, indignado. El tipo se marchó con una sonrisa burlona; pero sus palabras dejaron, como él pensaba que harían, su veneno tras de sí. En menos de un mes desde aquel

momento, la persona había buscado a Thorley en su escondite de la ciudad —pues, recordarán, había sido expulsado de Blankville por el clamor de la opinión pública— y había conferenciado con él sobre la posibilidad de quitar de en medio al joven Moreland sin riesgo de que se descubriera a quienes habían participado en ello. Thorley accedió a encargarse de todo sin riesgo para nadie. Quería tres mil dólares, pero su cómplice, que sabía que usted estaba a punto de retirar dos mil de un banco en Nueva York, le prometió esa suma, con la que él aceptó conformarse. Se esperaba y planeó que el asesinato se cometiera en la ciudad; pero, al acercarse el momento de llevarlo a cabo, no se presentó la oportunidad. Finalmente, como el vapor en el que Thorley deseaba huir a California estaba a punto de zarpar y no se ofrecía nada mejor, decidió seguir al señor Moreland en el tren de la tarde y apuñalarlo, al amparo de la lluvia y la oscuridad, en algún lugar entre la estación y la casa. Así lo hizo; luego, temiendo tomar el tren por miedo a ser sospechoso, bajó por los muelles, se apoderó de un pequeño bote que estaba amarrado por una cadena, rompió la cadena y remó río abajo, completamente protegido por la tormenta de la observación humana. La mañana siguiente le encontró en Nueva York, con el atuendo, el cutis y el cabello cambiados, sin nada en él que despertara la menor sospecha de que estaba relacionado con la tragedia que empezaba a conocerse. Sin embargo, escribió una carta dirigida a John Owen, en Peekskill, en la que declaraba en términos oscuros que el instrumento con el que se cometió el asesinato se encontraría oculto en cierto roble de esta propiedad y que sería mejor encargarse de él. Tengo la carta y el instrumento roto. El modo en que llegó a ocultarse en el árbol fue este: tras el asesinato, al estar tan bien resguardado por la tormenta, fue lo bastante audaz para acercarse a la casa con la esperanza de comunicarse con su cómplice y recibir el dinero directamente de sus manos, lo que evitaría a este último la necesidad de hacer un viaje a Brooklyn para pagarlo. No vio rastro de él, sin embargo; percibiendo que podía mirar al salón a través de la mitad superior abierta de la contraventana trepando al gran roble de la esquina, lo hizo; y estuvo mirándoles a todos durante unos minutos aquella noche. Al notar por la luz que brillaba desde la ventana que el instrumento estaba roto por la punta, comprendió de inmediato lo importante que era deshacerse de él y, descubriendo por casualidad un hueco en la rama en la que estaba apoyado, lo introdujo bien en el corazón podrido de la madera. Él fue a quien la señorita Sullivan detectó descendiendo del árbol en aquella noche espantosa cuando ella, ¡ay!, llevada por un amor desesperado aunque puro, al pasar por delante de la casa de camino a lo de su tía, no pudo negarse una mirada furtiva a la felicidad de los dos seres que tan pronto, pensaba ella, iban a ser uno solo. Nunca esperaba volver a verlos hasta después de su matrimonio, y un impulso salvaje y tonto, si debo llamarlo así, la instó a entrar en el jardín para mirar a través del ventanal abierto... una imprudencia que estuvo cerca de tener serias consecuencias para ella. George Thorley escapó y cumplió el programa hasta el punto de zarpar hacia San Francisco; pero, al detenerse el barco en Acapulco, recibió allí una oferta de un caballero español para el puesto de médico en sus inmensas tierras. Era el país justo para que prosperara un personaje como el de Thorley; aceptó la propuesta, se granjeó la estima del español, se casó con su hija y estaba prosperando a pedir de boca cuando aparecí yo de repente y perturbé su serenidad. ¡Sí! Señor Argyll, partí hacia California tras el villano, pues tenía rastros de él que me llevaron a emprender el viaje, y fue por un accidente providencial como averigüé que estaba cerca de Acapulco, donde yo también desembarqué, le busqué y le arranqué una confesión que tengo aquí por escrito. Ha contado la historia con claridad y tengo cualquier otra evidencia para confirmarla que un tribunal de justicia pudiera requerir. Podría colgar a su cómplice, sin duda.

A la primera mención del nombre de George Thorley, dio la casualidad de que yo estaba mirando a James, por cuyo semblante pasó un cambio indescriptible; se movió inquieto, miró hacia las puertas cerradas y volvió a clavar su mirada en el señor Burton, quien no le miró en absoluto durante el relato, sino que se mantuvo firme hasta el final, en un tono resuelto y claro, bajo para no ser oído fuera, pero seguro y nítido. Habiendo observado una vez a James, ya no pude ver a nadie más. Me parecía ver la historia reflejada en su rostro en lugar de escucharla. Oleadas de calor pasaban por él, sucedidas por una palidez cenicienta que se tornó en un tono azulado enfermizo, curioso de contemplar; pasiones oscuras pasaban como sombras por él; y gradualmente, a medida que el orador se acercaba al clímax de su historia, me sentí como quien mira por una ventana abierta al pozo sin fondo.

—¿Les he dicho quién fue el que contrató a George Thorley para asesinar a Henry Moreland? —preguntó el señor Burton en la pausa que siguió.

Se había dado por sentado quién era la persona y, al hacer él la pregunta, los ojos de todos se volvieron hacia mí... los de todos excepto los de James, que de repente saltó de un brinco contra la puerta que daba al salón, que no estaba cerrada con llave. Pero otro fue más rápido que él; la poderosa mano del detective se posó sobre su hombro y, mientras hacía girar al fugitivo frustrado plenamente hacia la luz, dijo con palabras que cayeron como fuego:

—Fue su sobrino: James Argyll.

Por un momento se habría podido oír caer una hoja sobre la alfombra; nadie habló ni se movió. Entonces Eleanor se levantó de su silla y, alzando la mano, miró con ojos terribles al asesino acobardado. Su mirada lo aniquiló. Él se había estado retorciendo bajo el agarre del señor Burton; pero ahora, como en respuesta a la mirada de ella, dijo:

—Sí... yo lo hice, Eleanor —y cayó al suelo desmayado.

Capítulo 9: Uniendo los eslabones perdidos

La escena que transcurrió en los minutos siguientes fue desgarradora. La reacción emocional, la conmoción, la sorpresa y el horror eran casi más de lo que la naturaleza humana puede soportar. Gemido tras gemido brotaban del señor Argyll, como si su pecho se partiera en dos. Mary se tambaleó hacia su hermana y se arrojó a sus pies con la cabeza hundida en su regazo; si no hubiera poseído una constitución tan sana y un temperamento tan equilibrado, no sé cómo habría sobrevivido a este espantoso revés en sus esperanzas y afectos. Parecía que Eleanor, que solo había vivido para sufrir durante tantos meses agotadores, poseía ahora más entereza que cualquiera de los demás; su mano delgada y blanca caía suavemente sobre los rizos de su hermana con un toque compasivo; y, al cabo de un rato, le susurró unas palabras. Mi propia sorpresa era casi tan grande como la de cualquiera; pues, aunque muchas veces había sentido que James era el culpable, siempre había intentado ahuyentar esa impresión, y finalmente casi lo había conseguido.

Mientras tanto, nadie se acercó al infeliz hombre, que halló un alivio temporal a la vergüenza y la desesperación en la inconsciencia. Todos se apartaron de él mientras yacía en el suelo. Finalmente, el

señor Burton se obligó a sí mismo a levantarlo; la consciencia estaba retornando, lo acomodó en el sofá y le dio un pañuelo humedecido en agua de colonia.

Al poco, Mary se levantó de su posición arrodillada y paseó la vista por la habitación hasta que su mirada cayó sobre mí; entonces se acercó y me tomó ambas manos, diciendo:

—Richard, yo nunca te acusé; siempre sentí que eras inocente, y siempre lo dije. Debes perdonar a los demás por mi bien. Mi padre y mi hermana serán testigos de que siempre te defendí de las acusaciones de aquel que, según se ha probado ahora, buscó con una bajeza doble e inconcebible desviar la sospecha de sí mismo hacia otro —su voz temblaba de desprecio—. Nunca quise casarme con él —añadió, rompiendo a llorar—, pero me persuadieron.

—Cálmate, hermana —dijo Eleanor dulcemente, levantándose y acercándose a nosotros—. Todos te hemos juzgado mal, Richard; temo que más allá del perdón. ¡Ay! ¡Ahora podemos ver qué noble enemigo has sido!

En aquel momento me sentí recompensado por todo lo que había sufrido, y dije con alegría:

—Nunca un enemigo, señorita Argyll; y la perdono a usted, por completo.

Entonces hubo otro movimiento; James se había levantado para escabullirse de la compañía, ahora tan desagradable para él; pero el señor Burton se interpuso de nuevo entre él y la salida; al hacerlo, dijo:

—Señor Argyll, a usted le corresponde decidir el destino de este hombre miserable. He mantenido todos mis procedimientos en secreto para el público; incluso permití que George Thorley se quedara en México, pues pensé que su familia ya había sufrido bastante sin cargar con la infamia de su sobrino. Si usted dice que debe quedar impune ante la ley, acataré su deseo; este asunto quedará entre los pocos que ahora lo conocemos. Por el bien de ustedes, no por el de él, le perdonaría la muerte que merece; pero debe abandonar el país de inmediato y para siempre.

—Que se vaya —dijo el tío, de espaldas al asesino, a quien no quería mirar—. Vete, al instante y para siempre. Y recuerda, James Argyll: si vuelvo a ver tu rostro, si alguna vez oigo que estás en cualquier parte de los Estados Unidos, haré que te arresten de inmediato.

—Y yo lo mismo —añadió el señor Burton—. Dios sabe que, si no fuera por estas señoritas, cuyos sentimientos son sagrados para mí, no te dejaría marchar tan fácilmente.

Abrió la puerta y James Argyll se escabulló en la noche, lejos, nadie supo hacia dónde, marcado, expatriado y solo; lejos, sin una mirada a la hermosa joven que tan pronto iba a ser su esposa; lejos, del hogar que había puesto en peligro su alma para asegurar.

Cuando se hubo marchado, todos respiramos con más libertad. El señor Burton aún tenía mucho que decir, pues deseaba cerrar este horrible asunto para siempre. Tomó el instrumento quirúrgico que habíamos encontrado en el árbol y lo encajó en la pieza que había sido extraída del cuerpo del hombre asesinado, y mostró a la familia las iniciales de George Thorley en él. Luego presentó la confesión escrita de Thorley, que todos leímos por nosotros mismos; pero como contenía únicamente, en una declaración escueta, los hechos ya relatados, no los repetiré aquí. Procedió entonces con la historia de la Carta Muerta, que también traía consigo, y que resultó estar escrita con la misma caligrafía que la confesión. Al hablar de la curiosa manera en que este documento se había perdido para ser recuperado

en el momento justo por la persona adecuada, pareció considerarlo algo casi pavorosamente providencial.

A partir de ahí, prosiguió con un relato minucioso de todos los pasos dados por ambos, nuestro viaje a través del océano, el éxito maravilloso que aguardaba a la paciencia, la perseverancia y la energía, asegurando el triunfo final de la justicia; y, para concluir, dijo:

—Debo todavía muchas explicaciones tanto a usted, señor Argyll, como al señor Redfield. No puedo exponer ante ustedes los mil hilos sutiles mediante los cuales sigo el rastro de una búsqueda como esta, y que me hacen tener éxito como detective; pero puedo dar cuenta de algunas cosas que a veces les han desconcertado a ambos. En primer lugar, hay en mí un poder que no todos poseen; llámenlo instinto, magnetismo, clarividencia o una percepción nerviosa y mental notable. Sea lo que sea, me permite, a menudo, sentir la presencia de criminales, así como de personas muy buenas, poetas, artistas o temperamentos marcados de cualquier tipo. El día en que se me presentó este caso, fue traído por dos hombres jóvenes, su sobrino y esta persona aquí presente. No llevaba ni diez minutos con ellos cuando empecé a percibir que el asesino estaba en la habitación conmigo; y antes de que se marcharan, ya había decidido quién era el culpable. Pero habría sido una temeridad imperdonable denunciarlo sin pruebas; con tal proceder le habría puesto a la defensiva, frustrado los fines de la justicia y abrumado a mí mismo con denuncias. Esperé y vigilé; le puse bajo vigilancia. Aquella noche en la que cruzó el ferry de Brooklyn para pagar el dinero al asesino a sueldo, yo estaba tras su rastro; oí la consternación airada con la que acusó a Richard de seguirle cuando el otro se encontró con él en este lado. No pasó mucho tiempo tras empezar a investigar el caso antes de que él se me acercara cautelosamente, como hizo con usted, con insinuaciones sobre quién podría ser la parte culpable; me hizo ver cuánto beneficiaría a su amigo Richard que sus rivales fueran eliminados, y cuán desesperadamente amaba esa persona a la señorita Argyll. (Perdónenme, amigos, por usar un lenguaje llano; toda la verdad debe ser contada). Pero no necesito extenderme en su método, pues ustedes deben estar familiarizados con él. Confieso que empleó un tacto consumado; si no le hubiera calado desde el principio, yo también podría haber sido engañado. No se mostró excesivamente ansioso en la búsqueda de sospechosos, como casi siempre hacen los culpables. Él no sospechaba de la señorita Sullivan, como Richard sí hacía. Yo favorecí la persecución de la señorita Sullivan por dos razones: la primera fue ocultar mis verdaderas sospechas; la siguiente fue que, tras encontrar su pañuelo en el jardín después de la huida, y todos esos motivos realmente fuertes para suponerla relacionada con el asesinato, empecé a pensar que sí lo estaba, a través de algún interés en James Argyll. No sabía si ella podría haber estado vinculada a él, si el niño que cuidaba podría ser suyo... ya ven que yo estaba totalmente a oscuras en cuanto a los detalles. Solo di por sentado que James era culpable y tuve que reunir mis pruebas después. No fue hasta después de mi entrevista con Leesy, en la villa Moreland, cuando quedé convencido de que ella no tenía nada que ver con el asesinato, y que todos sus extraños procederes eran el resultado de la pena que sentía por la muerte trágica de alguien a quien amaba en secreto. Cuando tuve una entrevista con usted esa misma tarde, vi que James había envenenado su mente con sospechas sobre el señor Redfield; por la misma razón que me había mantenido en silencio tanto tiempo —esto es, que eventualmente le desengañaría— no le defendí como habría hecho en otro caso. Aparentemente, permití que el caso se cerrara. Fue solo para poder seguirlo sin interrupciones. Ya había fijado California como el refugio del cómplice y estaba a punto de partir en su busca cuando Richard apareció en escena con la carta muerta en la mano.

»Desde esa hora me sentí seguro del éxito total. Mi única ansiedad era que no se consumara el matrimonio que sellaría mi boca; pues, si Mary hubiera estado casada a mi regreso, habría considerado que era demasiado tarde para revelar la verdad. Esto me puso muy inquieto, no solo por ella, sino porque entonces no podría limpiar el nombre del señor Redfield ante esos amigos que tan cruelmente le habían juzgado mal. Le oculté mis sospechas, aunque fuera el compañero de mis investigaciones, porque temía que su impetuosidad pudiera llevarle a hacer algo indiscreto, y no quería que el culpable se alarmara hasta que la red estuviera tendida bajo sus pies. Esta noche, cuando vine aquí, seguí adelante con mi plan de permitirles permanecer indecisos hasta el último momento, pues contaba con que la acusación repentina y abrumadora tendría el efecto de hacer confesar al asesino, como así fue. Deseaba que la señorita Sullivan estuviera presente, no solo para corroborar cualquier punto de mi testimonio en el que ella pudiera estar implicada, sino para que también se le hiciera justicia, pues la hemos molestado y asustado mucho, pobre mujer, cuando su única falta ha sido una percepción demasiado aguda de la nobleza de aquel mártir difunto, cuya memoria sus amigos guardan de forma tan sagrada. Le queda poco espacio para habitar en la tierra, y pensé que la consolaría saber que nadie la culpa por la devoción pura que ha iluminado su alma y la ha consumido como el aceite que se quema en perfume».

El señor Burton nunca pretendió ser poético, pero sus percepciones eran de ese tipo refinado que no podía negar a la pobre Leesy este pequeño tributo a su noble locura. Sus palabras conmovieron a Eleanor; ella era demasiado noble para despreciar la ofrenda infructuosa de otra mujer más humilde ante el altar en el que ella tenía el privilegio de oficiar; creo que en aquella hora sintió un interés de hermana por la pobre y humilde, pero exaltada por el amor, Leesy Sullivan. Se acercó, tomó la mano demacrada entre las suyas y la apretó con ternura. Todos percibimos entonces cuánto había fatigado a la inválida esta noche espantosa.

—Debe irse a la cama de inmediato —dijo Eleanor—; llamaré a Nora y haré que la instalen en la habitación que comunica con la nuestra, Mary.

Las jóvenes se retiraron para prestar sus gentiles atenciones a la enferma; y ambas, antes de salir, estrecharon mi mano al darme las buenas noches.

Nosotros tres nos quedamos largo tiempo hablando de cada detalle de nuestra extraña historia, pues no sentíamos ganas de dormir. Y antes de separarnos por la noche, el señor Argyll se había humillado al confesar que fue inducido a condenarme sin causa suficiente.

—Te quería como a un hijo, Richard —dijo con voz quebrada—, mejor de lo que jamás quise a James, pues era consciente de que él tenía muchas faltas de corazón y de cabeza. Y cuando me indujeron a creerte el autor del crimen que nos había roto el corazón a todos, me sentí aún más abatido. Mi salud ha flaqueado, como ves; e insté a Mary a casarse con su primo porque sentía que pronto se quedaría sin amigos, y quería que las chicas tuvieran un protector. Mejor las hubiera dejado al cuidado de una víbora —añadió con un escalofrío—. ¡Pobre Mary, querida niña! Tenía razón todo el tiempo. Ella nunca amó a ese hombre, aunque, por supuesto, no tenía idea de la verdad. ¡Gracias a Dios que no ha sido peor!

Sabía que estaba pensando en el matrimonio, y yo también murmuré: «Gracias a Dios».

—Señor Argyll —dijo el señor Burton, poniendo su mano sobre la del otro—, este terrible asunto ha llegado ahora a su fin, en la medida de lo posible. Permítame aconsejarle que medite en ello lo menos posible. Su salud ya está afectada. Reconozco que es suficiente para trastornar la razón de cualquiera; pero, por eso mismo, le pido que lo deseche todo de su mente, que destierre el pensamiento, que nunca vuelva a referirse a ello. Aún pueden ser razonablemente felices. Un futuro prometedor se abre ante todos ustedes, excepto para la querida señorita Eleanor. Adopte a Richard como su hijo, hágalo su socio, como pretendía al principio. Le doy mi palabra, por lo que valga, de que él le aliviará tanto de los negocios como de las preocupaciones domésticas, y que sentirá, durante sus años de declive, que tiene, en efecto, un hijo que le consuele.

—Pero no creo que Richard aceptara tal lugar, después de lo que ha pasado —dijo el señor Argyll con duda.

Vacilé; por un momento el orgullo se rebeló; pero una vez que todo está perdonado, ¿no debería ser olvidado? Cuando hablé, lo hice con franqueza:

—Si necesita un socio en su despacho y desea que yo ocupe el lugar, lo haré.

—Entonces el pacto está firmado —dijo el señor Burton casi con alegría—. Y ahora intentaré buscar una cama en el hotel.

—Por supuesto que no lo hará —dijo nuestro anfitrión—; esta casa es suya tanto como mía, señor Burton, siempre. Cuánto le agradezco todo el tiempo, dinero y pensamiento que ha prodigado en nuestro favor, no intentaré decirlo esta noche. Nuestra gratitud no se expresa porque es infinita.

—No me agradezca por seguir los instintos de mi naturaleza —dijo el detective, fingiendo indiferencia; y con eso estrechamos la mano del señor Argyll y nos retiramos a las habitaciones que se nos asignaron.

Por la mañana se encontró a la señorita Sullivan mucho peor; el viaje y la agitación la habían puesto muy enferma, de modo que le fue imposible regresar a la ciudad con el señor Burton. Se llamó a un médico que dijo que no podría vivir más de dos o tres días. Ella escuchó la sentencia con aparente alegría; solo rogó al señor Burton que enviara a la pequeña Nora a verla en el tren de la tarde, para poder ver a la niña antes de morir. Él prometió hacerlo y tener siempre un interés en el bienestar de la pequeña. Ella se conmovió mucho cuando él se despidió, pues se había ganado su amor y confianza por su manera de tratarla.

La niña vino y fue recibida con ternura por las hermanas. Ellas fueron incansables en sus atenciones hacia la paciente, cuyas últimas horas fueron suavizadas por sus sinceras palabras de esperanza y consuelo. Leesy murió con una sonrisa en el rostro, saliendo con alegría de este mundo que había sido tan frío para alguien de su naturaleza apasionada. Cuando miré el cadáver demacrado, apenas podía creer que se hubiera apagado para siempre el fuego que tanto tiempo había ardido en aquellos ojos maravillosos; no se había extinguido, solo se había trasladado a una atmósfera más pura. Fue enterrada, muy discretamente pero con reverencia, en un hermoso día de invierno. Su pequeña protegida fue muy mimada por las jóvenes; y como una dama que por casualidad la vio, al saber que era huérfana, sintió el deseo de adoptarla, ellas, con el consentimiento del señor Burton, la entregaron a una nueva madre. He visto a la pequeña Nora últimamente; es una niña bonita y bien cuidada.

Capítulo 10: La nueva vida

El invierno transcurrió tranquilamente. La repentina ausencia de James Argyll causó muchos chismes inofensivos en el pueblo. Se rumoreó, y se creyó generalmente, que se había marchado al extranjero, en un viaje por Egipto, porque la señorita Argyll le había dado calabazas. Afortunadamente, los preparativos de la boda solo eran conocidos por unos pocos, pues el sentimiento de la familia se había inclinado por una ceremonia muy íntima. La mujercita que había confeccionado el vestido de novia era una modista de Nueva York que, probablemente, nunca llegó a saber que la boda no se consumó.

Yo estaba muy ocupado en el despacho. La salud del señor Argyll era precaria y se había acumulado un volumen de trabajo que ocupaba la mayor parte de mi tiempo. Él deseaba que yo me alojara en su casa, pero rehusé hacerlo; aunque, como en los viejos y felices tiempos, pasaba allí casi todas mis veladas.

Superada la primera impresión, Mary no pareció sufrir por la abrupta terminación de un compromiso en el que había entrado de mala gana. Incluso llegué a creer que se sentía muy aliviada al no verse obligada a casarse con un primo por el mero hecho de asegurarse un protector. Su risa alegre pronto recuperó su dulzura; su radiante belleza floreció en medio del invierno, trayendo rosas y sol a la vieja mansión. A Eleanor parecía encantarle ver a su hermana feliz, alentando suavemente sus esfuerzos por ahuyentar la sombra que persistía en la casa. No se debía permitir que su propia vida triste marchitara la alegría de ningún otro. Ya he dicho que mis sentimientos hacia ella habían cambiado de un amor apasionado, pasando por una intensa empatía, hasta llegar a una afectuosa reverencia. Creo que ahora sentía por ella algo muy parecido a lo que sentía Mary: que nada de lo que hiciéramos por ella para mostrarle nuestro silencioso amor y simpatía sería demasiado; una tierna consideración por sus deseos y hábitos, un profundo respeto por la manera en que sobrellevaba su pérdida. No esperábamos que volviera a estar alegre o esperanzada, así que no la molestábamos intentando que lo estuviera.

Mientras tanto, se estaba produciendo un gran cambio en mi propia naturaleza del que apenas era consciente. Solo sabía que disfrutaba con mi duro trabajo, que me sentía resuelto y fuerte, y que mis veladas eran agradables y hogareñas. Más allá de eso, no me hacía preguntas. Escribí a mi madre un relato prudente de lo ocurrido; pero me vi obligado a hacerle una visita fugaz para explicarle todos los hechos, pues no me atrevía a confiarlos al papel. Así, el invierno se deslizó hacia el sol y la primavera de nuevo.

Era el primer día que realmente parecía primaveral. Hacía calor y caían chubascos; había un olor a violetas y a hierba recién cortada en el aire. Tenía abierta la ventana de mi despacho pero, según avanzaba la tarde y el sol brillaba tras un chaparrón de abril, no pude soportar el tedio de aquel tribunal de justicia. Sentí esos «ciegos impulsos de la primavera» que Tennyson atribuye a los árboles y las plantas. Y, en verdad, estaba en sintonía con la naturaleza. Me sentía rebosante de vida —y si el lector considera que eso va en mi descrédito, es libre de mantener su opinión—. Me sentía joven y feliz; los años parecían haberse desprendido de mí como un manto de hielo, dejando aparecer las flores y la frescura. Sin saber a dónde me llevaría mi fantasía, caminé hacia la mansión y de nuevo, como en aquella tarde de otoño en la que vi a Eleanor por primera vez tras su desgracia, dirigí mis pasos hacia el cenador que coronaba la pendiente al fondo del jardín. Pensando en Eleanor, tal como la vi entonces, entré en el lugar con paso ligero y encontré a Mary sentada, mirando al río con rostro soñador. Se

ruborizó cuando percibió quién había interrumpido su ensueño; vi el cálido color recorrer, oleada tras oleada, su hermosa mejilla y su frente, y supe al instante el secreto que revelaba. Recordé los brazos que una vez se estrecharon en torno a mi cuello, las lágrimas que habían llovido sobre mi mejilla desde los ojos de una muchacha, la voz ansiosa que había dicho: «¡Te quiero, Richard! ¡No creeré nada contra ti!».

¡Oh, qué dulcemente me llegó la revelación entonces! Mi propio corazón estaba plenamente preparado para recibirla. Durante meses había estado transfiriendo el tesoro de un amor joven y esperanzado, que ansía la dicha de ser compartido, de la hermana que se alzaba tan por encima de la pasión mortal a este querido semblante de lo que ella fue antaño. Mi rostro debió de expresar mi felicidad, pues cuando me puse junto a Mary, mientras estaba sentada, y levanté su dulce rostro hacia el mío, ella solo me dedicó una mirada antes de bajar los ojos para ocultar su pensamiento.

La besé, y ella me devolvió el beso, tímida, tímidamente. Me amaba; ya no estaba solo, sino que bebía de la copa de alegría que se llena para la juventud. ¡Qué niños tan felices éramos cuando, bastante después del atardecer, regresamos paseando a la casa para ir a recibir la bendición paterna!

Creo que aquella hora en que se conoció nuestro compromiso fue la mejor que había bendecido el hogar desde que la sombra descendió sobre él.

En junio nos casamos; no había excusa para el retraso y todos los amigos se mostraron urgentes por ver el asunto resuelto. Fuimos, en nuestro viaje de novios, a ver a mi madre, con quien pasamos una visita larga y deliciosa. Han pasado tres años desde entonces y en ese tiempo ha habido cambios, algunos de ellos muy tristes. El señor Argyll murió hace unos dos años, sin que su salud llegara a recuperarse nunca del golpe que recibió durante aquellos tiempos difíciles. Desde entonces, residimos en la vieja mansión y Eleanor vive con nosotros. Es una mujer noble, una de las ungidas de Cristo, que deja a un lado su propio pesar para atender las penas y sufrimientos de los demás. Tanto Mary como yo nos remitimos mucho a su juicio, que es sereno y claro, nunca nublado por la pasión como a veces lo está el nuestro. Sentimos como si nada malo pudiera vivir donde está Eleanor; ella es la luz y la bendición de nuestra casa.

La aflicción más triste que nos ha caído encima desde la pérdida de nuestro padre es la muerte del señor Burton. ¡Ay! Ha caído víctima, al fin, de la persecución implacable de los enemigos que su trayectoria en la vida levantó a su alrededor. Los malvados le temían y tramaron su destrucción. No se sabe si fue asesinado por alguien a quien había descubierto en falta, o por alguien que temía las investigaciones que estaba realizando; murió por un veneno que le administraron en la comida. Se me desgarra el corazón al pensar que esa alma grande y buena ya no pertenece a este mundo. Era tan activo, tan poderoso, de un temperamento tan cordial, que cuesta concebirlo muerto. ¡Todos le queríamos tanto! ¡Oh, si pudiéramos descubrir al cobarde asesino! A veces me pregunto si no habrá sido el hombre al que una vez desenmascaró tan despiadadamente. Dios lo sabe; yo no. Muchas veces se atentó contra su vida, pero sus agudas percepciones siempre le habían advertido, hasta ahora, del peligro.

Lenore está con nosotros. La mantendremos con nosotros hasta que algún pretendiente venga en el futuro a robárnosla. Es una niña excepcional —casi una mujer ya—, tan talentosa como su padre y sumamente encantadora. En la actualidad se siente abrumada por el dolor y se aferra a Eleanor, que es

su mejor consuelo. En nuestro amor por ella intentamos devolver parte de la deuda que tenemos con su padre.